BIBLIOTECA CLÁSICA.

CADA TOMO EN RÚSTICA **tres pesetas** Y ENCUADERNADO EN TELA **cuatro pesetas.**

Los pedidos á la Viuda de Hernando y C.ª, Arenal, 11, Madrid.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.—HOMERO: *La Ilíada*, traducción en verso de Hermosilla, 3 tomos (1, 2 y 3).—*La Odisea*, traducción en verso de D. Federico Baráibar y Zumárraga, 2 tomos (95 y 96).—HERODOTO: *Los nueve libros de la historia*, traducción del P. Pou, 2 t. (6 y 7).—PLUTARCO: *Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos, 5 t. (21, 22, 23, 24 y 28).—ARISTÓFANES: *Teatro completo*, traducción de Baráibar, 3 t. (27, 34 y 42).—ESQUILO: *Teatro completo*, traducción de Brieva Salvatierra, 1 t. (32).—POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: (*Demócrito, Bión y Moseo*), traducción en verso de Montes de Oca, 1 t. (29).—XENOFONTE: *Historia de la entrada de Ciro en Asia.—La Ciropedia*, traducción de Gracián, 2 t. (46 y 48).—*Las Helénicas*, traducción de Soms (119).—LUCIANO: *Obras completas*. Se ha publicado el tomo primero (55).—PÍNDARO: *Odas*, traducción en verso de Montes de Oca, 1 t. (57).—ARRIANO: *Las expediciones de Alejandro*, traducción de Baráibar, 1 t. (58).—POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *Anacreonte, Safo, Tirteo*, etc., traducción en verso de Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde y Canga Argüelles, 1 t. (69).—POLIBIO: *Historia Romana*, traducción de Ruiz Bamba, 3 t. (71, 72 y 74).—PLATÓN: *La República*, traducción de D. José Tomás y García, 2 t. (93 y 94).—DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres*, traducción de D. José Ortiz y Sanz, 2 t. (97 y 98).—MORALISTAS GRIEGOS: (Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes) traducción de Díaz de Miranda, López de Ayala, Brum y Abril, 1 t. (117).—TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*, traducción de D. Diego Gracián, 2 t. (120 y 123.)

Clásicos latinos.—VIRGILIO: *La Eneida*, traducción en verso de Caro, 2 t. (9 y 10).—*Églogas y geórgicas*, traducción en verso de Hidalgo y Caro, 1 t. (20).—CICERÓN: *Obras didácticas*, traducción de Menéndez Pelayo, 2 t. (14 y 26).—*Obras filosóficas*, traducción de Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro, 4 t. (59, 60, 73 y 75).—*Epístolas familiares*, traducción de Simón Abril, 2 t. (77 y 79).—*Cartas políticas*, traducción de Navarro, 2 t. (83 y 86).—TÁCITO: *Los Anales*, traducción de Coloma, 2 t. (17 y 18).—*Las Historias*, traducción de Coloma, 1 t. (40).—SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del infante D. Gabriel, 1 t. (15).—CÉSAR: *Los comentarios*, traducción de Goya Muniain, 2 t. (44 y 45).—SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*, traducción de Castilla, 1 t. (64).—SÉNECA: *Tratados filosóficos*, traducción de Navarrete y Navarro, 2 t. (67 y 70).—*Epístolas morales*, traducción de Navarro, 1 t. (66).—OVIDIO: *Las Heroidas*, traducción en verso de Mexía, 1 t. (76).—*Las Metamorfosis*, traducidas por Pedro Sánchez de Viana, 2 t. (105 y 106).—FLORO: *Compendio de la historia romana*, traducción de Díaz Jiménez, 1 t. (84).—QUINTILIANO: *Instituciones oratorias*, traducción de los PP. Rodríguez y Saudier, 2 t. (103 y 104).—QUINTO CURCIO: *Vida de Alejandro*, traducción de Ibáñez de Segovia, 2 t. (107 y 108).—ESTACIO: *La Tebaida*, traducción de Arjona, 2 t. (109 y 110).—LUCANO: *La Farsalia*, traducción en verso de Jáuregui, 2 t. (113 y 114).—TITO LIVIO: *Décadas de la Historia Romana*, 5 t. (111, 112, 115, 116, 118, 121 y 122).—TERTULIANO: *Apología contra los gentiles*, traducción de Manero (125).

Clásicos españoles.—CERVANTES: *Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*, 2 t. (4 y 5).—CALDERÓN: *Teatro selecto*, 4 t. (36, 37, 38 y 39).—HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*, 1 t. (41).—QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*, 1 t. (43).—QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*, 2 t. (12 y 13).—DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*, 1 t. (35).—ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*, 1 t. (8).—MELÓ: *Guerra de Cataluña y política militar*, 1 t. (65).

Clásicos ingleses.—MACAULAY: *Estudios literarios, históricos, políticos, biográficos, críticos y de Política y Literatura*, traducción de Juderías Bender, 6 t. (11, 16, 19, 25, 30 y 99).—*Discursos parlamentarios*, traducción de López, 1 t. (78).—*Vidas de políticos ingleses*, traducción de Juderías, 1 t. (82).—*Historia de la revolución de Inglaterra*, traducción de Juderías y López, 4 t. (47, 56, 63 y 68).—*Reinado de Guillermo III* (continuación de la *Historia de la revolución de Inglaterra*, traducción de López, 6 t. (87, 88, 89, 90, 91 y 92).—MILTON: *El Paraíso perdido*, traducción en verso de Escoiquiz, 2 t. (50 y 51).—SHAKESPEARE: *Teatro selecto*, traducción de Macpherson, 4 t. (80, 81, 85 y 102).

Clásicos italianos.—MANZONI: *Los novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego, 1 t. (31).—*La moral católica*, traducción de Navarro, 1 t. (52).—GUICCIARDINI: *Historia de Italia*, desde 1494 á 1532, traducida por el rey D. Felipe IV, tomo I (127).

Clásicos alemanes.—SCHILLER: *Teatro completo*, traducción de Mier, 3 t. (43, 49 y 62).—HEINE: *Poemas y fantasías*, traducción en verso de Herrero, 1 t. (61).—*Cuadros de viaje*, traducción de González Agejas (124 y 126).

Clásicos franceses.—LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*, traducción de Castilla y Juderías, 2 t. (53 y 54).

Clásicos portugueses.—CAMOENS: *Los Lusiadas*, traducción en verso por D. Lamberto Gil, 1 t. (100).—*Poesías selectas*, traducción del mismo, 1 t. (101).

EN PRENSA.—*Escritores de la Historia Augusta*, tomo III y último.

9
203426

BIBLIOTECA CLÁSICA

ESCRITORES

DE LA

HISTORIA AUGUSTA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

POR

D FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

TO II

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª

calle del Arenal, número 11

1889

Biblioteca Nacional de España

S
14397

9
203426

Biblioteca Nacional de España

5
1/43/97

ESCRITORES
DE LA
HISTORIA AUGUSTA.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA CLASICA

CXXXI

ESCRITORES

DE LA

HISTORIA AUGUSTA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

TOMO II

MADRID

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

1889

Biblioteca Nacional de España

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

R. 130308

Biblioteca Nacional de España

HISTORIA AUGUSTA.

DIADUMENO,

POR ELIO LAMPRIDIO.

SUMARIO.

Después de la muerte de Antonino Bassiano, Macrino da á su hijo Diadumeno, en presencia de todo el ejército, el nombre de Antonino, querido de los soldados.—Contestaciones de Macrino y Diadumeno.—Los dos prometen gratificaciones á las tropas.—Macrino hace acuñar moneda con el nombre de Antonino Diadumeno, y ofrece un congiario.—Retrato de Diadumeno.—Presagios de su advenimiento.—Su horóscopo y otros presagios le ofrecen el Imperio.—Del nombre de Antonino y de los príncipes que lo llevaron como nombre ó como sobrenombre.—Consideran el nombre de Antonino más sagrado que el de los dioses.—Carta de Macrino á su esposa felicitándola por tener por hijo á un Antonino.—Diadumeno es muerto al décimocuarto mes de su reinado.—Una carta á su padre anuncia su precoz inclinación á la crueldad.—Una carta á su madre revela la misma inclinación.—La lectura de estas cartas á los soldados les impulsa á matarle con Macrino.

Nada de particular ofrece la vida de Antonino Diadumeno, á quien el ejército proclamó emperador con su padre Opilio Macrino cuando los partidarios de éste asesinaron á Bassiano, como no sea que le llamaron Antonino

Biblioteca Nacional de España

y que ocurrieron asombrosos presagios de la brevedad de su reinado, presagios que los sucesos comprobaron. Al primer rumor de la muerte de Bassiano, profundo dolor se apoderó de los soldados, que viendo un Antonino arrebatado á la república, creyeron que el Imperio romano iba á perecer con él. Cuando Macrino, emperador ya, se enteró de estos rumores, por temor de que el ejército se inclinase á algún Antonino (porque había muchos entre los generales que eran parientes de Antonino Pío), se apresuró á convocar en asamblea á los soldados y ante ellos dió el nombre de Antonino á su hijo, todavía niño, hablando de esta manera: «Ya veis, compañeros, que mi edad es avanzada y que Diadumeno, niño todavía, si los dioses le ayudan, podrá ser vuestro príncipe mucho tiempo. Comprendo, por otra parte, vuestra extraordinaria y duradera adhesión al nombre de los Antoninos. Así, pues, no permitiéndome la frágil condición humana contar todavía con larga vida, doy, con vuestra aprobación, el nombre de Antonino á este niño, que podrá recordaros durante muchos años á los Antoninos que lloráis.» Entonces exclamaron todos: «¡Emperador Macrino, que los dioses te guarden! ¡Antonino Diadumeno, que los dioses te conserven! Todos lo pedimos al divino Antonino. ¡Poderoso Júpiter, consérvanos á Macrino y Antonino! Tú sabes, oh Júpiter, que Macrino no puede ser vencido. Todo lo tenemos teniendo un Antonino. Los dioses nos han dado por padre un Antonino: Antonino es digno del Imperio.»

El emperador Macrino contestó: «Recibiréis, compañeros, tres monedas de oro por el Imperio, cinco por el nombre de Antonino y las promociones ordinarias, pero duplicadas. ¡Ojalá me proporcionen los dioses ocasiones frecuentes para haceros iguales regalos! Cada cinco años daremos iguales gratificaciones que hoy.»

El joven emperador Diadumeno Antonino tomó entonces la palabra y dijo: «Os doy gracias, compañeros, por haberme conferido el Imperio y el nombre de Anto-

Biblioteca Nacional de España

nino, por habernos considerado á mi padre y á mí dignos de ser proclamados emperadores romanos y de gobernar la república. Mi padre cuidará de no faltar al Imperio, y, por mi parte, haré cuanto pueda para conservar la gloria del nombre de los Antoninos. Sé que tomo un nombre muy difícil de llevar dignamente, el de Antonino Pío, el de Marco Aurelio y el de Vero. Entretanto, os prometo por mi advenimiento y por este nombre todo lo que mi padre os ha premetido, y duplico los honorarios á ejemplo de Macrino, mi venerado padre, aquí presente.» El historiador griego Herodiano omite estos detalles y se limita á decir que Diadumeno, niño aún, recibió de los soldados el título de César y fué muerto con su padre. Inmediatamente después de esta asamblea, se acuñó moneda en Antioquía con el nombre de Antonino Diadumeno. Para la que habría de llevar la efigie de Macrino, se esperó la orden de los senadores, á quienes enviaron el relato de lo ocurrido en cuanto al nombre de Antonino. Dícese que el Senado recibió estas noticias con regocijo, creyendo algunos que su satisfacción dependía del odio á Antonino Caracala. El emperador Macrino quería distribuir al pueblo, en honor de su hijo Antonino mantos pequeños (*penulas*), de color de rosa, á los que habían de llamar Antoninianos, como llamaban Caracalas á los que dió Bassiano, y decía que su hijo llevaría el nombre *Penulado* ó *Penulario*, con más razón que Bassiano había tomado el de Caracala. Prometió un congiario por un edicto dado bajo el nombre de Antonino, como lo prueba el mismo edicto, cuyos términos son los siguientes: «Quisiera, padres conscriptos, que nos encontrásemos ya en medio de vosotros; vuestro Antonino os daría un congiario en su nombre. También establecería jóvenes Antoninianos y Antoninianas que perpetuarían la gloria de este nombre, tan grato á todos los corazones», etc.

Después de estas cosas encargó Macrino para el ejército enseñas y estandartes que llevasen el nombre de Antonino. También mandó hacer retratos de Bassiano en oro

Biblioteca Nacional de España

y plata, y hubo siete días de acciones de gracias por el nombre de Antonino. El joven Diadumeno era muy hermoso y bastante alto; tenía los cabellos rubios, los ojos negros, la nariz afilada, la barba muy graciosa y la boca poco saliente; aunque naturalmente robusto, era todavía demasiado delicado para soportar la fatiga. Cuando con el traje escarlata y púrpura tomó los demás atributos militares del Imperio, tuvo el celestial brillo de un dios y cautivó todos los corazones con su belleza. Esto es cuanto tenía que decir del Imperio de este niño. Pasemos ahora á los presagios de su reinado, presagios maravillosos por lo que se refiere á los otros, pero que lo son mucho más por lo que se refiere á él mismo.

El día en que vino al mundo, su padre, que era entonces intendente del gran tesoro (1), examinó trajes de púrpura y mandó llevar los más hermosos á la habitación en que Diadumeno nació dos horas después. Los niños nacen ordinariamente con un gorro natural, que las comadronas les quitan y venden á los abogados crédulos, que esperan de esto mucho auxilio para sus causas; pero Diadumeno sacó, en vez de gorro, una diadema pequeña, que no pudieron quitarle porque estaba unida á la cabeza por fibras como cuerdas de arco. Dícese, en fin, que en la infancia le llamaron Diademeno; pero cuando fué mayor tomó de su abuelo materno el nombre de Diadumeno, que no se diferencia mucho de la palabra diadema. Dícese también que en el campo de su padre nacieron doce corderos de color de púrpura, de los que uno solo estaba manchado; que el día de su nacimiento un águila depositó suavemente en su cuna, mientras dormía, una paloma real, y se marchó sin causarle daño alguno: además, aves de buen agüero anidaron en la casa de su padre.

---

(1) El tesorero del gran tesoro tenía bajo su inspección, no solamente el oro, la plata, telas y vestidos que se sacaban de las provincias para el servicio del Emperador, sino que también los tintes y obreros que se empleaban en su confección.

Biblioteca Nacional de España

Pocos días después de su nacimiento, algunos matemáticos dijeron, después de consultar su horóscopo, que aquel niño era hijo de emperador y sería también emperador, como si su madre se hubiese hecho culpable de adulterio, cosa que generalmente se le imputaba. Un día que Diadumeno paseaba en el campo, un águila le arrebató el gorro, y á los gritos que lanzaron los compañeros del niño, dirigiendo el águila el vuelo hacia un monumento real cercano á la casa que habitaba entonces Macrino, dejó aquel gorro sobre la estatua del rey; cosa que se consideró como presagio funesto y mortal. Los acontecimientos demostraron que no se engañaban. Nació el mismo día que Antonino Pío, á la misma hora y casi bajo los mismos signos; por estas circunstancias declararon los matemáticos que sería hijo de emperador y emperador él mismo, pero por poco tiempo. Refiérese también que el día de su nacimiento (que era el de Antonino Pío) una mujer de la vecindad exclamó: «Que le llamen Antonino», pero que Macrino no se atrevió, porque no había llevado todavía este nombre ninguno de su familia; y se abstuvo tanto más de este nombre imperial, cuanto que ya era objeto del rumor público el horóscopo de su hijo. Tales son, entre otros, los presagios que refieren la mayor parte de los escritores; pero hay otros que son más maravillosos. Cuando Diadumeno se encontraba en la cuna, un león feroz, que había roto la cadena y huído, se acercó á la cuna, lamió al niño sin hacerle daño alguno, mientras que la nodriza, que se encontraba sola en el patinillo donde dormía el niño, al querer espantar al león, fué víctima de sus mordeduras.

Esto es lo que me ha parecido digno de referirse relativamente á Antonino Diadumeno. Hubiese unido su historia con la de su padre, si en el nombre de los Antoninos no hubiese encontrado una razón poderosa para dar aparte la vida de este niño. Tan querido era este nombre en aquellos tiempos, que parecía no ser digno del trono el que no lo llevaba; razón por la cual algunos

Biblioteca Nacional de España

han creído deber honrar con él á Severo, Pertinax y Juliano; y más adelante concedieron igual honor á los dos Gordianos, padre é hijo. Pero diferente es un simple sobrenombre y un nombre propio. En efecto, el verdadero nombre de Antonino Pío era Antonino, y Pío el sobrenombre; Marco Aurelio se llamaba Verísimo, pero este nombre quedó abolido y desapareció de sus títulos, recibiendo el de Antonino, no como sobrenombre, sino como nombre. Vero tenía el nombre de Cómodo, y lo sustituyeron con el de Antonino á título de nombre propio y no de sobrenombre. Marco Aurelio hizo tomar á Cómodo el nombre de Antonino, y públicamente celebró bajo este nombre el día de su nacimiento. Sábese además que, bajo la fe de un sueño en el que se le predijo que le sucedería un Antonino, Severo dió este nombre á Caracala Bassiano, cuando tenía trece años de edad, añadiendo á este título, según se dice, el poder imperial. Sábese también, aunque muchos escritores niegan este hecho, que á Geta se dió el nombre de Antonino por la misma razón que lo tomó Bassiano, esto es, para que sucediese á su padre Severo; lo que, sin embargo, no se realizó. Sábese, en fin, que después de ellos, tomó Diadumeno el nombre do Antonino para recomendarse al ejército, al Senado y al pueblo romano, que lamentaban mucho á Bassiano y Caracala.

Consérvase una carta de Opilio Macrino, padre de Diadumeno, en la que no se felicita tanto por haber llegado al Imperio, en el que ocupaba el segundo puesto, como por ser padre de un Antonino, porque en aquella época este nombre valía tanto como el de los dioses. Antes de copiar esta carta, citaré versos hechos contra Cómodo, que quería le llamasen Hércules, con objeto de demostrar á todos que el nombre de Antonino tenía tanto brillo que no se creía conveniente unirle el de una divinidad. Los versos contra Cómodo Antonino decían lo siguiente:

«Cómodo, que no conoce los deberes de la humanidad ni los del trono, quiere que le llamen Hércules, y no en-

Biblioteca Nacional de España

cuentra bastante hermoso el nombre de los Antoninos. Bajo el nombre de un dios espera más gloria que bajo el mejor de los príncipes; pero no será dios y ni siquiera hombre.» Estos versos, compuestos por no sé qué autor griego, los tradujo un mal poeta al latín; y he querido recordarlos para que todos sepan que se hacía más caso de los Antoninos que de los dioses, y qué cariño se tenía á tres príncipes cuya sabiduría, bondad y piedad merecieron altares, puesto que se adora en Antonino la piedad, en Vero la bondad y en Marco Aurelio la sabiduría. Ahora vuelvo á la carta de Opilio Macrino: «Opilio Macrino á su esposa Nonia Celsa: No es posible apreciar el bien que acabamos de conseguir. Crees sin duda que hablo del Imperio; no porque no considero un bien muy grande lo que la fortuna suele conceder hasta á los indignos. ¡Heme padre de un Antonino! ¡Eres madre de un Antonino! ¡Qué felicidad para nosotros! ¡Qué dicha para nuestra familia! ¡Qué gloria para el Imperio, que al fin será feliz! ¡Hagan los dioses, quiera Juno, tu divinidad, que Diadumeno tenga las virtudes de aquel cuyo nombre lleva, y que á mí se me juzgue digno de ser padre de un Antonino!»

Esta carta demuestra cuán honrado se creía Macrino por haberse dado á su hijo el nombre de Antonino. Mas no por esto dejó de ser asesinado á los catorce meses de imperio; no porque le odiasen personalmente, sino á causa del duro y tiránico gobierno de su padre. Veo, sin embargo, que Diadumeno se mostró con muchos más cruel de lo correspondiente á su edad, como lo prueban cartas que escribió á Macrino. Había castigado con severidad este Emperador á algunos ciudadanos sospechosos de rebelión; pero su hijo, que se encontraba ausente, enterado de que muchos jefes de la sublevación habían sido condenados á muerte, mientras que otros, como el Gobernador de la Armenia y los Legados de Asia y Arabia, habían sido absueltos á causa de su antigua amistad con el Príncipe, dícese que escribió á su padre una carta, de la que envió copia á su madre, y que la

Biblioteca Nacional de España

exactitud de la historia me hace copiar aquí: «Augusto, hijo, á su padre Augusto: Paréceme, padre mío, que no atiendes bastante al cariño que nos debes perdonando á los cómplices de los que han aspirado al trono. Has creído sin duda que la indulgencia te los uniría más, ó que antiguas relaciones de amistad eran razón bastante para absolverles. Pero no debes ni puedes creerlo así, porque mortificados ya por las sospechas que han caído sobre ellos, no podrán amarte. Además, tus enemigos más crueles son aquellos que, olvidando antigua amistad, se han unido con tus enemigos más implacables. Añade á esto que todavía mandan ejércitos.

«Que si no te da impulsos la memoria
De tus altos destinos, ni te afanas
Por ceñirte el laurel de la victoria,
Mira á Ascanio crecer: las italianas
Comarcas son su herencia; allí su gloria.
¿De un hijo harás las esperanzas vanas?.....» (1)

»Necesario es castigarles si quieres vivir seguro, porque tal es la perversidad humana, que por todas partes verás surgir rebeldes si les dejas la vida á éstos.» Unos atribuyen esta carta al mismo Diadumeno, otros al africano Celiano, su maestro de retórica, y demuestra lo cruel que habría sido aquel joven si hubiese vivido.

También se conserva la siguiente carta suya á su madre: «Nuestro Augusto señor no te ama ni se ama á sí mismo, cuando deja vivir á sus enemigos. Haz de modo que Arabiano, Thusco y Gelio sean atados al poste para que no aprovechen contra nosotros la primera ocasión que se les presente.» Refiere Lolio Urbico, en la historia de su tiempo, que estas cartas, entregadas por un copista, perjudicaron mucho al joven príncipe en el ánimo de los soldados. Algunos querían conservar al hijo después de la muerte del padre; pero tuvieron

(1) *Eneida*, IV, 272-278. Traducción de D. Miguel Antonio Caro, publicada en esta Biblioteca.

Biblioteca Nacional de España

que renunciar á ello después de leer las cartas un cubicolario delante de las tropas reunidas. Fueron, por consiguiente, muertos los dos, paseando sus cabezas clavadas en picas. El ejército se declaró en seguida por Marco Aurelio Antonino, que debió el Imperio á su nombre, pasando por hijo de Bassiano Caracala, y que era sacerdote del templo de Heliogábalo. Este emperador fué el más impuro de los hombres, estándole reservada la disolución del Imperio romano. Hablaré de él en particular, porque hay mucho que decir.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ANTONINO HELIOGÁBALO,

POR ELIO LAMPRIDIO.

Á DIODECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Preámbulo. — Heliogábalo es proclamado emperador después del asesinato de Macrino.—Sus diferentes nombres.—Infames costumbres de su madre Semiamira.—Pasa por hijo de Caracala. —Origen de su nombre de Vario.—Después de la muerte de Caracala se refugia en el templo del sol.—Anuncia á los senadores su advenimiento y recibe de ellos el título de emperador.—Erige un templo á su dios Heliogábalo y reune en él todos los cultos que se practican en Roma.—Su madre asiste con él á la primera reunión del Senado.—Crea un Senado de mujeres.— Senatusconsultos ridículos dados bajo el nombre de su madre.—Sus desórdenes en Nicomedia.—Las tropas se declaran en favor de Alejandro.—Desórdenes de Heliogábalo en Roma.—Vende todas las dignidades.—Su pasión por dos aurigas y por Yerocles.—Quiere destruir todos los cultos de Roma y arrebatar el Paladium.—Celebra con los eunucos los misterios de Cibeles, y hace á todos los dioses servidores del suyo.— Inmola víctimas humanas.—Sus dones al pueblo.— Persigue la memoria de Macrino y de Diadumeno.—Busca por todas partes compañeros de libertinaje. — Quiere hacer guerra á los Marcomanos.—Su aburrimiento en la corte. — Los soldados se inclinan en favor de Alejandro. — Influencia de Zótico sobre Heliogábalo, que se casa escandalosamente con este favorito.—Envilece todas las dignidades y procura generalizar la corrupción.—Eleva á los primeros cargos del Estado viles favoritos.—Su conducta en los festines.— Quiere despojar á su primo Alejandro del título de César y paga asesinos con-

Biblioteca Nacional de España

tra él.—Furiosos los soldados contra Heliogábalo, van á buscar á Alejandro al palacio é invaden los jardines donde se había retirado el Emperador, que se esconde á su llegada y consigue calmarlos por mediación de un prefecto.—En el campamento exigen que Heliogábalo cambie de conducta y expulse á sus favoritos.—Hiliogábalo continúa mostrando su odio á Alejandro.—Medita de nuevo asesinarle, y para conseguirlo expulsa de Roma á todos los senadores.—Los soldados matan á la mayor parte de sus cómplices.—Matan á Heliogábalo y arrojan su cuerpo al Tíber.—Sus monumentos. —Heliogábalo es el último de los Antoninos.—Matan con él á su madre Semiamira.—Su lujo y su glotonería —Sus jocosidades.—Sus profusiones.—Sus regalos de mesa.—Hace sortear sus dones.—Sus innovaciones.—Su traje.—Sus locos gastos.—Sus comidas.—Quiere elevar una columna inmensa á su dios.—Su comportamiento con los convidados.—Su crueldad. —Reune todas las cortesanas y libertinos de Roma y les arenga.—Manda reunir en su palacio todas las telas de araña de la ciudad.—Sus regalos á sus parásitos.—Comidas que les hace servir.—Distribuye las provisiones de Roma á personas de malas costumbres.—Sus atalajes.—Sus costumbres de molicie.—Sus dones á sus amigos.—El lujo de sus carruajes.—Sus recompensas á los inventores de platos exquisitos.—Sus diferentes trajes.—Sus comidas en casa de algunos amigos.—Manda derribar, después de haberse servido una vez de ellos, sus baños y sus casas.—Siendo particular, se hace seguir por sesenta carruajes; y emperador, por seiscientos.—Desempeña en sus baños oficios serviles.—Hace arenar con polvo de oro y plata todos los parajes por donde marcha.—Sus platos.—Sus talentos.—Sus liberalidades con los cortesanos.—Imagina nuevos libertinajes.—Sus preparativos para deshacerse caramente de la vida.—El autor se excusa por haber referido ciertos detalles y asegura que ha omitido muchos.—Anuncia, como continuación, la historia de los sucesores de Heliogábalo.

Nunca hubiera escrito la impura vida de Antonino Heliogábalo, conocido también con el nombre de Vario, para que se ignorase que los Romanos tuvieran tal príncipe, si antes de él no hubiesen gobernado el Imperio los Calígulas, Neroues y Vitelios. Pero así como la tierra produce á la vez venenos y trigo, cosas saludables y frutos dañosos, serpientes y animales útiles, el lector asiduo encontrará compensación de la historia de estos monstruos leyendo la de Augusto, Vespasiano, Tito, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio. También com-

Biblioteca Nacional de España

prenderá de qué manera los juzgaron los Romanos, viendo que estos príncipes reinaron largo tiempo y murieron naturalmente, mientras que los otros, cuyo nombre ni siquiera osan pronunciar, fueron asesinados, arrastrados y llamados tiranos. Cuando hubieron dado muerte á Macrino y Diadumeno, quien, con igual participación en el poder imperial, había recibido también el nombre de Antonino, entregaron el Imperio á Vario Heliogábalo, porque decían que era hijo de Bassiano. Heliogábalo era sacerdote de Júpiter ó del Sol, y habíase dado el nombre de Antonino, bien como prueba de su origen, ó bien porque veía cuán querido era de todos este nombre, que había bastado para que amasen al parricida Bassiano. Primeramente habíase llamado Vario; después tomó el nombre de Heliogábalo, por su cualidad de sacerdote del dios Heliogábalo, que trajo de Siria y á quien construyó un templo en Roma en el paraje donde existía antes el de Orco (Plutón). Finalmente, cuando recibió el Imperio se hizo llamar Antonino, siendo el último emperador romano de este nombre.

Tan sometido permaneció este príncipe á su madre Semiamira, que nada hizo sin su consentimiento. Esta mujer, que vivía como cortesana, cometió en la corte toda clase de infamias. Había vivido con Antonino Caracala en vergonzoso comercio, del que se creyó generalmente era fruto Vario ó Heliogábalo. Dicen algunos escritores que sus condiscípulos le dieron el nombre de Vario, porque habiendo nacido de una mujer pública, era en cierto modo obra de muchos padres (*Vario semine*). Cuando Antonino, que pasaba por padre suyo, cayó bajo los golpes de los partidarios de Macrino, dícese que se refugió Hiliogábalo en el templo de su dios, como en inviolable asilo para que no le matase Macrino, que reinó inhumanamente con su hijo, príncipe tan libertino como cruel. Pero basta ya del sobrenombre de este emperador que manchó el amado nombre de los Antoninos; nombre que te inspira tal veneración, ¡oh sacratísimo Constantino! que has colocado las estatuas de oro de Marco

Biblioteca Nacional de España

Aurelio y Antonino Pío como retratos de familia, entre las de los Constancios y los Claudios, apropiándote las virtudes de los antiguos que están conformes con tus costumbres y que te son queridas y preciosas.

Pero volvamos á Antonino Vario. Apenas dueño del Imperio, envió mensajeros á Roma, y reanimando las esperanzas de todos los órdenes del Estado, como también del pueblo con el nombre de Antonino que tomó, no como simple título á ejemplo de Diadumeno, sino como debido á su sangre, puesto que se decía era hijo de Antonino Bassiano, se granjeó de esta manera el afecto general. Gozaba además de la buena fama que ordinariamente alcanzan los sucesores de los tiranos, pero que no es duradera sin grandes virtudes, y que muchos príncipes medianos no han conservado mucho tiempo. En cuanto leyeron en el Senado las cartas de Heliogábalo, hicieron votos por Antonino y lanzaron imprecaciones contra Macrino y su hijo. Inmediatamente fué nombrado emperador por unánime consentimiento, y como es natural en el hombre creer en el acto lo que desea, fácilmente se persuadieron todos de que este príncipe sostendría el brillo de su nombre. Pero en cuanto entró en Roma, sin cuidarse de lo que pasaba en las provincias, consagró su dios Heliogábalo en el monte Palatino, cerca del palacio imperial, y le construyó un templo; siendo uno de sus primeros cuidados trasladar á este templo la imagen de la madre de los dioses, el fuego de Vesta, el Paladium, los escudos sagrados, en una palabra, todos los objetos del culto de los Romanos, para que no hubiese otro en Roma que el de Heliogábalo. Decía además que era necesario trasladar allí el culto de los Judíos y Samaritanos, así como también las ceremonias de la religión cristiana, para que los sacerdotes de Heliogábalo poseyesen el secreto de todas las religiones.

Mandó que se convocase á su madre con él á la primera sesión del Senado. Asistió, en efecto, y habiéndose colocado junto á los cónsules, firmó como testigo el senatusconsulto redactado en aquella ocasión. Heliogábalo

Biblioteca Nacional de España

fué el único emperador bajo el cual una mujer ocupó puesto de hombre en el Senado con el título de Clarísima (1). Fundó en el Quirinal un Senado pequeño, es decir, un Senado de mujeres (2), en el que se reunían las señoras romanas en días determinados, sobre todo cuando alguna de ellas, esposa de un consular, recibía como honor los ornamentos de su esposo; distinción que los emperadores antiguos concedían á sus parientas, principalmente á aquellas que, no habiendo tenido esposos revestidos de altas dignidades, quedaban sin celebridad. Bajo el nombre de Semiamira diéronse senatusconsultos ridículos acerca de las leyes especiales á las mujeres: determinóse qué trajes llevarían en público; quién tendría preeminencia sobre otra; qué personas gozarían del acostumbrado beso; cuáles se servirían de carruajes suspendidos; quiénes de caballos de silla; quiénes de borricos; quiénes de carros arrastrados por mulos; quiénes de atalaje de bueyes; quiénes de litera, y si estas literas estarían guarnecidas de piel y adornadas con oro, marfil ó plata, y quiénes podrían usar en el calzado oro ó pedrería.

El Emperador pasó el invierno en Nicomedia, donde cometió toda clase de infamias, y se prostituyó á hombres. Así fué que las tropas no tardaron en arrepentirse de haber conspirado contra Macrino para dar el trono á Heliogábalo, y se inclinaron á su primo Alejandro, nombrado César por el Senado después de la muerte de Macrino. En efecto, ¿cómo soportar un príncipe que entregaba á la prostitución todos los huecos de su cuerpo, cuando no podría tolerarse una bestia que hiciese lo mismo? Todas sus ocupaciones en Roma se redujeron á elegir emisarios encargados de buscar por todas partes y llevar á la corte hombres que tuviesen ciertas condiciones favorables á sus placeres. Representaba en su palacio la fábula de Paris, haciendo él de Venus: de pronto

(1) Título que se daba á los senadores y á sus esposas.
(2) Dícese que Aureliano proyectó restablecer este Senado de mujeres.

Biblioteca Nacional de España

caían las ropas á sus pies y se le veía desnudo, con una mano delante del pecho y la otra cubriendo las partes pudendas; arrodillándose en seguida y levantando la parte posterior, la presentaba á uno de sus compañeros. Pintábase también el semblante como se pinta el de Venus, y le alisaban todo el cuerpo, haciendo consistir todo el bien de la vida en ser digno y capaz de satisfacer la pasión de muchos.

Por sí mismo, por sus esclavos y ministros de sus placeres, vendió los honores, las dignidades y el poder. Hizo entrar en el Senado, sin consideración á la edad, renta exigida ó nacimiento, á quien compró el derecho. Vendió las inspecciones militares, los empleos de tribuno, las legaciones, los mandos, las intendencias y los oficios del palacio. Tuvo hasta su muerte por compañeros de libertinaje á los aurigas Protogenes y Gordio, que antes fueron compañeros suyos en las carreras de carros. Hizo pasar del teatro, del circo y de la arena á la corte muchos de aquellos cuya figura le agradó. Amó á Yerocles hasta el punto de besarle las partes pudendas, lo que no puede referirse sin vergüenza; y en estos casos decía que celebraba los misterios de Flora. Cometió incesto con una vestal. Profanó con multitud de sacrilegios la religión del pueblo romano. Quiso apagar el fuego perpetuo, y no solamente intentó abolir todos los cultos de Roma, sino que trabajó para que Heliogábalo fuese el único dios que se adorase en el universo. Manchado con toda clase de impurezas, osó entrar con hombres tan impuros como él en el santuario de Vesta, accesible solamente á las vírgenes y los pontífices. Trató de arrebatar el Paladium, apoderándose de un vaso que creyó ser el verdadero, y que la gran sacerdotisa le presentó falsamente como tal; y no encontrando nada en él, lo rompió contra el suelo. Pero en esto no hizo daño alguno á la religión, porque, según dicen, habían construído muchos iguales para que no pudiesen robar el verdadero. Sin embargo, arrebató una estatua que tomó por el Paladium, la hizo dorar y la colocó en el templo de su dios.

Biblioteca Nacional de España

También celebró los misterios de la madre de los dioses, é hizo un sacrificio de toros con objeto de arrebatar su imagen y otros objetos sagrados que se guardaban en el santuario. Viósele agitar la cabeza entre los mutilados fanáticos; ligóse las partes genitales, é hizo en fin todo lo que hacen los ministros de este culto. Arrebató la venerada imagen de aquella diosa y la trasladó al templo de su dios. Con plañideros gritos y ruidosas ceremonias tomadas del culto de los Sirios, imitó la fábula de Venus llorando á Adonis, y de esta manera se dió á sí mismo el presagio de su próxima muerte. Decia que todos los dioses eran ministros del suyo; á unos les llamaba sus cubicularios, á otros sus esclavos, atribuyendo á los demás diferentes oficios de la misma especie. Quiso sacar del templo de Diana de Laodicea y del santuario donde las habia colocado Orestes las piedras llamadas divinas (1). Dícese que Orestes no se limitó á depositar en un sitio solo el simulacro de la diosa, sino que consagró muchos en parajes diferentes y que después de haberse purificado en los tres ríos en las cercanías del Hebrum, por la respuesta del oráculo fundó la ciudad de Orestes, donde es obligatorio derramar frecuentemente sangre humana. Adriano quiso llamar con su nombre la ciudad de Orestes, en la época en que dominado por un acceso de furor, recibió del oráculo el consejo de apoderarse de la habitación ó del nombre de algún furioso. Dícese que este remedio calmó la ira que le habia hecho ordenar el suplicio de considerable número de senadores. Antonino mereció el nombre de Pío por haberles salvado; llevándoles al Senado, cuando les creian á todos muertos por orden del príncipe.

Heliogábalo sacrificó víctimas humanas (2), y para

(1) Ignórase de qué piedras se habla aquí.

(2) De los demás asesinatos cometidos por Heliogábalo, solamente dice estas palabras Xifilino: «¿Habré de citar los nombres de todos aquellos á quienes hizo morir sin causa alguna, puesto que no perdonó á sus mejores amigos, cuyas prudentes y saludables observaciones no pudo soportar?»

Biblioteca Nacional de España

estos sacrificios eligió en toda Italia los niños más hermosos pertenecientes á familias distinguidas y que tuviesen padre y madre, sin duda para que experimentase el dolor de aquella pérdida el mayor número posible de personas. Rodeábanle muchos magos, que diariamente trabajaban en su presencia, exhortándoles él mismo á hacerlo todo bien. Dió gracias á los dioses cuando les encontró sectarios: interrogaba las entrañas de los niños y registraba las víctimas según el rito de su nación. Al tomar posesión del consulado, no distribuyó al pueblo monedas de oro ni de plata, tampoco pastelillos ni animales pequeños, sino que entregó al pillaje bueyes cebados, camellos, asnos y esclavos, diciendo que ésta era una liberalidad imperial. Maltrató cruelmente la memoria de Macrino, pero especialmente la de Diadumeno, porque le dieron el nombre de Antonino: llamábale él Pseudoantonino como se había dicho Pseudofilipo; y no podía soportar se diese á aquel príncipe, que fué muy lujurioso, reputación de valiente, bondadoso, prudente y austero. En fin, obligó á algunos escritores á que atribuyesen á Diadumeno en la historia de su vida cosas horrorosas y hasta increíbles en achaque de libertinaje. Hizo construir en el palacio baños públicos y admitía en ellos al pueblo, con objeto de descubrir mejor las cualidades particulares que apetecía en los hombres. Cuidaba mucho de buscar en la ciudad y entre los marineros los que él llamaba *monobelos*, es decir, hombres muy viriles.

Cuando quiso hacer guerra á los Marcomanos contra los que consiguió brillantes victorias Marco Aurelio, le dijeron que este emperador había conseguido, con el auxilio de los caldeos y de los magos, hacer á estos pueblos amigos fieles de los Romanos, cosa que debía á encantamientos y consagración religiosa. Pero cuando preguntó en qué consistían aquellos encantamientos y dónde los habían hecho, se guardaron mucho de contestarle, porque estaban convencidos de que quería enterarse para destruir el efecto y suscitar por este medio nueva guerra; guerra que deseaba tanto más, cuanto que

Biblioteca Nacional de España

el oráculo l abía dicho que un Antonino terminaría la guerra de los Marcomanos, y esperaba terminarla, aunque le llamaban Vario y Heliogábalo, y era objeto del desprecio público, porque deshonraba el nombre de Antonino que había usurpado. Consideraba como principales enemigos suyos aquellos que lamentaban verse postergados á hombres cuyo único mérito consistía en ser vigoroso para el libertinaje. Por esta razón se tramaron muy pronto conspiraciones contra su vida. Esto era lo que ocurría en la corte.

Pero los soldados, no pudiendo soportar que aquella calamidad pública usurpase por más tiempo el título de emperador, hablaron primero particularmente y después en reuniones en favor de Alejandro, á quien el Senado nombró César ya en tiempo de Macrino, y que era primo de Heliogábalo. Varia era, en efecto, abuela de los dos, parentesco que había hecho tomar á Heliogábalo el nombre de Vario. Zótico llegó á tener sobre él tanto imperio, que los jefes de los diferentes oficios le trataban como si realmente hubiese sido el marido de su señor. Este Zótico, abusando de su influencia, vendía todas las palabras y acciones de Heliogábalo esperando adquirir inmensas riquezas. Amenazaba á unos, infundía esperanzas á otros, y á todos los engañaba. Al salir de la cámara del príncipe, hablaba á sus protegidos: «He dicho esto de tí: he recibido para ti tal respuesta: te concederán tal cosa»; obrando, en una palabra, como esos hombres que, una vez admitidos en la intimidad de los que reinan, venden la reputación de los príncipes buenos como la de los malos, y que gracias á la estupidez ó ceguedad de aquéllos, consiguen infame lucro de las palabras que siembran. Heliogábalo se casó con Zótico y consumó su matrimonio teniendo á su lado uno que, presidiendo aquella unión, exclamaba, según costumbre: «Rompe, Magiro» (1); ceremonia que se realizó encontrándose en-

(1) Zótico se llamaba Magiro.

Biblioteca Nacional de España

fermo Zótico. En seguida preguntaba á filósofos y hombres graves si en su juventud habían dado pruebas de tanto vigor como demostraba él, y estas preguntas las hacía en lenguaje impúdico; porque jamás se abstuvo de las palabras más infames, uniendo gesticulación obscena, no respetando el pudor en las asambleas ni delante del pueblo.

De los libertos hizo gobernadores de provincias, legados, cónsules, jefes militares, y envileció todas las dignidades confiriéndolas á hombres de la clase más abyecta y de peores costumbres. Invitaba á sus vendimias á los ciudadanos más nobles, y sentado entre las canastas preguntaba á los más graves si eran fieles al culto de Venus; y cuando aquellos ancianos se ruborizaban, exclamaba: «Este se avergüenza, buena señal», tomando por confesión su silencio y la rubicundez de su frente. El mismo revelaba con la mayor claridad todo cuanto hacía. Si los ancianos se ruborizaban y guardaban silencio porque repugnaban tales cosas á su edad y dignidad, se dirigía á los jóvenes haciéndoles toda clase de preguntas del mismo género; y al recibir contestaciones conformes con su edad, mostraba profunda alegría, diciendo que aquello era celebrar bien la libertad de las vendimias (1). Según dicen muchos autores, él fué el primero que introdujo la costumbre que tienen muchos esclavos, durante la fiesta de las vendimias, de decir delante de sus amos multitud de palabras de sentido ambiguo que él mismo había compuesto, especialmente del griego. Mario Máximo cita muchas de ellas en la vida de Heliogábalo. Rodeóse de amigos impúdicos, de viejos libertinos y de pretendidos filósofos, que, cubriéndose la cabeza con una red, se gloriaban de cometer infamias y de tener maridos. Creen algunos autores que fingían tales vicios para conseguir el favor del príncipe persuadiéndole de que tenía imitadores.

---

(1) Hay aquí un juego de palabras con la voz *liberam*, porque Baco, que presidía las vendimias, se llamaba también *Liber*.

Biblioteca Nacional de España

Dió la prefectura del Pretorio á un bailarín, que había ejercido en Roma el oficio de histrión. Creó prefecto de los guardias nocturnos al auriga Gordio. Nombró prefecto de los víveres al barbero Claudio, y elevó á otras dignidades á hombres que no se recomendaban á sus ojos más que por la enormidad de sus órganos genitales. Hizo curador del vigésimo de las sucesiones á un muletero, y concedió el mismo cargo á un corredor, á un cocinero y á un cerrajero. No se presentaba en el campamento ni en el Senado sino con su abuela Varia, de la que antes hablamos, con objeto de conseguir, por su influencia, consideración que no podía alcanzar por sí mismo. Antes de él no había entrado en el Senado ninguna mujer para firmar allí las deliberaciones y dar su opinión, como ya hemos dicho. En los festines hacia colocar á su lado viejos libertinos, encontrando mucho placer en su contacto y tocamientos, y de sus manos recibia con preferencia la copa en que quería beber.

En medio de estas infamias y torpezas, Heliogábalo hizo alejar á Alejandro, á quien había adoptado, diciendo que se arrepentía de ello, llegando hasta á escribir al Senado para que despojase á aquel príncipe del título de César; pero el Senado guardó profundo silencio en cuanto á aquella petición, porque Alejandro era un joven excelente, que más adelante fué muy buen emperador, no desagradando á su padre adoptivo más que porque no era impúdico. Alejandro era primo de Heliogábalo, y, según el testimsnio de algunos historiadores, había sabido hacerse amar por los soldados, los senadores y el orden ecuestre. Heliogábalo extremó su odio contra él hasta querer matarlo, pagando para ello asesinos. Por su parte, dejando en el palacio á su madre, su abuela y su primo, se retiró á los jardines de la Esperanza antigua (1), so pretexto de entregarse en ellos á los encantos

(1) El templo de la Esperanza antigua estaba situado en la quinta región de Roma. Sin duda se encontraban cerca los jardines de este nombre.

Biblioteca Nacional de España

de un amor nuevo, y dió orden de matar á aquel joven, tan necesario ya á la república. Escribió á los soldados mandándoles despojasen á Alejandro del título de César, y envió gentes á los campamentos para que cubriesen de lodo las inscripciones de sus estatuas, como ordinariamente se hace con las de los tiranos. También solicitó, ofreciéndoles recompensas y honores á los que habían educado á aquel príncipe, para que le matasen de cualquier manera que fuese, en el baño, por el hierro ó el veneno.

Pero nada pueden los malos contra los inocentes. No hay fuerza que pueda determinar á algunos á cometer un crimen. Los mismos dardos que Heliogábalo dirigía contra los otros se volvieron contra él, y pereció á manos de los que excitaba para que sirviesen su rencor. La cólera arrebató á los soldados cuando vieron cubrir con lodo las inscripciones de las estatuas de Alejandro; y unos corrieron al palacio, otros á los jardines donde se encontraba Vario, decididos á vengar á Alejandro y á arrojar al fin del trono al príncipe impuro y parricida que lo ocupaba. Cuando llegaron á palacio, los soldados encontraron al príncipe Alejandro encerrado con su madre y su abuela, y le trasladaron al campamento con fuerte escolta. Semiamira, madre de Heliogábalo, les siguió á pie, muy inquieta por la suerte de su hijo. Desde allí marcharon á los jardines, donde preparaba Heliogábalo una carrera de carros, esperando con impaciencia que fuesen á anunciarle la muerte de su primo. Pero al repentino ruido de los soldados corrió á ocultarse lleno de miedo en un rincón, envolviéndose en una cortina que había á la entrada de su alcoba. En seguida envió algunos prefectos suyos á que calmasen los de las tropas que habían permanecido en el campamento, y otros á que aquietasen á los soldados que habían penetrado en los jardines. El prefecto Antioquiano se dirigió á éstos, y, recordándoles su juramento, les exhortó á respetar la vida del Emperador, consiguiendo que se lo prometiesen, porque eran pocos, habiendo quedado los

Biblioteca Nacional de España

demás con la bandera, que el tribuno Aristomaco había conservado. Esto fué lo que ocurrió en los jardines.

En el campamento contestaron los soldados á las instancias del Prefecto, que perdonarían á Heliogábalo si cambiaba de conducta, si alejaba de su lado á los libertinos, histriones, aurigas, y principalmente á aquellos que, con profundo disgusto de los hombres honrados, dominaban en su ánimo, gloriándose de su influencia y traficando con ella. Tuvo, pues, que despedir á Yerocles, Gordo, Murissimo y otros dos indignos favoritos que le hacían todavía más insensato de lo que naturalmente era. Los soldados mandaron también á los mismos prefectos que no consintiesen á Heliogábalo vivir como antes; que velasen cuidadosamente por Alejandro y que impidiesen toda violencia en él, ó que tratase á los amigos del Emperador, por temor de que llegase á imitar sus vergonzosos ejemplos. Pero Heliogábalo no cesaba de reclamar con vivas instancias al impúdico Yerocles, y diariamente tendía nuevas asechanzas á Alejandro. Como los dos estaban designados cónsules para las kalendas de Enero, Heliogábalo, ultrajándole de nuevo, se negó á presentarse en público con su primo; pero ante las observaciones de su abuela y de su madre, quienes le dijeron que le matarían los soldados si no veían buena armonía entre los dos primos, vistió la pretexta, y á la hora sexta del día se dirigió al Senado, á donde había sido llamada su abuela, y ocupó uno de los primeros asientos. Pero nó quiso subir al Capitolio para hacer los acostumbrados votos y terminar la ceremonia, dejando que la completase el prefecto urbano, que obró como si los cónsules estuviesen ausentes.

Heliogábalo no hubiese aplazado el asesinato de su primo; pero temiendo, si le mataba, que el Senado se inclinase á algún otro, comenzó por mandar á los senadores que saliesen inmediatamente de Roma, obligando á obedecer en el acto hasta aquellos que no tenían carruajes ni esclavos; de manera que unos se hicieron llevar á cuestas y otros alquilaron todos los animales que pudieron encon-

Biblioteca Nacional de España

trar. Habiendo permanecido en Roma el consular Sabino, á quien Ulpiano dedicó sus obras, Heliogábalo llamó un centurión y le mandó, en voz baja, que le matase; pero el centurión, que era algo sordo, creyó que el Emperador le mandaba que le expulsase de Roma, y así lo hizo, debiendo Sabino la vida al defecto del centurión. También alejó Heliogábalo al jurisconsulto Ulpiano, culpable de ser hombre honrado, y al retórico Silvino, que había dado por preceptor al joven César. Silvino perdió la vida; pero Ulpiano se salvó. Los soldados, y especialmente los pretorianos, sabiendo que se encontraban amenazados por Heliogábalo y que les odiaba, conspiraron para salvar la república, cayendo primeramente sobre los cómplices del príncipe, sometiéndolos á diferentes suplicios, arrancando á unos las entrañas y empalando á otros para que su muerte se pareciese á su vida.

Tornando en seguida su furor contra Heliogábalo, le asesinaron en las letrinas, donde se había refugiado. Acto continuo arrastraron por las calles su cadáver, y, como último ultraje, quisieron arrojarle á una cloaca; pero siendo casualmente demasiado estrecha para que cupiese, le pasearon por todo el Circo y le precipitaron por el puente Emiliano al Tíber, después de atarle una piedra para que no flotase en las aguas ni pudiesen jamás sepultarle. Su nombre, es decir, el nombre de Antonino que había afectado llevar, queriendo pasar por hijo de Antonino, fué borrado en todas partes por orden del Senado, quedando solamente el de Vario Heliogábalo. Cuando, después de su muerte, se quería citar algo concedido bajo su reinado, se le llamaba el Tiberiano, el Arrastrado, el Impuro, dándole también otros muchos nombres. Este es el único príncipe que ha sido arrastrado (1), arrojado á una cloaca y precipitado al Tíber, debiendo esta ignominia al odio universal de que era

(1) También arrastraron con un gancho á Vitelio y lo arrojaron al Tíber.

Biblioteca Nacional de España

objeto; odio que deben evitar cuidadosamente los emperadores, porque se hacen indignos de la sepultura, cuando no merecen el amor del Senado, del pueblo y de los soldados. Además del templo al dios Heliogábalo, que unos creen ser el Sol y otros Júpiter, los monumentos públicos que quedan de él son: el anfiteatro, reconstruido después de un incendio; los baños situados en el barrio Sulpicio, comenzados por Antonino, hijo de Severo; otros baños cuya dedicación hizo Antonino Caracala, para uso del pueblo y de él mismo, pero que carecían de pórticos, que construyó este pretendido Antonino y embelleció después Alejandro Severo.

Heliogábalo fué el último de los Antoninos, aunque muchos escritores creen que los Gordianos llevaron también este nombre, pero fué el de Antonio y no el de Antonino el que llevaron. La vida de Heliogábalo, sus costumbres y maldades le hicieron tan odioso, que el Senado borró por todas partes su nombre; y no le habría llamado yo Antonino si los deberes del historiador no me obligasen á repetir hasta los nombres abolidos. Su madre Semiamira, mujer execrable y digna de tal hijo, fué asesinada con él. La primer medida que se tomó, después de la muerte de Antonino Heliogábalo, fué decretar que, en adelante, ninguna mujer entraría en el Senado, y se votó á los dioses infernales al primero que introdujo este abuso. En la historia de su vida se han recogido muchas obscenidades; pero como no son dignas de ocupar á la posteridad, he creído no deber publicar más que las que se referían á su pasión por la lujuria y los placeres. Parte de estos hechos es anterior á su advenimiento; otra se refiere á su reinado. Durante su vida privada se gloriaba de imitar á Aspicio, y en el trono, á Nerón, Othón y Vitelio.

Fué el primer particular que usó para tapices de mesa telas de oro; lujo autorizado por Marco Aurelio, que vendió públicamente todo el mobiliario de los emperadores. En verano daba festines, cuyo servicio era de diferentes colores; hoy, por ejemplo, verde obscuro; otro

Biblioteca Nacional de España

día, verde claro; otro, verde amarillento, y así sucesivamente, cambiando el color durante todo el verano. Fué el primero que tuvo hornillos de plata, y el primero que usó marmitas del mismo metal. También poseyó vasos de plata de cien libras de peso (1), esculpidos, y algunos sobrecargados de figuras altamente obscenas. Inventó la mezcla de la almáciga y el poleo con el vino, y todas las preparaciones cuyo uso ha conservado la glotonería. El vino de rosa, que ya se conocía, lo hizo más agradable mezclándole piñones molidos. Estas diferentes bebidas eran desconocidas seguramente antes de Heliogábalo, que solamente vivía para imaginar nuevas voluptuosidades. Fué el primero que hizo picadillo de pescado, de ostras comunes y raras, y de otros moluscos, cangrejos, langostas y perceves. Hacía que sembrasen sus comedores, lechos y pórticos por donde paseaba, de rosas, lirios, violetas, jacintos, nardos y toda clase de flores. No se bañaba hasta que habían mezclado con el agua los perfumes más raros ó esencia de azafrán. Ordinariamente no se acostaba sino sobre cojines rellenos de pelo de liebre ó del plumón que tienen las perdices bajo las alas, y los cambiaba con frecuencia. Despreciaba profundamente al Senado, llamándole con frecuencia grupo de esclavos con toga. En su concepto, el pueblo romano solamente servía para cultivar el suelo, y no hacía caso alguno del orden ecuestre. Muchas veces, después de comer, mandaba llamar al Prefecto de Roma para beber con él; también llamaba á los prefectos del Pretorio, y, en caso de resistencia, les obligaba por medio de los jefes de los oficios. Quiso que en todas las ciudades fuesen prefectos los rufianes de profesión; y de vivir, habría dado catorce á Roma, porque intentaba elevar á las diferentes dignidades á los hombres más viles y abyectos. Los lechos de sus comedores y alcobas eran de plata maciza (2). Vió-

(1) Plinio habla de platos de plata más pesados que éste.
(2) Conocíanse antes de Heliogábalo los lechos de plata maciza. Los Griegos los conocían también.

Biblioteca Nacional de España

sele muchas veces, á ejemplo de Apicio, comer pies de camello, crestas de gallo, arrancadas á los animales vivos, lenguas de pavo real y de ruiseñor, consideradas como preservativo contra la epilepsia. Servíanse á sus cubicularios grandes platos llenos de entrañas de barbos, sesos de flamencos, huevos de perdiz, sesos de zorzal y cabezas de cotorras, de faisanes y de pavos reales. Pero lo más sorprendente era que hacía servir, en platos grandes ó fuentes, barbas de barbo en tan gran cantidad como si hubiesen sido mastuerzo, toronjil, judías ó hierbas de ensalada.

Alimentaba sus perros con higados de pato. Gustaba mucho de los leones y leopardos domesticados, y cuando ya estaban educados por los esclavos que tenían este encargo, los hacía presentar al segundo ó tercer servicio para gozar con el terror de aquellos convidados que ignoraban que aquellos animales no eran ya feroces. Hacía poner en los pesebres de sus caballos pasas de Apamena. A sus leones y demás animales daba de comer cotorras y faisanes. Durante diez días hizo servir en su mesa treinta tetas de cerda y de jabalina con los órganos genitales, guisantes con granos de oro, lentejas con piedras preciosas, habas con trozos de ámbar y arroz con perlas. También salpimentaba con perlas, en vez de pimienta blanca, los pescados y las trufas. Hacía llover sobre sus convidados por medio de tablillas movibles en el techo tal cantidad de violetas y de flores, que algunos murieron ahogados por no poder desembarazarse de ellas. Hacía derramar en las albercas y cubas de los baños vino de rosa y ajenjo é invitaba á la muchedumbre para que acudiese á beber, bebiendo él mismo un día tan copiosamente delante del pueblo, que se creyó que él sólo vaciaba la piscina. Por regalos de mesa daba eunucos, cuadrigas, caballos enjaezados, mulas, literas cerradas y carruajes; regalaba también mil monedas de oro y cien libras de plata.

Escribía en conchas las suertes que destinaba á los

Biblioteca Nacional de España

convidados (1), de manera que uno recibía diez camellos, otros diez moscas, éste diez libras de oro, aquél diez libras de plomo, uno diez avestruces, otro diez huevos de gallina, lo que hacía verdadero juego, del que solamente disponía la fortuna. Lo mismo hacía en los juegos que daba, y se debía al azar diez osos, diez lirones, diez lechugas ó diez libras de oro; introdujo, pues, el uso del sorteo tal como lo conocemos hoy. También sujetó á este juego los actores, y les hacía sacar perros muertos, una libra de carne de buey, ó bien cien monedas de oro, mil de plata ó cien óbolos, y de tal manera divertía todo esto al pueblo, que más adelante se felicitó de tenerle por emperador.

Refiérese que dió el espectáculo de batallas navales en canales llenos de vino (*euripis*) (2); que en estos juegos los mantos de los espectadores estaban empapados de esencias; que hizo correr sobre el Vaticano cuadrigas enganchadas con cuatro elefantes, después de destruir los sepulcros que estorbaban; que en su circo particular enganchó también cuatro camellos á un carro. Dícese además que hizo reunir, por sacerdotes del país de los Marsos, cierta cantidad de serpientes y que las soltó muy temprano un día en que el pueblo había de concurrir á famosos juegos: añádese que muchas personas perecieron de la mordedura de aquellos reptiles ó en la precipitación de la fuga. Llevaba túnicas de telas de oro, togas de púrpura, mantos persas, bordados de pedrería y tan pesados que aseguraba sucumbía bajo el peso del placer. También llevaba en el calzado piedras preciosas, que estaban grabadas, con lo que excitaba generales risas, porque no era posible ver en las piedras que llevaba en los pies el trabajo de famosos artistas.

(1) Ordinariamente se arreglaban las *suertes* para que hubiese cierta igualdad en los dados que llevaban los convidados; pero aquí es al contrario.

(2) Dícese que el Euripo era un lago donde se daba el espectáculo de batallas navales. Como se habla en plural, parece que debieron construir muchos para este uso.

Biblioteca Nacional de España

Quiso también llevar una diadema enriquecida con pedrería, con objeto de realzar la belleza de su rostro y hacerle más afeminado todavía, pero no la usaba más que dentro de palacio. Dícese que un día ofreció á sus convidados un fénix, ó, en vez de este ave, mil libras de oro si querían dejársela para su casa de campo. Abrióronse en los parajes más alejados del Océano recipientes á los que hizo llegar el agua del mar, regalando uno á cada amigo suyo para que pudiese nadar, después de lo cual los llenó de peces. Hizo acarrear, durante el estío, una montaña de nieve á la huerta de su casa. Nunca comió pescado en las cercanías del mar, y cuando se encontraba lejos, hacíase servir todo lo que produce, y entonces daba de comer á los campesinos murenas, lampreas y lobos marinos.

Los pescados que comía estaban siempre preparados con una salsa verdosa, parecida al agua del mar y que les dejaba su color. Abría de pronto fuentes de vino rosado, llenaba de rosas las piscinas y bebía en ellas como todos los demás. También perfumaba las estufas con esencia de nardo. Hacía poner bálsamo en sus lámparas. Jamás gozaba dos veces de la misma mujer, exceptuando la suya. Hizo de su casa paraje de prostitución para sus amigos, sus clientes y sus esclavos. Sus cenas no costaron nunca menos de cien mil sextercios ó de treinta libras de plata, pero algunas veces se elevaba el gasto á trescientos mil sextercios, comprendiéndolo todo, siendo estas cenas superiores á las de Vitelio y Apicio. Sacaba con bueyes los peces de sus viveros. Un día, al pasar por el mercado, deploró la miseria pública. Ataba á sus parásitos á una rueda que, girando en el agua, les sacaba y sumergía alternativamente, llamándoles sus queridos Ixiones (1). Pavimentó los patios del palacio con piedras de Lacedemonia y pórfido, que llamaba Antoninianas. Estas piedras se han conservado hasta nues-

(1) Ixión, sentenciado en el infierno á ser constantemente revuelto en una rueda de culebras.

Biblioteca Nacional de España

tros días y no hace mucho tiempo que las levantaron y aserraron. Había decidido elevar una columna inmensa, subiéndose á lo alto por escalera interior, y que hubiese sostenido al dios Heliogábalo. Pero no pudo encontrarse roca bastante grande en toda la Tebaida, de donde pensó traerla.

Algunas veces, después de embriagar á sus amigos, los encerraba en una habitación, en la que repentinamente soltaba, durante la noche, leones, leopardos y osos domesticados, con objeto de que, al despertar en el nuevo día, viesen en derredor aquellos animales, ó, lo que era más espantoso todavía, para que los oliesen de noche, muriendo muchos de terror. A aquellos amigos suyos que eran de baja condición, hacía dar, en vez de cojines ordinarios, sacos de cuero henchidos de viento, que mandaba vaciar durante la comida; de manera, que la mayor parte de sus convidados se encontraban de pronto comiendo sobre la mesa. En fin, introdujo la costumbre de formar en semicírculo en el suelo los cojines de los lechos de mesa, para que los esclavos pudiesen vaciarlos por el lado de los pies. Hizo sufrir en realidad á los actores que representaban papel de adúlteros las penas que solamente eran simuladas. Con frecuencia se le vió rescatar á todas las cortesanas de manos de los rufianes y ponerlas en seguida en libertad. Habiendo recaído un día la conversación en el número de los que padecían hernias en Roma, mandó formar lista exacta, les hizo acudir á los baños y se bañó con ellos: algunos eran de condición honrada. Muchas veces se hacía dar, antes de la comida, el espectáculo de un combate de gladiadores. Preparábanle también un lecho en el punto más alto del anfiteatro, desde donde contemplaba, mientras comía, las cacerías de fieras y la ejecución de los criminales. En sus festines colocaban delante de sus parásitos, en el segundo servicio, platos de cera, de marfil ó barro cocido, y algunas veces de mármol ó piedra, representando, cualquiera que fuese la materia, lo que á él mismo le servían; y cada vez que cambiaban

Biblioteca Nacional de España

estaban obligados á beber y á lavarse las manos como si hubiesen comido.

Fué el primero que llevó en Roma trajes de seda sin mezcla; porque antes de él, la seda no entraba más que por mitad. Nunca empleaba ropa blanca lavada, diciendo que esto era propio de mendigos solamente. Frecuentemente se presentó al pueblo con dalmática, después de cenar, llamándose entonces Fabio Gurges y Scipión, porque éste era el traje con el que los padres de aquellos antiguos Romanos les obligaron á presentarse en público en su juventud, para corregir sus costumbres. Reunió en un palacio del Estado todas las cortesanas que frecuentaban el circo, el teatro, el estadio, los baños, en una palabra, todos los sitios públicos de Roma. Allí las dirigió una arenga en la que, hablándolas como á los soldados, las llamó compañeras, debatiendo con ellas los diferentes géneros y aptitudes de voluptuosidad. En seguida admitió á la asamblea los rufianes de profesión, todos los libertinos conocidos y los niños y jóvenes entregados á la lujuria. Adelantóse entonces hacia aquellas cortesanas, vestido de mujer, con el seno descubierto, y hacia los libertinos con el traje especial de los que tienen por oficio prostituirse. Después de arengarles, les prometió, como á los soldados, un donativo de tres monedas de oro, y les exhortó á que rogasen á los dioses, compañeros dignos de sus elogios. Burlábase con sus esclavos hasta mandarles, señalando recompensa, que reuniesen 1.000 libras de telas de araña. Refiérese que reunieron 10.000 libras, y que dijo que por aquel dato podía juzgarse de la grandeza de Roma. Enviaba á sus parásitos, por medio de sus proveedores, como provisiones para el año, vasijas llenas de ranas, de escorpiones, de serpientes y de animales igualmente horribles. También encerraba en aquellas vasijas infinidad de moscas, á las que llamaba «abejas domesticadas».

Hacía llegar hasta bajo los pórticos del palacio y hasta sus comedores carros tirados por cuatro caballos, como en los juegos del circo, obligando á que los guiasen

Biblioteca Nacional de España

ancianos convidados suyos, de los que algunos habían recibido de él dignidades elevadas. Frecuentemente también mandaba que le presentasen 10.000 ratas, 1.000 comadrejas y 1.000 ratones. Tenía pasteleros y queseros tan hábiles, que imitaban con la pasta y la crema todos los platos que le presentaban sus cocineros, sus maestresalas y los que preparaban los frutos. También hacía servir á sus parásitos comidas de vidrio; y algunas veces cubrían su mesa con manteles en los que estaban figurados, á la aguja ó en tapicería, todos los platos que habían de presentar en los diferentes servicios. Algunas veces también les ponían ante los ojos cuadros en los que estaban pintados aquellos manjares; de manera, que parecía que les servían de todo, y en realidad morían de hambre. Mezclaba piedras finas con las frutas y las flores; arrojaba por las ventanas tantos manjares como servían á sus amigos; y como, gracias á las previsoras disposiciones de Trajano y de Severo, había en Roma provisión de trigo para siete años, hizo distribuir á las cortesanas, á los rufianes y libertinos de Roma la porción de un año, prometiendo otro tanto á los que vivían fuera de la ciudad.

Enganchaba á un carro cuatro perros enormes, y se hacía pasear en el interior del palacio. La misma costumbre tenía en sus tierras antes de ser emperador. Presentóse en público en una carroza arrastrada por cuatro ciervos muy grandes. También enganchaban para él leones, y en estos casos se hacía llamar Madre de los dioses; otras veces tigres, y entonces se llamaba Baco; en estos casos cuidaba de llevar el traje con que representan al dios que quería imitar. Tenía en Roma de esos dragones pequeños que los Egipcios llaman agathodemonos (1): y también hipopótamos, cocodrilos, rinocerontes y todos los animales de Egipto dignos de aparecer

(1) Los Fenicios, y no los Egipcios, dieron este nombre á los dragones, animales á que los antiguos atribuían algo de divino como á las serpientes.

Biblioteca Nacional de España

en espectáculos. Algunas veces hacía servir en su mesa avestruces y camellos, diciendo que la ley de los judíos le obligaba á comerlos. Refiérese como hecho sorprendente que habiendo invitado á sus comidas á los principales personajes del Estado, hizo derramar azafrán en los lechos, diciendo que aquél era el heno que convenía á su dignidad. Hacía del día noche y de la noche día, considerando esta costumbre como uno de los principios esenciales del lujo; de manera, que se levantaba al obscurecer, recibía entonces á los que se presentaban á saludarle, y se acostaba por la mañana. Diariamente regalaba á sus amigos, y rara vez despedía alguno sin un presente, á no ser que fuese hombre honrado, que era delito á sus ojos.

Tuvo carrozas adornadas con piedras preciosas y con oro, no haciendo caso alguno de las que estaban guarnecidas con plata, marfil ó bronce. Algunas veces enganchaba á un carro dos, tres ó cuatro mujeres de las más hermosas, llevando el seno descubierto y haciéndose pasear por ellas. Pero la mayor parte de las veces él iba desnudo y lo mismo aquellas mujeres. También tenía la costumbre de invitar á cenar ocho calvos, ocho tuertos, ocho sordos, ocho negros ú ocho hombres muy gruesos que no pudieran colocarse en el mismo lecho (1), y cuyos apuros le divertían en extremo. Muchas veces le ocurrió regalar á los convidados toda la plata y todas las copas que cubrían la mesa; fué el primer emperador romano que hizo servir hidrogaro (2) al pueblo, cuando los festines públicos habían sido hasta entonces militares, costumbre que restableció muy pronto Alejandro. Heliogábalo proponía á sus convidados, en forma de cuestiones científicas, el invento de salsas nuevas para sazonar los manjares; y el que imaginaba una de su

(1) Ordinariamente se colocaban siete ú ocho personas en un lecho de mesa circular, llamado *sigma*.

(2) Guiso con una salsa que se hacía con los intestinos del pez llamado *garo*, puestos en salmuera.

Biblioteca Nacional de España

agrado recibía magnífica recompensa, como un traje de seda, vestido que entonces era muy caro y muy buscado. Si, por el contrario, los manjares le desagradaban, condenaba al inventor á no comer más que de aquello hasta que compusiese cosa mejor. Siempre estaba sentado sobre flores ó sobre esencias preciosas. También gustaba de que le exagerasen el precio de las cosas que le servían á la mesa, llamando á esto el sazonamiento de la comida.

Hizo que le pintasen de pastelero, de perfumista, de tabernero, de posadero, de mercader de esclavos, y en el palacio ejerció todos estos oficios. Frecuentemente hizo servir á sus convidados, en una sola comida, los sesos de seiscientos avestruces; siendo á veces tan espléndidos sus festines, que se veían hasta veintidós servicios, compuestos de innumerable cantidad de manjares; á cada servicio se lavaban, y sus amigos y él acariciaban mujeres, jurándose agotar el placer. También gustaba de comidas de otro género: en casa de cada amigo suyo preparaban un servicio diferente; y aunque uno de ellos viviese en el Capitolio, otro en el monte Palatino, el tercero cerca de las murallas, aquél en el monte Celio y el otro en el lado opuesto del Tíber, marchaba con su comitiva sucesivamente á todas estas casas. Comíase en ellas de todos los platos, se lavaban después de cada servicio, y pasaban á los brazos de las mujeres; de modo, que apenas bastaba el día entero para una comida de estas. Siempre usó aceite mezclado con *garo*, salsa inventada por sibaritas que perecieron en el año mismo en que la inventaron. Dícese que mandó construir baños en muchos puntos distintos, y que solamente los utilizó una vez, haciéndolos destruir en seguida para no tener baños ordinarios. Preténdese que hizo lo mismo con sus casas de Roma, con sus quintas y con sus comedores. Pero me parece que estos detalles, de los que algunos son increíbles, los han imaginado los que han querido hacerle odioso para agradar á Alejandro.

Dícese que rescató por seis mil sextercios una corte-

Biblioteca Nacional de España

sana hermosísima y muy conocida, no la tocó y la respetó como si fuese virgen. Habiéndole preguntado uno, antes de ser emperador, si no temía la pobreza, preténdese que contestó: «¿Qué cosa mejor podría ocurrirme que ser heredero de mí mismo y de mi esposa?» Muchos le hicieron legados en memoria de su padre. Decía que no quería tener hijos por temor de que alguno fuese económico. Hacía calentar su comedor, no con carbones, sino con aromas de las Indias. No siendo todavía más que un particular, jamás se ponía en camino con menos de sesenta carros; por esta razón, su abuela Varia decía que iba á disiparlo todo. Siendo emperador, dícese que se hacía seguir por seiscientos carruajes, alegando que el Rey de los Persas viajaba con diez mil camellos y Nerón con seiscientas carrozas (1). Todos estos carros le eran necesarios á causa de la multitud de rufianes, rufianas, cortesanas y libertinos de toda especie que llevaba en su compañía. Siempre tenía mujeres consigo en los baños, y él mismo las depilaba. También usaba para la barba una pasta depilatoria, y, lo que es vergonzoso de decir, empleaba preferentemente la que había servido ya para aquellas mujeres, eligiendo siempre la hora en que se entregaban á esta operación. Con la misma navaja de afeitar, con la que por su mano rasuraba las partes genitales de sus amigos, se afeitaba en seguida la cara. Hacía sembrar de polvo de oro y de plata el pórtico por donde paseaba, lamentando que aquel pórtico no fuese de ámbar. Frecuentemente también cubrían con aquel polvo, en vez de arena dorada como se hace hoy, el camino que recorría á pie para llegar al caballo ó carroza.

Nunca llevó dos veces el mismo calzado, ni tampoco el mismo anillo, según dicen. Con frecuencia desgarró trajes preciosos, ó tomando lana, la pesaba, y, según su

(1) Si ha de creerse á Suetonio, Heliogábalo no llegaba á la verdad; porque dice aquel historiador que Nerón no caminaba nunca sin una comitiva de mil carros.

Biblioteca Nacional de España

peso, enviaba pescados á sus amigos (1). Hizo echar á pique en el puerto naves cargadas, creyendo dar pruebas de grandeza. Aligeraba el vientre en vasos de oro y orinaba en copas murrhinas y de ágata. Refiérese que decía algunas veces: «Si tengo un heredero, le daré un tutor que le obligue á hacer lo que yo he hecho y haré todavía.» También tenía costumbre singular para sus comidas: un día se hacía servir faisanes, y aquel día, todos los platos eran de carne de faisán; otro día gallina, otro una clase de pescado, y otro una clase diferente; un día carne de cerdo, otro carne de avestruz, otro legumbres, frutas, pasteles y platos de leche. Frecuentemente encerraba á sus amigos en alcobas con decrépitas etiópicas, y allí les tenía hasta el nuevo sol, diciéndoles que eran mujeres hermosísimas. Esto mismo hizo con niños, no destruyéndose este abuso hasta Filipo. Algunas veces reía en pleno teatro hasta el punto que solamente se le oía á él. Cantó, bailó, tocó la flauta y la trompeta, pulsó la pandora (2) y tocó el órgano. Cubierto con un gorro de muletero para que no le reconociesen, dícese que visitó en un día las cortesanas del circo, del teatro, del anfiteatro y de todos los barrios de Roma, distribuyéndoles en todas partes monedas de oro, aunque sin entregarse con todas al desenfreno, y diciéndoles: «Que nadie sepa que Antonino os hace este regalo.»

Inventó muchos géneros de torpezas y sobrepujó en refinamientos de lujuria á los antiguos, porque conocía toda la ciencia de Tiberio, Calígula y Nerón. Sacerdotes sirios le habían predicho que moriría de muerte violenta, y había preparado cordones de seda, de color de púrpura y escarlata, para terminar sus días cuando fuese necesario. Tenía espadas de oro para matarse, si las circunstancias le obligaban á ello. También tenía en cajas

(1) Los comentadores consideran alterado este pasaje, que resulta ininteligible.

(2) Instrumento músico con tres cuerdas, cuya invención se atribuye al dios Pan.

Biblioteca Nacional de España

de perlas, de amatistas y esmeraldas venenos para quitarse la vida si le amenazaba algún peligro muy grave. En fin, había construído, para precipitarse, una torre muy alta á cuyo pie había losas incrustadas de oro y pedrería, diciendo que hasta su muerte debía ser costosa y magnífica, no pareciéndose á ninguna otra. Pero todas estas precauciones fueron inútiles, porque, como ya dijimos, fué muerto por bufones (1), vergonzosamente arrastrado por las calles y cloacas de la ciudad, y arrojado al fin al Tíber. Con Heliogábalo se extinguió en la república el nombre de Antonino, sabiendo todos que fué indigno de aquel nombre, que ni siquiera le pertenecía.

Extrañaráse quizá, venerable Constantino, que el monstruo, cuya vida acabo de referir, fuese elevado al Imperio y que gobernase cerca de tres años sin que se encontrase nadie que libertase de él al mundo, cuando hubo tiranicidas constantemente armados contra Nerón, Vitelio, Calígula y otros príncipes de esta especie. Ante todo, pido perdón por haber mencionado detalles que he encontrado en diferentes autores, aunque he omitido muchísimos que el pudor no permite referir; velando, además, en cuanto he podido, con palabras honestas los que he conservado. En fin, necesario es recordar siempre lo que suele decir tu clemencia: «Que la fortuna es quien hace los emperadores.» En efecto, ha habido reyes medianamente buenos; los ha habido muy malos, pero de desear es, como dice tu piedad, «que aquellos á quienes la fortuna llama al gobierno de los hombres, se muestren dignos del Imperio.» Habiendo sido Heliogábalo el último de los Antoninos, y no habiendo llevado ya en la república este nombre los emperadores, creo poder añadir, para evitar todo error cuando hable de los dos Gordianos, padre é hijo, que se decían de la raza de los Antoninos, que no fué éste su nombre, sino su sobre-

(1) El autor ha dicho antes que los pretorianos mataron á Heliogábalo.

Biblioteca Nacional de España

nombre, y que se llamaban Antonios y no Antoninos, como he visto en muchos libros.

Tal fué la vida de Heliogábalo, según los autores griegos y latinos. He emprendido este trabajo á pesar mío, y porque has querido que escribiese, para presentártela, la historia de aquel príncipe á continuación de la de sus antecesores. También daré á conocer los que le siguieron. El mejor de éstos fué Alejandro, que ocupó dignamente el trono durante trece años. Los demás reinaron seis meses, y, á lo sumo, uno ó dos años, distinguiéndose entre ellos Aureliano, pero sobrepujando á todos el autor de tu raza, Claudio, del que temo hablar á tu clemencia por temor de que los malévolos traten de adulación lo que he de decir de verdadero. Sin embargo, continuaré mi tarea despreciando á los envidiosos, porque todos los historiadores le elogian.

Entre estos príncipes debe contarse á Diocleciano, el autor del siglo de oro; después el llamado comunmente Maximiano, que reprodujo el siglo de hierro, y, últimamente, los otros, hasta llegar á tu piedad. En cuanto á tí, venerable Augusto, las magnificencias de tu reinado exigen más larga historia y mejor historiador. Mi trabajo deberá comprender también á Licinio, Severo Alejandro (1) y Maxencio, cuyo poder entero ha pasado á tus manos. Pero no habré de cercenar nada á su mérito, y me guardaré de imitar á la mayor parte de los escritores que acostumbran á despreciar á los vencidos, persuadido, como estoy, de que es servir á tu gloria trazar con fidelidad el cuadro de las grandes cualidades de aquellos á quienes venciste.

---

(1) Licinio y Maxencio son muy conocidos, y por Severo Alejandro debe entenderse aquel á quien Galerio hizo colega suyo en el Imperio y nombró César, aunque no se llamaba Severo Alejandro, sino Marco Aurelio Severo.

Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE

Á LA VIDA DE HELIOGÁBALO.

Acerca de las costumbres de este príncipe y de su entrada en Roma, da Herodiano los siguientes detalles:

«Cuando todos los soldados reconocieron á Antonino y se vió en tranquila posesión del trono, como era todavía muy joven y no había suplido en él la cultura del espíritu á la experiencia para que se encontrase en condiciones de empuñar las riendas del gobierno, Mœsa arregló con sus amigos los asuntos de Oriente. El joven marchó inmediatamente á Roma para satisfacer el vehemente deseo que tenía su abuela de verse de nuevo en el palacio que por tanto tiempo había habitado. Enterados el Senado y el pueblo romano de lo acontecido en Oriente, quedaron muy afligidos, pero comprendieron la prudencia de ceder á las circunstancias y de aceptar la elección de los soldados; y recordando la molicie é indolencia de Macrino, reconocían que nadie más que él mismo era culpable de su pérdida y de aquella revolución. Antonino había pasado de la Siria á Nicomedia, donde permaneció todo el invierno, porque la estación no era á propósito para embarcarse. En seguida se entregó á su primer género de vida, pasando el tiempo en bailes al sonido de las flautas y timbales, para imitar los misterios y el culto del dios á quien había servido en el templo. Llevaba trajes muy suntuosos, cubiertos de oro y de púrpura, con brazaletes, collar y corona á manera de tiara, enriquecida con perlas y piedras preciosas.

Biblioteca Nacional de España

Su vestido tenía algo del de los sacerdotes fenicios y algo también del lujo de Macedonia: despreciaba el de los Romanos y los Griegos, que era de lana, y no gustaba más que de telas de seda. Estas cosas disgustaban mucho á Mœsa, que le aconsejaba se acostumbrase á llevar el traje á la romana, por temor de que presentándose ante el Senado y el pueblo con la exterioridad de un bárbaro, chocase por aquella novedad y lujo, á los ojos de los Romanos, que dejaban á las mujeres aquellos vanos adornos. Pero no hacía caso alguno de los consejos de su abuela; guiábase á su capricho, y no admitía en su familiaridad más que jóvenes de su edad y aduladores de profesión, que aplaudían cuanto hacía, en vez de guiarle.

»Quiso acostumbrar de antemano al Senado y al pueblo á la extraña forma de su traje; y para ver si esto era fácil, hízose retratar marchando en ceremonia como sacerdote del dios Heliogábalo, cuya imagen estaba representada en el mismo cuadro; enviándolo á Roma con orden de colocarlo en el Senado, sobre el altar de la Victoria, para que cada senador al entrar quemase incienso é hiciese las libaciones de vino en su honor. Obligó también á todos los magistrados romanos á nombrar á Heliogábalo antes que á todos los demás dioses, en la invocación que se acostumbra hacer en los sacrificios públicos: así fué que cuando llegó á Roma no fué ya novedad y cosa extraña ver realmente lo que ya habían visto en pintura. Después de su entrada hizo al pueblo, por su advenimiento al trono, una distribución de trigo, acompañándola con juegos, espectáculos y otras diversiones.»

Tanto Xifilino como Herodiano hablan extensamente acerca del culto del dios Heliogábalo y de las locuras del Emperador. El primero dice:

«Uno de sus crímenes más negros fué el culto de Heliogábalo, que introdujo en Roma, dios extranjero al que reverenció más que á ningún otro, hasta el punto de colocarlo por encima de Júpiter y hacerse declarar sacerdote suyo por decreto del Senado. Hízose circuncidar y se abstuvo de comer carne de cerdo. Presentóse muchas ve-

Biblioteca Nacional de España

ces en público con traje parecido al de los sacerdotes de Siria, y por esta razón se le llamó Sirio. Omitiré las bárbaras canciones que entonaba con su madre y abuela en honor de Heliogábalo, y los impíos sacrificios que le ofrecía. Nada diré de la crueldad con que le inmolaba niños, de la impiedad del arte mágico á que se entregaba. Tampoco es necesario diga que encerró en su templo un león, un mono y una serpiente vivos; que arrojó allí partes cortadas del cuerpo de hombres, que la honestidad no permite nombrar, y que añadió mil ornamentos superfluos. Pero si omito todas estas cosas, no puedo hacer lo mismo con el extravagante capricho que le llevó á dar esposa á Heliogábalo, como si el dios necesitase mujer é hijos. Como no había de haber ni apariencia siquiera de que la que le daba tuviese nada de bajo en su nacimiento y fortuna, eligió la Urania, de los Cartagineses, hizo trasladarla de Cartago á Roma, la colocó en el palacio, é hizo contribuir á todos los súbditos del Imperio á los regalos de boda, como hubiesen hecho con la de una emperatriz. Esta vez fueron voluntarios los regalos, pero más adelante se exigieron otros semejantes. En cuanto á dote, no quiso recibirlo y solamente aceptó dos leones de oro.»

Herodiano dice á su vez: «Erigió á su dios un templo magnífico en el que diariamente se sacrificaba prodigioso número de toros y corderos. También quemaba toda clase de perfumes, y hacía tan abundantes libaciones, que por todas partes corrían arroyos de los vinos más exquisitos con la sangre de las víctimas. Después bailaba en derredor de los altares al son de los instrumentos, con mujeres de su país, que golpeaban címbalos ó tambores pequeños: y esto en presencia del Senado y de los caballeros colocados en una especie de anfiteatro. Los generales del ejército y los primeros dignatarios del Imperio, con ropajes largos, de anchas mangas á la manera de los Fenicios, con una banda de púrpura en medio y sandalias de lino, como usan en Fenicia los que vaticinan el porvenir, llevaban en vasos de oro las entrañas de las vícti-

Biblioteca Nacional de España

mas y los perfumes. Antonino creía dispensar altísimo honor á aquellos á quienes se dignaba admitir en esta clase de ceremonias.

»También quiso dar esposa á su dios, y para ello mandó llevar á su cámara la estatua de Palas, que los Romanos reverencian y ocultan con tanto respeto, y que solamente una vez desde que la trajeron de Troya la habían cambiado de lugar cuando se incendió su templo. Pero cambiando de opinión y diciendo que no convenía á dios tan pacífico como el suyo diosa tan guerrera, hizo llevar á Roma la imagen de la diosa Urania, que los Cartagineses y todos los pueblos vecinos veneran con devoción extraordinaria, creyendo que Dido la colocó en su ciudad cuando comenzó á construirla: los pueblos de Africa la llaman Urania y los Fenicios Astroarquea, conviniendo unos y otros en que es la Luna. Pretendiendo Antonino que no había esposa más adecuada para el Sol que la Luna, hizo traer de Africa la estatua de esta diosa con el oro y cuanto había de precioso en su templo para que la sirviese de dote. Cuando llegó celebró las bodas, y quiso que en Roma y toda Italia hubiese muchos días de regocijos públicos para honrar el matrimonio de aquellas divinidades.

»Hizo construir en un arrabal un templo muy grande y suntuoso, al que llevaba en ceremonia su dios á principios del estío; y allí, para divertir al pueblo, daba toda clase de juegos, de espectáculos y festines, que se sucedían noche y día. Hacía colocar la imagen de Heliogábalo en un carro cubierto de placas de oro y piedras preciosas y arrastrado por seis caballos blancos muy grandes ricamente enjaezados. Ningún mortal había montado jamás en aquel carro, sino que marchaban en derredor como si el dios mismo lo guiase Antonino caminaba de espaldas por respeto, llevando las bridas de los caballos. Pero por temor de que cayese, marcaban el camino que había de seguir con arena dorada; permaneciendo sus guardias á su lado para sostenerle en caso de peligro. El pueblo corría en derredor con antorchas, sembrando el camino de cintas y flores. En esta pompa llevaban tam-

Biblioteca Nacional de España

bién las estatuas de los otros dioses, las ofrendas que les habían dedicado, los símbolos de la dignidad imperial y los muebles más ricos del Imperio. La caballería y las cohortes pretorianas cerraban la marcha. Después de colocar el dios en su templo y hecho todos los sacrificios de que hemos hablado, Antonino subía á altas torres que había hecho construir expresamente, desde donde arrojaba al pueblo vasos de oro y de plata, trajes y telas de todos colores: también hacía distribuir animales domésticos y agrestes, exceptuando cerdos, cuyo uso está prohibido á los Fenicios. Estas liberalidades costaron la vida á muchas personas; todos querían tener parte en ellas y atropellándose para conseguir algo, unos quedaron aplastados bajo la multitud, y otros traspasados por los soldados. Este príncipe, no guardando consideración alguna, ni cuidándose de lo que podrían pensar de él, no solamente bailaba y guiaba carros en presencia de todo el mundo, sino que se pintaba los ojos y embadurnaba el rostro, desluciendo su belleza natural con colores artificiales.»

Hablando de sus costumbres, dice Xifilino: «Durante los tres años, nueve meses y cuatro días que conservó el poder soberano, y que cuento desde la batalla que ganó á Macrino, se mostró excesivamente libertino, injusto, violento y cruel.

»Eutiquiano, que por sus bufonadas había sido apodado el cómico, fué elevado de pronto al cargo de prefecto del Pretorio, á pesar de que anteriormente no había ejercido ningún otro, como no fuese el de prefecto del campamento. Después fué cónsul tres años seguidos, lo que nunca había ocurrido con otro, y que debe contarse entre las injusticias de aquel siglo. Los primeros y principales del Imperio, que no podían aprobar aquella burla del orden y de las leyes, fueron condenados á muerte, unos bajo pretextos vanos y otros sin pretexto alguno. Valerio Peto sufrió la pena capital por haber hecho imágenes pequeñas de oro, con las que se adornaban las cortesanas. Silio Messala y Pomponio Basso fueron

Biblioteca Nacional de España

acusados de condenar en el secreto de su corazón la conducta del Emperador. Por esta razón, en una carta que escribió al Senado les llamaba examinadores de sus acciones y censores de cuanto se hacía en su palacio. Basso era culpable también de otro crimen, el de tener una esposa muy bella y muy noble, que era nieta de Claudio Severo y de Marco Antonino. El Emperador se casó con ella después, sin darle tiempo para que llorase á su marido. En seguida hablaré de los matrimonios de éste, de sus esposas y sus esposos, y de los monstruosos desórdenes con que deshonró á los dos sexos. Este Emperador, que cuidaba tanto de hacer contraer matrimonio á los dioses y á las diosas, según las leyes, no se contenía en los límites de los placeres legítimos, sino que tenía muchas mujeres. No las buscaba, sin embargo, porque experimentase necesidades, sino por el deseo de incitar los desórdenes de sus amantes. Casó con Cornelia Paula con el propósito, según decía, de ser más pronto padre, cuando ni siquiera era hombre. Con motivo de sus bodas, hizo regalos, no solamente al Senado y orden ecuestre, sino que también á las esposas de los senadores. El pueblo recibió á razón de cincuenta dracmas por cabeza, y los soldados doscientas cincuenta. En seguida hubo combates de gladiadores, á los que asistió con traje de púrpura, como había asistido á las rogativas públicas. Perecieron en los juegos muchas fieras, entre ellas un elefante y cincuenta y un tigres, lo que no se había visto hasta entonces. Poco después repudió á Paula, so pretexto de que tenía una mancha en el cuerpo y con infracción patente y vergonzosa de las leyes más santas, casó con la vestal Aquilia Severa. En vez de avergonzarse de aquel sacrilegio, por el que merecía ser azotado en el Foro, encarcelado y condenado al último suplicio, lo coronó con la más repugnante insolencia, diciendo que los hijos que naciesen del sumo pontífice y de la gran vestal tendrían algo de sagrado y divino. No la conservó, sin embargo, mucho tiempo, sino que tomó otra, y otra después, recobrando al fin á Severa.

Biblioteca Nacional de España

Casóse también como mujer, y se hizo llamar emperatriz. Hilaba lana, llevaba algunas veces redecilla y se frotaba los ojos con pomada. Afeitóse la barba, y celebró por ello una fiesta, cuidando de que no le apareciese ningún pelo, para parecerse más á las mujeres, recibiendo acostado á los senadores que se presentaron á saludarle. Su esposo era un esclavo, natural de Caria, llamado Yerocles, auriga, del que se enamoró por una ocasión nacida del ejercicio de aquel oficio; porque un día, habiendo caído del carro este Yerocles á los pies de Heliogábalo, y habiéndole saltado el casco de la cabeza con la violencia del golpe, el Príncipe vió que no tenía barba y que sus cabellos eran muy rubios. Hizo que lo llevasen al palacio para pasar con él las noches, y tanto le elevó en poco tiempo, que ya no se dudaba que su poder fuese más absoluto que el del mismo Emperador. Su madre, que era una sirviente, la llevaron á Roma los soldados y fué colocada en el rango de las esposas de los consulares. Otros muchos consiguieron de él dignidades y riquezas, ó por haber excitado sediciones ó por haberse corrompido de una manera ultrajante para la Naturaleza. Por su parte, tenía por honor recibir aquel ultraje, gloriándose como las cortesanas más impúdicas, y hasta le agradaba le sorprendiesen en el momento mismo en que lo recibía. Hacía que su marido le maltratase, le injuriase y le pegase con tal violencia, que algunas veces llevaba en el rostro las señales de los golpes que había recibido. No le amaba con ardor débil y pasajero, sino con pasión fuerte y constante, de tal manera, que, en vez de disgustarse por los malos tratamientos, le quería más entrañablemente. Tuvo proyecto de darle la prueba más segura de su cariño que pudo desear, la de declararle César, y por ello amenazó á su abuela, que lo disuadía, y se atrajo el odio de los soldados. Pronto veremos cuán funestas le fueron la extravagancia y brutalidad de esta pasión.

»Aurelio Zótico, natural de Esmirna, llamado el cocinero, porque este era el oficio de su padre, fué primera-

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

mente amado y después odiado por el falso Antonino, salvándole esto la vida. Zótico sobrepujaba á los demás atletas en apostura y fuerzas corporales y en la magnitud de las partes pudendas. Descubiertas estas cualidades por aquellos que tenían encargo del Emperador de buscar hombres de este género, fué arrancado de sus combates y llevado á Roma con pompa tan magnífica al menos como la que se desplegó con Agaro en el reinado de Severo, ó la que se usó con Tiridato en el de Nerón. Antes de que le viese Heliogábalo fué nombrado dignatario de la corte, y le introdujeron en palacio á la luz de multitud de antorchas. En cuanto le vió aquel Príncipe infame, acudió á él, llevando mucho colorete en el rostro; y como Zótico, al saludarle, le llamó señor Emperador, según costumbre, le contestó, inclinando blandamente la cabeza como una mujer y dirigiéndole lascivas miradas: «No me llames señor, porque soy se»ñora.» En el mismo momento le llevó á bañarse con él, y habiéndole encontrado tal como se lo habían descrito, cenó entre sus brazos como su amante. Temiendo Yerocles que Zótico adquiriese más influencia que él en el ánimo del Emperador y que en seguida le perjudicase, como es costumbre entre rivales, tuvo la habilidad de hacerle dar, por medio de los escanciadores que eran amigos suyos, un brebaje, que de tal manera le debilitó los nervios, que no hicieron movimiento en toda la noche, por cuya razón cayó en desgracia, se le despojó de todos los regalos que había recibido, y se le expulsó del palacio, de Roma y de Italia. Esta desgracia le salvó la vida.»

Herodiano dice por su parte: «Aunque parecía que Antonino solamente se ocupaba de sacrificios y de fiestas, no dejó de hacer morir á muchas personas de las más notables del Imperio, porque no aprobaban su conducta y se permitían algunas burlas.

»Habiendo casado con una joven de las principales familias de Roma, la repudió poco después, y le quitó los honores de emperatriz de que gozaba. Fingiendo en

Biblioteca Nacional de España

seguida estar profundamente enamorado de una vestal, la arrebató por fuerza, como si hubiese querido dar muestras de valor con aquella violencia, y demostrar al menos una vez que era hombre. Sin atender á las leyes y costumbres romanas que la obligaban á perpetua virginidad, públicamente se casó con ella; y para consolar al Senado y excusarse de aquel escandaloso sacrilegio, le escribió diciendo que había sido una debilidad de que todos los hombres son capaces; que no había podido dominar la violenta pasión que sentía por aquella virgen; que, en último caso, una sacerdotisa convenía perfectamente á un sacerdote, y que su matrimonio sería más santo y augusto. Pero muy pronto se cansó de aquella segunda esposa, y, repudiándola, casó por tercera vez con una parienta de Cómodo.»

Herodiano refiere del siguiente modo la adopción de Alejandro y la razón por que se le dió el título de César: «Viendo Mœsa con mucho disgusto aquella mala conducta, temía que los soldados se cansasen al fin, y quedar ella, con la muerte de Antonino, alejada otra vez de la corte. Para evitar este golpe, fácilmente persuadió al joven, que no era diestro ni previsor, á que declarase César y adoptase á su primo hermano, hijo de Mammea. Para que aceptase la proposición, díjole que convenía pudiera dedicarse sin distracción al culto de su dios; que mientras él atendía exclusivamente á las cosas del cielo, podría encargar á otro los negocios de aquí abajo, y que éste, tomando sobre sí los cuidados del gobierno, solamente le dejaría los placeres; que era natural elegirle en su familia y dispensar este honor á su primo. Habíase dado á aquel niño el nombre de Alejandro, en vez de Alexiano, en memoria del respeto que su pretendido padre Antonino profesaba á aquel rey de Macedonia tan famoso por sus hazañas. Las dos hijas de Mœsa, sin cuidarse para nada de su honra, se gloriaban de haber tenido cada una un hijo de Antonino, y su madre apoyaba la falsedad para atraer á sus nietos el amor de los soldados. Alejandro fué, por tanto, creado César y

Biblioteca Nacional de España

nombrado cónsul con Antonino, que se presentó en el Senado para confirmar la adopción. Aceptóse lo que quería, y sin parar mientes en lo ridículo del caso, á los catorce años se le reconoció padre de un niño que tenía cerca de doce.

»Trató de que su primo adoptase su conducta, que tomase parte en sus bailes y que desempeñase las funciones de sacerdote del dios Heliogábalo como colega suyo en el sacerdocio. Pero su madre Mammea le inspiraba alejamiento por todas aquellas acciones indignas de un emperador. Hacía que diferentes maestros le instruyesen secretamente en todas las ciencias que apreciaban los Romanos y los Griegos, y le enviaba á las academias, donde aprendía todos los ejercicios que dan al cuerpo agilidad y vigor. Antonino le encontraba muy malo, y no pasó mucho tiempo sin que se arrepintiese de haberle asociado al Imperio: alejó de la corte á todos sus maestros, hizo morir á los principales y desterró á los demás con el ridículo pretexto de que pervertían á su hijo, porque en vez de inclinarlo al baile y formarle según su gusto, le inspiraban sentimientos más nobles y levantados. Heliogábalo llegó al exceso de conferir á los cómicos y bateleros más infames los primeros cargos del Imperio: hizo prefecto de las cohortes pretorianas á un bailarín famoso, que nunca había ejercido otro oficio; y del teatro sacó un jefe para la juventud romana, otro para el Senado y otro para el orden ecuestre. Nombraba para los empleos más importantes á los aurigas, y las cuesturas de las provincias mejores eran para sus esclavos ó sus libertos más corrompidos.»

«Heliogábalo recibió poco después (habla Xifilino) el castigo que merecían sus crímenes, siendo asesinado en el campamento por los soldados, á quienes, á pesar de los obsequios que les dispensaba, sus infames desórdenes y monstruosas prostituciones le habían hecho completamente insoportable. He aquí cómo fué arrebatado al mundo. Hizo entrar en el Senado á su primo Bassiano y lo adoptó, teniendo á Mœsa y á Soemis á sus

Biblioteca Nacional de España

costados. En seguida comenzó á celebrar la felicidad de tener un hijo mayor que él y á publicar que no necesitaba otro hijo para establecer su casa, y que el dios Heliogábalo le había mandado que adoptase aquél y le llamase Alejandro. Por mi parte no dudo que aquella adopción se hizo por orden secreta del cielo; y me persuade de ello, no lo que acabo de referir y que él publicaba por vanagloria, sino la predicción que se le había hecho de que le sucedería Alejandro de Emesa, y además un accidente extraordinario ocurrido en la alta Mesia y en la Tracia. Lo referiré en pocas palabras. Un genio, que había tomado el nombre, el rostro y el traje de Alejandro de Macedonia, apareció no sé cómo en las inmediaciones del Danubio, y corrió por el Asia y la Tracia, seguido de cuatrocientos hombres, llevando ramas de árboles y nervios en las manos y sin hacer daño á nadie. Todos los que entonces se encontraban en la Tracia consintieron en que se le preparasen alojamientos y víveres, y no hubo pretor, ni soldado, ni procurador, ni gobernador que se atreviese á oponerse á su paso. Caminó incesantemente como en triunfo, según había predicho, y pasó de allí al territorio de Calcedonia, donde habiendo instituído de noche un sacerdote y dejado en el suelo un caballo de madera, desapareció. Me enteré de todo esto en Asia, antes de saber lo ocurrido en Roma con Bassiano. Sardanápalo (1) se mantuvo en posesión de la autoridad soberana mientras conservó amistosos sentimientos con su primo Alejandro. Pero no los conservó mucho tiempo, y buscó medios de deshacerse de él en cuanto sospechó y vió que se atraía el cariño de todo el mundo. Sin embargo, por grande que fuese su deseo de perjudicarle, no encontró ocasión para ello, porque su madre, su abuela y los soldados velaban incesantemente por su seguridad. En cuanto los guardias descubrieron los propósitos de Sar-

(1) Sabido es que este era uno de los nombres de Heliogábalo.

Biblioteca Nacional de España

danápalo, promovieron una sedición que no pudo calmarse sin mucho trabajo. Habiendo entrado á la vez en el campamento Sardanápalo y Alejandro, el primero empleó profundas sumisiones con los soldados, que pedían les entregase los compañeros de sus torpezas para castigarles como merecían. Con gritos y lamentos que causaban compasión, el Emperador les pidió gracia para Yerocles: «Sea como quiera, yo os pido que le perdonéis la vida y que me matéis en su lugar.» Al fin consiguió ablandarles con sus ruegos, y por aquella vez escapó á su cólera. Su abuela le odiaba por sus monstruosos excesos y por su fingido origen, mientras que amaba á Alejandro como nacido verdaderamente de la familia de Antonino. Sardanápalo tendió poco después otro lazo á Alejandro, dando lugar con ello á nueva sedición de las tropas. Encontrándose los dos príncipes en el campamento, y cuando las dos princesas, sus madres, disputaban con extraordinario calor, esforzándose en agriar á los soldados y provocar su cólera, Sardanápalo observó que se preparaban para cogerle y matarle. En el acto trató de escaparse, y poco faltó para que lo consiguiera, ocultándose en una caja; pero le sorprendieron y mataron á la edad de diez y ocho años. Su madre, que le tenía abrazado, fué muerta con él: cortáronles la cabeza y fueron arrastrados por toda la ciudad, arrojando después al Tíber el cadáver de Sardanápalo, y á otro paraje el de su madre. Con ellos perecieron otros muchos, como Yerocles, los prefectos del Pretorio y Aurelio Eubrilo, que era originario de Emesa, llevaba los registros públicos, y en este cargo había arruinado á muchos particulares: en castigo de esto, le despedazaron los soldados. También fué muerto Fulvio, prefecto de Roma. Eutiquiano, llamado el Cómico, le sucedió, de la misma manera que él sucedió antes al que le había precedido; porque éste era un hombre del que se servía para desempeñar el cargo de prefecto de Roma, como lo empleaban también para desempeñar los personajes que faltaban en el teatro. Al

Biblioteca Nacional de España

mismo tiempo fué expulsado de Roma el dios Heliogábalo. Este fué el fin de Tiberino (1), en cuya ruina quedaron envueltos todos los que habían participado de su favor y contribuído á sus desórdenes, exceptuando uno solo.»

Herodiano dice: «Lo que en el Imperio había de más respetable era tan indignamente prostituído, que todos los corazones rebosaban indignación contra Antonino. Los soldados especialmente no podían soportar que cuidase más de su belleza de lo que puede permitirse á una mujer honrada; que llevase collares y brazaletes de oro, y que no se avergonzase de bailar delante de todo el pueblo con atavíos y aspecto tan afeminados. El odio que les inspiraba les movía más en favor de Alejandro, consolándose con las esperanzas que les daba la buena educación de este joven, al que custodiaban con mucho cuidado para ponerle á cubierto de las asechanzas del Emperador. Su madre Mammea no le dejaba probar ninguno de los manjares que le enviaba su primo, y tenía sus criados de mesa especiales que ella misma había elegido y en cuya fidelidad descansaba. Algunas veces también le daba en secreto dinero para que lo distribuyese á los soldados, persuadida de que era el medio más seguro para ganar y conservar su afecto.

»Advertido Antonino, buscaba toda clase de medios para deshacerse del hijo y de la madre; pero su abuela frustraba todos los golpes. Esta mujer, de ingenio muy agudo, no era novicia en las intrigas de la corte, en las que tanto había intervenido con su hermana Julia bajo el reinado de Severo: así era que nada se le escapaba de las maquinaciones de Antonino, que, por otra parte, no era muy hábil, y que, incapaz de disimulo, dejaba ver todo lo que había en su ánimo. Disgustado al fin porque descubrían todos sus trabajos secretos, decidió quitar públicamente á Alejandro el título de César, retenién-

(1) Nombre también del emperador Heliogábalo.

Biblioteca Nacional de España

dole encerrado en palacio para acostumbrar al pueblo á no tributarle los honores que recibía cuando se presentaba en público. Los soldados llevaban muy á mal que se les privase de su presencia, y sospechaban el propósito del Emperador. Pero cuando hizo correr el rumor de que Alejandro estaba muy malo para ver qué impresión les producía esta noticia, aumentó la inquietud que experimentaban, y de tal manera se encolerizaron, que, encerrándose en el campamento, notificaron á Antonino que no irían á darle guardia hasta que viesen á su primo el príncipe. Asustado el Emperador, se lo llevó en seguida en un carro magnífico: los soldados salieron á recibirle y le llevaron al santuario del campamento, saludándole con alegres gritos y casi sin mirar á Antonino. Disgustóse éste, y habiéndose fijado en los que se habían mostrado más entusiasmados, quiso prenderles al día siguiente y tratarles como jefes de sedición. Pero los soldados no quisieron abandonar á sus compañeros entregándolos á su enojo, y como le odiaban profundamente y hacía mucho tiempo buscaban ocasión para deshacerse de aquel príncipe tan indigno del trono, creyendo encontrarla al fin, le mataron en el acto con la emperatriz Soema que se encontraba presente. También fueron muertos sus cubicularios y demás ministros de sus infamias. Expusieron á los insultos del pueblo los cadáveres de Antonino y de su madre, y después de hacer con ellos todas las indignidades imaginables, los arrojaron á las cloacas, desde donde los llevaron al Tíber. Así murió Antonino después de seis años de reinado; y habiendo proclamado emperador los soldados á Alejandro, llevaron al palacio á aquel joven, que todavía estaba bajo la tutela de su madre y abuela.»

Xifilino habla de la habilidad de Heliogábalo como auriga y bailarín, diciendo: «Guiaba carros vestido con traje verde, y en su palacio se ocupaba con mucha frecuencia en este ejercicio. Tenía como intendentes de los certámenes á los principales del Imperio, los prefectos del Pretorio, su abuela, su madre, las señoras más distin-

Biblioteca Nacional de España

guidas, los más respetables del Senado, y especialmente León, prefecto de Roma. Todos le veían en el carro guiando los caballos; en seguida les pedía una moneda de oro en recompensa de su destreza, como habría hecho un carrerista ordinario, y después se rebajaba hasta acariciar á los soldados. No se contentó con guiar carros, sino que bailaba, no solamente en el teatro, sino andando, sacrificando, al saludar á los que se le presentaban y al arengarles.»

Relativamente á su desenfrenada impureza, dice el mismo historiador: «No hay quien pueda hacer ni escuchar el relato de las abominables torpezas que hizo ó permitió en su cuerpo. Pero no pueden ocultarse otros desórdenes á que se abandonó públicamente. Entraba de noche en las tabernas, se colocaba cabellos postizos y desempeñaba las funciones de tabernero. Marchaba á los parajes de prostitución, arrojaba á las cortesanas y se sumergía en abominables voluptuosidades. En fin, destinó á la incontinencia un departamento en su palacio, en cuya puerta permanecía de pie y desnudo á la manera de las cortesanas, corriendo una cortina sujeta con anillos de oro, y llamando con acento melífluo y afeminado á los que pasaban. Tenía otras personas destinadas al mismo empleo, de las que se servía para que le buscasen hombres cuya impureza le divirtiese. Tomaba dinero de los cómplices de sus torpezas, y se gloriaba de aquella infame ganancia. Cuando se reunía con sus compañeros de desorden, celebraba haber tenido más amantes que ellos y haber reunido más dinero: verdad es que lo exigía indiferentemente á todos aquellos á quienes se prostituía. Entre éstos, había uno muy robusto á quien por este mérito proyectaba nombrar César.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ALEJANDRO SEVERO,

POR ELIO LAMPRIDIO,

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Después de la muerte de Heliogábalo, Alejandro es nombrado emperador, y el Senado le confiere á la vez todos los honores.—Sus maestros.—Su modestia y sencillez.—Origen de su nombre.—Rehusa el de Antonino.—Su matrimonio.—Deliberaciones en el Senado.—Los soldados le dan el nombre de Severo.—Su firmeza.—Sus reformas y reglamentos.—Su odio contra los jueces prevaricadores.—Su desprecio á la adulación.—Sus escrúpulos en el nombramiento de senadores.—Su atención á los detalles relativos á los soldados.—Su conducta con los comerciantes, los judíos, los cristianos, los gobernadores de provincia, etc.—Sus medidas para la disminución del precio de las cosas necesarias.—Su equidad.—Su desprecio á los eunucos.—Sus innovaciones relativas al gobierno de provincias.—Sus construcciones.—Sus termas.—Sus liberalidades al pueblo y á los soldados.—Su estimación por los jurisconsultos Paulo y Ulpiano.—Sus proyectos y reglamentos relativos á los trajes de los Romanos.—Sus consulados.—Su severidad con los ladrones.—Erige estatuas á los emperadores divinizados.—Su admiración por Virgilio y Cicerón.—Su conducta con sus amigos y todos los magistrados.—Dispensa á Roma del coronario.—Establece en Roma curadores públicos y gremios de oficios.—Su conducta con los histriones, los eunucos, las mujeres de mala vida y los libertinos.—Su afición á las obras de las oradores y poetas.—Suplicio de Vetronio Turino por haberse atribuído falsa influencia.—Relación de sus construcciones con las necesidades

Biblioteca Nacional de España

públicas.—Disminuye cuanto puede el impuesto, y reforma la moneda.—Venta de toda su pedrería.—No emplea en trabajos serviles más que á los esclavos.—Sus honorarios á los médicos de la corte.—Sus dones á los magistrados creados por él.—Sus leyes, sus instituciones.—Quiere elevar un templo al Cristo y le disuaden los ministros de la religión.—Su costumbre relativamente á las expediciones militares y nombramientos de magistrados.—Su cuidado por los soldados en campaña.—Su conducta con un senador que quiso apoderarse del trono.—Su matrimonio con la hija de Marciano.—Decide en una causa en favor de los cristianos.—Marcha contra los Parthos al frente de un ejército admirablemente disciplinado y equipado.—Pretende sobrepujar á Alejandro de Macedonia.—Forma nuevos cuerpos de tropas.—Sus modestas costumbres durante las expediciones militares.—Hace grabar en los monumentos públicos la máxima de los cristianos: No quieras para otro lo que no quieras para tí.—Sus reglamentos relativamente á los aparitores de los tribunos y los generales.—Castigo de los tribunos sediciosos.—Derrota del rey Artajerges.—Triunfo de Alejandro en Roma.—Su discurso en el Senado.—Su alocución al pueblo.—Victorias de sus generales en la Mauritania, Iliria y Armenia.—Parte para la guerra de Germania.—Disuelve en la Galia legiones sediciosas y es asesinado por los soldados.—Duración de su reinado.—Presagios de su muerte.—Sentimiento universal á la noticia de su muerte.—Se le otorgan los honores de la apoteosis.—Sus defectos.—Errores de algunos escritores relativamente á Alejandro.—Alocución á Constantino acerca de los buenos y malos emperadores.—Cualidades de los amigos de Alejandro.—Felicitación á Constantino por haber destruído el poder de los eunucos.—Severidad de Alejandro con sus amigos y parientes.—Sus consejeros.—Corrige con su influencia los abusos del principio de su reinado.

Muerto Vario Heliogábalo (porque preferimos darle este nombre al de Antonino, de que era indigno aquel monstruo, y que además fué borrado de los anales por orden del Senado), obtuvo el Imperio Aurelio Alejandro, para dicha del género humano. Era hijo de Vario (1), nieto de Varia y primo de Heliogábalo, y había nacido en la ciudad de Arcena (2). A la muerte de Macrino, el Senado le dió el título de César y después el de Au-

(1) Dión dice que fué padre de Alejandro Génesio Marciano.
(2) Créese que esta ciudad estaba situada en la Fenicia.

Biblioteca Nacional de España

gusto. Esta asamblea le confirió también en el mismo día el título de Padre de la patria, los privilegios de los procónsules y la autoridad tribunicia, así como también el derecho de proponer cinco asuntos (*jus quintæ relationis*). Mas para que no pareza demasiado precipitada esta aglomeración de honores, expondré las razones que movieron al Senado para hacer estas concesiones y á Alejandro para aceptarlas; porque no convenía á la majestad de aquel cuerpo conferir todas aquellas distinciones á la vez, ni á la modestia del Príncipe acumular simultáneamente tantas dignidades. Los soldados habían adquirido la costumbre de elegir tumultuosamente los emperadores y deponerlos con igual facilidad, alegando algunas veces, para excusar su conducta, que ignoraban hubiese elegido ya el Senado. De esta manera habían dado el Imperio á Pescennio Niger, Clodio Albino, Avidio Cassio, y, antes que éstos, á Lucio Vindex, L. Antonio y hasta á Severo, aunque el Senado había nombrado á Juliano. Ahora bien; esta costumbre había ocasionado guerras civiles en las que se había visto á los soldados combatir entre sí con las armas que habían recibido para guerrear contra los enemigos.

Por esta razón se apresuraron á concederlo todo á Alejandro, como á emperador que hubiese reinado ya mucho tiempo. Debemos decir también que el pueblo y el Senado le querían por modo extraordinario, cariño que aumentaba con el recuerdo del monstruo que había deshonrado el nombre de los Antoninos y envilecido el Imperio. En vista de esto, concedieron á porfía al nuevo emperador todos los honores, títulos y poderes; siendo el primer príncipe que recibió á la vez todos los honores más elevados; y si lo debió al título de César, que llevaba ya muchos años, más lo debió á su conducta y pureza de costumbres (1). La adhesión que le mostraba el

(1) Del carácter y gobierno de Severo, dice Herodiano: «Este príncipe tenía carácter muy dulce y moderado, mostrándolo así durante su vida; porque en catorce años no derramó ni una

Biblioteca Nacional de España

pueblo procedía en gran parte también de que Heliogábalo había querido matarle; proyecto que aquel monstruo no había podido realizar por el descontento del ejército y del Senado. Pero todo esto no merecería mucha atención si Alejandro no hubiese sido acreedor á que el Senado velase por su seguridad, que el ejército se interesase por él, y que el voto de todos los hombres honrados le diese el trono.

Alejandro, cuya madre fué Mammea (según dicen muchos escritores), recibió desde la infancia excelente educación civil y militar, y voluntariamente no dejó pasar ningún día sin ejercitarse en la elocuencia y en el manejo de las armas. Sus primeros maestros en las letras fueron Valerio Cordo, L. Veturio y Aurelio Filipo, que era liberto de su padre y que más adelante escribió su vida. En su patria tuvo también por profesores al gramático griego Nebón, al retórico Serapión y al filósafo Stilión; en Roma, al célebre Scaurino, hijo del gramático de este nombre, y á los retóricos Julio Frontino, Bebio Macrino y Julio Graniano, cuyas declamaciones en forma de discursos se conservan todavía. Pero Alejandro no hizo grandes progresos en la lengua latina, como lo demuestran sus discursos en el Senado y sus arengas á los soldados y al pueblo; si bien, el poco gusto que demostró por la elocuencia latina no le impidió profesar mucho afecto á los literatos, mostrando especial temor á que hablasen mal de él en sus escritos. Consi-

---

gota de sangre inocente, lo que no puede decirse de los príncipes que sucedieron á Marco Aurelio, y que es tan verdadero relativamente á éste, que no podrá citarse un solo hombre, que, durante tan largo reinado, fuese condenado sin formarle antes proceso con todas las formas. Algunas veces ni siquiera podía decidirse á condenar á muerte á los culpables de los crímenes más grandes.»

Zósimo dice: «Como Alejandro mostraba excelentes cualidades desde la niñez, se concibieron buenas esperanzas de su gobierno cuando vieron que dió el cargo de prefecto del Pretorio á Flaviano y á Chresto, los dos muy experimentados en la guerra y muy capaces para todos los demás asuntos.

Biblioteca Nacional de España

deróles dignos de asistir á todos sus actos, y les daba cuenta de todos sus hechos, públicos y particulares, que por casualidad no habían presenciado, pidiéndoles que los publicasen después de comprobar su certeza.

Prohibió que le llamasen señor, y quiso que se le escribiese como á un particular, dándole solamente el título de emperador. Hizo desaparecer del calzado y vestiduras imperiales las pedrerías con que los había cubierto Heliogábalo; y sus retratos le representan con traje blanco, sin nada de oro; siendo sus togas y mantos de tela común. Vivía tan familiarmente con sus amigos, que con frecuencia formaba parte de sus reuniones y asistía á sus festines. Algunos de ellos, invitados de una vez para siempre, le veían todos los días. Saludábanle como á un simple senador. Las entradas en su palacio estaban libres, y en vez de introductores solamente había porteros; mientras que antes no se permitía presentarse á saludar al príncipe, que no se mostraba á nadie. Alejandro era hermoso y apuesto, como nos lo presentan hoy sus retratos y estatuas. Tenía aire marcial, el vigor del soldado y la salud del hombre que conoce el valor de la fuerza y que ha sabido conservar la suya. Sus cualidades le habían atraído el afecto general, habiéndole dado algunos ciudadanos el nombre de Pío, y reconociendo todos en él un hombre necesario á la república. En la época en que Heliogábalo amenazaba su vida, las suertes le habían respondido con estas palabras en el templo de la Fortuna de Prenesto:

«Si vencieses al cruel destino,
Serás Marcelo» (1).

Diéronle el nombre de Alejandro, porque había nacido en Arcena, en el templo consagrado á Alejandro Magno, al que habían acudido su padre y su madre en un día

(1) *Eneida*, VIII, 883.

Biblioteca Nacional de España

festivo con ocasión de una solemnidad pública, y además, porque el día en que Mammea le dió á luz era aniversario de la muerte de Alejandro. Rehusó el nombre de Antonino, que quiso darle el Senado; y, sin embargo, como dice Mario Máximo en la vida de Severo, le unían á Caracala más lazos que á la familia de Heliogábalo. Siendo todavía particular y encontrándose en posición muy mediana, se había casado con una mujer perteneciente á una de las familias más nobles del Oriente, y de la que sabía, por su horóscopo, que estaba destinada á ser esposa de un emperador. Por consecuencia de esta unión, Vario Heliogábalo fué realmente, por parte de madre, primo de Alejandro. Este príncipe rehusó el título de Grande que quisieron darle, por acuerdo del Senado, como á Alejandro de Macedonia.

Interesante es consignar aquí el discurso en que rehusó el nombre de Antonino y el dictado de Grande, que le ofrecieron los senadores. Pero antes mencionaré las aclamaciones del Senado en estas circunstancias. «Extracto de las actas de Roma, la víspera de las nonas de Marzo. Habiéndose reunido considerable número de senadores en la Curia, esto es, en el templo de la Concordia (1), invitaron para que acudiese á Aurelio Alejandro César Augusto, que se negó primeramente, sabiendo que se trataba de concederle honores; pero acudiendo al fin, le recibieron con las aclamaciones de: «Virtuoso Augusto, que los dioses te guarden; emperador »Alejandro, que los dioses te protejan. Los dioses te han »dado á nosotros; que los dioses te nos conserven. Los »dioses te arrancaron de manos del impúdico; que los »dioses velen por tu vida. Has padecido como nosotros »bajo un impúdico tirano; has gemido como nosotros al »ver reinar á aquel impúdico libertino. Los dioses le han »exterminado; que los dioses te protejan. Justamente

(1) En Roma había muchos templos de la Concordia, pero no estaban *inaugurados* todos. Este lindaba con el pórtico de Livio.

Biblioteca Nacional de España

»condenaron los dioses á aquel infame emperador. Sere»mos felices bajo tu reinado: la república será dichosa. »El infame fué arrastrado con un gancho para ejemplo »de sus iguales. La lujuria ha sido justamente castigada: »su desprecio por la dignidad del hombre ha sido justa»mente castigado. Que los dioses inmortales den larga »vida á Alejandro. Los juicios de los dioses aparecen en »esta ocasión.»

»Habiendo dado gracias Alejandro, exclamaron de nuevo: «Antonino Alejandro, que los dioses te protejan; Antonino Aurelio, que los dioses te protejan; »Antonino Pío, que los dioses te protejan. Te rogamos »que tomes el nombre de Antonino. Rinde este home»naje á los buenos emperadores, llevando el nombre de »Antonino; purifica el nombre de los Antoninos. Lava »lo que un monstruo manchó. Restablece el honor del »nombre de los Antoninos; que la sangre de los Anto»ninos se renueve en tí. Venga el ultraje inferido á »Marco Aurelio; venga el ultraje hecho á Vero; venga »el ultraje hecho á Bassiano. Solamente Heliogábalo ha »sobrepujado los vicios de Cómodo: Heliogábalo no ha »sido emperador, ni Antonino, ni ciudadano, ni sena»dor, ni hombre, ni romano. En tí se encuentra nuestra »salvación; en tí está nuestra vida; en tí consiste nues»tra felicidad. Larga vida á Alejandro Antonino: en »esto estriba nuestra dicha. Que lleve el nombre de An»tonino. Que sea un Antonino quien consagre los tem»plos de los Antoninos. Que sea un Antonino quien »triunfe de los Parthos y de los Persas. Que siendo »sagrado él mismo, lleve un nombre sagrado. Que »siendo casto y puro, lleve un nombre venerado. Para »tí el nombre de Antonino, el nombre de los Antoninos. »Que los dioses te conserven. Todo lo tenemos en tí, »Antonino, por tí lo tenemos todo.»

»Después de estas aclamaciones, Aurelio Alejandro César Augusto respondió: «No he esperado este mo»mento, Padres conscriptos, para daros gracias por el »nombre de César y por la vida que os debo; por el

Biblioteca Nacional de España

»título de Augusto y el pontificado máximo; por el poder »tribunicio y la autoridad consular; dignidades que, por »ejemplo nuevo, me habéis conferido en un solo día.» Apenas hubo hablado, exclamaron: «Las has aceptado; »que el nombre de Antonino te parezca digno de tí, y »digno de tí el Senado de Antonino. Antonino Augusto, »que los dioses te protejan. Que los dioses conserven en »tí un Antonino. Que se restituya á la moneda el nom»bre de Antonino. Que un Antonino consagre el templo »de los Antoninos.» Aurelio Alejandro Augusto contestó: «No me impongáis, Padres conscriptos, la peli»grosa necesidad de sostener el brillo de tan gran nom»bre, cuando el mío propio, aunque extranjero, parece »ya superior á mis fuerzas. Nombres tan insignes son »carga pesada. ¿Qué se diría de un Cicerón sin elocuen»cia, de un Varrón ignorante, de un Metelo impío? (1). »Y (¡que los dioses no lo consientan!) ¿podría sopor»tarse un impostor que usurpase un nombre ilustre, sin »ser digno de llevarlo y con miras ambiciosas?»

»Habiendo repetido las aclamaciones anteriores, el Emperador, dijo: «Vuestra piedad recuerda los diferen»tes nombres, ó mejor dicho, las cualidades divinas de »los Antoninos. ¿Qué hombre, bajo el punto de vista de »la piedad, fué más piadoso que Antonino Pío? Si la »ciencia, ¿quién más sabio que Marco Aurelio? Si la »bondad, ¿quién más afable que Vero? Si el valor, »¿quién más intrépido que Bassiano? No quiero hablar »ahora de Cómodo, que fué más detestable, porque, »teniendo aquellas costumbres, llevaba el nombre de »Antonino. Diadumeno murió joven y no tuvo tiempo »para merecer este nombre, que debió á la astucia de su »padre.» Aquí repitieron las aclamaciones, y el Emperador prosiguió: «Seguramente recordáis, Padres cons»criptos, el día, cercano aún, en que el más impuro de

(1) Alejandro aludía á Q. Cecilio Metelo, hijo de Metelo Numídico, que consiguió con sus lágrimas y súplicas que levantasen el destierro á su padre.

Biblioteca Nacional de España

»los hombres y hasta de los animales, el monstruo que »sobrepujó en sus liviandades á Nerón, Vitelio y Có»modo, osó tomar el nombre de Antonino: todo el Im»perio gimió, y á una voz dijeron el pueblo y los hom»bres honrados que, lejos de merecer aquel nombre, »aquella calamidad pública mancharía su brillo.» Al decir esto, le interrumpieron con exclamaciones: «Que »los dioses nos preserven de tan grandes males. No los »temeremos mientras reines: estamos seguros bajo tu »imperio. Has triunfado del vicio; has triunfado del »crimen; has triunfado del oprobio. Has aumentado el »brillo del nombre de los Antoninos; estamos tranqui»los; tenemos plena confianza en tí. Desde la infancia »te hemos querido como te queremos ahora.» El Empe»rador dijo: «Si rehuso, Padres conscriptos, un nombre »tan respetado por todos, no es por desdén ni por temor »de caer yo mismo en los vicios de que he hablado. Pero, »en primer lugar, no me agrada tomar un nombre de »familia que me es extraña, y además, me parece muy »difícil de llevar.»

»Cuando hubo dicho estas palabras, volvieron las aclamaciones, y continuó: «Si acepto el nombre de An»tonino, igualmente puedo tomar el de Trajano, el de »Tito ó el de Vespasiano.» Contestáronle exclamando: «Conforme te llamas Augusto, llámate también Anto»nino.» Entonces replicó: «Bien veo, Padres conscrip»tos, la razón que os impulsa á hacerme ese ofreci»miento. El primer Augusto fué el fundador del Imperio, »y, por una especie de adopción ó derecho hereditario, »todos los emperadores se transmiten ese nombre. Los »mismos Antoninos se llamaron Augustos. Pero Anto»nino Pío dió el nombre de Antonino á Marco Aurelio y »á Vero por derecho de adopción. Cómodo lo recibió á »título de herencia; Diadumeno lo tomó en seguida; »Bassiano lo pretendió, y fué ridículo en Aurelio.» De nuevo le interrumpieron con estas exclamaciones: «Au»gusto Alejandro, que los dioses te protejan. Recibe el »precio de tu modestia, de tu prudencia, de tu bondad

Biblioteca Nacional de España

»y pureza. Vemos lo que serás en el trono; tus palabras »nos lo hacen esperar todo. Gracias á tí, el Senado no »hará más que buenas elecciones; tú demostrarás que, »en esta circunstancia, ha hecho una excelente. Alejan»dro Augusto, que los dioses te protejan. Que Alejan»dro Augusto consagre los templos de los Antoninos. »César, Augusto, emperador nuestro, que los dioses te »protejan. Que venzas, que seas feliz, que reines largos »años.» El emperador Alejandro dijo: «Veo, Padres »conscriptos, que he conseguido lo que deseaba: os lo »agradezco. Haré cuanto pueda porque el nombre que »llevo al trono sea ambicionado después de mí, y sea, »por vuestro conducto, recompensa de los buenos prín»cipes.» De nuevo exclamaron: «Grande Alejandro, que »los dioses te protejan. Puesto que has rehusado el nom»bre de Antonino, recibe el dictado de Grande. Grande »Alejandro, que los dioses te protejan.» Y como repetían estas aclamaciones, Alejandro Augusto dijo: «Más »fácil me hubiese sido, Padres conscriptos, aceptar el »nombre de Antonino que el calificativo de Grande; »aquello hubiese sido reconocerme como cierto paren»tesco con los Césares y legítimos derechos á un nombre »imperial. Mas ¿por qué he de recibir el título de Gran»de? ¿Qué he hecho hasta ahora? Alejandro no tomó »ese título hasta después de sus victorias, y Pompeyo »después de sus brillantes triunfos. Calmaos, pues, vene»rables Padres conscriptos; y más bien que honrarme »con el título de Grande, consideradme como miembro »de vuestro augusto orden.» En esto comenzaron de nuevo las aclamacioues: «Aurelio Alejandro Augusto, »que los dioses te conserven»; y todo lo demás, según costumbre.»

Después de resolver otros muchos asuntos en aquel día, Alejandro disolvió la asamblea y regresó como en triunfo, porque adquirió mucha más gloria rehusando aquellos títulos que si los hubiese aceptado; conquistando también sólida reputación de constancia y austeridad, porque el Senado entero no pudo triunfar de la voluntad

Biblioteca Nacional de España

de aquel joven. Pero aunque no consiguió hacerle tomar los nombres de Antonino y Grande, el singular vigor y admirable firmeza que opuso á la insolencia de las tropas hizo que los mismos soldados le llamasen Severo. Esta conducta le valió el respeto de su siglo y la admiración de la posteridad, debiendo solamente á su firmeza tan notable distinción. Este fué el único, como ya manifestaremos, que disolvió las legiones sediciosas y castigó severamente á los soldados culpables de algunos desórdenes, como también diremos en su lugar.

Los presagios de su advenimiento fueron los siguientes. En primer lugar, nació el día en que se dice que murió Alejandro Magno; en segundo lugar, su madre lo dió á luz en un templo consagrado á aquel príncipe, y en tercer lugar, recibió su nombre. Una anciana se presentó á ofrecer á su madre un huevo de paloma de color de púrpura, puesto el mismo día en que nació Alejandro. Consultados los auspicios acerca de este hecho, declararon que sería emperador y que ascendería muy joven al trono, pero que no reinaría mucho tiempo. Mientras su madre le daba á luz en el templo de que hemos hablado, un retrato del emperador Trajano cayó sobre el lecho nupcial del padre de Alejandro, sobre el que estaba colgado. La nodriza que dieron al niño se llamaba Olimpias, como la madre de Alejandro Magno, y el campesino, esposo de ésta, llevaba el nombre de Filipo, como el padre de aquel príncipe. Refiérese también que el día de su nacimiento se estuvo viendo, cerca de Arca Cesarea, una estrella de primera magnitud, y que desde la casa de su padre se vió el sol rodeado de un círculo luminoso. Los arúspices, que hicieron votos por él el día de su nacimiento, dijeron que ejercería el poder soberano, porque las víctimas que habían traído procedían de un campo que perteneció al emperador Severo, teniéndolas destinadas los habitantes á un sacrificio por sus manes. En la casa de Alejandro, junto á un viejo melocotonero (*persicus*), brotó un laurel que, en el espacio de un año, se hizo más grande que el melocoto-

Biblioteca Nacional de España

nero, de lo que se dedujo que Alejandro triunfaría de los Persas.

La víspera del alumbramiento soñó su madre que daba á luz un dragón de color de púrpura; y en la misma noche tuvo su padre un sueño en el que se creyó transportado al cielo con alas de la Victoria romana, que está colocada en el Senado. El mismo Alejandro, habiendo consultado á un adivino acerca de su porvenir, dícese que recibió esta contestación, siendo todavía niño:

«Reinarás en el cielo, en la tierra y en los mares», contestación que significaba que algún día sería colocado en el rango de los dioses. También le contestaron:

« Estás destinado al imperio que posee el Imperio », lo que quería decir que sería jefe del Imperio romano; porque ¿dónde está la sede del imperio que posee el Imperio sino es en Roma? Estas fueron las predicciones que se hicieron en versos griegos. Cuando por consejo de sus padres pasó del estudio de la filosofía y de la música al de otras enseñanzas, obtuvo la siguiente respuesta de las suertes virgilianas:

«.....Y esto adivino:
Otros, con más primor, bultos vivientes
Harán de bronce duro ó mármol fino;
Oradores habrá más elocuentes;
Sabios podrán con más seguro tino
El cielo escudriñar y las estrellas,
Y los cercos medir y el poder de ellas.
Tú, Romano, regir debes el mundo;
Esto, y paces dictar, te asigna el hado,
Humillando al soberbio, al iracundo;
Levantando al rendido, al desgraciado» (1).

Otras muchas señales además le pronosticaron el gobierno del mundo. Tenía tanto fuego en los ojos que no se podía sostener por largo tiempo su brillo. Con mu-

(1) *Eneida*, VI, 848-854. Traducción de D. Miguel Antonio Caro, publicada en esta Biblioteca.

Biblioteca Nacional de España

cha frecuencia se encontraba dotado del espíritu de adivinación. Tenía admirable memoria, que, según todos los escritores, exceptuando Acholio, no necesitaba ningún auxilio extraño. Ascendiendo en su infancia al Imperio, todo lo ordenaba con su madre, de manera que hubiese podido decirse que reinaban juntos. Aquella mujer era austera, pero avara y ávida de dinero.

Cuando empezó á ejercer el mando, en calidad de Augusto, alejó del gobierno á todos los jueces y los magistrados que el impuro Heliogábalo había sacado de la clase más abyecta. En seguida depuró el Senado y el orden de los caballeros. También revisó la lista de las tribus, y de aquellos que se prevalían de algunas prerrogativas militares. Alejó de su persona y del palacio á aquellos que desempeñaban infames oficios, y no admitió en la corte más que á los hombres absolutamente necesarios. Obligóse con juramento á no tolerar empleos que no estuviesen sujetos á funciones, para no aumentar los gastos públicos, diciendo: «Mal administrador es el príncipe que alimenta con las entrañas de las provincias hombres inútiles á la república.» Prohibió se dejasen en ninguna ciudad jueces concusionarios, y los gobernadores de las provincias que los descubriesen tenían orden de deportarlos. Atendió cuidadosamente á la calidad de los víveres destinados á las tropas. Castigó con la muerte á aquellos tribunos que habían obtenido provechos sobre la alimentación del soldado. Quiso que las causas y litigios los examinasen primeramente los jefes de archivos y jurisconsultos tan hábiles como íntegros, entre los que ocupaba Ulpiano el primer lugar, y que en seguida los sometiesen á su tribunal.

Dictó muchas leyes muy sabias relativamente á los derechos del pueblo y del fisco. No tomó ninguna decisión importante sin consultar veinte jurisconsultos, otros tantos ciudadanos conocidos por su saber y prudencia, y por lo menos, cincuenta magistrados experimentados, con objeto de reunir en su consejo tantos votos como se necesitaban para dar un senatusconsulto. Cuidábase de

Biblioteca Nacional de España

recoger cada opinión y hasta de escribir lo que cada cual había dicho; pero dejando tiempo á sus consejeros para examinar el asunto y meditar antes de decidirse, con objeto de no obligarles á dar opinión irreflexiva sobre asuntos tan graves. También acostumbraba, tratándose de cuestiones de derecho ó de negocios, no llamar á su consejo más que hombres muy sabios ó muy hábiles. Si se trataba de asuntos militares, consultaba soldados veteranos, viejos, ciudadanos que habían prestado servicios á la república, que conocían las condiciones de los terrenos, las necesidades de la guerra y la vida de los campamentos; en una palabra, personas muy instruídas, y especialmente aquellas que conocían la historia, y les preguntaba qué habían hecho en circunstancias parecidas á aquellas en que se encontraban los antiguos generales de los Romanos y de los pueblos extranjeros.

Encolpio, que vivió muy familiarmente con Alejandro, refiere que siempre estaba dispuesto, cuando veía un juez infiel, á arrancarle los ojos; tanto odiaba á los convictos de prevaricación. Septimio, que escribió la vida de este Príncipe con mucho talento, añade que se enfurecía tanto contra aquellos jueces de quienes se decía que habían cometido robos y no habían sido condenados, que al verlos se le removía el estómago hasta el punto de vomitar bilis, subiéndole la sangre al rostro de tal manera que no podía hablar. Septimio Arabino, famoso por sus rapiñas, pero impune bajo Heliogábalo, habiéndose presentado á saludarle con los senadores, exclamó: «¡Oh divinidad del cielo! ¡Oh Júpiter! ¡Oh dioses inmortales! No solamente vive Arabino, sino que se atreve á presentarse en medio del Senado! ¿Espera acaso de mí algún favor, y me cree bastante necio y bastante insensato para soportarle?»

Acercábanse á él saludándole con las palabras *Ave, Alexander*, y si veía que alguno inclinaba la cabeza ó procuraba halagar su vanidad, le expulsaba como adulador, cuando la calidad de aquel cortesano lo permitía; si su rango le ponía á cubierto de aquel castigo, le contes-

Biblioteca Nacional de España

taba con una carcajada. En cuanto le tributaban las primeras atenciones, ofrecía asiento á todos los senadores. No admitía al honor de saludarle más que á los ciudadanos recomendables ó de buena fama. Dispuso, como se practica en los misterios de Eleusis, «que no entrasen en su casa más que personas exentas de toda mancha.» Publicó un edicto prohibiendo que aquel que tuviese su conciencia cargada con algún robo, se presentase á saludarle, y amenazando con la pena de muerte á aquel que en este caso fuese reconocido culpable. Prohibió se le tributase la especie de culto que Heliogábalo fué el primero en exigir, á ejemplo de los reyes de Persia. Con frecuencia decía que «los ladrones se quejan de ser pobres, con objeto de encubrir los crímenes de su conducta», añadiendo en griego una sentencia muy conocida, cuyo sentido es el siguiente: «Robar mucho y dar poco á los jueces que se venden, es asegurar la impunidad.» Ὁ πολλὰ κλέψας ὀλίγα δούς ἐκφεύσεται.

No nombró prefecto del Pretorio hasta después de consultar al Senado, y recibió de esta Asamblea el prefecto urbano. Eligió para segundo prefecto del Pretorio á un ciudadano que hasta llegó á huir para libertarse de aquel honor. Entonces dijo: «Es necesario llamar al Gobierno de la República, no á los que lo desean, sino á los que lo rehusan.» Nunca nombró un senador sin el voto de todos los senadores que asistían á su consejo; de manera que la elección descansaba en el voto unánime y el testimonio de los principales personajes del Estado. Pero si estos testimonios ó los que habían emitido su voto le engañaban, en seguida se veían rechazados, por juicio formal, á la última clase de ciudadanos y condenados como falsarios, sin esperanza de perdón. No creó senadores sino con aprobación de los ciudadanos más ilustres, convocados en el palacio, diciendo que era necesario ser hombre eminente para elegir un senador. Nunca hizo ingresar libertos en el orden ecuestre, al que llamaba vivero de senadores.

Tal era su moderación, que nunca rechazó á nadie;

Biblioteca Nacional de España

se mostró afable con todos; visitaba á sus amigos enfermos, cualquiera que fuese su rango; gustaba que le manifestasen francamente la opinión; escuchaba cuanto le decían, y realizaba todos los cambios útiles que le indicaban. Si cometían alguna falta, él mismo la mostraba, pero sin orgullo ni amargura. Hacía dar asiento á todo el mundo, exceptuando á aquellos á quienes la voz pública acusaba de malversación, y siempre preguntaba por los ausentes. Como su madre Mammea y su esposa Memmia, hija del consular Sulpicio y nieta de Catulo, le censuraban su extraordinaria afabilidad, diciéndole con frecuencia: « Debilitas tu autoridad y haces despreciable el Imperio», les contestaba: « Decid más bien que lo hago más sólido y duradero.» En fin, no pasó ni un solo día sin que diese pruebas de su dulzura, afabilidad y benevolencia, sin perjudicar al Erario público.

Quiso que fueran raras las condenas, pero hizo ejecutar todas las dictadas. Destinó los impuestos de las ciudades al entretenimiento de sus propios edificios. Colocó los fondos públicos al cuatro por ciento, prestando dinero sin usura á algunas familias pobres para que comprasen tierras, no exigiendo el reembolso sino sobre el producto de las mismas tierras. Concedió la dignidad senatorial á sus Prefectos del Pretorio, dándoles de esta manera el rango y título de clarísimos; favor muy raro antes de él, ó completamente inusitado, hasta el punto que si un emperador quería dar sucesor al Prefecto del Pretorio, le enviaba la lacticlavia por medio de un liberto, como dice Mario Máximo en la vida de muchos príncipes. Alejandro quiso que los Prefectos del Pretorio fuesen senadores, para que el senador romano no pudiese ser juzgado sino por miembros de su orden. Sabía el nombre de sus soldados en cualquier punto que estuviesen, y en su cámara tenía un registro en que constaba su número y tiempo de servicio. Su única ocupación, cuando se encontraba solo, era enterarse de lo que se relacionaba con ellos, de su número, sus grados, sus campañas; de manera que estaba perfectamente instruído de todos

Biblioteca Nacional de España

estos detalles. Si ocurría algo entre los soldados, podía citar muchos por su nombre. Anotaba también los que merecían ascensos, y releía todas estas notas, á las que añadía otras diariamente concernientes á su mérito, promociones y por qué recomendación las habían obtenido. Cuidó tanto del aprovisionamiento del pueblo romano, que de su propio peculio devolvió á los graneros públicos toda la reserva de trigo que Heliogábalo había disipado.

Concedió grandes inmunidades á los negociantes, con objeto de atraer á Roma el mayor número posible. Restableció la distribución de aceite que Severo hacia al pueblo y que Heliogábalo había disminuído, gracias á su elección de los hombres más despreciables para prefectos de los aprovisionamientos. Concedió á todos los ciudadanos el derecho, que les había quitado aquel indigno Emperador, de poner en orden sus asuntos. Estableció en Roma muchas máquinas. Devolvió á los judios sus privilegios y toleró á los cristianos. Mostró tanto respeto á los pontífices, quindecinviros y augures, que les permitió rever y juzgar de distinta manera que él, después de su propia decisión, algunas causas relativas al culto. En viaje, hacía siempre montar con él en el carruaje á los gobernadores de provincias cuya reputación no era obra mentirosa de un partido, y les hacía regalos, diciendo que los ladrones debían ser excluídos del gobierno, y los hombres íntegros recompensados y enriquecidos. Habiéndole pedido el pueblo disminución de precios de los géneros, preguntó, por medio del Curión (1), cuáles eran los que encontraban muy caros. En seguida dijeron que la carne de buey y de puerco, y en el acto rebajó el precio, pero prohibiendo terminantemente matar puercas recién paridas, lechones, vacas y terneras; de manera que en el espacio de dos años, y casi en un año solo, el

(1) Llamábanse *Curiones* los heraldos encargados de anunciar durante los espectáculos los edictos del príncipe ó los decretos y actos del pueblo.

Biblioteca Nacional de España

precio de la carne de puerco y de buey quedó reducido, de ocho ases la libra, á dos y hasta uno.

Él mismo instruía las causas de los soldados contra los tribunos, y cuando los encontraba culpables, les castigaba sin indulgencia, segun la importancia del hecho. Tenía agentes experimentados para tomar continuamente informes acerca de todos, y cuidaba de que nadie les reconociese como tales, porque sabía que ningún hombre es inaccesible á la corrupción. Sus esclavos llevaron siempre el traje propio de su condición, y sus libertos el de hombres libres. Arrojó de su lado á los eunucos, y quiso que sirviesen á su esposa á título de esclavos. Mientras que Heliogábalo fué el esclavo de los eunucos, Alejandro los redujo á determinado número, y limitó su servicio en palacio á los baños de las mujeres, quitándoles, no solamente los cargos de receptor é intendente que Heliogábalo les había dado, sino que también los que ejercían antes. Decía que los eunucos eran un tercer género en la humanidad; que no merecían ser empleados, ni siquiera que se les considerase como hombres, y que apenas eran dignos de servir á las mujeres distinguidas. Hizo crucificar, en el camino de una finca imperial, el más frecuentado por los esclavos, un hombre que había traficado con su influencia y recibido cien monedas de oro de un soldado.

Dió gobernadores á muchas provincias que solamente tenían pretores, é hizo proconsulares con el beneplácito del Senado. Prohibió en Roma los baños comunes á los dos sexos, prohibición hecha ya antes de él, pero que Heliogábalo había levantado. El impuesto que pagaban los mercaderes de esclavos, las meretrices y los libertinos de profesión no ingresó ya en el Tesoro sagrado, sino que se aplicó á los gastos públicos, como las reparaciones del teatro, del circo, del anfiteatro y del estadio. Tenía el propósito de extirpar esta clase de hombres que viven de la infamia, como más adelante lo consiguió Filipo; pero temió que esta medida convirtiese una vergüenza pública en un desbordamiento de pasiones particulares, porque los

Biblioteca Nacional de España

hombres desean con más ahinco lo que les está prohibido, inclinándose á ello con una especie de furor. Sujetó á un impuesto muy útil los sastres, los tejedores, los vidrieros, los peleteros, los fabricantes de carruajes, los plateros, los doradores y demás artesanos, y lo empleó en reparar los baños que él mismo había fundado y en construir otros nuevos para uso del pueblo. Hizo rodear de un bosque las termas públicas, y destinó cierta cantidad de aceite para el alumbrado de los baños, que no se les abria hasta el amanecer y se les cerraba antes del ocaso del sol.

Algunos escritores dicen que bajo su reinado no se derramó sangre, y esto es falso, porque los soldados le llamaron Severo á causa de su dureza y del excesivo rigor de algunas penas que impuso. Restauró los edificios construidos por los antiguos príncipes, y él mismo levantó muchos, entre ellos las termas que llevan su nombre, cerca de las de Nerón, y á las que trajo un agua que fué llamada Alejandrina, y rodeó sus termas con un bosque plantado sobre el emplazamiento de muchas casas particulares, que había comprado y demolido. Fué el primer emperador que pudo llamar al Océano una de sus cubas, cosa que no pudo hacer Trajano, que asignó cubas á cierto número de días. Alejandro acabó las termas de Antonino Caracala, añadiéndolas pórticos y adornos. Para las construcciones con mármol inventó una mezcla de pórfido y mármol lacedemonio, composición que lleva su nombre, y con la que adornó el palacio. Erigió en Roma muchas estatuas colosales, construidas por artistas que llamó de todas partes. Hizo acuñar con su efigie, con el traje de Alejandro, considerable número de monedas, la mayor parte de oro. Prohibió á las mujeres mal reputadas que se presentasen á saludar á su madre y su esposa. Arengó muchas veces al pueblo de Roma, siguiendo la costumbre de los tribunos y de los cónsules.

Dió tres veces el congiario al pueblo y á los soldados, añadiendo á estas liberalidades carne para el pueblo.

Biblioteca Nacional de España

Para aliviar también á los pobres redujo al tres por ciento el interés que exigían los usureros. Á aquellos senadores que prestaban dinero les prohibió primeramente recibir intereses, y sólo les permitió aceptar ligero regalo; más adelante fijó en seis por ciento el interés de su dinero, pero suprimió los regalos. Recogió de todas partes y reunió en el foro de Trajano las estatuas de los grandes hombres. Tuvo en mucha consideración á Paulo y Ulpiano, quienes, según unos, fueron nombrados pretores por Heliogábalo, y según otros, por el mismo Alejandro; aunque lo cierto es que Ulpiano fué uno de los consejeros de Alejandro, y su maestro en procedimientos; pero aseguran también que los dos fueron asesores de Papiniano. Alejandro había decidido construir, entre el campo de Marte y los cercados de Agripa, una basílica de cien pies de ancha y mil de larga, que había de descansar toda entera sobre columnas; pero la muerte le impidió realizar aquel proyecto. Adornó de modo conveniente los templos de Isis y Serapis, añadiendo estatuas, vasos de Delos y todo lo que se relacionaba con las ceremonias místicas de estas divinidades. Profesaba profundo cariño á su madre Mammea, y mandó construir en Roma en el palacio comedores con el nombre de Mammeas, que el vulgo ignorante llama hoy *mamas*. Embelleció á Baias con un palacio, cerca del cual se abrió un lago que todavía lleva el nombre de Mammea. También dejó allí otras obras magníficas en honor de sus parientes, así como inmensos estanques abiertos al agua del mar. Restauró casi todos los puentes que construyó Trajano, y edificó algunos nuevos, pero á los restaurados les dejó el nombre de Trajano.

Proyectaba dar á todos los cargos y dignidades traje especial que les diera á conocer. Quería que se hiciese lo mismo con todos los esclavos para que se les distinguiese entre el pueblo, y para impedir las sediciones, así como también la mezcla de los esclavos con los hombres libres. Pero este proyecto no obtuvo el asentimiento de Paulo y Ulpiano, quienes dijeron se multiplicarían las

Biblioteca Nacional de España

pendencias, facilitando á los hombres los medios de insultarse. Entonces pensó que bastaría se distinguiesen los caballeros romanos de los senadores por la anchura de sus nudos de púrpura (1). Permitió á los ancianos, dentro de Roma y durante el invierno, el uso de mantos cortos, prenda que hasta entonces no se había permitido más que en viaje ó en tiempo de lluvia. Prohibió á las mujeres este mismo manto en Roma, pero se lo permitió en viaje. Hablaba mejor en griego que en latín y no hacía mal los versos. Gustaba mucho de la música y de los grandes conocimientos en astrología, queriendo que esta ciencia se enseñase públicamente en Roma y que los maestros hubiesen demostrado su saber. También era muy experto en el arte de los arúspices y tan hábil intérprete del vuelo de las aves, que sobrepujaba á los Vascones y á los augures de los Españoles y de los Pannonios Cultivó la geometría, sobresalió en la pintura y cantó muy bien, pero nunca más que delante de sus hijos. Tocaba la lira, la flauta y el órgano, y también la trompeta, pero ya emperador, abandonó este instrumento. También fué el mejor luchador de su época y diestro en el manejo de las armas, hizo gloriosamente, muchas guerras.

Tres veces fué cónsul ordinario, y desde los primeros días sustituyó siempre á los otros. Los magistrados infieles encontraron en él juez extraordinariamente riguroso; llamábales culpables cargados con un crimen diario, les condenaba á las penas más duras y les consideraba como los mayores enemigos de la república. Habiendo hecho un escribano falso relato de un negocio en el consejo del Emperador, lo desterró, después de mandar cortarle los nervios de los dedos para que no pudiese escribir jamás. Un ciudadano de respetable familia, pero conocido por sus malas costumbres y muchos

(1) Los senadores y caballeros romanos llevaban un nudo ó botón de púrpura ó de oro en una banda como señal de dignidad.

Biblioteca Nacional de España

hurtos, habiendo aspirado, por ambición, al ingreso en el Senado y conseguido que le admitiesen, gracias á la recomendación de algunos reyes amigos, fué muy pronto acusado de robo ante sus mismos protectores. Recibieron los reyes orden de juzgarle, quedó probado el hecho y le condenaron. Preguntáronles en seguida qué suplicio se aplicaba en su país á los ladrones; contestaron que la cruz, y habida la respuesta crucificaron al culpable. Aquel ambicioso fué condenado por los mismos que le habían protegido, sin que padeciese la fama de clemencia que tanto apreciaba Alejandro. A ejemplo de Augusto, que hizo erigir en su foro estatuas de mármol á los grandes hombres, con mención de sus hazañas, Alejandro elevó á los emperadores divinizados en el foro del divino Nerva, llamado *Transitorio*, estatuas colosales, tanto ecuestres como pedestres y desnudas, con inscripciones y columnas de bronce, en las que constaban sus hechos. Quería que se le creyese de origen romano, avergozándole que le llamasen Sirio, especialmente desde que los habitantes de Antioquía, de Egipto y Alejandría, en un día festivo le abrumaron con sarcasmos, según su costumbre, llamándole Sirio, archisinagogo y archipontífice.

Antes de que hable de sus guerras, expediciones y victorias, daré á conocer brevemente su vida privada cotidiana. Su manera de vivir era la siguiente: cuando podía, es decir, cuando no había yacido con su esposa, sacrificaba por la mañana en su santuario, en el que había reunido, además de los retratos de los mejores emperadores, los de los hombres más virtuosos, como Apolonio (de Thyano), y, según dice un escritor de su época, el de Cristo, de Abraham, de Orfeo y de otros dioses de esta clase, y también los de sus antepasados. Si no podía á causa del alejamiento, paseaba en carruaje ó á pie, ó bien se dedicaba al placer de la pesca ó de la caza. En seguida, cuando se lo permitía la hora, destinaba algún tiempo al despacho de los negocios públicos. En efecto, como ya se ha dicho, había confiado á amigos

Biblioteca Nacional de España

fieles é incorruptibles los negocios militares y los civiles; y solamente tenía que ratificar sus decisiones, exceptuando el caso en que creía deber añadir algo por sí mismo. Pero cuando era necesario, se ocupaba de los negocios desde antes de amanecer y les consagraba mucho tiempo, sin mostrar jamás enojo, cólera ó desagrado. Todo lo contrario, siempre tenía humor igual, es decir, alegre. Su penetración era tan grande, que nadie lograba imponérsele; y el que trataba de tenderle un lazo, descubierto en seguida, sufría el castigo.

Después de los asuntos públicos, tanto militares como civiles, se dedicaba á atenta lectura de alguna obra griega, especialmente la *República* de Platón. Entre los autores latinos, leía preferentemente el tratado de los *Deberes* de Cicerón y su libro de la *República*. Algunas veces también leía oradores y poetas, entre otros, Horacio y Sereno Sammónico, á quien había conocido y estimado. También leía la vida de Alejandro, á quien había tomado por modelo, aunque condenaba su afición á embriagarse y su crueldad con sus amigos; defectos que en vano paliaban á sus ojos buenos escritores en quienes tenía ordinariamente confianza. Después de la lectura, dedicaba algún tiempo á la lucha, á la pelota, á la carrera ó á ejercicios más suaves. Después, cuando se había de ungir, tomaba un baño frío, porque casi nunca los usaba templados, permaneciendo en él cerca de una hora. Todos los días bebía en ayunas un vaso de agua fresca de la fuente llamada Claudiana. Cuando salía del baño tomaba leche con pan en gran cantidad, enseguida huevos y vino con miel, y así restaurado, solía comer algunas veces; también solía esperar á la hora de la cena, pero ordinariamente comía. Usaba con frecuencia el tetrapharmaco de Adriano, del que habla Mario Máximo en la vida de este Emperador.

Por la tarde leía y firmaba las cartas escritas en su nombre, teniendo siempre á su lado sus maestros de procedimientos y sus secretarios. Si alguno, por razones de salud, no podía permanecer de pie, se sentaba mientras

Biblioteca Nacional de España

que los copistas y guardapapeles leían todo lo que había de despacharse, y Alejandro añadía de su puño lo que creía necesario, pero siempre siguiendo la opinión del que pasaba por más hábil. Después de la expedición de cartas recibía á todos sus amigos á la vez, y hablaba con todos indistintamente. Jamás recibía á ninguno en particular, exceptuando á su prefecto Ulpiano, sin el que no hacia nada, á causa de su extraordinaria equidad; si recibía á algún otro prefecto, en seguida mandaba llamar á Ulpiano. Llamaba á Virgilio el Platón de los poetas, y en su segundo santuario tenía su imagen con la de Cicerón, teniendo allí también el retrato de Aquiles y de los grandes hombres. En cuanto á Alejandro Magno, le tenía en su santuario principal, entre los dioses y los heroes.

Nunca injurió á ningún amigo suyo, á las personas de su comitiva, ni á sus maestros y jefes de oficios. Devolvía á los prefectos el examen de todos los asuntos, diciendo que si alguno merecía castigo, el Emperador debía aplicarlo y no absolverlo. Cuando nombraba sucesor á algún gobernador de provincia, siempre decía á éste: « La República te da las gracias », y con sus liberalidades le ponía en estado de vivir decorosamente como particular, consistiendo éstas en tierras, bueyes, caballos, trigo, hierro, materiales para construir una casa, mármol para adornarla y tantos obreros como se necesitaban para la edificación. Exceptuando á los soldados, rara vez hizo donativos en oro ó en plata, porque á sus ojos era un crimen en el dispensador de la riqueza pública, emplear para sus placeres ó los de sus amigos el dinero de las provincias. Dispensó á Roma del dinero negociatorio y del coronario.

Estableció en Roma catorce curadores, todos consulares, que debían conocer, con el prefecto urbano, de los asuntos que se trataban en ella, de manera que pudiesen asistir todos, ó al menos la mayor parte, á los actos que se escribían. Formó gremios de mercaderes de vino, de legumbres, de fabricantes de calzado y de

Biblioteca Nacional de España

todos los oficios, eligiéndoles de entre ellos defensores, y dispuso qué causas habían de presentarse á determinados jueces. Nunca dió á los cómicos oro ni plata; apenas les distribuía algunas monedas de cobre, y hasta les recogió los trajes preciosos que habían recibido de Heliogábalo. Los trajes que hacia llevar á los soldados llamados *ostensionarios* (de parada) no eran notables por su riqueza, sino por su calidad y elegancia. Enemigo del fausto regio, no recargaba su traje de mucho oro ni seda, diciendo «que la majestad reside en el mérito y no en el brillo exterior». Reprodujo para él el uso de clámides de pelo largo y las túnicas sencillas ó con mangas largas, pero con muy pocos adornos de púrpura.

En su mesa no se veía oro; sus copas valían poco, pero brillaban de limpieza. Su vajilla de plata jamás pasó de doscientas libras de peso. Abandonó al pueblo los enanos, las enanas, los bufones, los cantores viejos, músicos y pantomimos. De aquellos que ya no podían utilizarse, destinó cierto número á cada ciudad para que los alimentasen, para que no diesen el triste espectáculo de la mendicidad. Los eunucos que Heliogábalo había admitido á sus vergonzosos consejos, y hasta había confiado cargos públicos, los regaló á sus amigos, con permiso para matarles sin las formalidades de un proceso, si no adquirían buenas costumbres. Por su orden fueron recogidas y vendidas las mujeres perdidas, que eran muchísimas. Todos los libertinos que habían tenido comercio con el infame Heliogábalo fueron deportados, y algunos ahogados. Ningún sirviente de palacio llevaba oro en su traje, ni siquiera en los festines públicos. Cuando Alejandro vivía en familia, invitaba á Ulpiano ó á algunos hombres instruídos para conversar con ellos de asuntos literarios, diciendo que esto le recreaba y nutría. Si comía solo, tenía sobre la mesa un libro, frecuentemente griego, leyendo en él. También leía de tiempo en tiempo los poetas latinos. En los festines públicos mostraba igual sencillez que en sus comidas particulares; pero no gustaba de verse rodeado de conside-

Biblioteca Nacional de España

rable número de convidados, diciendo en estos casos que aquello era comer en el circo y al aire libre.

Escuchaba con agrado á los oradores y poetas, no á sus panegiristas, porque, á ejemplo de Pescennio Níger, consideraba necio el placer de oirse alabar, sino á los que leían discursos ó narraban las hazañas de los héroes antiguos que antes he mencionado. Con más gusto todavía escuchaba las alabanzas de Alejandro Magno y de los buenos príncipes sus predecesores, ó de los grandes capitanes que habían ilustrado á Roma. Con frecuencia asistía al Ateneo para escuchar á los retóricos y á los poetas griegos y latinos. También gustaba de que los oradores del foro le leyesen las defensas que habían hecho delante de él ó ante los prefectos de la ciudad. Presidió algunos concursos públicos, principalmente en los juegos de Hércules, que se daban en honor de Alejandro Magno. Nunca hablaba sin testigos á nadie, ni por la mañana ni por la tarde, enterado de que habían repetido mal sus conversaciones, especialmente Vetronio Turino, que, admitido á su intimidad, á fuerza de mentiras había usurpado la confianza pública. En efecto, este Turino, ultrajando la majestad imperial, representaba á Alejandro como un imbécil á quien tenía bajo su dependencia y á quien hacía creer cuanto quería, persuadiendo de esta manera á todo el mundo de que nada se hacía sin su voluntad.

Alejandro hizo lo siguiente para desenmascararlo. Encargó á algunos que se presentasen á pedir públicamente un favor y que rogasen secretamente á Turino que se interesase por ellos cerca del Emperador. Ejecutóse todo de la manera convenida: Turino prometió su protección, y en seguida dijo que había hablado al Emperador, aunque esto era falso. Pero se necesitaban, dijo, nuevos esfuerzos para triunfar, y puso precio al éxito. Alejandro mandó al pretendiente que repitiese la solicitud; y Turino, fingiendo entonces ocuparse de otros negocios, dió á entender á éste, por medio de gestos, que había conseguido para él el favor, acerca del cual no había dicho

Biblioteca Nacional de España

ni una palabra. Concedida la gracia, aquel vendedor de humo recibió del pretendiente cuantiosa recompensa. Alejandro mandó en seguida que le acusasen; y habiendo declarado unos testigos haber visto lo que le daban y otros haber oido lo que pedía, el Emperador mandó atarle á un poste en el foro Transitorio, prendieron fuego en seguida á un montón de paja y leña mojada y le dejaron perecer en medio del humo, mientras gritaba el pregonero: «Se castiga con humo al que ha vendido humo.» El Emperador, para que no pudiera decirse que se había mostrado cruel castigando de aquella manera una sola falta, había hecho minuciosas investigaciones antes de dictar la sentencia, descubriendo que Turino había recibido regalos de todos aquellos que habían conseguido intendencias y gobiernos, y que muchas veces se había hecho pagar por las dos partes en los litigios.

Con frecuencia asistía á los espectáculos de Roma, pero era muy parco en los regalos que hacía en ellos, diciendo que los cazadores de la arena, los cómicos, los aurigas, no deben ser mejor recompensados que los esclavos, los cazadores particulares, aurigas propios y los que sirven á nuestros placeres. Su mesa no era suntuosa ni mezquina, pero muy bien servida: las servilletas eran sencillas, algunas veces guarnecidas de escarlata, pero nunca de oro, aunque Heliogábalo había adoptado aquella costumbre, introducida por Adriano, si hemos de creer á algunos autores. Su servicio ordinario era el siguiente: treinta sextarios de vino, treinta libras de pan superior y cincuenta del ordinario, para las distribuciones; porque ordinariamente distribuía él mismo á los ministros de su mesa, con la gravedad de un anciano ó de un padre de familia, pan, legumbres, carne y frutas. El peso de las diferentes carnes estaba fijado en treinta libras; añadíanse huevos, y los días festivos un pato. En las kalendas de Enero, en las fiestas de Cibeles, en los juegos Apolinarios, en el festín de Júpiter, en las Saturnales y en otras solemnidades, aumentaba á su mesa un

Biblioteca Nacional de España

faisán, algunas veces dos y otras tantas gallinas. Diariamente le servían una liebre y con frecuencia caza, que repartía entre sus amigos, especialmente entre aquellos que no podían adquirirla. Nunca enviaba tales regalos á hombres ricos, pero los recibía siempre de ellos. Diariamente necesitaba cuatro sextarios de mijo sin pimienta y dos con ella. En fin, para no repetir todos los detalles que da Gargilio Marcial, escritor contemporáneo, el servicio de este príncipe estaba ordenado con tanta exactitud como economía. Era tan aficionado á las frutas, que se hacía repetir muchas veces el postre, costumbre que dió lugar á este juego de palabras: «Alejandro no se hace servir segunda mesa, sino segunda vez» (1). Comía mucho, pero no bebía mucho vino ni mucha agua, sino lo suficiente nada más. Siempre usó agua fresca pura, y en verano, vino de rosa, única delicadeza que conservó de todos los refinamientos de Heliogábalo.

Ya que hemos hablado de su gusto por la liebre y de su costumbre de comerla diariamente, citaremos una humorada en verso, fundada en que muchos atribuyen á la carne de este animal la virtud de embellecer por siete días á los que la comen, como dice Marcial en un epigrama escrito contra una llamada Gelia:

«Cuando me envías una liebre, Gelia, siempre me dices: «Querido Marco, serás hermoso durante siete días.» Si esto es cierto, Gelia, tú no has comido nunca liebre.»

Marcial escribió esto contra una mujer fea: un poeta del tiempo de Alejandro escribió contra él lo siguiente:

«Si encontráis hermoso á vuestro rey, á ese Sirio que nos ha dado su nación, es que la caza y la liebre que come mantienen su belleza.»

Habiéndole dado cuenta de este epigrama algunos amigos, dícese que contestó con versos griegos, cuyo sentido es el siguiente:

---

(1) Los Romanos llamaban *prima mensa*, primera mesa, al primer servicio, los platos fuertes; y *secunda mensa*, segunda mesa, al segundo servicio, frutas y postres.

Biblioteca Nacional de España

«Si atribuyes, desgraciado poeta, la belleza de tu rey á una fábula grosera que tomas por verdad, no creas que me disgusto. Tú debes comer mucha liebre para hacerte hermoso y corregir tu alma de todos tus vicios, especialmente de la fealdad de la envidia.»

Cuando tenía á su mesa amigos militares, para conservar algo de las costumbres introducidas por Trajano, que vaciaba hasta cinco copas después del postre, cuidaba de presentarles una que bebían en honor de Alejandro Magno. Esta copa era muy pequeña, pero tenían libertad para pedir otra más grande. Usaba con moderación de los placeres del amor, y tenía tal horror al vicio contra la naturaleza, que quiso, como antes dijimos, dictar una ley para extirparlo. Hizo construir en todos los barrios de Roma almacenes públicos, en los que podían depositarse los objetos que no podían guardarse con seguridad en las casas. Estableció baños, de los que muchos llevan todavía su nombre, en los barrios que no los tenían. Hizo construir casas muy hermosas, que regaló en seguida á sus amigos, y especialmente á los ciudadanos conocidos por su honradez. Redujo tanto los impuestos públicos, que los que habían pagado diez monedas de oro bajo Heliogábalo, no pagaron más que el tercio de una moneda, es decir, la trigésima parte del impuesto. Entonces se fundieron por primera vez monedas de oro de la mitad del valor, y habiendo descendido el tributo hasta la tercera parte de estas monedas, también las acuñaron de este valor. Alejandro dijo que se descendería hasta la cuarta parte, deteniéndose aquí por que no se podía rebajar más. También estaban ya acuñadas estas monedas, esperando el momento de ponerlas en circulación, si podía reducirse más el impuesto. Pero no habiéndolo consentido las necesidades públicas, acordó fundirlas y convertirlas en tercios y monedas ordinarias. También dispuso retirar del comercio y fundir las dobles, las triples, las cuádruples, las décuplex y las siguientes, hasta las de cuarenta y ocho y ciento que Heliogábalo había inventado: de esto nació llamarles moneda ma

Biblioteca Nacional de España

nuda. «Un príncipe, decía, no es libre en sus generosidades, si se ve obligado á dar monedas que, solas, representan diez, treinta, cincuenta y hasta ciento, en vez de distribuir muchas de menor valor.»

Tenía muy pocos trajes en que entrase seda; nunca los llevó completamente de esta materia, ni los dió con mezcla de ella. No envidió las riquezas de nadie. Ayudó á los pobres. Alivió de muchas maneras, dándoles tierras, esclavos, bestias de carga, rebaños é instrumentos de labranza, á las personas de honrado nacimiento á quienes desgracias, y no su disipación, habían reducido á la pobreza. Jamás consintió poner un vestido suyo en un guardarropa, sino después de un año, y en seguida mandaba venderlo. Por sí mismo examinaba los que daba. También hacía pesar con frecuencia todo su oro y su plata. Además del traje militar, daba también botines, bragas y calzado. Elegía con mucho cuidado la púrpura más brillante, no para su uso, sino para el de las mujeres que querían y podían llevarla, y también para venderla. Esta púrpura se llama todavía hoy *de Alejandro*, y es la que el vulgo conoce con el nombre de *Probiana*, del nombre de Aurelio Probo, que era prepósito de los tintoreros, y descubrió la concha de que se obtiene. Alejandro llevaba muchas veces clámide escarlata, pero en Roma y las ciudades de Italia se le vió siempre con toga. Nunca usó la pretexta y toga bordada, sino durante el tiempo de su consulado, y con todo, aquel traje era de los que se sacaban del templo de Júpiter para los demás magistrados, para los pretores y los cónsules. También revestía la pretexta cuando sacrificaba, no como emperador, sino como soberano pontífice. Gustaba mucho de la buena ropa blanca, pero la quería sencilla, diciendo: «Si la cualidad mejor de la ropa blanca es no tener asperezas, ¿qué necesidad tiene de púrpura?» Consideraba locura mezclar oro con el lino, puesto que la mezcla producía rigidez y aspereza. Usaba siempre correas para el calzado y llevaba bragas blancas y no escarlata, como habían acostumbrado antes de él.

Biblioteca Nacional de España

Vendió todas sus joyas y entregó el producto al Tesoro, diciendo que aquel lujo no era propio de hombres y que las matronas de la corte debían contentarse con una redecilla, pendientes, un collar de perlas y una corona para los sacrificios, un solo manto sembrado de oro y una clámide en la que hubiese á lo sumo seis onzas de este metal. Vigiló por las costumbres con tanta severidad como un censor: los grandes le imitaron y su esposa sirvió de modelo á las mujeres de las casas más nobles. Disminuyó el número de criados del palacio, y para cada oficio no tuvo más hombres que los estrictamente necesarios. Dió á los bataneros, á los sastres, á los panaderos, á los escanciadores y demás servidores de la corte, provisiones de boca, y no dignidades como su odioso predecesor, y sus provisiones eran para una, y rara vez para dos personas. Como no tenía para su servicio más de doscientas libras de plata ni numerosos criados, sus amigos le prestaban, á petición suya, vajilla y servidumbre, cosa que todavía se hace hoy cuando los prefectos dan banquetes en ausencia del emperador. Desterró de sus festines los placeres de la escena, siendo su mayor diversión hacer jugar perrillos con lechones, echar á pelear perdices ó ver voltijear aquí y allá pajarillos. Proporcionábase en palacio, para distraerse de los asuntos públicos, un género de placer que le agradaba en extremo: había hecho construir pajareras para pavos reales, faisanes, gallinas, ánades y perdices, y se divertía mucho con aquellas aves, especialmente con las palomas. Dícese que tenía veinte mil, y para que su mantención no fuese muy costosa, tenía esclavos encargados de vender los huevos y polluelos y alimentar á las demás con el producto de la venta.

Muchas veces se bañó con el pueblo en sus termas y en las de los príncipes antiguos. En estío principalmente gustaba de regresar á palacio en traje de baño, no conservando de la vestidura imperial más que el manto escarlata (*lacerna*). Empleaba esclavos solamente para correos, diciendo que los hombres libres no deben correr

Biblioteca Nacional de España

más que en los juegos establecidos en honor de algún dios. Sus cocineros, pescadores, bataneros y bañeros eran también esclavos; de manera que si le faltaba alguno, en seguida compraba otro. En su tiempo solamente hubo un médico de la corte que recibiese honorarios; todos los demás, en número de seis, recibían dos ó tres panes (*annonæ*) (1), de los que uno era siempre de flor de harina y los otros de harina ordinaria. Cuando creaba magistrados les daba, á ejemplo de los antiguos, como recomienda Cicerón, servicio de plata y todas las cosas necesarias. Así, pues, los gobernadores de provincias recibían veinte libras de plata, seis vasos, dos mulos, dos caballos, dos trajes para ciudad, uno para casa, otro para baño, cien monedas de oro y un cocinero. Si no estaban casados, recibían también una concubina, de la que no podían prescindir. Al salir del cargo restituían los mulos, los caballos, los mulateros y el cocinero y guardaban lo demás para ellos, si habían obrado bien. En caso contrario restituían el cuádruplo, además del castigo en que podían incurrir por el delito de peculado (2) ó de concusión. Dió considerable número de leyes relativamente á otros asuntos.

Permitió á todos los miembros del Senado tener en Roma literas y carruajes guarnecidos de plata, creyendo convenía mucho á la dignidad romana que los senadores de tan gran ciudad tuviesen tales carruajes. Eligió con el asentimiento del Senado todos los cónsules, tanto ordinarios como subrogados que creó, y moderó sus gastos. Restableció las elecciones según el orden antiguo, en cuanto á la época y en cuanto á los días. Quiso que los candidatos á la cuestura diesen á su costa espectáculos al pueblo; pero después de su cuestura recibían el título

(1) *Annona* en singular significa provisiones de boca, como trigo, aceite, vino, carne ó forraje para los animales. En plural *annonæ* solamente significa panes: *binæ*, *ternæ*, *viginti annonæ*, son dos, tres ó veinte panes. *Mundæ annonæ*, son panes de harina superior.

(2) Robo del dinero público ó del Príncipe.

Biblioteca Nacional de España

de pretores, y en seguida el de gobernadores de provincias. Estableció también tesoreros encargados de dar juegos con dinero del Fisco, pero poco costosos. Proyectaba hacer distribuciones públicas durante un año y dar espectáculos al pueblo durante treinta días; pero se ignora qué motivo se lo impidió. Cuando se encontraba en Roma, subía cada siete días al Capitolio, visitando los diferentes templos. Quiso colocar al Cristo en el rango de los dioses y elevarle un templo. El mismo pensamiento se atribuye al emperador Adriano, que ordenó construir en todas las ciudades templos sin simulacros; y estos edificios, que no encierran divinidades, llevan hoy el nombre de Adrianos, lo que, según se dice, realiza el pensamiento que se propuso. Pero disuadieron de su propósito á Alejandro los ministros de la religión, declarando, bajo la fe de los libros sagrados, que todo el Imperio se haría cristiano si llevaba á cabo aquel proyecto, y que los demás templos quedarían abandonados.

Alejandro era muy amable en sus juegos; tenía mucho atractivo en la conversación y desplegaba tanta afabilidad en sus festines, que en aquellos momentos cada cual podía pedir lo que quería. Agradábale reunir dinero, lo economizaba con prudencia y se ocupaba constantemente de los medios de encontrarlo, pero sin causar perjuicio á nadie. No queriendo pasar por Sirio, decía que era Romano de origen, formándose una genealogía que demostraba descendía su familia de los Metelos. Señaló renta á los retóricos, á los gramáticos, á los médicos, á los arúspices, á los matemáticos, á los mecánicos y á los arquitectos; dióles auditorios, y por discípulos, mediante ligera retribución, los hijos de ciudadanos pobres, pero de condición libre. Mostró mucha bondad con los abogados establecidos en las provincias, y asignó víveres á los que sabía acostumbraban á defender de balde. Trabajó para dar leyes duraderas, y él mismo las observó religiosamente. Con frecuencia asistió á los espectáculos de diferentes teatros, y quiso reparar el de Marcelo. Dió, sobre el impuesto, á muchas ciudades arruinadas por los

Biblioteca Nacional de España

terremotos el dinero necesario para reparar los monumentos públicos y los edificios particulares. Nunca dedicó más de cuatro ó cinco libras de plata al adorno de los templos, y ni un grano de oro ni la hojuela más pequeña de este metal, repitiendo en voz baja este verso de Persio:

«¿De qué sirve el oro en los santuarios?»

Emprendió expediciones militares, de las que hablaré por su orden; pero antes diré cuál era su costumbre relativamente á las cosas que quería callar y á las que creía deber dar publicidad. Guardábase secreto en cuanto á la expedición misma; pero se anunciaban públicamente los dias de marcha, y dos meses antes de la campaña se fijaba un edicto que decía: «Tal dia, á tal hora, saldré de Roma, y, con el auxilio de los dioses, haré el primer alto en tal parte.» En seguida venían las indicaciones de los demás altos, de los campamentos, de los puntos donde habían de recibirse las provisiones, y esto hasta las fronteras de los bárbaros. A partir de este momento, todo se hacía con el mayor secreto, y se caminaba de modo que se ocultase al enemigo los propósitos del ejército romano. De esta manera nunca dejó de conseguir su objeto, diciendo que «no quería que los cortesanos pudiesen vender sus planes de campaña», como había sucedido en tiempo de Heliogábalo, cuando los eunucos lo vendían todo, porque esta especie de hombres no aspiran á conocer los secretos de la corte sino con objeto de mostrarse enterados y ganar por este medio el favor público ó dinero. A propósito de su costumbre de enterar á todo el mundo de sus disposiciones, diremos que, cuando quería dar gobernadores á las provincias ó nombrar administradores é intendentes, llamados hoy receptores, publicaba sus nombres, exhortando al pueblo á que si alguno de ellos era culpable de algún delito, suministrase pruebas manifiestas: la acusación sin pruebas acarreaba la pena capital. Con relación á esto, decía que

Biblioteca Nacional de España

hubiese sido vergonzoso no hacer con los gobernadores de provincias, á quienes se confiaba la fortuna y la vida de los ciudadanos, lo que se hacía públicamente entre los cristianos y los judíos para los sacerdotes que querían ordenar.

Estableció sueldo para los asesores, aunque repetía con frecuencia que no se debían conferir cargos más que á los que podían desempeñarlos sin necesidad de tales consejeros. Añadía que los militares tenían sus ocupaciones propias, los sabios las suyas, y que cada cual debía hacer aquello que había aprendido. Concedió los tesoros á las personas que los encontraban; y si eran considerables, hacía partícipes á los que formaban su casa. Escribía y repasaba en su memoria los nombres de aquellos á quienes había favorecido, y si conocía á alguno que no había solicitado nada todavía, ó que había pedido poca cosa para mejorar su condición, le llamaba y le decía: «¿Por qué no pides nada? ¿Acaso quieres que sea yo tu deudor? Pide, porque no quiero que un particular pueda quejarse de mí.» Pero no hacía regalos que pudiesen perjudicar á su reputación: daba los bienes de los condenados, pero nunca su oro, su plata ó alhajas, ingresando todo esto en el Tesoro; concedía inspecciones civiles y no militares, y empleos que formaban parte de las intendencias. Frecuentemente cambiaba los receptores, y ninguno de ellos permanecía más de un año en el cargo. Por mucho mérito que tuviesen, nunca los quería, llamándoles mal necesario. Los gobernadores de las provincias, los procónsules y los legados no debían jamás su dignidad al favor, y no se los nombraba sin madura deliberación de su Consejo ó del Senado.

En las expediciones militares hacía tomar á sus tropas posiciones que les permitían recibir víveres en los acantonamientos, y que les dispensaba de llevar, según costumbre, provisiones para diez y siete días, á menos que se encontrasen en país enemigo: y hasta en este caso hacía que les ayudasen mulos y camellos, diciendo que se ocupaba menos de la propia conservación que

Biblioteca Nacional de España

de la de los soldados, en quienes residía la salud de la República. Visitaba personalmente en sus tiendas á los enfermos, aunque fuesen los más inferiores; hacía que los llevasen en carros suspendidos, y les suministraba todo lo necesario. Si sus enfermedades eran peligrosas, los confiaba en las ciudades y en los campos á los cuidados de buenos padres de familia y de mujeres honradas, pagando los gastos que hacían, ya muriesen, ya sanasen.

Habiendo intentado una revuelta para hacerse dueño del trono un tal Ovidio Camilo, senador, de antigua familia, pero muy afeminado, en cuanto se lo notificaron y probaron á Alejandro, le llamó á palacio y le felicitó por haber querido apoderarse del poder, cuya carga recibían, á pesar suyo, los más dignos. En seguida marchó al Senado, y nombró colega suyo en el Imperio á aquel Ovidio, que temblaba consternado ante la idea de lo que había osado emprender. Recibióle en el palacio, le admitió á su mesa y le revistió con los ornamentos imperiales, siendo éstos mucho más hermosos que los que usaba él mismo. Habiéndose resuelto una expedición contra los bárbaros, Alejandro le exhortó á marchar contra ellos, ó, al menos, á que partiese con él. El Emperador, que marchaba á pie, invitó á su colega á que hiciese lo mismo; pero viéndole fatigado al cabo de cinco millas, mandó que le diesen un caballo. Al segundo alto estaba abrumado Ovidio, y le colocaron en un carro. Tampoco pudo resistir aquella manera de caminar, bien porque tuviese miedo, ó bien porque era contraria á todas sus costumbres, declarando que prefería la muerte al Imperio. Alejandro le despidió entonces, recomendándoselo á algunos de sus soldados más fieles, que le llevaron sano y salvo á sus tierras, donde vivió mucho tiempo, y donde más adelante le mataron los soldados, creyendo cumplir la voluntad de Alejandro, cuyos gustos militares le hacían muy querido de las tropas. Sé que generalmente se atribuye á Trajano el rasgo que acabo de referir; pero no lo consigna así Mario Máximo en la

Biblioteca Nacional de España

vida de este príncipe, ni Fabio Marcelino, ni Aurelio Vero, ni Stacio Valens, que escribieron su historia. Por otra parte, los escritores de la vida de Alejandro, Septimio, Acholio, Eucolpio y otros, lo refieren en alabanza suya, y lo consigno así para que no se prefiera una simple tradición á la historia, que es más verdadera que el rumor popular. Nunca permitió que se vendiesen los honores del derecho de la espada (1). «Es absolutamente necesario, decía, que el que compra venda á su vez. No soportaré mercaderes de dignidades. Soportarles sería privarme del derecho de condenarles, porque no podría castigar á un hombre que compra y vende.» Quiso que las funciones de pontífice, de quindecinviro y de augur se confiriesen por patentes suyas (2), y diesen ingreso en el Senado. Dexippo (3) dice que casó con la hija de un tal Marciano, á quien nombró César; pero que habiendo querido éste atentar á la vida de Alejandro, fué descubierta la trama, condenado á muerte y repudiada su hija. El mismo autor asegura que Antonino Heliogábalo era primo paterno de Alejandro, y no hijo de la hermana de su madre. Habiendo ocupado los cristianos un paraje que había sido público, lo reclamaron los taberneros, decidiendo Alejandro que, bajo todos conceptos, era más conveniente consagrarlo al culto de un dios que dejarlo á los taberneros.

Teniendo este Emperador tan grandes cualidades para la paz y para la guerra, inició una expedición contra los Parthos (4), haciendo observar tan rigurosa disciplina y

(1) Llamábanse así las dignidades más altas del Imperio.

(2) Esto significa que se atribuyó el derecho de nombrar para estas funciones como quisiese, derecho que había pertenecido al pueblo y después al Senado. Como se ve, esto era hacerse dueño de la religión.

(3) Este Dexippo fué un general ateniense, retórico é historiador. Polión dice que venció á los Godos que devastaban la Acaya y marchaban sobre Atenas.

(4) Herodiano dice que Alejandro Severo emprendió esta guerra contra los Parthos, ó mejor dicho, contra los Persas, en el año décimocuarto de su reinado.

Biblioteca Nacional de España

conduciéndose con tanta dignidad, que, al pasar las tropas, decían en el camino que no eran soldados, sino senadores los que pasaban. Por todas partes donde se presentaban las legiones observábase el marcial aspecto de los tribunos, la modestia de los centuriones y la alegría de los soldados. Colmados por él de beneficios los habitantes de las provincias, le consideraban como un dios. Los soldados querían á su joven Emperador como á un hermano, como á un hijo ó como á un padre. Tenían buenas ropas, buen calzado, buenas armas y caballos bien enjaezados; así era que quien veía el ejército de Alejandro formaba elevada idea de la República romana. El Emperador, por su parte, se esforzaba en merecer el nombre que llevaba y hasta en sobrepujar al Rey de Macedonia, diciendo que quería establecer profunda diferencia entre el Alejandro de Macedonia y el Romano. Había creado argyroaspides y chrysoaspides (1). También formó una falange de treinta mil hombres, á los que llamaba *falangearios* y con los que hizo grandes cosas en Persia. Este cuerpo, formado por seis legiones igualmente armadas, recibió, después de la guerra de Persia, paga más considerable.

Hizo á los templos regalos regios. Vendió piedras preciosas que le habían ofrecido, porque la posesión de tales objetos solamente convenía á las mujeres, y porque no podía, ni darlas á los soldados, ni verlas llevar á los hombres. Habiendo ofrecido un embajador á la esposa de Alejandro, por mediación suya, dos perlas de mucho peso y extraordinaria magnitud, mandó que las vendiesen. Pero no encontrando quien pudiera comprarlas y temiendo el mal ejemplo dado por la Emperatriz, si llevaba tales joyas, que nadie podía comprar, las dedicó para zarcillos de Venus. Púsose, por decirlo así, bajo la tutela de Ul-

(1) Los primeros eran soldados que llevaban escudos cubiertos de plata, y los segundos los llevaban cubiertos de oro. Unos y otros formaban las antiguas bandas de Alejandro.

Biblioteca Nacional de España

piano (1), contra el gusto de su madre, que más adelante mostró su agrado. Alejandro le defendió muchas veces contra el furor de los soldados, cubriéndole con la púrpura imperial; y si fué un gran emperador, lo debió á haber seguido sus consejos en el gobierno de la República. En campaña y en todas sus expediciones comía y cenaba con la tienda abierta, y todos se regocijaban de verle hacer comidas militares. Visitaba casi todas las tiendas y no permitía que nadie se alejase de las enseñas. El que se apartaba del camino para deslizarse en una casa, era, según la importancia de la finca, azotado delante del propietario, ó apaleado con las varas y degradado. Si su rango le hacía superior á estos castigos, el Emperador le reconvenía duramente, diciéndole: «¿Querrías que hiciesen lo mismo en tus tierras?» Frecuentemente repetía en alta voz, y, cuando castigaba á alguno, hacía que el pregonero gritase la sentencia siguiente, que había aprendido de los judíos ó de los cristianos: «No hagas á otro lo que no quieras te hagan á ti», y tanto gustaba de esta máxima, que la hizo grabar en su palacio y en los monumentos públicos.

Habiendo oído que un soldado, carretero de oficio, había injuriado á una mujer de edad, lo despidió dándolo como esclavo á aquella mujer para que la mantuviese con su trabajo. Disgustáronse sus compañeros, pero Alejandro les exhortó á mostrar más sumisión, y consiguió intimidarlos. Hase dicho que, á pesar de los severos castigos que imponía, su reinado no fué sangriento, porque no hizo morir á ningún senador, como asegura el

(1) Acerca de la muerte de Ulpiano, dice Zósimo: «Mammea había dado por colega á Flaviano y Cherestes, Ulpiano, excelente jurisconsulto y grande hombre de Estado; y los soldados irritados por su elevación, decidieron deshacerse de él. Habiendo descubierto Mammea la conspiración, adelantándose á los autores, dió á Ulpiano solo el cargo de prefecto del Pretorio; pero habiéndose hecho sospechoso á los soldados, por razones que no puedo explicar, fué muerto en una sedición, sin que pudiese evitarlo el Emperador.

Biblioteca Nacional de España

escritor griego Herodiano en la historia de su tiempo. Mostró también tanto rigor con las tropas, que algunas veces licenció legiones enteras, llamándoles *Quirites* (1), en vez de soldados. Nunca temió al ejército, porque nunca se pudo, bajo su reinado, acusar á los tribunos ó á los generales de retener en provecho propio nada de lo que pertenecía al soldado. «El soldado, decía, no es dócil sino cuando se ve vestido, calzado, satisfecho y tiene algo en la bolsa.» En efecto, nada le lleva más fácilmente á la desesperación que la desnudez. En fin, no concedió ningún aparitor (2) á los tribunos ni á los generales, no queriendo que les precediesen más que los soldados, decidiendo que marcharían cuatro delante de los tribunos, seis delante de los generales, diez ante los legados, y que prestado este servicio, aquellos soldados regresarían á sus cuarteles.

Para que pueda juzgarse de su severidad, referiré una oración suya dirigida á las tropas, en la que se demuestra cuál era su regla de conducta militar. Informado, durante su permanencia en Antioquía, de que muchos soldados empleaban el tiempo en bañarse como las mujeres, y no buscaban más que placeres, mandó prenderlos á todos. Al enterarse de esto, se sublevó la legión de que formaban parte. Alejandro subió entonces á su tribunal, mandó que trajesen á todos los culpables encadenados y habló de esta manera á los soldados que le rodeaban armados: «Compañeros, si desaprobáis la conducta de los vuestros, la disciplina de nuestros antepasados se encuentra todavía en vigor. Si se debilita, pronto desapareceremos nosotros y el Imperio romano. No debe hacerse bajo nuestro reinado lo que se hacía bajo el imperio de Heliogábalo. Soldados romanos, hombres que

(1) Título que se daba á los Romanos que se consideraba habitaban en Roma. Para los soldados era depresiva la palabra.

(2) Los aparitores eran agentes subalternos que constantemente estaban al lado de los magistrados para ejecutar sus órdenes.

Biblioteca Nacional de España

son vuestros amigos, mis compañeros de armas, no hacen más que dedicarse á Venus, comer, beber y bañarse. Hasta hay algunos que han tomado las costumbres de los Griegos. ¿Y habré de soportar por más tiempo estos excesos? ¿Y no he de castigar á los culpables con el último suplicio?» Al escuchar estas palabras, estallaron violentas exclamaciones: el Emperador continuó: «¿Por qué no reprimís vuestros gritos, necesarios en el campo de batalla contra el enemigo y no contra vuestro Emperador? Sin duda, vuestros instructores os han enseñado á lanzarlos contra los Sármatas, los Germanos y los Persas, no contra un Príncipe que os da ropas, sueldo y todas las provisiones que suministran las provincias. Retened, pues, vuestros feroces gritos, que no convienen más que en la guerra y en los combates, no sea que os licencie á todos hoy, con la sola palabra de *Quirites*. Y ni siquiera sé si mereceréis ese nombre; porque estaréis más bajos que el populacho de Roma, al no reconocer ya las instituciones romanas.»

Como los soldados se mostraban más furiosos todavía y hasta le amenazaban con las armas: «Bajad los brazos, les dijo, para levantarlos contra el enemigo, si tenéis valor para ello, porque vuestras amenazas no me asustan. Si me quitaseis la vida, la República, el Senado y el pueblo romano no dejarían de vengarme.» En fin, viendo que nada les calmaba, gritó: «*Quirites*, retiraos y deponed las armas.» Con maravillosa docilidad, abandonaron las armas los soldados, dejaron los trajes militares, y se retiraron todos, no al campamento, sino á diferentes posadas. Entonces se vió hasta dónde podía llegar su severidad. Su guardia y los que rodeaban el tribunal llevaron las enseñas al campamento, y el pueblo trasladó todas las armas al palacio. Sin embargo, treinta días después de haber disuelto aquella legión, por efecto de las instancias que le hicieron antes de marchar contra los Parthos, el Emperador le devolvió su puesto en el ejército, contribuyendo mucho con su valor á las victorias de Alejandro; pero había castigado con la muerte á los

Biblioteca Nacional de España

tribunos cuya negligencia había dejado á los soldados afeminarse en Dafnea, ó cuya connivencia había alentado la sedición.

Con grande aparato partió Alejandro contra los Persas y venció al poderoso rey Artajerges, viéndose al Emperador romano correr á las alas del ejército, exhortar á las tropas, recorrer el campo de batalla, hacer personalmente prodigios de valor é inspirar con sus palabras generoso ardor á los soldados. Después de derrotar y poner en fuga á aquel formidable adversario, que había salido á su encuentro con setecientos elefantes, mil ochocientos carros armados con guadañas y muchos millares de jinetes, Alejandro regresó en seguida á Antioquía y enriqueció su ejército con el botín cogido á los Persas; porque permitió á los tribunos, á los generales y hasta á los mismos soldados que guardasen lo que habían cogido en territorio enemigo. Por primera vez se vieron entonces Persas esclavos en poder de los Romanos; pero como los reyes de aquella nación consideran grave deshonra que sus súbditos sean esclavos, los rescataron y fueron devueltos. Alejandro abandonó el rescate á los que los habían cogido, pero también entregó una parte al Tesoro público.

En seguida marchó á Roma, donde celebró con grande magnificencia su triunfo, hablando de la siguiente manera al Senado. Extracto de las actas del Senado del día VII de las kalendas de Octubre: «Padres conscriptos, hemos vencido á los Persas. Sería inútil largo discurso, y lo que importa es que sepáis cuáles eran sus fuerzas y cuáles sus preparativos. Tenían setecientos elefantes con torres llenas de arqueros y saetas. Hemos cogido trescientos; doscientos han muerto en el campo; hemos traído aquí diez y ocho. Tenían mil carros armados con guadañas hubiéramos podido traer doscientos, cuyos caballos perecieron; pero no lo hemos considerado necesario, porque era cosa fácil presentaros otros. Hemos derrotado ciento veinte mil jinetes, y dado muerte, durante la guerra, á diez mil catafractarios, de los que llaman clibanarios, cu-

Biblioteca Nacional de España

yas armas hemos dado á nuestros soldados. Hemos cogido considerable número de Persas, que hemos vendido. Hemos reconquistado todo el territorio que se extiende entre los dos ríos, es decir, la Mesopotamia, que la fiera impúdica (1) dejó perder. Hemos derrotado y puesto en fuga al rey Artajerges, tan temible por su fama y sus fuerzas: la tierra de los Persas le ha visto huir, abandonando sus enseñas en los parajes mismos en que en otro tiempo perdimos las nuestras. Esto es, Padres conscriptos, lo que hemos hecho. No es necesaria aquí la elocuencia. Los soldados regresan ricos; la victoria hace olvidar la fatiga. A vosotros toca decretar acciones de gracias, para mostrar á los dioses nuestro agradecimiento.» El Senado contestó con estas aclamaciones: «¡Augusto Alejandro, que los dioses te conserven! ¡Máximo Pérsico, que los dioses te guarden! Mereces los nombres de Párthico y Pérsico. Nosotros vemos también tus trofeos, nosotros también contemplamos tus victorias. Gloria á nuestro joven Emperador, al padre de la patria, al soberano pontífice. Gracias á tí, en todas partes somos vencedores. Vence el que sabe mandar á los soldados. ¡Dichoso el Senado! ¡Dichoso el ejército! ¡Dichoso el pueblo romano!»

Levantada la sesión, Alejandro subió al Capitolio, ofreció un sacrificio á los dioses y depositó en el templo las túnicas de los Persas. En seguida, dirigiéndose al pueblo, dijo: «Romanos, hemos vencido á los Persas y traído los soldados cargados de botín. Os prometo un congiario; mañana daré en el Circo los juegos pérsicos.» Esto es lo que hemos encontrado en los anales y en considerable número de libros. Sin embargo, dicen algunos autores que, lejos de haber triunfado del Rey de los Persas, Alejandro, por efecto de la traición de un esclavo suyo, se vió obligado á huir para no ser vencido; opinión que no podrá sostenerse ante la de la mayor parte

(1) Heliogábalo.

Biblioteca Nacional de España

de los escritores á los ojos de aquel que haya leído mucho. Herodiano pretende, en contra de considerable número de historiadores, que Alejandro perdió su ejército por hambre, frío y enfermedades. El Emperador, cubierto de gloria y acompañado del Senado, del orden ecuestre, de todo el pueblo y de inmensa comitiva de mujeres y niños, especialmente esposas de soldados, marchó á pie al palacio, siguiéndole su carro triunfal, arrastrado por cuatro elefantes. Llevado en brazos por aquella multitud, apenas pudo recorrer el camino en cuatro horas, en medio de universales aclamaciones. «Roma está salva, puesto que Alejandro está salvo.» Al siguiente día, después de los juegos del Circo y las representaciones escénicas, dió un congiario al pueblo romano. Imitando á Antonino, que, en memoria de Faustina, destinó un fondo especial para el mantenimiento de jóvenes y de doncellas, estableció otro igual en memoria de Mammea.

Furio Celso hizo con buen éxito la guerra en la Mauritania Tingitana; Vario Macrino, deudo del Emperador, en la Iliria; y Junio Palmato en la Armenia. De todas partes le enviaban cartas laureadas, leyéndolas al Senado y al pueblo, y dando al Emperador los nombres más gloriosos. Concediéronse los ornamentos consulares á los generales que habían merecido bien de la república, y se dieron además sacerdocios y tierras á los que eran pobres ó viejos. Alejandro regaló á sus amigos los prisioneros de todas aquellas naciones que se encontraban en edad de servir. Hizo ingresar en el ejército, pero sin concederles ningún grado elevado, á los que procedían de estirpe regia ó muy noble familia. Persuadido de que aquel que defiende lo suyo pelea mejor, dió á los generales y soldados colocados en las fronteras el territorio cogido al enemigo. Aquellas tierras debían pasar á sus herederos si seguían la carrera de las armas, y jamás habían de pertenecer á particulares. A este regalo añadió bestias de carga y esclavos para que los terrenos pudiesen ser cultivados, y que por falta de brazos ó vejez de los

Biblioteca Nacional de España

poseedores no quedase abandonado un territorio que tocaba al de los bárbaros, lo cual hubiese considerado vergonzoso.

Amado Alejandro por el pueblo y el Senado, partió en seguida para la guerra de Germania, siguiéndole inmenso concurso de ciudadanos que esperaban verle otra vez vencedor, pero que le veían partir con sentimiento y le acompañaron por espacio de ciento cincuenta millas. Era causa de profunda tristeza para él y para la república saber que los Germanos talaban y saqueaban la Galia; aumentando la humillación el hecho de que, después de las victorias obtenidas sobre los Parthos, amenazase á la República una nación que había estado sometida siempre hasta á los Emperadores más débiles. Alejandro avanzó, pues, á largas jornadas, á la cabeza de un ejército entusiasmado. En la Galia encontró legiones sediciosas y mandó licenciarlas. Pero los Galos, cuyo carácter duro y arisco se doblega difícilmente á la autoridad de los Emperadores, no pudieron soportar la severidad de Alejandro; severidad que consideraban tanto mayor, cuanto que sucedía á Heliogábalo. En fin, cuando se encontraba con escaso acompañamiento, en Bretaña, ó según otros en un pueblecillo de la Galia, llamado Sicila, algunos soldados, especialmente aquellos que habían recibido muchos regalos de Heliogábalo, y que habían experimentado los efectos de la firmeza de Alejandro, le mataron á traición, como bandidos, sin que los demás fuesen cómplices de aquel asesinato. Dicen muchos historiadores que lo mataron soldados bisoños enviados al efecto por Maximino, encargado á la sazón de instruirles. Otras opiniones hay también acerca de este hecho; pero lo cierto es que cayó bajo el hierro de algunos soldados, que no le perdonaron la injuria, tratándole de niño, y á su madre de ávida y avara (1).

(1) Aurelio Víctor dice que la madre de Alejandro excitaba á su hijo para que mandase guardar para otra comida lo que quedaba de un festín.

Biblioteca Nacional de España

Reinó trece años y nueve días; y vivió veintinueve años, tres meses y siete días. Para todo tomaba consejo de su madre, con la que fué asesinado. Los presagios de su muerte fueron los siguientes: Estando celebrando con un sacrificio el aniversario de su nacimiento, la víctima escapó herida; y como se encontraba entonces mezclado con el pueblo, cuyo favor buscaba siempre, al pasar le manchó de sangre la ropa. Un laurel inmenso y antiguo, que estaba en el palacio de una ciudad de donde partió para aquella guerra, cayó de pronto. Tres higueras de la especie que produce los higos llamados alejandrinos, cayeron repentinamente delante de su tienda, atada á ellas. Una druidesa le gritó en el camino en la lengua de los Galos: «Marcha, pero no aguardes la victoria y no confíes en tus soldados.» Habiendo subido á su tribunal para arengar al ejército y decirle algo agradable, empezó así: «Asesinado el emperador Heliogábalo», considerándose como presagio aquel siniestro preámbulo de una alocución militar al comenzar una campaña. Pero Alejandro despreció profundamente todos estos presagios: partió para la guerra, y fué asesinado en el paraje que hemos dicho y de la manera siguiente.

Según su costumbre, había comido públicamente, es decir, en pabellón abierto, tomando comida militar, porque ningún indicio de festín encontraron en su tienda los soldados que la visitaron. Encontrándose dormido después de la comida, hacia la hora séptima del día, y descansando con él toda su comitiva, uno de los Germanos de su guardia entró en la tienda. Viéndole únicamente el Emperador, le dijo: «¿Qué hay, compañero? ¿Me traes noticias del enemigo?» El soldado, sobrecogido de espanto y desesperando de escapar al castigo después de haber entrado tan bruscamente en la tienda del Emperador, corrió hacia sus compañeros y les exhortó á deshacerse de un príncipe tan severo. Muchos de ellos cogieron en seguida las armas, penetraron en la tienda del Emperador, mataron á los que, á pesar de encontrarse desarmados, trataron de resistirles, y des-

Biblioteca Nacional de España

cargaron sus golpes sobre el mismo Alejandro. Dicen algunos escritores que todo se hizo en silencio y que solamente se oyó exclamar á los soldados: «Sal, aléjate.» Así mataron á aquel joven y excelente Emperador. Todos los preparativos de la guerra que hizo en seguida Maximino en Germania eran obra de Alejandro, que había reunido un ejército formidable, compuesto principalmente de Armenios, Osdroenos, Parthos y todo género de hombres.

El desprecio de Alejandro á la muerte lo prueba, además de la dureza que mostró siempre con los soldados, el rasgo que voy á citar. El matemático Thrasybulo, que le era muy adicto, le dijo que necesariamente perecería bajo la espada de un bárbaro, y el Emperador comenzó por regocijarse de que le amenazase una muerte guerrera y digna de un emperador: hablando en seguida sobre el asunto, demostró que los hombres más grandes habían terminado con muerte violenta; nombrando á Alejandro, cuyo nombre llevaba, Pompeyo, César, Demóstenes, Cicerón y otros varones ilustres que no habían sucumbido de muerte natural. Dominado por este pensamiento, creía que sería comparable á los dioses si moría en la guerra; pero los hechos frustaron sus esperanzas. Verdad es que pereció bajo la espada de un bárbaro, á manos de un soldado bárbaro y en tiempo de guerra, pero no en la guerra.

Los soldados, hasta aquellos mismos que él había licenciado, manifestaban mucho sentimiento por su muerte, y degollaron á los asesinos. Jamás demostraron el pueblo romano, el Senado y las provincias dolor tan profundo, especialmente porque la rudeza y áspero carácter de Maximino, su sucesor, que no era más que militar y había recibido con su hijo el Imperio después de la muerte de Alejandro, parecían anunciar días tristes para la república. El Senado colocó á Alejandro en el número de los dioses, y se le elevó un cenotafio en las Galias y magnífica tumba en Roma. Dierónsele sacerdotes, que fueron llamados alejandrinos, y bajo su nombre y el

Biblioteca Nacional de España

de su madre se estableció una festividad, que todavía se celebra religiosamente en Roma el día de su nacimiento. Otros escritores atribuyen á diferente causa la muerte de Alejandro, diciendo que el ejército se disgustó de ver á su madre abandonar la guerra de Germania para regresar á Oriente, y desplegar allí todo el orgullo de su rango. Pero esto lo inventaron los partidarios de Maximino, que no querían se creyese que su amigo había asesinado, contra todas las leyes divinas y humanas, á tan excelente emperador.

El pueblo romano había tenido hasta entonces emperadores cuyo reinado fué muy largo. Pero de todos los que después de éste se arrojaron á porfía sobre el trono, unos lo conservaron seis meses, otros un año, la mayor parte dos, y á lo sumo tres años, hasta aquellos emperadores que lo ocuparon al fin más tiempo, esto es, hasta Aureliano y sus sucesores, príncipes cuya historia publicaremos, si á ello nos alcanza la vida. Censurábase en Alejandro su pretensión de no pasar por Sirio, su amor al oro, su carácter suspicaz, su inclinación á crear impuestos, la manía de imitar á Alejandro Magno, su excesiva severidad con los soldados y su curiosidad en los asuntos de los particulares, defectos que introdujo en el gobierno. Bien sé que la mayor parte de los escritores pretenden que Alejandro no recibió del Senado sino de los soldados el título de César, lo cual es manifiesto error. También dicen que no era primo de Heliogábalo; mas para que vengan á nuestra opinión, basta que lean los historiadores de aquel tiempo, y especialmenre Acholio (1), que escribió los viajes de este emperador.

Muchas veces preguntas, oh Máximo Constantino, cómo pudo un Sirio, un extranjero, llegar á ser tan

(1) Vossio coloca á este Acholio entre los historiadores latinos. Sobrevivió mucho á Alejandro Severo, puesto que desempeñó cargo importante en la corte de Valeriano. Lampridio respeta mucho á este escritor.

Biblioteca Nacional de España

gran emperador, mientras que tantos príncipes de origen romano, tantos emperadores procedentes de las provincias del Imperio, fueron malos, impúdicos, crueles, viles, injustos, libidinosos. En primer lugar, podría responder, con la opinión de doctos escritores, que la naturaleza, que por todas partes es buena madre, ha podido producir un buen emperador. Además, el temor de perecer como el monstruo que le había precedido, pudo hacer de Alejandro un príncipe excelente. Pero á decir verdad, expondré á tu clemencia, á tu piedad lo que he leído. Tu piedad recuerda lo que dice Mario Máximo: que el gobierno es mejor y ofrece mayor seguridad cuando el príncipe es malo, que cuando lo son sus favoritos, porque la maldad de un hombre sólo puede corregirse por la bondad de muchos otros; pero que las cualidades de un príncipe quedan completamente anuladas cuando le rodean malos cortesanos. Esto es lo que decía Hómulo al mismo Trajano, haciéndole observar que Domiciano, por malo que fué, tuvo amigos dotados de buenas cualidades, y que se odiaba sobremanera al príncipe que abandonaba el gobierno á indignos favoritos, siendo más fácil de soportar la malicia de uno que la de muchos.

Volviendo al asunto, Alejandro era naturalmente muy bueno, y como debe hacer todo hombre honrado, siguió siempre los excelentes consejos de su madre. Tuvo por amigos hombres virtuosos y respetables, que no eran falsos, ni rapaces, ni facciosos, ni inclinados al mal, ni enemigos de los hombres honrados, ni disolutos, ni crueles, ni dispuestos á sorprenderle ni á burlarse de él ó á engañarle como á un necio, sino, por el contrario, prudentes, venerables, templados, religiosos, verdaderos amigos del príncipe, que no le engañaban ni consentían que les engañasen, que no traficaban con nada, que no conocían la mentira ni el disimulo, que no burlaban nunca la confianza de su Emperador, y le fueron sinceramente adictos. Añadiré que no admitió en sus consejos ni á su servicio eunucos, que bastan para acarrear la pérdida de los emperadores, procurando infundirles las

Biblioteca Nacional de España

costumbres de los reyes de Persia, que hacen perder al pueblo el afecto al príncipe más amable, que pretenden ser sus intérpretes y muchas veces repiten lo contrario que dice, que le tienen como secuestrado é impiden que llegue hasta ellos la verdad. En efecto, ¿qué puede esperarse de bueno de estos hombres depravados y vendidos? Por esta razón decía Alejandro: «Nunca consentiré que esclavos comprados por dinero puedan disponer de la vida de los prefectos, de los cónsules y de los senadores.»

Bien sé, oh emperador Constantino, á cuánto peligro se expone el que dice tales cosas á un príncipe que es esclavo de esa clase de hombres. Mas por fortuna de la república, habiendo comprendido todo el mal que causan esos monstruos y cómo abusan de los príncipes, les has prohibido la clámide y les has reducido á los deberes domésticos. Alejandro se distinguió además en que no admitió en palacio más que á su prefecto Ulpiano; tampoco concedió á nadie facultad de vender mentida influencia ó para que le hablase mal de nadie. Esto es lo que hizo, especialmente después del suplicio de Turino, que frecuentemente había comerciado con su favor, haciéndole pasar por necio ó insensato. Alejandro, en fin, castigaba á sus amigos y parientes que lo merecían; y si el parentesco era muy íntimo ó la amistad muy antigua, para que les pudiese castigar, les alejaba de su persona, diciendo: «Me es más querida la república que ellos.»

Te diré ahora qué hombres admitía á su consejo: Fabio Sabino, hijo del ilustre Sabino y el Catón de su siglo; Domicio Ulpiano, sabio jurisconsulto; Elio Gordiano, padre del emperador Gordiano y varón de mucho mérito; Julio Paulo, hábil jurisconsulto; Claudio Venato, orador muy notable; Pomponio, muy versado en el conocimiento de las leyes; Alfeno, Africano, Florentino, Marciano, Calistrato, Hermógenes, Venuleyo, Trifonio, Meciano, Celso, Próculo y Modestino. Todos estos doctos jurisconsultos eran discípulos del gran Papiniano, siendo los consejeros y amigos del emperador

Biblioteca Nacional de España

Alejandro, como lo dicen Acholio y Mario Máximo. También estaban á su lado Catilio Severo, pariente suyo, y uno de los hombres más sabios de su tiempo; Elio Severiano, famoso por la pureza de sus costumbres, y Quintilio Marcelo, á quien la Historia misma no tiene quién comparar en el mérito. ¿Era posible obrar ó pensar mal con los consejos de tantos varones eminentes y de otros igualmente famosos, que no tenían otra mira que el bien? Verdad es que los viles favoritos que rodearon á Alejandro al principio de su reinado habían alejado de él á estos respetables hombres, pero se sobrepuso la prudencia del joven Emperador; condenó á muerte ó desterró á aquellos malos consejeros y llamó de nuevo á sus antiguos amigos. Estos formaron un buen príncipe, así como perniciosos cortesanos transmitieron sus vicios á los emperadores romanos que la posteridad contará siempre entre los malos.»

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE

Á LA VIDA DE ALEJANDRO SEVERO.

Dión Cassio dice lo siguiente de Alejandro Severo:

«En cuanto Tiberino fué arrebatado al mundo, Alejandro tomó posesión del Imperio, cuya administración dejó á Domicio Ulpiano, prefecto del pretorio. Advertiré á los que se tomen el trabajo de leerme, que no puedo responder ahora de igual exactitud que al principio, porque casi continuamente he estado fuera de Roma en estos últimos años. Habiéndome impedido estos frecuentes cambios de domicilio informarme tan exactamente como hubiese deseado del detalle de los asuntos, referiré en pocas palabras lo ocurrido hasta mi segundo consulado. Ulpiano quitó muchos abusos que se habían introducido bajo el reinado de Sardanápalo; pero hizo matar á Flaviano y á Charesto, con el propósito de obtener sus cargos, y poco después fué muerto él mismo durante la noche por una conjuración de las cohortes de los guardias, á pesar de que se refugió en el palacio y de que imploró la protección del Emperador y de su madre. Antes de esta sangrienta ejecución, promovióse, por ligero motivo, tan profunda disensión entre el pueblo y las cohortes de los guardias, que pelearon durante tres días, resultando muchos muertos de uno y otro lado. Como los soldados llevaban desventaja, incendiaron las casas, y temiendo el pueblo que ardiese toda la ciudad, hizo las paces con ellos.

Biblioteca Nacional de España

»Epagato, que fué causa de la muerte de Ulpiano, fué enviado á España en calidad de gobernador, temiendo que, si se le procesaba en Roma y se le condenaba al último suplicio, la ejecución promoviese una revuelta. Pero poco tiempo después lo llevaron á Creta, lo juzgaron y lo mataron. Por el mismo tiempo hubo algunas sublevaciones que calmaron poco después. Los movimientos de la Mesopotamia fueron mucho más terribles, produciendo temor, no solamente en Roma, sino que también en las provincias. Artajerges, rey de los Persas, habiendo vencido á los Parthos en tres batallas y dado muerte á su rey Artabano, entró en la Armenia, de donde le arrojaron los habitantes del país, los Medos y los hijos de Artabano; á no ser que se dé fe á lo que algunos aseguran acerca de que se retiró voluntariamente con objeto de hacer levas y reunir refuerzos. Hízose al fin formidable por la multitud de tropas que repartió en la Mesopotamia y la Siria, y por sus amenazas de recobrar todo el país que se extiende hasta el mar de Grecia y que en otro tiempo dependió de los Persas. Pero aunque no era tan considerable en poder ni parecía invencible, nuestros soldados se encontraban en tan malas disposiciones que muchos desertaban para alistarse en sus tropas, y otros, que permanecían en nuestro campamento, se negaban á servir en él. Los que habitaban en Mesopotamia vivían allí con tan desenfrenada licencia y tan prodigiosa impunidad, que mataron á su jefe, Flavio Heracleón. Las cohortes de los guardias tuvieron la insolencia de elevar quejas contra mí, como las habían elevado contra Ulpiano, y de acusarme de haber establecido una disciplina demasiado severa en las tropas de la Pannonia, lo que les hacía temer que se les obligase á igual severidad. Alejandro, lejos de atender á sus palabras, me dispensó el honor de designarme cónsul por segunda vez, de elegirme para colega suyo y de encargarse de los gastos á que obligaba esta dignidad. Cuando vi que la elección desagradaba profundamente á las cohortes de los guardias, temí llevasen su

Biblioteca Nacional de España

insolencia hasta matarme cuando ostentaba los atributos de tan alta magistratura; y el Emperador me mandó que pasase este año en Italia. Cuando terminó, regresé á Roma y á la Campania, al lado suyo, presentándome sin temor en medio de los soldados.»

Hablando del carácter del gobierno de Severo, dice Herodiano: «Este príncipe tenía índole dulce y moderada, como lo demostró durante su vida; porque en catorce años no derramó ni una gota de sangre inocente, cosa que no puede decirse de los príncipes que sucedieron á Marco Aurelio, y que es tan verdadera de éste, que no se nombrará á un hombre que, durante tan largo reinado, fuese condenado sin que antes se le procesara en debida forma; y algunas veces no podía decidirse á condenar á muerte á malvados culpables de los mayores crímenes.»

Zósimo dice sobre el mismo asunto: «Como Alejandro demostraba excelentes cualidades desde la niñez, concibiéronse buenas esperanzas de su gobierno cuando se vió que había nombrado prefectos del Pretorio á Juliano y á Charesto, bastante experimentados los dos en achaques de guerra, y tenían mucha capacidad para todos los demás asuntos.»

Refiriéndose Herodiano á la temprana edad en que Alejandro ocupó el trono, dice: «Como Alejandro no se encontraba en edad de gobernar, solamente tenía los honores del Imperio, quedando la autoridad en manos de Mœsa y de Mammea, que la emplearon en bien de la república y para reformar los abusos y desórdenes del reinado anterior. Comenzaron por elegir entre los senadores diez y seis varones grandemente experimentados y de reconocida virtud, para que formasen el Consejo de su hijo. Nada se hacía sin intervención de éstos y en todo se seguían sus consejos. Esta forma de gobierno, que frisaba en la república, agradaba al Senado, al pueblo y hasta á los soldados, que salían de una dominación tiránica. Repusiéronse en sus templos las estatuas de los dioses que Antonino había quitado; despojaron de

Biblioteca Nacional de España

sus cargos y empleos á sus hechuras, que no habían merecido sus puestos más que por sus crímenes é infamias, y se les redujo á la bajeza de su primera condición. No se daban ya los cargos de la toga sino á las personas muy versadas en los negocios y en el conocimiento de las leyes romanas, y no se confiaba el mando de los ejércitos romanos sino á los que habían servido mucho tiempo, distinguiéndose en las guerras anteriores. Después de algunos años de un gobierno tan prudente y moderado, murió Mœsa en extraordinaria ancianidad, y la hicieron funerales de emperatriz, seguidos de la apoteosis, según la costumbre de los Romanos. Quedando sola Mammea al lado de su hijo, siguió igual conducta y procuró ser constantemente dueña de su ánimo. Cerraba todos los pasos á los libertinos, á los aduladores y á todos aquellos de cuya conducta se murmuraba, por temor de que hiciesen perder á su hijo el fruto de la buena educación, que inflamasen sus nacientes pasiones y le llevasen á las voluptuosidades más infames. Aconsejábale especialmente atendiese á la administración de justicia y que emplease la mayor parte del día en conceder audiencias, para que esta asiduidad y los cuidados del gobierno le ocupasen por completo, no dejándole tiempo para el desorden.»

Zósimo empieza la historia de Alejandro, diciendo: «Apenas fué arrebatado al mundo el falso Antonino, su primo tomó posesión del Imperio y declaró emperatriz á su madre Mammea. El primer cuidado que tuvo ésta al encargarse del gobierno fué rodear á su hijo de sabios que le instruyesen, y elegir los más hábiles y honrados del Senado para seguir sus consejos en todos los asuntos.»

Herodiano habla así de la guerra con los Persas: «Después de trece años de glorioso reinado, durante el cual había gozado el Imperio de profunda paz, súpose repentinamente por cartas de los gobernadores de Siria y Mesopotamia que Artajerges, rey de los Persas, después de haber subyugado á los Parthos y quitado la vida y la

Biblioteca Nacional de España

corona á Artabano, llamado el gran rey, y que llevaba dos diademas para indicar la extensión de su Imperio, había domeñado también y hecho tributarios á los otros bárbaros, sus vecinos; que no se detenía aquí, sino que habiendo pasado ya el Tigris, recorría la Mesopotamia y amenazaba la Siria; que pretendía tener incontestables derechos sobre todas las provincias del Asia separadas del Eufrates por el mar Egeo y la Propóntida; que todo este país, hasta la Jonia y la Caria, lo habían gobernado siempre sátrapas de la nación, desde Ciro, que trasladó el Imperio de los Medos á los Persas, hasta Darío, que fué vencido por Alejandro; y que por lo tanto no ofendería á los Romanos recobrando la antigua herencia de sus antepasados. Tan inesperadas noticias asombraron profundamente á Alejandro, que había sido educado lejos del ruido de las armas, en las delicias de Roma y de la paz. Habiendo deliberado con su Consejo, opinóse que escribiese al rey Artajerges, para disuadirle de continuar una empresa tan injusta y peligrosa. Hízole observar en su carta que sería mejor permaneciese tranquilo en su reino, contento con lo que poseía, en vez de aventurarse, con frívolas esperanzas, en una guerra de inseguro resultado; que no debía confiar en sus victorias anteriores, cuando no había tenido que combatir más que con bárbaros, tan ignorantes como él en el arte de la guerra; que no sucedería lo mismo con las armas romanas, acostumbradas á vencer, como los Persas habían experimentado muchas veces á su costa, según atestiguaban las victorias de Augusto, de Trajano de L. Vero y de Severo.

»Creía Alejandro contener con estas razones al rey bárbaro y hacerle abandonar sus proyectos, pero ni siquiera se dignó contestarle; y persuadido de que en aquellas circunstancias se necesitaban hechos y no palabras, continuó con más vigor su marcha, taló toda la Mesopotamia, y llegando hasta atacar en sus campamentos los tropas que guardaban las fronteras. Este rey, naturalmente presuntuoso y envanecido con sus primeras conquistas, ima-

Biblioteca Nacional de España

ginaba que nadie podría resistirle, y no sin apariencia de razón formaba aquellos vastos designios. Había sido el primero que se atrevió á llevar la guerra al territorio de los Parthos, y los Persas, por su valor, acababan de reconquistar el Imperio y la gloria que habían perdido.

»Habiendo sabido Alejandro por otras cartas que aquel rey, sin tener en cuenta sus observaciones, continuaba sus hostilidades y diariamente hacía nuevos progresos, accedió á las apremiantes solicitudes de los gobernadores del Asia, y se decidió al fin, aunque con mucho trabajo, á marchar en persona contra el bárbaro. En seguida se hicieron en Italia y en las otras provincias del Imperio nuevas levas, alistando á cuantos se encontraban en edad de manejar las armas, para oponerles á las numerosas fuerzas y prodigiosa multitud de los enemigos.

»Alejandro, antes de su marcha, habiendo mandado reunir á los soldados pretorianos en su campamento, les habló en estos términos: «Bien quisiera no tener hoy que »pronunciar delante de vosotros más que una de esas »arengas de aparato que os agradan, y que me proporcio»naría vuestros aplausos. Pero temo que, después de tan»tos años de paz inalterable, las malas noticias que hemos »recibido alarmen demasiado los ánimos, acostumbrados á »vivir en la tranquilidad. Sin embargo, si pueden los co»razones esforzados desear que la fortuna les sea favora»ble, también deben esperar sus reveses sin debilidad. Si »los placeres de la paz tienen sus encantos, tampoco ca»rece de ellos la gloria que se busca en los peligros. El »que ataca primero tiene que censurarse siempre su injus»ticia; pero cuando no se hace otra cosa que defenderse y »rechazar las injurias, la bondad de nuestra causa nos »inspira secreta confianza que el éxito no desmiente »nunca. Artajerges, que no era más que un simple parti»cular entre los Persas, después de matar á su señor Ar»tabano y transferido el Imperio de los Parthos á los de su »nación, se atreve á más todavía; y despreciando la gloria »del nombre romano y el terror de vuestras armas, reco»rre y tala nuestras fronteras. He procurado ante todo

Biblioteca Nacional de España

»contenerle por medio de mis cartas en ese furor insacia»ble y manía de engrandecerse: pero su presunción y ridí»cula vanidad le cierran el oído á todas mis razones. No »aplacemos más la represión de tanta insolencia: que los »más antiguos de vosotros reanimen su valor con el re»cuerdo de las victorias que consiguieron contra esos bár»baros bajo Severo y mi padre Antonino, y que los más »jóvenes aprovechen tan excelente ocasión para adquirir »gloria. En una palabra, dad á conocer á todo el mundo »que, si durante la paz sabéis vivir con prudencia y sin »desorden, no por eso dejáis de tener en los combates ardi»miento y valor. Los bárbaros estrechan vivamente á los »que ceden delante de ellos ó huyen; pero por poco que se »les resista, fácilmente se les vence. No saben qué es com»batir á pie firme, y no se atreven á esperar en batalla »campal victoria completa, sino que hacen la guerra como »los ladrones y no consiguen otro fruto que el que obtie»nen de sus depredaciones. Por el contrario, el orden que »nosotros conservamos en el combate, y la disciplina de »nuestros ejércitos, os han enseñado desde muy antiguo á »vencer.»

» Los soldados contestaron con aclamaciones á la arenga del Emperador, demostrando que estaban dispuestos á seguirle. Para animarles, les hizo abundantes regalos, y en seguida marchó al Senado, donde repitió, sobre poco más ó menos, lo mismo que había dicho á los soldados. Cuando llegó el día señalado para la marcha, ofreció los sacrificios ordinarios con objeto de obtener de los dioses feliz regreso, y salió de Roma acompañado del Senado y del pueblo. El Emperador no podía contener las lágrimas, y de tiempo en tiempo volvía la cabeza hacia la ciudad. Tampoco los Romanos podían contener el llanto al verle partir, porque querían tiernamente á aquel príncipe que había sido educado entre ellos y que los gobernaba tantos años ya con inalterable bondad. En la marcha demostró mucha actividad; y habiendo revistado en el camino los ejércitos de Iliria, de los que tomó fuerzas para aumentar el suyo, se dirigió á Antioquía, donde

Biblioteca Nacional de España

permaneció algún tiempo dando órdenes y haciendo los aprestos necesarios para una campaña tan importante. Pero antes de proseguir, quiso tentar por segunda vez el medio de conciliación, y envió legados al Rey de Persia, ofreciéndole la paz y alianza con el pueblo romano; esperando que serían más eficaces las observaciones hechas de cerca, y que su presencia intimidaría y suavizaría al bárbaro. Pero Artajerges despidió á los legados sin darles contestación; y eligiendo cuatrocientos Persas, muy corpulentos y hermosos, les envió montados en magníficos caballos, con ricas vestiduras y lujosas armas, creyendo que hombres de aquella estatura y con tales arreos admirarían y asombrarían á los Romanos. Estos llevaban encargo de decir al Emperador, de parte del gran Rey, que le cediese toda la Siria, con las provincias del Asia hasta la Jonia y la Caria, es decir, todo el territorio que separan de Europa el mar Egeo y el Ponto Euxino, que éstos eran los antiguos límites del Imperio de los Persas. Herido Alejandro por aquella altivez, mandó prender á los cuatrocientos Persas, y haciendo que les quitasen aquellas ostentosas galas, los relegó á Frigia, donde dispuso que les diesen tierras para que se estableciesen allí, contentándose con castigar con aquel destierro su osadía.

Disponiéndose poco después Alejandro á pasar el Tigris y el Eufrates, desertaron algunos soldados que había hecho venir de Egipto. También hubo en Siria algunos movimientos y sediciones, sofocadas en seguida con la muerte de los rebeldes. El Emperador, antes de ponerse en campaña, habiendo cuidado de dejar tropas en todos los puntos desde donde podían observar más fácilmente al enemigo é impedir sus irrupciones, viéndose al frente de un ejército tan numeroso y fuerte como el de los Persas, lo dividió, por consejo de sus capitanes, en tres cuerpos. El primero recibió orden de marchar por el lado del Norte y entrar en el país de los Medos por la Armenia, que era entonces aliada de los Romanos: el segundo penetró en la Mesopotamia, por el lado de la fron-

Biblioteca Nacional de España

tera donde el Tigris y el Eufrates entran en pantanos muy cenagosos, reuniendo en seguida sus aguas; y con el tercer cuerpo, que era el más numeroso, formado de lo más escogido, debía marchar al encuentro del Rey de los Persas y darle la batalla; siendo su propósito desconcertar al enemigo con aquellos ataques opuestos, y cogerle desprevenido. Porque los bárbaros no tienen guarniciones en sus plazas, y no mantienen en la paz soldados que se encuentren formados para la guerra, pero á la primera orden del príncipe, los que se hallan en estado de manejar las armas marchan á su lado, siguiéndoles algunas veces sus mujeres: terminada la guerra, cada cual regresa á su casa, sin esperar licencia, sirviéndoles de pago y recompensa el botín que llevan consigo. Sus arcos y caballos no les sirven solamente para el combate, como á los Romanos, sino que desde muy jóvenes aprenden á manejarlos, llevando siempre el carcaj á la espalda y empleando en la caza todo el tiempo que no están en la guerra.

»Alejandro había tomado muy buenas disposiciones, pero le faltó la fortuna, aunque al principio parecía secundarle. El ejército que había recibido orden de dirigirse á la Armenia, habiendo cruzado con mucho trabajo las altas montañas de aquella provincia, aunque la bondad de la estación disminuía mucho la fatiga del camino, entró en la Media y recorrió los campos, incendiando y saqueando las ciudades. Enterado el Rey de los Persas, destacó tropas para oponérselas; pero las condiciones del país daban á los Romanos mucha ventaja. Como todos eran de á pie, fácilmente salían de caminos estrechos y pedregosos, mientras que á los bárbaros estorbaban mucho sus caballos en aquellos parajes desiguales y escarpados. No fueron tan afortunados los Romanos en otro lado. Sabiendo Artajerges que habían penetrado en el país de los Parthos por el lado de Oriente, temió que después de talar aquella comarca pasasen hasta la Persia, y dejando en la Media fuerzas suficientes para impedir los progresos del enemigo, avanzó

Biblioteca Nacional de España

con premura hacia el Oriente con el resto de su ejército. No encontrando á nadie el de los Romanos, marchaba sin orden, contando con que Alejandro con el tercer ejército se encontraba ya en país enemigo, donde daría mucho trabajo á los bárbaros, que tendrían que hacerle frente. Con esta falsa seguridad no permanecían alerta y se separaban á derecha é izquierda para saquear, creyendo que no había peligro con tal de que acudiesen oportunamente al punto de reunión general. Pero Alejandro faltó á su promesa, bien por temor de arriesgar la vida al defender el Imperio, sea porque escuchase demasiado á su madre, que por temor de mujer ó cariño excesivo le retenía y apagaba su ardor, diciéndole que no debía exponer su persona combatiendo al frente del ejército, sino que debía dejar en la pelea el riesgo á sus capitanes. Esto fué lo que causó la pérdida completa de las tropas, que habían penetrado mucho ya en el país de los Parthos. Habiendo acudido á su encuentro el rey Artajerges, con todas sus fuerzas cuando menos lo esperaban, y habiéndolos rodeado por todas partes, fueron abrumados por lluvía de dardos y de flechas. Sorprendidos los Romanos por aquel ataque tan inesperado, y no pudiendo en tan corto número resistir la multitud de los bárbaros, solamente pensaron en escapar con vida sin combatir. Estrecharon las filas, y formando la tortuga, soportaron el ataque del enemigo; pero éste persistió durante muchas horas con tal energía, que al fin se desordenaron, quedando casi todos en el campo. Aquella pérdida fué de las más importantes que habían experimentado los Romanos, no cediendo las tropas que perecieron aquel día en valor y experiencia á las que en cualquier otro tiempo sufrieron igual suerte. Enorgullecido el Rey de Persia con aquella victoria que tan poco le había costado, se creyó desde entonces superior á todas las empresas.

»Estas malas noticias redoblaron la inquietud del Emperador, que se encontraba enfermo de disgusto ó á causa del aire del país, á que no estaba acostumbrado. Pero los

Biblioteca Nacional de España

soldados se mostraron más impresionados todavía, atribuyéndole la falta, acusándole por su cobardía ó su negligencia y por no haber concurrido á la cita general, entregando por esto al enemigo las mejores tropas del Imperio. Entretanto, los excesivos calores que habían causado su malestar aumentaban diariamente; reinaban muchas enfermedades en su campamento, especialmente entre los soldados de Iliria, cuyo país es frío y lluvioso, y que en un clima tan cálido, donde era necesario comer poco, no pudieron decidirse á suprimir algo de su alimentación. Estando, pues, resuelto el Emperador á regresar á Antioquía, llamó de la Media á sus tropas, que se encontraban muy diseminadas, habiendo muerto de frío en las montañas muchos soldados. También le habían arrebatado mucha gente las enfermedades en el ejército que él mandaba; de manera que aquella campaña fué igualmente funesta para los Romanos que vergonzosa para Alejandro, á quien faltó por igual la resolución y la fortuna. En cuanto dejó los calores insoportables de la Mesopotamía y regresó á Antioquía, donde el ambiente es fresco y templado, recobró completamente la salud é hizo regalos á las tropas para consolarlas de la desgracia de la guerra y atraerse su cariño. En seguida levantó nuevas fuerzas con el propósito de penetrar en el territorio de los Persas, si no permanecían tranquilos dentro de sus fronteras; pero se supo poco después que Artajerges había licenciado á todos sus soldados, y que ya se habían dispersado regresando á sus hogares.

»Aunque aparentemente habían conseguido los Persas la ventaja y el honor de la victoria, sin embargo, los frecuentes combates que habían sostenido en la Media y la batalla que se dió en el país de los Parthos, habían disminuído mucho su número, porque en todas estas ocasiones habían tenido muchos muertos y heridos, habiendo vendido siempre cara la vida los Romanos; de suerte que si vencían los Persas, debíanlo á la superioridad de su número, y el bárbaro no consiguió la ventaja sino

Biblioteca Nacional de España

porque después de igual pérdida por ambas partes, siempre le quedaban más soldados que á los Romanos. Pero lo que demuestra cuánto costó esta campaña á los Persas, es que en tres ó cuatro años no pudieron levantar un ejército. Contento Alejandro de verse libre de los cuidados y peligros de la guerra, se entregó en Antioquía á los placeres de aquella voluptuosa ciudad, persuadido de que los Persas no volverían á empuñar las armas, ó al menos no lo harían en mucho tiempo, porque no es cosa ligera reunirlos una vez disueltos; no tienen tropas permanentes, y cuando se congregan, más que verdadero ejército, son una multitud, sin orden ni disciplina, sin más víveres ni provisiones que las que cada cual lleva para su subsistencia, además de que con mucho trabajo abandonan sus hogares, sus mujeres y sus hijos.»

Zonaro habla con más concisión de esta guerra: «Artajerges, natural de Persia, hombre de baja y obscura extracción, y de quien se cree desciende Cosroes, trasladó el Imperio de los Parthos á los Persas. Habiendo reunido poderoso ejército, amenazó á la Mesopotamia y la Siria, y se lisonjeó de recobrar todos los países que habían pertenecido en otro tiempo á la Persia. Pero cuando sitiaba á Nisiba, después de recorrer y talar la Capadocia, llegó á él una legación que el emperador Alejandro le envió pidiéndole la paz. En vez de dar audiencia á los legados, eligió cuatrocientos hombres muy corpulentos, á los que dió hermosos caballos, ricos trajes y magníficas armas, enviándolos al Emperador en la creencia de que su presencia infundiría temor á sus súbditos. Cuando se encontraron delante de Alejandro, le dijeron: «El gran »rey Artajerges manda á los Romanos que abandonen la »Siria y toda la parte del Asia que mira á Europa, y que »cedan á los Persas todo el territorio que se extiende »hasta el mar.» El Emperador mandó que les quitasen los caballos, las ropas y las armas, y como no creía poder condenarles á muerte, los distribuyó en varios pueblos para que labrasen la tierra. En seguida dividió su ejército en tres cuerpos y atacó á los Persas por todas

Biblioteca Nacional de España

partes, matando muchos Parthos y sufriendo él también bastantes pérdidas, aunque no perecieron tantos bajo las armas enemigas como por los rigores del frío que sufrieron al regresar por las montañas de Armenia, donde muchos perdieron el uso de los pies y las manos. Los soldados se quejaron de que el Emperador les hubiese llevado por tan malos caminos, y él mismo enfermó, bien por el disgusto que le causaron las quejas ó por el cambio de clima.»

De la guerra germánica dice Herodiano: «Cuando nada temía ya Alejandro por el lado de los Persas, experimentó mucha mayor alarma por la parte de la Iliria, cuyos gobernadores le dijeron que los Germanos habían pasado el Rhin y el Danubio, se habían extendido por los territorios del Imperio y talaban el país, sin que los ejércitos que acampaban en las fronteras pudieran oponerse; que por allí se encontraba muy descubierta la Italia, y que, en tan apremiante peligro, eran indispensables su presencia y todas las tropas que se encontraban en Oriente. Estas noticias alarmaron por modo extraordinario á Alejandro, y afligían mucho á los soldados de la Iliria, que se veían maltratados por todas partes por la fortuna. Vencidos por los Persas, mientras los Germanos incendiaban sus casas y degollaban á sus esposas é hijos, atribuían todas sus desgracias á Alejandro, que había perdido por negligencia y cobardía los negocios de Oriente, y que no mostraba más valor y actividad para arreglar los del Norte. Pero el peligro era mayor porque amenazaba á Italia, y esto era lo que preocupaba mucho al Emperador. La guerra de los Persas no tenía importancia, comparada con ésta: separados de Italia los pueblos de Oriente por vasta extensión de tierras y mares, apenas conocen los nombres de estas comarcas; pero la Germania casi confina con la Iliria. Peligro de tal naturaleza no permitía aplazamiento, y era indispensable que Alejandro se decidiese á marchar al frente de su ejército. Después de dejar en las fronteras de Oriente las fuerzas necesarias para guardarlas, y mandar construir

Biblioteca Nacional de España

nuevas fortificaciones en los campamentos y en todas las plazas fuertes, que dejó bien guarnecidas, se puso en marcha, y, haciendo largas jornadas, llegó en pocos días á las orillas del Rhin. Inmediatamente mandó construir puentes de barcas para facilitar el paso de sus tropas. Alejandro llevaba en su ejército considerable número de soldados Moros y arqueros, que había levantado en el país de los Osrevenios, ó que había sacado del de los Parthos, ofreciéndoles dinero para que desertasen. Mucho confiaba en aquellas tropas, que en los combates molestan bastante á los Germanos, porque los Moros lanzan desde lejos sus dardos y ejecutan con pasmosa agilidad movimientos opuestos, y los arqueros no yerran jamás el golpe cuando tiran sobre aquellos bárbaros, que combaten con la cabeza descubierta y que, á causa de su corpulencia presentan mucho blanco á las flechas. Pero cuando se llegaba á combatir á pie firme, ordinariamente se equilibra la ventaja. Encontrándose así las cosas, Alejandro no dejó de enviarles legados para ofrecerles la paz con grandes cantidades de dinero, y todo aquello que pudieran necesitar. Este era el verdadero medio de conseguir lo que deseaba, y no era la primera vez que los Germanos vendían la paz á los Romanos: por esta razón prefirió Alejandro hacer con ellos vergonzoso trato, que exponerse á los azares de la guerra. Los soldados sufrían con impaciencia que se les tuviese tanto tiempo en campaña sin proporcionarles ocasión de distinguirse, y que el Emperador no pensase más que en divertirse y guiar carros, en vez de reprimir la insolencia de los bárbaros.»

De esta guerra no dice Zonaro más que lo siguiente: «Cuando curó el Emperador, marchó contra los Germanos, molestándoles mucho con los sagitarios y arqueros que les opuso. Pero poco después les envió legados con dinero para pedirles la paz, lo cual desagradó grandemente á los soldados.»

Herodiano refiere de esta manera la muerte de Alejandro: «En el ejército había un general llamado Maxi-

Biblioteca Nacional de España

mino, que se encontraba en la parte más retirada de la Tracia que confina con los Scitas. En su juventud había sido pastor; pero su corpulencia y fuerza hicieron que le admitiesen en la caballería, donde, pasando en poco tiempo por todos los grados de la milicia, se vió al fin elevado hasta el gobierno de las provincias y el mando de ejércitos. Alejandro, que conocía su habilidad en el arte militar, le había hecho jefe de todos los cuerpos nuevos para adiestrarles en los ejercicios de la guerra. Muy bien desempeñaba este empleo: les instruía más con el ejemplo que con explicaciones, y les infundía mucha emulación, que les llevaba á imitarle antes como modelo que como maestro. También se atraía su afecto con regalos y con todo género de atenciones, y las tropas nuevas, que formaban el mayor número, especialmente en el ejército de Pannonia, admiradas del valor de Maximino, hablaban con desprecio de Alejandro, que se encontraba todavía bajo la tutela de su madre, no veía más que por sus ojos, ni se guiaba más que por sus consejos. Hablaban unos con otros de las pérdidas que habían experimentado en Oriente por culpa suya, y de la mancha que había echado sobre el nombre romano recibiendo la ley de los bárbaros. Como los soldados son naturalmente volubles y amantes de novedades, y estaban cansados además de tan largo reinado, en el que eran más raros los donativos á medida que se robustecía la autoridad; convencidos de que un príncipe á quien ellos mismos hubiesen elevado al trono cuando menos lo esperase, les haría regalos más considerables y les trataría mejor, decidieron deshacerse de Alejandro y reemplazarlo con Maximino, á quien querían como á un compañero, y cuyo valor y experiencia les serviría de mucho en la presente guerra. Un día en que, como de ordinario, se presentó á ejercitarles (sea que ignorase sus propósitos ó que él mismo lo hubiese preparado todo) le pusieron un manto de púrpura, y le proclamaron emperador. Al pronto se negó y quiso quitarse aquel manto; pero viendo que desenvainaban las espadas y que le amenazaban de muerte

Biblioteca Nacional de España

si no accedía á sus deseos, no se hizo rogar más; y recordando todo lo que habían predicho de su futura grandeza, se tranquilizó acerca del peligro y riesgos de aquella empresa. Protestó por forma contra la violencia de los soldados, y les dijo que si querían sostener aquel primer paso, era necesaaio adelantarse á Alejandro y sorprender á los soldados pretorianos, con objeto de obligarles á consentir en su elevación y que pasaran á su bando. Añadió otras muchas razones para animarles; les prometió duplicar su equipo, hacerles grandes distribuciones de trigo y de dinero, y concedió al mismo tiempo á todos los culpables de algún delito perdón general. En seguida se puso á su frente, y se dirigió al campamento de Alejandro, que se encontraba cerca. Enterado el Emperador de aquellos alarmantes sucesos, salió temblando de su tienda, y, fuera de sí, deploró su desgracia, reconviniendo á Maximino por su perfidia é ingratitud, haciendo larga enumeración de los beneficios que le había concedido, y acusando por otra parte de sacrilegio y deshonra á los soldados nuevos, que sin razón ninguna violaban el juramento de fidelidad que habían prestado. Prometía á sus soldados concederles todo lo que quisiesen y reformar cuanto les desagradase en su gobierno, y sus guardias le tranquilizaron entonces con grandes aclamaciones, asegurándole que le defenderían á costa de la propia vida. A la mañana siguiente, habiéndole dicho uno que se acercaba Maximino, que se veía ya mucha polvareda y que se oía confuso ruido de voces, se presentó por segunda vez á los soldados, suplicándoles se armasen para la defensa de un príncipe que ellos mismos habían elevado, y que durante catorce años de reinado no les había dado ningún motivo de queja. Habiéndoles conmovido sus palabras, les mandó tomar las armas y formarse en batalla; pero aunque se lo prometieron todo al principio, muchos, sin embargo, se retiraron, y algunos pedían la muerte del prefecto de las cohortes pretorianas y de otros favoritos de Alejandro, pretendiendo que eran la causa de la sublevación. Algunos acusaban á su ma-

Biblioteca Nacional de España

dre que, por sus insaciables avidez y avaricia, había hecho á su hijo odioso á los soldados, en vez de conservarle su cariño por medio de regalos; pero aunque se tomaban la libertad de decir estas cosas tan sediciosas, permanecieron sin embargo en el deber, hasta que se presentó Maximino. Habiéndoles aconsejado entonces sus compañeros que abandonasen á una mujer avara y á un niño que todavía se encontraba en tutela, para seguir á un hombre prudente y valeroso, que había pasado con ellos toda su vida en los campamentos, se rindieron á sus observaciones y pasaron al lado de Maximino, proclamándole todos juntos emperador. Temblando de miedo Alejandro y medio muerto, apenas pudo volver á su tienda, donde, arrojándose en brazos de su madre, y acusándola de ser ella sola la causa de su muerte, esperó en aquella posición el golpe del verdugo. Maximino envió un tribuno y algunos centuriones para que les cortasen la cabeza al uno y á la otra, con orden de hacer lo mismo con cuantos les defendiesen. Casi todos los favoritos perecieron con él; y los que se ocultaron entonces, no pudieron escapar por mucho tiempo á las pesquisas de Maximino, que no perdonó á ninguno. Así murió Alejandro, después de catorce años de reinado, durante los cuales gobernó con mucha moderación y sin derramar sangre. Era naturalmente dulce y benévolo; tenía horror á los asesinatos y crueldades; no gustaba de emplear la fuerza, siguiendo siempre los procedimientos de la justicia. Jamás hubiese sido reinado alguno más dichoso ni más lamentado si la avaricia de su madre no hubiera empañado su brillo.»

«Los soldados, dice por su parte Zonaro, irritados porque había comprado la paz á los Germanos, promovieron una sedición; y, apoderándose de Maximino, natural de la Tracia, que en su juventud había sido pastor, le proclamaron emperador á pesar suyo; sin embargo de lo cual, no dejó de ponerse á la cabeza de los que le habían proclamado y de llevarles al paraje donde se encontraba Alejandro. Este imploró la fe y socorros de sus tropas, que al pronto le ofrecieron combatir por él; pero

Biblioteca Nacional de España

inmediatamente después comenzaron á declamar contra la avaricia de su madre la Emperatriz, censurándole á él mismo su cobardía, y le abandonaron. Cuando se vió tratado de aquella manera volvió á su tienda, donde abrazó estrechamente á su madre, deplorando con ella su desgracia. Maximino hizo que un centurión les matase con los más allegados á ellos, y de esta manera aseguró la posesión de la autoridad soberana.»

Zósimo añade estos detalles á la muerte del príncipe: «Habiendo perdido poco á poco los soldados el cariño que tenían á Alejandro, se hicieron más remisos para ejecutar sus órdenes; y, para evitar el castigo que merecía su negligencia, se inclinaron á la revuelta, proponiéndose elevar á Maximino al trono. Pero no encontrándose éste con fuerzas para soportar el poder soberano, escapó y desapareció. Habiendo sido revestido un tal Uranio, con el ropaje imperial y llevado de aquella manera á Alejandro, creció el odio público contra el Emperador, que, viéndose rodeado de peligros, se debilitó de cuerpo y de espíritu y contrajo la enfermedad de la avaricia, que le hizo buscar dinero en todas partes, para ocultarlo en el seno de su madre.

»En este mal estado se encontraban sus asuntos, cuando los ejércitos de la Pannonia y de la Mesia, que desde mucho antes estaban mal intencionados con él, se sublevaron abiertamente y proclamaron á Maximino. El nuevo emperador reunió en el acto mismo sus tropas, con objeto de marchar á sorprender á Alejandro en Italia, antes de que se preparase á recibirlo. Habiendo sabido éste en las orillas del Rhin, donde se encontraba, la noticia de aquella sublevación, marchó á Roma y envió á ofrecer el perdón á Maximino y sus tropas, con tal de que renunciasen á la sublevación. Pero habiendo sido rechazado el ofrecimiento, se abandonó á la desesperación, y, en cierta manera, se entregó él mismo para que le matasen. Habiéndose presentado su madre Mammea con el prefecto del Pretorio para calmar el desorden, les mataron los sediciosos.»

Biblioteca Nacional de España

Herodiano dice de Mammea: «Con frecuencia reconvenía á su madre por su avaricia, y le parecía muy mal que so pretexto de reunirle dinero para que le sirviese de recurso en caso necesario, no pensase más que en acumular tesoros, empleando toda clase de artificios para apoderarse de los bienes de los particulares. A pesar de que él no tomaba parte en aquellas injusticias y era el primero en reprobarlas, fueron, sin embargo, mancha para su reinado. Mammea le había hecho casar con una hija de casa patricia, con la que vivía muy bien y queriéndola mucho; pero sin tener en cuenta esto, Mammea la expulsó vergonzosamente del palacio, no pudiendo soportar que tuviese el título y compartiese con ella los honores de emperatriz. De tal manera se dejó dominar por la envidia y tan indignamente la trató, que el padre de aquella desgraciada princesa, no pudiendo soportar más tiempo sus insultos y sus ultrajes, acudió al campamento donde, haciendo justicia al Emperador, del que no tenía motivos más que para estar satisfecho, se quejó amargamente de las violencias de Mammea. Más irritada que nunca por este hecho, Mammea le hizo morir, y relegó su hija al Africa. No era cómplice de estos crímenes Alejandro, y por su parte no daba motivo alguno para que se quejasen de su gobierno; siendo lo único de que se le puede censurar haber dejado á aquella imperiosa princesa que tomase demasiada autoridad sobre él, y haber soportado, por excesiva consideración, cosas que condenaba sin tener energía para oponerse á ellas.»

Zonaro habla en estos términos: «La Emperatriz madre de Alejandro se encontraba dominada por la avaricia, y reunía dinero por todas partes. Hizo que su hijo casase con una joven princesa sin permitir que fuese proclamada emperatriz, y hasta se la quitó poco después, relegándola al Africa; cosa que no pudo evitar el Emperador, aunque la amaba tiernamente: tal era su obediencia á la voluntad de su madre..... Mammea, madre de Alejandro, era muy piadosa. Cuando se encontraba en Antioquía con su hijo el Emperador, oyó hablar de Orígenes, cuyo nom-

Biblioteca Nacional de España

bre era muy célebre entonces, envió á buscarle á Alejandría y recibió de él las primeras enseñanzas de la religión cristiana, según aseguran Eusebio y otros escritores. Esto fué causa, no solamente de que cesasen las persecuciones, sino de que se estimase y venerase á los cristianos. Urbano era entonces obispo de Roma, y al mismo tiempo era obispo de Porto, Hipólito, hombre de eminente santidad y profunda erudición, como lo demuestran por brillante modo los comentarios que dejó sobre la Santa Escritura. Asclepiades gobernaba por entonces la Iglesia de Antioquía, y Sardiano la de Jerusalén.»

Biblioteca Nacional de España

LOS DOS MAXIMINOS,

POR JULIO CAPITOLINO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Origen y familia de Maximino el viejo.—Su juventud; su carácter. — Sus luchas y triunfos. — Ingresa en los guardias de Severo.—Sus funciones bajo Heliogábalo.—Alejandro Severo le da la lacticlavia y un mando; después el de un ejército, y, según algunos autores, es asesinado el Emperador por sugestiones de Maximino.—Los soldados le proclaman emperador.—Su fama de cruel hace se tema su llegada á Roma.—Sus asesinatos; su confianza en su fuerza.— Su odio á los amigos de Alejandro.—Conspiración de Magno.—Sublevación de los arqueros osdroenos, que eligen un emperador llamado Tyco, que es muerto casi en el acto.—Maximino pasa á Germania al frente de poderoso ejército.—Sus cartas al pueblo y al Senado acerca de sus victorias.—Sus proyectos de conquistas.— Los ejércitos de Africa se sublevan contra él y nombran emperador á Gordiano.—Acepta éste contra su voluntad, y el Senado y las tropas le nombran Augusto con su hijo.—Condenan á muerte á todos los amigos de Maximino, y el Senado le declara enemigo público, notificándose á todas las provincias. —Carta de Gordiano al Senado.—Furor y violencias de Maximino al conocer el senatusconsulto.—Su arenga á los soldados antes de marchar sobre Roma.— Muere el hijo de Gordiano en una batalla contra Capeliano, que se hace en Africa instrumento de las venganzas de Maximino.— El Senado crea emperadores á Máximo Pupiano y á Claudio Balbino, y los soldados dan el título de César al nieto de Gordiano.

Biblioteca Nacional de España

—Máximo marcha contra Maximino, mientras que Balbino permanece en Roma, donde estallan violentas sediciones.—Maximino experimenta en Italia una escasez que exaspera á sus soldados contra él.—Sitio de Aquilea.—Crueldades de Maximino.—Los soldados le matan en su tienda con su hijo y envían sus cabezas á Roma.—Alegría universal por la muerte de Maximino.

Para evitar á tu clemencia ¡oh Máximo Constantino! el trabajo de leer separadamente y en libros distintos la vida de cada príncipe y de cada hijo suyo, he decidido reunir en uno solo la vida de los dos Maximinos (1), padre é hijo. De esta manera he seguido el orden que trazó tu piedad al célebre Tacio Cirilo, para sus versiones del griego al latín; orden que observaré, no solamente en este libro, sino en los muchos que seguirán, exceptuando los grandes príncipes, cuyos numerosos y notables hechos exigirán relato más detallado. Maximino el Viejo se hizo conocer con el nombre de emperador Alejandro. Comenzó á servir bajo Severo, y había nacido de padres bárbaros en un pueblecillo vecino de la Tracia. Su padre descendía de los Godos y su madre de los Alanos; llamándose, según dicen, el uno Micea y la otra Ababa. En sus comienzos, el mismo Maximino divulgó estos nombres; pero cuando llegó al trono, prohibió recordarles, para que no pudiera decirse que un emperador romano había nacido de padres bárbaros.

En su juventud guardó ganados; y algunas veces, al frente de otros pastores, atacó á los ladrones, concluyendo por librar de ellos á sus compatriotas. Empezó á servir en la caballería. Era notable por su estatura, fa-

(1) Así llaman los escritores griegos y latinos á estos dos Emperadores. Pero Aurelio Víctor da á cada uno de ellos el nombre de Cayo Julio Maximino, y las inscripciones antiguas dicen Cayo Julio Vero Maximino. Es probable que Maximino tomase todos estos nombres para ocultar su origen bárbaro, intención que puede suponerse en aquel que prohibió se recordasen los nombres de su padre y de su madre.

Biblioteca Nacional de España

moso entre todos por su valor, y estaba dotado de belleza varonil; era además hosco, violento, vano, desdeñoso, pero frecuentemente justo. La primera ocasión en que se dió á conocer, bajo el reinado de Severo, fué la siguiente. Daba este príncipe juegos militares por el nacimiento de Geta, su hijo segundo; y los premios eran objetos de plata, como brazaletes, collares y tahalíes. El joven Maximino, aquel semibárbaro que apenas conocía la lengua latina, pidió públicamente al Emperador, en lenguaje medio tracio, permiso para competir con los concurrentes que tenían grados bastante elevados en el ejército. Admirado Severo de su estatura, le hizo luchar primeramente con los criados del ejército, elegidos entre los más robustos, con objeto de no violar las leyes de la disciplina militar. Maximino venció á diez y seis sin descansar, lo que le valió, además de la categoría de soldado romano, diez y seis premios pequeños, diferentes de los que recibían los soldados.

Tres días después, habiendo ido Severo al paraje de los ejercicios militares, vió en medio de un grupo de soldados á Maximino, que se agitaba á la manera de los bárbaros; y le mandó á un tribuno para que le contuviese y le enseñase la disciplina romana. Comprendiendo que el Emperador había hablado de él, y viendo que le conocía bastante para distinguirle de los demás, adelantóse y se arrojó á sus pies. Severo se encontraba á caballo, y para probar á Maximino en la carrera, puso el caballo al galope, haciendo que diese considerable número de vueltas. Cansado al fin el viejo Emperador, y viendo á Maximino correr constantemente á su lado, le dijo: «¿Qué quieres, joven tracio? ¿Podrías luchar después de la carrera? —Como quieras, Emperador», contestó Maximino. Severo echó pié á tierra y mandó que le opusiesen los soldados más vigorosos y mejor preparados. Entonces Maximino, como de costumbre, venció á siete de los más robustos sin descansar; siendo el único á quien dió Severo, además de los otros premios, un collar de oro; disponiendo el Emperador que

Biblioteca Nacional de España

permaneciese en la corte en las filas de sus guardias. Distinguido así de la multitud, encontróse famoso entre los soldados, querido de los tribunos y admirado de sus compañeros, obteniendo cuanto quiso del Emperador, que hizo adelantar á aquel hombre que, á pesar de su juventud, sobrepujaba á los demás por su estatura, su corpulencia, su belleza, el tamaño de sus ojos y la blancura de su tez.

Es cosa averiguada que frecuentemente bebió en un solo día una anfora del Capitolio (1) llena de vino, y que comió cuarenta libras de carne y hasta sesenta, si ha de creerse á Cordo. Sábese también que no comía nunca legumbres, y que casi siempre se abstenía de bebidas frias, como no le apremiase la sed. Solía también á veces reunir su sudor y lo depositaba en copas ó en un vaso, llegando á presentar dos sextarios y hasta tres. Permaneció mucho tiempo bajo Antonino Caracala al frente de cien soldados; en seguida fué centurión, elevándole á otros grados militares. Bajo Macrino, á quien odiaba como asesino del hijo de su Emperador, dejó la milicia y se retiró al pueblo de la Tracia donde había nacido, compró tierras y mantuvo constante comunicación con los Godos. Los Getas le querían como si fuese conciudadano suyo, y todos los Alanos que arribaban á aquella costa le consideraban amigo y le hacían regalos. Después de la muerte de Macrino y de su hijo, enterado de qne reinaba Heliogábalo en calidad de hijo de Antonino, encontrándose ya bastante entrado en años, vino á presentarse al nuevo Emperador, rogándole le considerase lo mismo que su abuelo Severo, pero no prosperó con aquel príncipe impúdico. Dícese que, en indecente broma, le dijo un día Heliogábalo: «Cuéntase, Maximino, que has vencido á diez y seis, veinte y hasta treinta soldados: ¿podrías dar treinta asaltos á una mujer?» y Maximino creyó que debía dejar

(1) Esta anfora era una especie de medida que se guardaba en el Capitolio y contenía cerca de catorce azumbres.

Biblioteca Nacional de España

el servicio bajo un príncipe que empezaba de esta manera; pero los amigos de Heliogábalo se lo impidieron, con objeto de evitar á aquel príncipe la censura de haber alejado del ejército al hombre más valeroso de su tiempo, á quien unos llamaban Hércules, otros Aquiles y otros Ayax.

Maximino no gozó más que de los honores del tribunado bajo aquel impuro Emperador; pero jamás, durante tres años, se acercó á su persona; nunca se presentó á saludarle, viajó de un lado para otro, vivió en el campo ó en la ociosidad, pretextando algunas veces enfermedades. En cuanto tuvo noticia de la muerte de Heliogábalo y del advenimiento de Alejandro, marchó á Roma, recibiéndole el Emperador con expresivas muestras de regocijo y benevolencia, y hablando de esta manera ante el Senado: «El tribuno Maximino, que no pudo servir bajo Heliogábalo, acaba de acudir á mí; le he concedido la lacticlavia, y la fama os habrá enterado de cuánto lo atendía mi deudo, el divino Severo.» Alejandro le nombró en seguida tribuno de la cuarta legión, que él mismo había formado con soldados bisoños, y le dijo: «No te he entregado soldados veteranos, carísimo y amadísimo Maximino, por temor de que no pudieses corregirles de los defectos contraídos bajo otros jefes. Recibes bisoños; infúndeles tus costumbres y afición al trabajo; fórmales, en fin, de tal manera en el oficio de las armas, que la República y yo debamos á tus cuidados muchos Maximinos.»

En cuanto recibió la legión, comenzó á ejercitarla, haciendo ejecutar á las tropas, cada cinco días, maniobras y simulacros de combates. Diariamente revistaba las espadas, lanzas, corazas, cascos, escudos, túnicas y todo el equipo; examinando por sí mismo hasta el calzado y compartiendo todas las fatigas del soldado. Habiéndole reconvenido algunos tribunos, diciendo: «¿Por qué desciendes á esos detalles, cuando tienes ya un grado bastante alto para pretender un mando?» él les contestó, según dicen: «Cuanto más suba, más trabajaré.» Tam-

Biblioteca Nacional de España

bién se ejercitaba en la lucha con sus soldados, y, aunque se encontraba en edad avanzada, derribaba cinco, seis y hasta siete. Entre los envidiosos que su conducta le suscitaba, un tribuno á quien su estatura y reputación de valor daban insolente altivez, le dijo: «No tiene mucho mérito que, siendo tribuno, venzas á tus propios soldados.—¿Quieres que nos midamos?» le contestó Maximino: y habiendo aceptado el desafío su adversario, avanzó contra él; pero Maximino, dándole con la palma de la mano un golpe en el pecho, le derribó de espaldas, diciendo en seguida: «Que se presente otro, pero que sea tribuno.» Si ha de creerse á Cordo, Maximino tenía más de ocho pies de alto (1). Su pulgar era tan grueso, que llevaba, á manera de anillo, un brazalete de su esposa. Todo el mundo sabe que arrastraba con las manos un carro pesado y ponía en movimiento una carreta cargada; que de un puñetazo rompía los dientes á un caballo, y de un puntapié las patas; que reducía á polvo las piedras tobas y partía los árboles jóvenes. En fin, unos le llamaban Milón de Crotona, otros Hércules y otros Anteo.

Estas notables cualidades movieron á Alejandro, buen juez en materia de mérito, á darle, para desgracia suya, pero con mucha satisfacción de los tribunos, de los generales y soldados, el mando de todas las tropas. Aquel ejército romano, cuya mayor parte había dejado Heliogábalo ablandarse en la ociosidad, supo atraerle Maximino, con su ejemplo, al yugo de la disciplina militar; y este mérito fué fatal para Alejandro, emperador excelente, como ya hemos dicho, pero demasiado joven para imponer respeto: así sucedió que, encontrándose en la Galia, acampado cerca de una ciudad de este país, algunos soldados, enviados, según unos, por el mismo Maximino, proclamado ya emperador, ó, según otros, por algunos tribunos bárbaros, le mataron cuando huía para refugiarse con su madre. No concuerdan los autores acerca

(1) El pie romano equivalía á diez pulgadas y diez líneas.

Biblioteca Nacional de España

de la causa del asesinato: dicen algunos que Mammea contribuyó á él por haber comprometido á su hijo para que abandonase la guerra de Germania y marchase á Oriente, cosa que impulsó á los soldados á la sublevación: otros lo atribuyen á la excesiva severidad de aquel Príncipe, que quiso disolver legiones en la Galia, como las había disuelto en Oriente.

Muerto Alejandro, Maximino, salido de las filas del ejército y que todavía no era senador, fué proclamado Augusto por las tropas, que ni siquiera esperaron decreto del Senado. Diéronle por colega á su hijo, del que muy pronto diremos lo poco que se sabe. Maximino conservó siempre el arte de imponerse á los soldados por su valor y atraérselos con regalos y provechos. Por ningún motivo privó á ninguno de su ración de víveres. Bajo su mando no hubo ninguno en el ejército que ejerciese, como se ven muchos, oficio ó arte cualquiera. A falta de combates, ejercitaba con frecuencia las legiones en la caza. Pero á pesar de estas buenas cualidades, se mostró tan cruel, que le llamaban Cíclope, Busiris, Falaris, Scirón, y el mayor número Tifón ó Gyges. Tal terror infundió al Senado, que se vió hasta las mujeres formar votos con sus hijos, en los templos ó en particular, para que nunca entrase en Roma. En efecto, decíase que á éstos les había crucificado; á aquéllos, encerrado en animales recién muertos; á los otros, arrojado á las fieras, y á los de más allá, destrozado bajo el palo; todo esto sin consideración á la calidad de las personas y con el solo objeto de restablecer la disciplina militar, por cuyo modelo quería corregir también los abusos civiles, cosa que no conviene á un príncipe que aspira á hacerse querer. Pero estaba persuadido de que «no puede conservarse el Imperio más que por la crueldad»; y además, temía que la bajeza de su origen bárbaro le hiciese despreciar de la nobleza. Recordaba haber soportado en Roma hasta el desdén de los esclavos de los nobles; no haber podido tener amistad ni siquiera con sus intendentes, y, cómo de ordinario sucede á los espíritus vulgares, creyó le tratarían lo mismo

Biblioteca Nacional de España

siendo emperador: «tan permanente es el sentimiento de la propia indignidad.»

Con objeto de ocultar la bajeza de su origen, hizo morir á cuantos lo conocían, y hasta á muchos amigos suyos que, por compasión y humanidad, le habían favorecido muchas veces. Jamás se vió sobre la tierra bestia más feroz. No confiaba más que en su fuerza, como si hubiese sido imposible matarle, creyéndose casi inmortal por su elevada estatura y su valor. Así se dice que un mímico pronunció un día en el teatro, delante de él, unos versos griegos cuyo sentido es el siguiente:

«El que no puede ser muerto por un hombre solo, puede serlo por muchos. Enorme es el elefante, y se le mata; el león es vigoroso, y se le mata; fuerte es el tigre, y se le mata. Teme la reunión de muchos hombres, si no les temes separados.»

Así se habló en presencia del Emperador. Habiendo preguntado Maximino á sus amigos qué había dicho aquel mímico bufón, le contestaron que había recitado versos antiguos, hechos contra hombres conocidos por su severidad; contestación que creyó aquel Tracio, aquel bárbaro. No consintió cerca de su persona á ningún noble, como si hubiese querido tomar por modelo en el trono á Spartaco ó Athenión (1). Hizo perecer de diferentes maneras todas las personas afectas al servicio de Alejandro: mostróse celoso de lo que éste había hecho, y el odio que profesó á los amigos y ministros de aquel príncipe, desarrolló más su inclinación á la crueldad.

Este Emperador, que parecía querer vivir como las fieras, se hizo todavía más suspicaz y cruel después de la conspiración de un consular, llamado Magno, que, de acuerdo con cierto número de soldados y de centuriones, había formado el proyecto de asesinarle para apoderarse del trono. El plan de los conjurados era el siguiente: Queriendo penetrar Maximino en el territorio de los Ger-

(1) Athenión fué el jefe de los esclavos fugitivos que se sublevaron en Sicilia.

Biblioteca Nacional de España

manos por un puente recién construído, convinieron en pasar los primeros con él, y destruir en seguida el puente, con objeto de matarle con más seguridad en el territorio de los bárbaros; hecho esto, Magno debía apoderarse del trono. En cuanto Maximino se vió emperador, había emprendido expediciones en las que pudiese brillar su valor; y comprendiendo su superioridad en el arte militar, había querido justificar la opinión que se tenía de él, y especialmente sobrepujar en gloria á Alejandro, á quien había hecho perecer. Por estas razones, después de su proclamación, ejercitó sin descanso á los soldados; y siempre á su frente y sobre las armas, les mostraba todas las cualidades en que sobresalía. Dícese que Maximino inventó aquella conspiración para dar libre curso á su crueldad; y sin juicio, sin acusación, sin delación, sin defensa, hizo ejecutar á cuantos quiso y se apropió sus bienes; no bastando á satisfacer su rabia más de cuatro mil hombres degollados.

Bajo este Emperador ocurrió también una conspiración de los arqueros osdroenos, que se levantaron, queriendo dar con esto prueba de fidelidad á la memoria de Alejandro, convencidos, sin que se les pudiese disuadir, de que Maximino le había asesinado en medio de ellos. Eligieron por jefe y emparador á un compañero suyo, llamado Tyco, á quien Maximino había alejado antes de su lado; revistiéronle la púrpura á pesar suyo, le adornaron con todos los atributos imperiales y se agruparon en derredor suyo como guardias. Pero este Tyco fué asesinado, estando dormido en su casa, por un amigo suyo, llamado Macedonio, envidioso por aquella preferencia, y que, habiéndole inmolado á la causa de Maximino, llevó su cabeza al Emperador, quien le mostró gratitud al principio, pero en seguida el odio que inspira el traidor, y le hizo morir. A consecuencia de estos acontecimientos, Maximino se hacía más cruel diariamente, como las bestias que se enfurecen más y más con las heridas. En seguida pasó á Germania con todo su ejército, inclusos los Moros, Osdroenos, Parthos y todos aquellos que Ale-

Biblioteca Nacional de España

jandro había llevado para aquella guerra; confiando especialmente en los auxiliares orientales, porque no hay, en efecto, mejores tropas que los arqueros ligeramente armados, para hacer la guerra á los Germanos. Alejandro tenía prodigiosos aprestos de guerra, y se dice que Maximino los aumentó mucho más.

Entró, pues, en la Germania transrhenana, quemó todos los pueblos de aquel país bárbaro, en extensión de trescientas ó cuatrocientas millas, arrebató los rebaños, despojó á los habitantes, mató considerable número de enemigos, hizo inmensa cantidad de prisioneros, trajo sus tropas cargadas de botín, y sin duda alguna hubiese sometido al poder de los Romanos toda la Germania, si aquellos bárbaros no hubiesen huído, atravesando los ríos, los pantanos y los bosques. Por lo demás, en todo dió ejemplo: en un pantano se atascó con su caballo, y allí habría perecido bajo los golpes de los Germanos, si sus soldados no le hubiesen sacado. Su temeridad era propia del bárbaro, haciéndole creer que el Emperador debe combatir siempre como el soldado. En aquellos pantanos libró una especie de combate naval, y allí mató considerable número de enemigos. Cuando hubo vencido la Germania, dirigió al pueblo y al Senado cartas que dictó él mismo, y cuyo sentido es el siguiente: «No podríamos deciros, Padres conscriptos, todo lo que hemos hecho. Hemos quemado, en extensión de cuatrocientas millas, los pueblos de los Germanos, arrebatado sus rebaños, cogido prisioneros, exterminado á los que resistían y combatido hasta en los pantanos, cuya profundidad es lo único que nos ha impedido perseguir al enemigo hasta en sus bosques.» Elio Cordo asegura que la oración era verdaderamente suya, cosa creíble, porque todo lo que dice es muy propio de un soldado bárbaro. En el mismo sentido escribió al pueblo, pero en tono más deferente, porque detestaba al Senado, del que se creía despreciado. Mandó también pintar cuadros representando los acontecimientos principales de aquella guerra, y exponerlos en la Curia, con objeto de que se recor-

Biblioteca Nacional de España

dasen siempre sus grandes hazañas. Pero los senadores, después de la muerte de Maximino, hicieron quitar y quemar aquellos cuadros.

Otras muchas guerras hubo bajo Maximino, de las que siempre volvió vencedor, con rico botín y considerable número de prisioneros. Consérvase de él una oración al Senado, de la que copio este párrafo: «He terminado en muy poco tiempo, Padres conscriptos, más guerras que ningún capitán de la antigüedad. He traído al Imperio romano más despojos de lo que podía esperarse. He hecho tantos prisioneros, que apenas podrán contenerlos las tierras de la república.» El resto de la oración es inútil á mi propósito. Pacificada la Germania, Maximino mandó á Sirmio con decidido propósito de hacer la guerra á los Sármatas. Quería también someter al dominio romano todas las comarcas septentrionales hasta el Océano, lo que habría hecho de haber vivido, si hemos de creer al historiador griego Herodiano, que, según podemos juzgar, es muy favorable á Maximino en odio á Alejandro. Pero los Romanos no podían soportar por mucho tiempo la crueldad de su príncipe, que alentaba á los delatores, suscitaba acusaciones, inventaba crímenes, hacía perecer inocentes, y condenaba á cuantos sometía á juicio; que reducía á los más ricos á la miseria y no debía su opulencia más que á la ruina de los ciudadanos; que mandaba matar, sin que fuesen culpables, á consulares y generales; que hacía traer á los unos en miserables carretas scitas, y mantenía en prisión á los otros; que, en fin, no omitía nada de lo que podía satisfacer sus feroces inclinaciones. Por estas razones se decidieron á sublevarse contra él, no siendo solos en esto los Romanos. En efecto, teniendo también las tropas por qué quejarse de su crueldad, los ejércitos de África, en repentina é inmensa sedición, nombraron emperador al viejo Gordiano, uno de los varones más notables de la República y procónsul entonces, marchando de la manera siguiente esta revolución:

Había en Libia un procurador, adicto á Maximino,

Biblioteca Nacional de España

que había concluído por despojar á los habitantes. Un grupo de campesinos y soldados le mataron en medio de los guardias que le había dado el Emperador. Persuadidos los autores de la muerte de que no conseguirían la impunidad sino en los medios violentos, decidieron conferir el Imperio al procónsul Gordiano; y aunque este rehusó sus ofrecimientos y se arrojó al suelo para que no le revistiesen la púrpura, le cubrieron con ella y le obligaron á aceptar el trono, amenazándole con las espadas y con todas las armas que empuñaban. Como ya hemos dicho, era Gordiano hombre venerable, de edad avanzada y muy virtuoso; Alejandro le había enviado al Africa por decreto del Senado. Empezó, pues, este Emperador por tomar contra su voluntad la púrpura; pero en seguida, viendo que aquella elección exponía igualmente á su hijo y á su familia, aceptó voluntariamente el Imperio, y fué proclamado Augusto con su hijo por todos los Africanos, cerca de la ciudad de Tysdro, marchando en seguida á Cartago con pompa regia en medio de sus guardias y de haces adornados con laureles, enviando desde allí cartas al Senado romano. El Senado recibió aquellas cartas con profunda alegría en odio á Maximino, y porque acababa de ser muerto Valeriano, jefe de las cohortes pretorianas. Así, pues, el Senado nombró también Augustos al viejo Gordiano y á su hijo Gordiano el Joven.

Condenaron á muerte á todos los delatores de profesión, á todos los acusadores y á todos los amigos de Maximino. Sabino, prefecto de la ciudad, fué herido y muerto en medio del pueblo. Después de estas venganzas, los senadores, que podían temerlo todo de Maximino, tomaron la audaz determinación de declararle enemigo de la patria con su hijo. En seguida enviaron á todas las provincias cartas invitando á los habitantes á que atendiesen á la seguridad común y á la libertad pública, conformándose en todas partes, siendo exterminados los amigos de Maximino, sus procuradores, generales, tribunos y soldados. Corto número de ciudades permane-

Biblioteca Nacional de España

cieron fieles al enemigo público, y haciendo traición en su favor á los legados que les habian enviado, le remitieron en seguida mensajeros. Las cartas del Senado decían lo siguiente: «El Senado y el pueblo romano, libres al fin por los emperadores Gordianos del horrible dominio de una fiera, se apresuran á comunicar á los procónsules, generales, tribunos, magistrados, á todas las ciudades, á todos los municipios, pueblos y aldeas, á todos los castillos, la noticia de esta liberación. Con la protección de los dioses, hemos obtenido por emperador al procónsul Gordiano, hombre profundamente virtuoso y sabio senador. Hémosle nombrado Augusto, y para robustecer más el Imperio, hemos otorgado el mismo título á su hijo Gordiano, joven que ya es digno de él. Debéis concurrir con nosotros á la salvación de la república, al castigo de todos los crímenes y al exterminio del feroz Maximino y de sus amigos, donde quiera que se encuentren, porque le hemos declarado con su hijo enemigo de la patria.»

Así decía el senatusconsulto. Habiéndose reunido los senadores en el templo de Cástor y Pólux el VI de las kalendas de Junio, el cónsul Junio Silano leyó las cartas que había recibido del Africa del proconsul Gordiano, nombrado emperador y padre de la patria: «Padres conscriptos, los soldados bisoños, á quienes está confiada la defensa del Africa, me han proclamado emperador, á pesar mío, pero me someteré de buen grado á la necesidad en consideración vuestra. Declarad, pues, lo que queráis, porque permaneceré inseguro y sin decisión hasta que conozca la determinación del Senado.» Apenas terminada la lectura, exclamó el Senado: «¡Gordiano Augusto, que los dioses te conserven! Sé feliz en el trono, tú que nos has libertado. Reina largos años, tú que nos has libertado. Por tí se salva la República, todos te lo agradecemos.» El Cónsul dijo en seguida: «Padres conscriptos, ¿qué disponéis relativamente á los Maximinos?» y contestaron: «Que se les declare enemigos y se recompense á quien los mate.» El Cónsul volvió á preguntar:

Biblioteca Nacional de España

«¿Qué queréis se haga de los amigos de Maximino?—Que se les declare enemigos y se recompense á quienes los maten», exclamaron por todos lados. En seguida lanzaron estas exclamaciones: «¡Que el enemigo del Senado sea crucificado; que maten al enemigo del Senado donde quiera que se encuentre; que los enemigos del Senado sean quemados vivos! ¡Augustos Gordianos, que los dioses os guarden! Vivid felices los dos; reinad los dos venturosamente. Daremos la pretura al nieto de Gordiano. Que al nieto de Gordiano se le titule César; que el tercer Gordiano reciba la pretura.»

En cuanto tuvo noticia de aquel senatusconsulto, Maximino, naturalmente irascible, se entregó á tal furor, que antes que por hombre se le habría tomado por fiera. Arrojábase contra las paredes, se revolcaba en el suelo, lanzaba roncos gritos y empuñaba la espada como si tuviese á su alcance el Senado; rasgaba sus ropas Reales y golpeaba á cuantos se encontraban cerca, y hasta hubiese arrancado los ojos á su hijo, si no se hubiese retirado, según dicen algunos escritores. Este furor contra su hijo procedía de que, á pesar de la orden que le dió de marchar á Roma inmediatamente después de su proclamación, este joven, retenido por el cariño que profesaba á su padre, había aplazado la marcha; y Maximino pensaba que el Senado no hubiese hecho nada contra él, de estar su hijo en Roma. Los amigos de Maximino, viéndole tan furioso, le encerraron en su cámara; pero no pudiendo nada moderar su ira, desde el primer día se entregó á los excesos del vino para olvidar sus penas, llegando á un estado en que no sabía ya lo que había ocurrido. Al siguiente día recibió á aquellos amigos que no habían podido verle después de los acontecimientos, y les consultó acerca de lo que convenía hacer; pero éstos guardaron silencio, aprobando en secreto la conducta del Senado, y Maximino abandonó el consejo para arengar á las tropas, exhalando su odio contra los Africanos, contra Gordiano, contra los senadores, y exhortó á los soldados á vengar sus comunes injurias.

Biblioteca Nacional de España

Su oración fué completamente militar, pudiendo formarse idea de ella por este párrafo: «Compañeros, nada diré que sea nuevo para vosotros: los Africanos han violado sus juramentos ¿Qué digo violado? ¿Los han observado alguna vez? Gordiano, el infame viejo que está al borde de la tumba, se ha apoderado del Imperio; los virtuosísimos senadores que asesinaron á Rómulo y á César me han declarado enemigo, mientras combatia y triunfaba por ellos. En la misma sentencia os comprenden á vosotros y á todos los que están conmigo, juzgándoles, por el cariño que les tengo, dignos de su enemistad. Como ya os he dicho, han pedido por príncipe al joven Gordiano, un niño, que en seguida ha tomado este título; y antes de marchar al palacio, acompañados por gentes armadas, han dado el título de César al nieto de Gordiano y llamado Augustos á los Gordianos, padre é hijo. Si vosotros sois hombres valerosos, marchemos contra el Senado y contra los Africanos: todos sus bienes son para vosotros.» En seguida dispuso que se les diese crecida paga, y tomó con su ejército el camino de Roma.

Entretanto, viéndose Gordiano inquietado en África por un tal Capeliano, á quien habia dado sucesor en el gobierno de los Moros, envió á su hijo contra él, pereciendo este joven en un combate sumamente encarnizado; y Gordiano, sabiendo que Maximino tenia grandes fuerzas, que los Africanos eran incapaces de resistirle, y que además eran muy pérfidos, puso voluntariamente término á su vida estrangulándose. Entonces Capeliano, que habia conseguido aquella victoria en favor de Maximino, mató ó proscribió á todos los partidarios de Gordiano que todavía se agitaban en África; y como le animaban los mismos sentimientos que á Maximino, no perdonó á ninguno: destruyó las ciudades, saqueó los templos, distribuyó los tesoros á los soldados, y degolló á la plebe y á los nobles de las poblaciones, tratando por otro lado de ganarse el afecto de las tropas, con la esperanza de llegar al trono, si perecia Maximino.

Biblioteca Nacional de España

Cuando llegaron estas noticias á Roma, viendo el Senado muertos á los Gordianos, y temiendo la crueldad natural de Maximino, exaltada más por las circunstancias, creó emperadores á Máximo Pupiano, que, á pesar de su humilde origen, había sido prefecto de Roma y obtenido muchas dignidades en las que había demostrado acrisolada virtud, y á Claudio Balbino, cuyas costumbres eran menos austeras. El pueblo los nombró Augustos á los dos; y las tropas, de acuerdo con el pueblo, dieron al nieto de Gordiano, niño todavía, el título de César. De esta manera se vió defendida la República por tres Emperadores contra Maximino; pero Máximo les sobrepujaba á los tres por la austeridad de sus costumbres, su profunda prudencia é incansable valor; por cuyas razones, el Senado y Balbino le encomendaron la guerra contra Maximino. Marchó, pues, Máximo contra él, y Balbino quedó en Roma, teniendo que luchar con sediciones intestinas y guerras civiles. Galicano y Mecenas fueron muertos, entre otros, por el pueblo, que á su vez fué degollado por los pretorianos, no bastando la autoridad de Balbino para contener aquellos desórdenes, siendo al fin incendiada una gran parte de la ciudad. La muerte de Gordiano y de su hijo y la victoria de Capeliano regocijaron mucho á Maximino; pero cuando recibió el senatusconsulto que nombraba emperadores á Máximo, Balbino y Gordiano, comprendió que el odio del Senado no tendría límites y que en adelante todo el mundo le consideraría como enemigo.

Así fué que entró en Italia más furioso que nunca, aumentando su cólera cuando supo que Máximo avanzaba contra él, y formando sus legiones en cuadros, se dirigió á Hemona. Pero los habitantes de las provincias habían tomado el partido de retirar todo lo que podía servir para la alimentación de los soldados y de refugiarse en las ciudades, para que Maximino y su ejército sucumbieran al hambre. Habiendo acampado éste en una llanura y no encontrando provisión alguna de boca, los soldados se mostraron muy descontentos, sobre todo

Biblioteca Nacional de España

cuando se vieron estrechados por el hambre en Italia, donde creían poder reponerse de sus fatigas, después de haber pasado los Alpes. Comenzaron por murmurar, y á poco hablaron libremente: quiso Maximino castigar aquellas quejas, y esto acabó de exasperar á los soldados, que de pronto dejaron estallar su disgusto, contenido hasta entonces. Dicen algunos escritores que Maximino experimentó necia alegría al ver á Hemona evacuada y desierta, como si la ciudad se le hubiese rendido. En seguida se dirigió á Aquilea, que le cerró las puertas, después de colocar soldados en las murallas, defendiéndose valerosamente á las órdenes de los consulares Menófilo y Crispino.

Viendo Maximino que sitiaba inútilmente á Aquilea, envió legados á la ciudad; y el pueblo hubiese prestado oídos á sus proposiciones, si Menófilo y su colega no se hubieran opuesto, diciendo que el dios Beleno (1) había prometido por boca de sus arúspices que Maximino sería vencido. Dícese que más adelante se prevalieron de esto los soldados de Maximino diciendo que Apolo había combatido contra ellos, y que aquella victoria no debía atribuirse ni á Máximo ni al Senado, sino á los mismos dioses; lo que imaginaron, según se asegura, para paliar la vergüenza de haber sido vencidos por enemigos casi desarmados. Habiendo construído un puente de toneles, Maximino cruzó el río y estrechó más á Aquilea. Entonces se trabó mortífera pelea entre los dos bandos: los sitiados opusieron á los esfuerzos del enemigo azufre y fuego y otros recursos del mismo género; de manera que unos dejaban caer las armas, el fuego incendiaba las ropas de otros, éstos perdían la vista, y todo, hasta las máquinas de guerra, quedaba destruído. Maximino y su hijo, á quien había nombrado César, daban vueltas alrededor de las murallas todo lo

(1) Un monumento antiguo representa esta divinidad con cabeza radiante y la boca abierta como para dar órdenes ó pronunciar oráculos.

Biblioteca Nacional de España

cerca que permitian los dardos, para animar á los soldados y exhortar á los habitantes para que se rindiesen. Pero nada consiguieron, y la crueldad de Maximino le atrajo todo género de ultrajes, así como á su hijo, que era muy hermoso.

Atribuyendo Maximino la duración del sitio á la falta de valor en sus generales, mandó matarles cuando más los necesitaba. Al disgusto que esto produjo se unía la falta de víveres, ocasionada porque el Senado había escrito á todas las provincias y á los guardias de los puertos prohibiendo que dejasen llegar nada á Maximino. Los senadores habían enviado también á todas las ciudades pretores y cuestores que habían terminado en el cargo, con orden de proveerlas de todos los medios de defensa contra él. Sucedió al fin que el sitiador se encontró expuesto á todos los males que experimenta el sitiado; y además, de todas partes llegaban noticias demostrando que todo el mundo detestaba á Maximino. Excitados por todos estos motivos, y temiendo por sus familias, refugiadas en el monte Albano, los soldados penetraron en pleno día en la tienda de Maximino y de su hijo, que descansaban de la fatiga de un combate, y los asesinaron. En seguida clavaron sus cabezas en picas y las mostraron á los habitantes de Aquilea. Inmediatamente derribaron la estatua y las imágenes de Maximino en la ciudad más inmediata; mataron á su prefecto del Pretorio y á sus amigos más conocidos, y enviaron las dos cabezas á Roma.

Así terminaron los Maximinos, fin digno de la crueldad del padre y no correspondiente á las buenas cualidades del hijo. Esta muerte colmó de alegría á los habitantes de las provincias y consternó á los bárbaros. En Aquilea admitieron á los soldados después del asesinato de aquellos enemigos públicos; pero comenzaron por exigirles que adorasen las imágenes de Máximo, Balbino y Gordiano, sabiéndose ya generalmente que los dos Gordianos habían sido deificados. En seguida trasladaron de Aquilea el campamento, donde la escasez era extrema,

Biblioteca Nacional de España

abundante provisión de víveres; y en atención á la fatiga de los soldados no se les reunió en asamblea hasta el día siguiente. Todos juraron fidelidad á Máximo y Balbino, y dieron á los primeros Gordianos el título de dioses. Imposible describir el regocijo que estalló por todas partes, cuando se vió llevar á Roma, atravesando la Italia, la cabeza de Maximino, acudiendo todos á tomar parte en el gozo público. Entretanto Máximo, á quien muchos escritores llaman Pupiano, se había asegurado el socorro de los Germanos y hacía en Ravena aprestos de guerra. En cuanto se enteró de que el ejército le había reconocido al mismo tiempo que á sus colegas, y que los dos Maximinos habían muerto, despidió á sus auxiliares germanos y escribió á Roma cartas laureadas, que produjeron profunda alegría. Todos los habitantes se reunieron delante de los altares, en los templos, en los santuarios, en todos los parajes consagrados por la religión, y allí dieron gracias á los dioses. Balbino, naturalmente tímido y que temblaba al solo nombre de Maximino, ofreció una hecatombe, y mandó que en todas las ciudades se celebrase igual sacrificio. Máximo entró en seguida en Roma, donde, después de acudir al Senado y dar gracias á aquella asamblea, arengó al pueblo y regresó en triunfo al palacio con Balbino y Gordiano.

Interesa conocer el senatusconsulto que se dió en aquellas circunstancias y el día en que se anunció en Roma la muerte de Maximino. El mensajero enviado desde Aquilea corrió, cambiando de caballos, con tal rapidez, que llegó al cuarto día á Roma, habiendo dejado á Máximo en Ravena. Como á la sazón se celebraban juegos públicos, el mensajero se presentó de pronto en el teatro, donde se encontraban Balbio y Gordiano. El pueblo, sin esperar á que hablase, gritó á una voz: «Maximino ha muerto», de manera que se conoció la noticia antes de que se anunciase, y los Emperadores, que estaban presentes, dieron con el gesto y la mirada señal para el regocijo público. Terminado el espectáculo, cada cual corrió á dar gracias á los dioses. El Senado

Biblioteca Nacional de España

acudió al lado del Príncipe, y el pueblo á la plaza de las arengas. El senatusconsulto decía así: « Los dioses persiguen á los enemigos del pueblo romano. Gracias te damos, Optimo Júpiter: gracias te damos, venerable Apolo. Te damos gracias. Balbino Augusto, Gordiano Augusto, te damos gracias. Que el nombre de Maximino, borrado ya de los monumentos públicos, lo sea también de nuestra memoria. Que se arroje al río la cabeza de nuestro enemigo público; que nadie dé sepultura á su cuerpo. El que amenazaba con la muerte al Senado; el que amenazaba al Senado con cadenas, ha sido muerto como merecía. Venerables Emperadores, os damos gracias. Máximo, Balbino y Gordiano, que los dioses os guarden. Todos deseamos ver aquí á los vencedores de nuestros enemigos; todos deseamos la presencia de Máximo. Balbino Augusto, que los dioses te guarden. Seréis, como cónsules, la gloria del presente año; subrogamos Gordiano al puesto de Maximino.» Cupidio Celerino, cuya opinión se pidió en seguida, se expresó así: «Padres conscriptos, después de haber borrado de los monumentos públicos el nombre de los Maximinos y de dar á los Gordianos el título de divinos, dedicaremos á nuestros príncipes Máximo, Balbino y Gordiano, por la victoria que se ha conseguido, estatuas con elefantes, carros triunfales, estatuas ecuestres y trofeos.» Disuelto en seguida el Senado, dirigiénronse á los dioses en toda la ciudad solemnes acciones de gracias; y los Príncipes victoriosos regresaron al palacio. Daremos su historia en otro libro.

Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE

Á LA VIDA DE LOS DOS MAXIMINOS.

Herodiano habla así de este Emperador: «Después de la muerte de Alejandro, Maximino cambió de pronto la faz de las cosas: el temor y la crueldad sucedieron al amor y la dulzura, y se pasó del gobierno más moderado que existió jamás, á la tiranía más cruel. Comprendía perfectamente que le habían visto con temor y envidia, subir desde la condición más humilde al primer puesto del mundo..... y solamente pensaba en asegurar su autoridad con la sangre y los crímenes, como para sobreponerse con su crueldad al desprecio del Senado y de todo el Imperio, que oponía á su grandeza presente el recuerdo de su obscuro nacimiento.

»Todo en él estaba en conformidad con su carácter: su aspecto era terrible y amenazador; y su estatura y robustez eran tales, que ni entre los bárbaros, ni entre los gladiadores había quien se le pudiese comparar.

»Comenzó por separar las hechuras de Alejandro y los senadores que formaban su Consejo, expulsando á unos de Roma, y quitando á otros sus cargos so pretexto de malversación; y esto para alejar á aquellos cuyo ilustre nacimiento parecía censurarle la bajeza del suyo, y con objeto de no tener á su lado á nadie que le mereciese consideraciones ó que le hiciese sombra, y poder dar rienda suelta á su crueldad sin temor ni contradicciones. Expulsó del palacio á todos los que durante tantos años

Biblioteca Nacional de España

habían servido á Alejandro, é hizo morir á muchos cuyo único delito había sido lamentar tan buen amo y llorarle.

»Pero lo que acabó de irritar el carácter de Maximino, tan inclinado naturalmente á la crueldad, fué una conjuración en la que se decía entraban el Senado y muchos centuriones.

»Enteróse de que un consular de casa patricia, llamado Magno, trabajaba sordamente contra él y que había ganado ya considerable número de soldados; habiendo concertado, según se dice, lo siguiente: Decidido Maximino á llevar la guerra á los Germanos, había hecho construir un puente sobre el Rhin. Como debía su elevación á su buen aspecto y experiencia en la guerra, quería cuanto antes sostener su reputación con alguna hazaña brillante, responder á la expectación de los que le habían elevado al trono, y justificar con sus victorias que habían hecho bien en atribuir á la cobardía y negligencia de Alejandro los pocos progresos que hasta entonces se habían hecho contra los bárbaros. Empleaba días enteros en ejercitar á sus tropas, animándolas con su ejemplo, teniendo siempre la coraza puesta y presentándose el primero en todo. Preténdese, pues, que Magno había corrompido algunos de sus mejores soldados, y con especialidad los que guardaban el puente de que hemos hecho mención; éstos debían romperlo en cuanto Maximino hubiese pasado al otro lado del Rhin, con objeto de dejarle solo, expuesto á los golpes de los bárbaros, sin que pudiese escapar, por ser allí tan ancho y profundo el rio, que le sería imposible repasarlo á nado. Esto es lo que se dijo entonces de este asunto. Si era cierto ó fué sencillamente calumnia del mismo Maximino, jamás ha podido averiguarse. No abrió proceso alguno, y condenó á muerte á todos aquellos de los que tenía hasta leves sospechas, sin juzgarlas para no oir su defensa.»

De la sublevación de los Osdroenos, dice el mismo historiador: «Poco tiempo después de la conspiración de Magno, se sublevaron los soldados osdroenos, sin tener

Biblioteca Nacional de España

otras razones que su constante enojo por el asesinato de Alejandro. Habiendo encontrado casualmente un consular llamado Quartino, amigo de este príncipe, y á quien por esta razón había hecho Maximino abandonar la milicia, le tomaron por jefe, no obstante su resistencia, le cubrieron con un manto de púrpura, hicieron llevar el fuego á su presencia y le proclamaron emperador. Pocos días después le mató en su tienda un compañero suyo y amigo antiguo, llamado Macedo, que no solamente había sido cómplice suyo, sino autor de la sublevación de los Osdroenos, á los que mandaba desde mucho tiempo. Parece que no hubo entre ellos disensión alguna, y su traición fué tanto más horrible, cuanto que fué el primero en estrecharle para que aceptase el Imperio. Llevó su cabeza á Maximino, creyendo que aquel presente le serviría de relevante mérito cerca de él. Mucho agradó al Príncipe verse libre de aquel adversario, pero en vez de recompensar al traidor, que había creído no podrían pagarle nunca bastante bien servicio de tal importancia, le condenó á muerte, detestando su perfidia, que le inspiró justo horror; porque no ignoraba que aquel miserable había sido la primera causa del desorden y que había comprometido á su amigo en aquella empresa. Estas cosas aumentaban diariamente la inclinación de Maximino á la crueldad, encontrando ocasiones para ejercerla.»

De la guerra de Germania, dice: «Después de hacer todos los preparativos necesarios, pasó el Rhin sin encontrar resistencia, y entró en Germania con poderoso ejército, en el que estaban reunidas casi todas las fuerzas del Imperio, además de muchos auxiliares extranjeros, tanto Moros armados con dardos, como arqueros osdroenos y armenios, de los que los primeros eran súbditos del Imperio y los otros aliados: también llevaba á sueldo considerable número de Parthos, que habían dejado su país atraídos por el dinero que se ofrecía á los desertores, ó que, hechos prisioneros de guerra, habían tomado partido con sus compañeros. Alejandro fué el

Biblioteca Nacional de España

primero en servirse de aquella clase de tropas, habiéndolas aumentado mucho Maximino é instruído en los ejercicios de la guerra. Los arqueros y soldados armados con dardos son muy útiles contra los Germanos, sobre los que caen con impetuosidad, retirándose con igual ligereza y no comprometiéndose nunca en la pelea. El ejército romano avanzó en territorio enemigo en la época de la cosecha, y no presentándose nadie para combatirle, recorrió los campos saqueando y quemando los pueblos, en los que prendía fácilmente el fuego, porque las casas están construídas con gruesos maderos entrelazados. El ejército de Maximino se había extendido ya por el territorio germánico, causando estragos por todas partes, arrebatando los ganados y sin encontrar enemigos en su marcha, porque los bárbaros se habían retirado á sus bosques y pantanos, para armar emboscadas á los Romanos y pelear con más ventaja en aquellos parajes cubiertos, donde era difícil forzarles, siendo inútiles las flechas y los dardos en aquellas espesuras, y tan profundos los pantanos, que los que no conocen el país corren riesgo de ahogarse en ellos, mientras que los Germanos, que diariamente los vadean, conocen los sitios seguros y los peligrosos. Allí se trabaron los combates más obstinados, y donde Maximino se distinguió maravillosamente. Habiendo huído un día los bárbaros á un gran pantano, y detenídose de pronto los Romanos sin atreverse á perseguirles, se lanzó el primero, y, á pesar de que el caballo tenía el agua al vientre y el enemigo estrechaba por todos lados al Emperador, no retrocedió y mató á cuantos le hicieron frente. Esta audacia estimuló á los soldados, que trabaron en el acto el combate para imitar á su general y compartir con él el peligro en que se había comprometido por ellos; haciendo al fin tal carnicería, que el pantano se enrojeció con la sangre y quedó cegado por los cadáveres. Los Romanos sufrieron también muchas pérdidas, pero debieron al valor de Maximino una victoria tan completa que casi no escapó ningún bárbaro. El Emperador dió cuenta al Senado y

Biblioteca Nacional de España

al pueblo detalladamente de aquella batalla, con todas las circunstancias, que tan gloriosas eran para él; y, para perpetuar su memoria, mandó colocar delante de la puerta de la Curia un gran cuadro que la representaba: pero después de su muerte lo quitaron, como todos los demás monumentos erigidos en Roma en honor suyo. Otros muchos combates sangrientos se libraron en Germania en los que demostró tanto valor como intrepidez, penetrando en lo más récio de la pelea y matando considerable número de enemigos con su propia mano. Después de tantas hazañas gloriosas, llevó á Pannonia el ejército romano con el botín y los prisioneros que había hecho en aquella campaña. Pasó el invierno en Sirmio, capital de la provincia, haciendo preparativos para el verano siguiente, amenazando á los bárbaros con llevar sus conquistas hasta el Océano, y, si ha de juzgarse el porvenir por el pasado, puede creerse que no habrían sido vanas sus amenazas, á no sorprenderle la muerte.

»Maximino tenía eminentes virtudes militares, que le habrían conquistado puesto entre los grandes hombres, si su crueldad no le hubiese colocado entre los tiranos, y si no se hubiese hecho más odioso todavía á sus súbditos que temible á sus enemigos. Bajo su imperio, no solamente gozaban de completa libertad los delatores, sino que los sostenía, apoyaba sus maldades y les excitaba con cebos. Nadie estaba seguro; los niños respondían por sus padres; escudriñábase hasta en los reinados precedentes, y diariamente se desenterraban pretendidos crímenes de que nadie había oído hablar jamás. Ser acusado equivalía á ser culpable; antes de oir, se comenzaba por confiscar los bienes; de manera que se veían personas reducidas á la mendicidad, cuando la víspera gozaban de cuantiosos bienes. De esta manera saciaba Maximino su avaricia, dando por toda razón de aquella tiranía la necesidad de hacer regalos á los soldados. Prestaba oído á las calumnias, sin tener en cuenta la edad ni posición de los que las hacían; y frecuentemente, por ligera sospecha, mandaba prender á consulares go-

Biblioteca Nacional de España

bernadores de las provincias, generales que habían recibido los honores del triunfo; hacíales llevar montados en carretas, de Oriente á Occidente, ó del Mediodía á Panonia, donde había fijado su residencia, y después de los tratamientos más indignos y de completa confiscación de sus bienes, los desterraba ó los condenaba á muerte.

»Mientras no recayeron sus golpes más que sobre algunos particulares ó solamente se dirigieron á personas notables, el pueblo y las provincias no se conmovieron mucho. Pero el pueblo tuvo que lamentar muy pronto sus propios males. Este tirano, después de arruinar las familias más ilustres del Imperio, sin que por esto saciase su avaricia, que encontraba aquellos caudales muy pequeños, se apoderó de los fondos públicos, que guardaban las ciudades para comprar trigo ó para hacer distribuciones al pueblo, ó bien para los gastos de los espectáculos y diversiones públicas. Hizo fundir también todo el oro y la plata que había en los templos de los dioses, sus estatuas, las de los héroes; en fin, todo lo que había en obras hermosas capaz de convertirse en dinero; siendo muy doloroso para todas las ciudades del Imperio verse, en plena paz, entregadas al pillaje como si las hubiesen tomado por asalto. En algunas hubo hombres bastante atrevidos para oponerse á los agentes de Maximino, dispuestos á morir al pie de los altares antes que dejar arrebatasen ante sus ojos lo que la piedad de sus mayores les habían consagrado. Los ánimos estaban por tanto muy excitados; hasta los soldados se encontraban violentos al tener que soportar diariamente las amargas reconvenciones de sus parientes y compatriotas, que se quejaban de ellos y de su insaciable avaricia, considerándola como causa de todo lo que sufrían. Estas justas quejas habían sembrado por todas partes semilla de sublevación, pero nadie se atrevía á declararse, ni á dar los primeros pasos; contentándose con gemir en secreto, implorar el socorro de los dioses y rogarles por el remedio. Al fin una ocasión, muy poco importante en sí misma, lo puso todo en movimiento.

Biblioteca Nacional de España

»En el tercer año del reinado de Maximino, los pueblos de África fueron los primeros en sublevarse, encendiendo el fuego que muy pronto se propagó por todo el Imperio. La causa fué la siguiente: Había en Cartago un procurador que trataba la provincia con suma dureza y violencia, condenando diariamente á muchos particulares, sin causa alguna, á fuertes multas, para responder á las intenciones de Maximino, que no colocaba en estos puestos más que á hombres de su carácter. Los que entonces manejaban las rentas, si les quedaba alguna probidad, la perdían muy pronto, y convencidos de que no les convenía ser hombres honrados bajo un príncipe tan injusto y avaro, tomaban el partido de hacer lo mismo que los demás. Habiendo el procurador de África condenado á fuerte multa á algunos jóvenes de los más distinguidos del país, les estrechaba para que la pagasen, queriendo obligarles á que vendiesen sus bienes. Ofendióles tamaña injusticia, pero ocultaron su enojo y le pidieron tres días de plazo. Durante este tiempo reunieron á todos los que habían recibido malos tratamientos del procurador ó quedaban expuestos á recibirlos; hicieron venir de noche de sus propiedades á la ciudad á todos los labradores jóvenes armados de palos, hachas y toda clase de armas que encontrasen á mano, y todos reunidos formaron fuerte grupo, porque el África, especialmente los campos, está muy poblada. A la mañana siguiente, sus señores les reunieron con sus esclavos, les advirtieron que ocultasen las armas hasta que viesen á los soldados ó al pueblo hacer algún movimiento para prenderles ó para oponerse á lo que intentaban, y marcharon, con puñales escondidos debajo de la ropa, como para pagar al procurador la multa á que les había condenado, matándole cuando se acercaron á él, sin darle tiempo para que se defendiese. Sus guardias se prepararon en seguida para castigar á los agresores, pero los campesinos defendieron á sus amos tan vigorosamente, que en pocos momentos los dispersaron á todos.

»Viendo los jóvenes que todo les había salido bien hasta

Biblioteca Nacional de España

entonces, creyeron que después de aquel atentado no debían pararse en el camino; que no podían salir de aquel mal paso sino comprometiéndose más y comprometiendo también al gobernador con ellos. Sabían que el odio que se profesaba á Maximino alimentaba en todos ideas de sublevación, contenidas únicamente por el temor. Marcharon, pues, en pleno día, seguidos de numeroso pueblo, á casa del gobernador, llamado Gordiano, á quien había tocado aquella provincia después de su consulado, á la edad de ochenta años. Muchos gobiernos había desempeñado antes Gordiano, y había intervenido en los negocios graves de la república, y esto hacía creer que aceptaría gustoso el Imperio, siendo éste el único puesto que podía halagar ya su ambición; y que el Senado y pueblo romano reconocerían con agrado por príncipe á este varón, que por su nacimiento y puestos que había ocupado se encontraba cerca del trono. Ocurrió casualmente que aquel día, Gordiano, para descansar de los trabajos de su cargo, había permanecido en su casa sin dar audiencia. Los jóvenes, habiendo rechazado á los guardias del procónsul, entraron espada en mano, y, encontrándole acostado, le rodearon, y creyendo Gordiano que trataban de matarle, se arrojó del lecho á sus pies, rogándoles perdonasen á un anciano que nunca les había hecho daño alguno, y que guardasen á su legítimo príncipe la fe que le habían jurado. En aquella postura permaneció algún tiempo, sin enterarse de los propósitos de los jóvenes, y temblando á la vista de sus espadas desnudas; pero al fin, el más distinguido de ellos y que tenía más facilidad de expresión, impuso silencio, y continuando con la espada levantada, dijo: «Entre dos peligros, uno »presente y cierto, otro lejano é inseguro, has de elegir »hoy: ó te entregas con nosotros á la fortuna para con»servar la vida, ó mueres en el acto á nuestras manos. Si »te decides por lo primero, no carecerás de fuertes medios »para sostenerte, y librarás al Imperio de un príncipe uni»versalmente aborrecido, y de horrible tiranía. Con esta »última acción coronarás tus virtudes: el Senado y el

Biblioteca Nacional de España

»pueblo romano te lo agradecerán eternamente, y tu nom»bre vivirá siempre entre ellos. Pero si no quieres ponerte »á nuestro frente, vengaremos tu negativa con tu muerte, »y, si es necesario, nos inmolaremos nosotros en seguida. »El hecho que acabamos de realizar no nos deja esperanza »alguna de perdón. Hemos castigado por nuestra mano »al ministro de la tiranía, que ha expiado con su sangre »todas sus violencias. Si tienes valor para compartir con »nosotros los peligros, de procónsul te hacemos empera»dor. Cambiando de nombre, nuestro atentado nos será »glorioso; tu poder garantirá nuestra vida, poniéndonos »á cubierto de toda persecución.»

»Durante este discurso, cuyo final apenas se esperó, había acudido todo el populacho á la puerta de la casa y unánimemente proclamó á Gordiano emperador. Este resistió algo al principio, excusándose con su ancianidad; pero como era muy ambicioso, se rindió sin hacerse rogar mucho, arriesgando voluntariamente los pocos días que le quedaban, pensando que, de cualquier manera que girasen las cosas, siempre sería glorioso para él morir emperador. En seguida se sublevaron todas las ciudades del Africa, derribando las estatuas de Maximino, y sustituyéndolas con las de Gordiano, á quien llamaron el Africano, porque así denominan los Romanos á los pueblos de la Libia. Habiendo permanecido Gordiano algunos días más en Thisdra, donde habían ocurrido estas cosas, marchó á Cartago con numerosa comitiva, con objeto de hacerlo todo con más pompa y majestad en una ciudad muy grande y populosa, que, no cediendo más que á Roma, disputa el segundo puesto á Alejandría. Imitaron lo mejor que pudieron el fausto y la brillantez que realzan la persona de los emperadores, llevando delante de él el fuego y demás atributos imperiales, y haces laureados, en lo que se distinguen los de los príncipes de los de los magistrados. Los soldados que se encontraban en sus cuarteles, reunidos con los jóvenes más esbeltos, reemplazaron las cohortes pretorianas, y por medio de estas ceremonias, Cartago se encontró

Biblioteca Nacional de España

durante algunos dias casi igual á la capital del mundo.

»Gordiano escribió á Roma, á los magistrados y á los senadores más distinguidos, que eran todos parientes ó amigos suyos, uniendo á estas cartas otras dirigidas al Senado y al pueblo, en las cuales, después de decir que toda el Africa se había declarado por él, detallaba las crueldades de Maximino, prometiendo seguir conducta completamente opuesta, desterrar á los delatores, escuchar por segunda vez la defensa de los que habían sido castigados injustamente y levantar el destierro á los relegados por Maximino; y en fin, hacía esperar á los soldados y al pueblo grandes generosidades que no habían recibido de ningún antecesor suyo. Al mismo tiempo tuvo la precaución de hacer matar en la misma Roma al prefecto de los guardias pretorianos, llamado Vitaliano, hombre violento y cruel, completamente identificado con Maximino, que no hubiese dejado de impedir la sublevación del pueblo. Para hacer esto, envió con algunos soldados al cuestor de su provincia, hombre atrevido y vigoroso, dispuesto á arriesgarlo todo en su servicio, y le dió cartas con doble sobre, como van todas aquellas en que los gobernadores participan al Emperador asuntos importantes. Llevaba orden de entrar en Roma muy temprano, marchar en busca de Vitaliano, antes de que hubiese empezado á dar audiencia, y mientras se encontraba en el camarín donde acostumbraba examinar los papeles que se referían á la persona del Emperador, decirle que iba á entregarle cartas para Maximino que contenían importantísimos secretos, y que estaba encargado de referir de viva voz otras muchas cosas muy esenciales; que cuando no pensase más que en escucharle, aprovechasen la ocasión y le matasen con los puñales que llevarían ocultos. Todo esto se ejecutó puntualmente. Habiendo entrado en Roma antes de amanecer, los agentes de Gordiano encontraron á Vitaliano casi solo, y le mataron mientras examinaba el sello de las cartas que le habían presentado. En seguida salieron, puñal en mano, y los que les vieron se retiraron asustados, creyendo que aquello

Biblioteca Nacional de España

lo habían hecho por mandato del mismo Maximino; porque no era la primera vez que había tratado de tal manera á los que se creían sus mejores amigos. Los asesinos marcharon por la vía Sacra al Foro, donde entregaron al pueblo las cartas de Gordiano. En seguida llevaron á los cónsules y á los otros particulares las que tenían para ellos, y al mismo tiempo propagaron el rumor de que Maximino había sido muerto.

»El populacho es ligero en todas partes y aficionado á novedades, pero el de Roma sobrepuja al de todas las ciudades. Aquella grande multitud de habitantes, confundida con extranjeros de todas las naciones, se agita fácilmente, y no se calma sino con muchísimo trabajo. Así fué que al primer rumor de la muerte de Maximino, poseída de alegría y de furor insensato, derribó sus estatuas y las arrastró por el lodo, haciendo lo mismo con los demás monumentos que le habían elevado en las plazas públicas. El vehemente aborrecimiento, que hasta entonces había contenido el miedo, desbordó, y no encontrando obstáculos, se propagó con mayor impetuosidad. Habiéndose reunido el Senado en el mismo día, declaró á Gordiano emperador con su hijo, y abrogó todos los honores que se habían concedido á Maximino, aunque no se había confirmado la noticia de su muerte. Pero el presente les tranquilizaba acerca del porvenir, y aquel primer triunfo les hacía menos tímidos y previsores. En seguida huyeron los delatores de profesión, ó fueron muertos por aquellos á quienes habían acusado. El populacho arrastró á las cloacas á los procuradores y ministros de las crueldades de Maximino; pero con pretexto de exterminar á los auxiliares de la tiranía, se asesinaba á los acreedores y á todos aquellos con quienes se tenían disgustos; saqueaban sus casas, y bajo el especioso nombre de libertad, renovaban en plena paz los crímenes y horrores de las guerras civiles. Tan lejos llegaron las cosas, que el prefecto de la ciudad, llamado Sabino, que había sido cónsul, queriendo restablecer el orden, fué muerto de un palo en la cabeza; á tal punto

Biblioteca Nacional de España

había llegado el desbordamiento del pueblo. En cuanto al Senado, viendo que después de un paso tan arriesgado ya no podía retroceder, y que todo podía temerlo de la ira de Maximino, solamente pensó en los medios de atraerse las provincias. Enviaron, pues, á los senadores y caballeros más distinguidos con cartas para los gobernadores, en las que, después de exponer las intenciones del pueblo y del Senado, les exhortaban á secundarle y servir á la patria, persuadiendo á los de sus provincias á obedecer á los Romanos, á quienes en todo tiempo había pertenecido el soberano poder, y á quienes sus antepasados reconocieron por señores en cuanto habían sido súbditos del Imperio, y la mayor parte de los gobernadores recibieron honrosamente á aquellos emisarios, sublevando sin trabajo los pueblos, que se encontraban dispuestos ya á la revuelta por aborrecimiento á Maximino. Algunos gobernadores, muy pocos, mataron á los emisarios del Senado, ó los enviaron con segura guardia á Maximino, que les hizo sufrir los suplicios más crueles. Tal era en Roma el estado de las cosas y la disposición de los ánimos.

»Estas noticias irritaron sobremanera á Maximino, aunque afectaba tranquilidad y trataba el asunto como cosa baladí. Sus soldados no ignoraban nada de lo ocurrido; el feliz éxito que había tenido el principio de la sublevación mantenía todos los ánimos en expectación, pero nadie se atrevía á comunicar con otro, haciendo cada cual sus reflexiones en secreto y fingiendo ignorar lo que todos sabían, por temor á Maximino y á su perspicacia, que no solamente por las palabras, sino por los gestos y hasta expresión del rostro, juzgaba los corazones y descubría los pensamientos. El Emperador permaneció dos días encerrado con sus amigos, deliberando acerca de los remedios que podrían aplicarse á mal tan imprevisto; y al tercer día reunió las tropas en una llanura fuera de la ciudad, y les leyó la siguiente oración, que sus amigos le habían compuesto: «Sé que no »esperáis las noticias que vengo á comunicaros; pero

Biblioteca Nacional de España

»estoy persuadido de que antes excitarán vuestra risa »que os producirán asombro. ¿Sabéis quiénes son los que »toman las armas contra nosotros y se atreven á atacar »vuestro valor? No son los Germanos, á quienes sus pér»didas han hecho prudentes, ni los Sármatas, que dia»riamente nos hacen proposiciones de paz. Los Persas, »que en otro tiempo asolaban la Mesopotamia, se creen »muy dichosos actualmente que se les deja tranquilos »en su territorio. El terror de vuestras armas y mi valor, »que han experimentado muy bien durante el tiempo que »mandé en sus fronteras, les ha enseñado á contentarse »con lo que poseen. Mas para no teneros más tiempo en »suspenso, y para deciros de una vez la cosa más extraña »del mundo, los Cartagineses, con insigne rasgo de lo»cura, se han hecho un rey de burlas, de un anciano de»crépito que comienza á perder los sentidos y que ha »aceptado, á pesar suyo, esa sombra de majestad. Qui»siera preguntarles dónde levantarán tropas, porque en »su provincia solamente encontrarán lictores detrás de »los procónsules. ¿De qué armas se servirán, cuando so»lamente saben manejar lanzas pequeñas, que sólo sir»ven para la caza? ¿Dónde han hecho su aprendizaje »de guerra? á no ser que los juegos, danzas y el arte »de la jocosidad les sirvan de ejercicios militares. »No son peores las noticias que llegan de Italia. Ver»dad es que han asesinado á Vitaliano, pero esto ha »sido por sorpresa y traición. Conocéis demasiado al »pueblo de Roma para no despreciarle, porque gira á »todos los vientos y sigue siempre al más fuerte cuando »solamente se trata de hacer mucho ruido, pero que huye »en desorden en cuanto ve dos ó tres espadas desnudas, »arrojándose unos sobre otros, pensando cada cual en »salvarse sin sostener el partido común. En cuanto á los »senadores, no es de extrañar que nuestra vida sobria y »ordenada les parezca algo salvaje. El valor y demás »virtudes militares son para ellos dureza de carácter y »ferocidad; para ellos son más agradables la molicie y »el desorden, dándoles el nombre de dulzura y modera-

Biblioteca Nacional de España

»ción. Toman muy á mal mi alejamiento de toda clase »de excesos, y prefieren un hombre que se les parece, y »cuyas infamias conocéis. Contra tales gentes tendréis »que combatir; tal es la guerra que nos amenaza, que de »ningún modo será guerra verdadera. No dudo, y creo »que vosotros tampoco, que en cuanto nos presente»mos en la entrada de Italia, unos acudirán con ramos »de olivo, en señal de paz; se arrojarán á nuestros pies »y nos presentarán sus hijos para movernos á compasión; »y otros, igualmente cobardes, buscarán la salvación en »la fuga; y entonces, dueño yo de sus bienes, os enrique»ceré con sus despojos.» Maximino mezcló á su discurso injurias contra el Senado, contra el pueblo, con acento furioso y amenazador, como si se encolerizase contra alguno que estuviese en su presencia. Mandó á sus soldados que estuviesen dispuestos para marchar, y habiéndoles hecho grandes regalos, partió dos días despues para Italia al frente de poderoso ejército, en el que se encontraban casi todas las fuerzas del Imperio, sin contar las nuevas tropas germánicas, que habia levantado en cuanto se apoderó del país de aquellos bárbaros, ó hizo alianza con ellos. También mandó llevar todas las máquinas de guerra construídas para la campaña inmediata, retrasando esto su marcha, á causa de la dificultad del acarreo, además de que tenía que detenerse en el camino para hacer las provisiones necesarias, porque esta guerra era repentina y fué necesario que cada uno reuniese apresuradamente lo que necesitaba para el viaje. Pero como la rapidez era esencial en esta ocasión, hizo que se adelantasen las tropas de la Pannonia, en las que confiaba más, y que, habiendo sido las primeras en proclamarle emperador, estaban decididas á correr todos los peligros por conservarlo en el trono.

»Entretanto, los acontecimientos de Cartago tomaron para Maximino aspecto tan favorable, que ni él mismo podía esperar. Un senador llamado Capeliano gobernaba la parte de Mauritania llamada Numidia, y disponía de un ejército bastante considerable que se conser-

Biblioteca Nacional de España

vaba en aquella frontera para impedir las correrías de los bárbaros vecinos. Gordiano, que estaba disgustado con él á consecuencia de un proceso, en cuanto ascendió al Imperio, le envió sucesor con la orden de que saliese de la provincia. Irritado por la ofensa y adicto además á Maximino, aquel gobernador, colocado por él, habiendo convencido á los soldados para que permaneciesen fieles, marchó sobre Cartago con numerosas tropas, bien armadas, compuestas de soldados atrevidos y vigorosos, experimentados y aguerridos por los combates que diariamente tenían que sostener contra los Moros. La noticia contristó mucho á Gordiano; pero los Cartagineses, aunque algo asombrados, imaginando que la victoria dependía menos del orden y la disciplina que del número, salieron en masa de la ciudad con el joven Gordiano á la cabeza. Su ejército era mucho más numeroso que el de Capeliano; pero como los Cartagineses pasaban la vida en el seno de paz inalterable, en juegos y placeres, carecían de experiencia. Además, no tenían armas, habiendo cogido cada cual á la aventura un puñal, un hacha ó alguna lanza de las que se sirven para la caza, y algunos solamente palos con las puntas quemadas para endurecerlas. Por el contrario, los Númidas que iban en el ejército de Capeliano lanzan el dardo con maravillosa destreza y rigen tan perfectamente sus caballos, que con una varilla los dirigen con tanta facilidad, y son tan dueños de ellos como si llevasen freno y brida. Tan excelentes tropas arrollaron sin trabajo la multitud cartaginesa, que al primer choque arrojó las armas y emprendió la fuga, empujándose de tal manera unos á otros, que murieron más atropellados que á manos del enemigo. El joven Gordiano pereció con todos los que le rodeaban, siendo tan grande el número de muertos, que no pudo encontrarse su cuerpo, quedando muchos insepultos. De todos los que salieron de Cartago y hacían esfuerzos por volver á entrar, apenas escaparon algunos al vencedor, diseminándose por todos lados en aquella populosa ciudad, escondiéndose en los parajes más obs-

Biblioteca Nacional de España

curos y apartados. Los demás cayeron bajo los dardos de los Númidas ó los mató la infantería con las espadas. En la ciudad resonaron los gritos de las mujeres y niños que veían degollar á su presencia lo que más querían en el mundo. El viejo Gordiano, á quien la edad y las fuerzas no habían permitido asistir al combate, enterado de que Capeliano se encontraba ya en la ciudad, se encerró en una cámara como para descansar, y se estranguló con el cinturón. Dicen otros que se mató en cuanto el enemigo estuvo á la vista de Cartago, pero que se cuidó de mantener oculta su muerte hasta después de la batalla. Así pereció aquel consular que, habiendo sido muy afortunado toda su vida, llegó á morir revestido con los atributos de la soberanía. En cuanto Capeliano se apoderó de Cartago, hizo perecer á todos los hombres distinguidos que se habían refugiado allí, y saqueó no solamente las casas de los particulares, sino que también los templos y tesoros públicos. Pasando en seguida á todas las ciudades donde habían derribado las estatuas de Maximino, condenó á muerte á los ciudadanos principales, desterró á los de segundo orden, hizo quemar las ciudades y las abandonó al pillaje de las tropas, no tanto por vengar al Emperador de los ultrajes de la provincia, como para atraerse el afecto de los soldados y, si caía Maximino, poder utilizar un ejército que le sería adicto para elevarse al trono.

»Así se encontraban los asuntos de Africa cuando llegó á Roma la noticia de la muerte del viejo Gordiano, noticia que consternó profundamente al Senado y al pueblo, creyendo que lo habían perdido todo al perder su jefe, tanto más, cuanto que no esperaban perdón de Maximino. Este príncipe, naturalmente cruel y vengativo, que siempre les había aborrecido, tenía entonces justo motivo de resentimiento, desde el punto en que se habían declarado en contra suya con tanto calor. Después de deliberar maduramente en asamblea pública, se convino en que se había avanzado demasiado; que ya no era posible retroceder; que era necesario empuñar las

Biblioteca Nacional de España

armas y sostener el primer paso, y que se elegirían dos emperadores con igual autoridad, por temor de que el poder soberano degenerase otra vez en tiranía si quedaba en manos de uno solo. Esta elección no la hicieron en el Senado, sino que se encerraron en el Capitolio, en el templo de Júpiter, que domina toda la ciudad, con objeto de tener como testigo y á manera de presidente al primero de los dioses. Propusieron en primer lugar aquellos á quienes su edad y fama hacían dignos de aquel puesto, triunfando por mayoría de votos Máximo y Balbino. Máximo, después de haber tenido mucho tiempo el mando de los ejércitos, había ejercido después el cargo de prefecto de Roma de una manera intachable, alcanzando en este puesto fama de hombre íntegro, prudente y esclarecido. Balbino, perteneciente á familia patricia, había sido cónsul dos veces y gobernador de muchas provincias, donde se había alabado siempre su conducta. Por lo demás, sus costumbres eran sencillas, no siendo tan perspicaz como su colega. Al proclamarles emperadores se les concedió por un senatusconsulto todos los demás honores unidos á la suprema dignidad.

»Enterado el pueblo de lo que ocurría, bien porque los parientes y amigos de Gordiano, que tenían otras miras, le hiciesen prevenir bajo mano, ó porque el rumor se propagase por la ciudad, acudió tumultuosamente á la puerta del Capitolio. La calle que lleva á él quedó en un momento repleta de multitud armada con palos y piedras, para obligar por fuerza al Senado á anular lo que había hecho; rechazando especialmente á Máximo, cuya austera severidad no agradaba al populacho, porque mientras fué prefecto de Roma había sujetado los ánimos inquietos y movedizos, que en una ciudad son los primeros elementos de desorden. Por esta razón temían verle en el trono y se oponían enérgicamente á su elección, amenazando con matar al uno y al otro si se obstinaban en mantenerlos. Pedían un príncipe de la estirpe de los Gordianos, y no querían que el Imperio saliese de esta casa. Máximo y Balbino, es-

Biblioteca Nacional de España

coltados por los caballeros más jóvenes y los soldados que se encontraban en Roma, procuraban abrirse paso para salir del Capitolio; pero el populacho estaba tan excitado, que fué imposible rechazarle. Al fin, un partidario de los Emperadores imaginó un artificio que obtuvo resultado. La hija de Gordiano tenía un hijo que llevaba el nombre de su abuelo: enviaron por él por medio de algunos de los suyos, que le encontraron en casa de su madre jugando con otros niños de su edad, y le llevaron en hombros atravesando la multitud. Cuando el populacho supo que aquél era el nieto de Gordiano, le acompañó al Capitolio, en medio de grandes aclamaciones, cubriéndole, por honor, de flores y hojas. Habiéndole nombrado César el Senado, porque todavía no estaba en edad de gobernar, calmó por este medio al pueblo, que ya no impidió á los Emperadores que se retirasen á su palacio.

»A esta primera turbulencia siguió pocos días después otra más profunda y funesta, ocasionada por el inconsiderado atrevimiento de dos senadores. Encontrándose reunido el Senado, algunos soldados veteranos que habían quedado en Roma á causa de su edad y antigüedad en la milicia, presentándose para presenciar las deliberaciones, sin más armas que la coraza, se habían mezclado en su mayor parte con el pueblo á la entrada de la Curia; pero dos ó tres más curiosos se acercaron hasta el altar de la Victoria. Entonces un senador llamado Galicano, recientemente salido del consulado, y otro que había sido pretor, llamado Mecenas, cuando los soldados aquellos tenían las manos debajo de la ropa, sin malos propósitos, les mataron con puñales que llevaban escondidos; porque desde los últimos disturbios, todos llevaban armas para estar constantemente preparados para cualquier ataque imprevisto. Los cadáveres quedaron tendidos delante del altar de la Victoria, y los otros soldados, encontrándose desarmados y temiendo que les envolviese la multitud, huyeron en seguida. Saliendo Galicano de la asamblea y arrojándose en medio

Biblioteca Nacional de España

del pueblo mostrando el puñal y las manos ensangrentadas, le exhortó á armarse contra los enemigos del Senado y de Roma y partidarios de Maximino. El populacho, fácil en acalorarse, le creyó bajo su palabra, y contestándole con aclamaciones, comenzó á perseguir á los soldados, hiriendo algunos antes de que pudieran refugiarse en su campamento, donde se encerraron. Galicano, para justificar su temeridad, encendió en Roma una guerra civil, en la que pereció considerable número de ciudadanos. Hizo derribar las puertas de los almacenes públicos, en los que se guardaban las armas, antes para pompas y ceremonias que para combates, y como no recogió bastantes penetraron en las casas y tiendas, apoderándose de cuantas espadas, picas y hachas encontraron; ó bien, á falta de armas, cogían cuantos instrumentos de hierro podían reemplazarlas.

»Habiéndose armado de esta manera todo el pueblo, salió con los gladiadores para atacar el campamento; pero los soldados, aprovechando su experiencia y su ventajosa posición, los rechazaron con las picas y las flechas, hiriendo y matando muchos; de manera que, desalentados por resistencia tan vigorosa, se retiraron al obscurecer. Observando los soldados que el pueblo marchaba en desorden y sin precaución confiando en que no saldrían contra tan numerosa multitud, abrieron respectivamente las puertas, y lanzándose en su persecución, mataron á casi todos los gladiadores y muchos Romanos, que al huir se atropellaban unos á otros; no quisieron, sin embargo, continuar muy lejos la persecución por temor de alejarse demasiado del campamento. Este descalabro irritó más y más al Senado y al pueblo. Nombráronse generales, hiciéronse levas en Italia, armando apresuradamente y como mejor se pudo á toda la juventud, y con la mayor parte de aquella nueva milicia se formó un ejército á cuyo frente debía marchar Máximo contra Maximino, quedando el resto en Roma para la defensa de la ciudad. Diariamente se atacaba al campamento, pero el pueblo perdía en esto mucha gente. Balbino hizo una alocución

Biblioteca Nacional de España

ofreciendo perdón general y exhortando á los dos partidos á deponer las armas, pero no consiguió resultado alguno, sino que se agriaban cada vez más, irritado el pueblo de que un puñado de hombres se atreviese á hacerle frente y no estando menos enardecidos los soldados al ver á sus conciudadanos más encarnizados contra ellos que habrían estado los bárbaros.

»En fin, después de muchos asaltos en los que los Romanos fueron constantemente rechazados, se les ocurrió cortar todos los canales que llevaban agua al campamento, para rendir por la sed á los que no esperaban vencer por la fuerza. En este apuro, exaltados los soldados por la desesperación, cayeron furiosos sobre el pueblo, y después de rudo combate, le rechazaron hasta la ciudad. Pero los ciudadanos, abandonando entonces las armas y subiendo á los techos, les abrumaron con piedras, tejas y vasijas rotas. No atreviéndose los soldados á penetrar en casas desconocidas, prendieron fuego á las puertas y delanteras de las tiendas. Como las casas están muy unidas y la mayor parte son de armadura de madera, el incendio se propagó rápidamente por todas partes, y en un solo día consumió un barrio de Roma que representaba lo que una de las ciudades más grandes del Imperio. Muchas personas perecieron miserablemente en sus casas, siendo saqueadas otras en medio del desorden, y el populacho, mezclándose con los soldados, se aprovechó de la desgracia pública.

»Entretanto, Maximino había llegado á las fronteras de Italia, y después de ofrecer sacrificios en todos los altares erigidos allí, comenzó á marchar en orden de batalla. Cuando llegó al paso de los Alpes, envió exploradores para reconocer el país, caminando en el siguiente orden: su infantería formaba un cuerpo de batalla cuyas filas estaban muy extendidas, especialmente en los flancos; el bagaje iba en el centro, y el Emperador, al frente de las cohortes pretorianas, mandaba la retaguardia. Los jinetes con armadura completa, los Moros y arqueros guarnecían las alas. Formaban la vanguardia los auxi-

Biblioteca Nacional de España

liares de Alemania, que ordinariamente oponía al primer choque del enemigo, tanto por su intrepidez natural, como para que el peligro y ataques más rudos cayesen sobre aquellos bárbaros antes que sobre los Romanos. Después de algunas horas de marcha, llegó á la primera ciudad de la frontera de Italia, llamada Ema por las gentes del país y que se encuentra situada al pie de los Alpes. Al acercarse, llegaron los exploradores diciéndole que la ciudad estaba abandonada, que los habitantes habían incendiado las puertas de sus casas y los templos y que se habían llevado ó quemado todos los víveres y forrajes de los campos y pueblos inmediatos. Esta noticia agradó mucho á Maximino, que creyó harían lo mismo todas las ciudades y que ninguna se atrevería á cerrarle las puertas. Los soldados, por el contrario, quedaron muy contrariados al verse amenazados del hambre desde el primer paso que daban en Italia. Habiendo pernoctado el ejército en las casas de aquella ciudad desierta, avanzó desde el amanecer hacia los Alpes. Estas montañas, que sirven como de muralla y parapeto á Italia, se elevan hasta las nubes y se extienden por la derecha hasta el mar de Toscana y por la izquierda hasta la Jonia. Cúbrenlas espesas selvas entrecortadas por espantosos precipicios, en cuyos bordes los antiguos pueblos del país han abierto con inmenso trabajo estrechos senderos, en los que experimentaron muchas alarmas los soldados de Maximino al pasarlos, temiendo que el enemigo se hubiese apoderado de las alturas que dominaban el camino y creyendo verle á la entrada de todos los desfiladeros. Pero cuando hubieron pasado los Alpes sin encontrar resistencia, y se extendieron por la llanura, repuestos del temor, se entregaron al regocijo creyéndose seguros. Entonces creyó positivamente Maximino que nadie le resistiría, puesto que sus enemigos no se habían atrevido á ocupar aquellos parajes donde con tanta facilidad pudieron prepararle emboscadas.

» Pero cuando comenzaba á caminar por la llanura, llegaron sus exploradores diciéndole que la ciudad de

Biblioteca Nacional de España

Aquilea, una de las más importantes de Italia, había cerrado sus puertas; que las tropas de la Pannonia, que había enviado delante, la habían dado muchos asaltos, aunque siempre sin resultado; que las murallas estaban erizadas de picas, y que sin cesar caía tan espantosa lluvia de dardos, flechas y piedras, que los sitiadores se vieron al fin obligados á retirarse. Encolerizado Maximino contra los capitanes de las tropas de Pannonia, y atribuyéndoles la culpa como si hubiesen mostrado falta de energía y de valor, marchó apresuradamente contra la ciudad, creyendo tomarla al primer asalto. Aquilea encierra en sus murallas considerable número de habitantes, tanto naturales del país, como extranjeros atraídos de todas partes por el comercio. Como se encuentra situada entre Italia y la Iliria, llevan á ella por tierra y por agua todas las mercancías de estas dos provincias, embarcándolas allí para los países más lejanos, de donde recibe por la misma vía las cosas que necesitan los pueblos vecinos del lado del Norte. Esta multitnd de ciudadanos y extranjeros se encontraba aumentada considerablemente entonces por los campesinos de las cercanías y por los habitantes de los pueblos pequeños inmediatos, que habían acudido á la plaza en busca de seguridad. Aquilea estuvo mucho tiempo sin fortificaciones, por lo que fué necesario levantar murallas y construir torres; y una vez terminados estos trabajos, vigilaron día y noche sosteniendo vigorosamente los ataques del enemigo. Los consulares Crispino y Menófilo, enviados por el Senado, mandaban la plaza; y habían tomado tan excelentes medidas, encontrándose la plaza tan perfectamente abastecida de provisiones y aprestos militares, que sin trabajo podía sostener un sitio de muchos años. También había agua en abundancia, porque además de los pozos, que son allí muy comunes, pasa al pie de las murallas un río que le sirve de foso.

»Temiendo Maximino que aquella ciudad le detuviese demasiado tiempo, quiso intentar la dulzura para ganarla, creyendo le convendría enviar alguno que hablase

Biblioteca Nacional de España

á los habitantes para persuadirles á que le abriesen las puertas. Tenía en sus tropas un tribuno natural de Aquilea y cuya esposa é hijos estaban encerrados en la plaza; envióle, pues, con algunos otros oficiales, suponiendo que, siendo compatriota de ellos, atenderían más á sus observaciones. Cuando llegó al pie de la muralla, les gritó que Maximino, su amo común, les mandaba deponer las armas; que de ellos solamente dependía gozar de la felicidad y la paz y merecer su benevolencia; que obrarían prudentemente mereciéndola por la sumisión, en vez de atraerse con la terquedad su enojo y resentimiento; que era mejor pasar el tiempo en regocijos y en fiestas que empuñando las armas, y ver correr la sangre de las víctimas y no la de los conciudadanos; que tuviesen compasión de su patria, cuya ruina iban á causar ellos mismos, porque iban á experimentar el dolor de verla arrasada hasta los cimientos; que todavía era tiempo de preservar la ciudad y salvarse con ella, y que, persuadido el Emperador de que no se habrían sublevado espontáneamente, estaba dispuesto á perdonarles. Esto fué, sobre poco más ó menos, lo que dijeron á gritos los legados, para que los oyese el pueblo que había acudido apresuradamente á las murallas y las torres y que les escuchaba con mucha atención.

»Crispino, que conocía el carácter versátil é inseguro de la multitud, temiendo que aceptase las proposiciones que hacían, la exhortó á no ablandarse, á que permaneciese fiel al Senado y pueblo romano y á que no perdiese tan hermosa ocasión de que mereciese su ciudad el nombre de baluarte de Italia, adquiriendo ellos mismos el de defensores de la libertad; que no debía confiar en las promesas de un hombre á quien eran familiares los perjurios; que se guardase de creer en aquella fingida dulzura y de entregarse á las falsas seguridades de un tirano ofendido; que le era mucho más conveniente intentar la fortuna de la guerra; que no sería la primera vez que grandes ejércitos quedaban derrotados por otros más pequeños..... y con estas razones, dirigiéndose unas veces á

Biblioteca Nacional de España

algunos particulares y otras á cuantos le rodeaban, el consular, que además tenía aspecto venerable, que poseía perfectamente la elocuencia romana, y que había ganado todos los corazones con la dulzura de su gobierno, afirmó á los que comenzaban á vacilar y despidió á los legados de Maximino sin concederles nada. Dícese que las favorables respuestas de los arúspices, á quienes había hecho consultar en Roma, le habían confirmado en su resolución de no escuchar proposiciones de ningún género. El dios del país le había ofrecido también la victoria por medio de un oráculo: á este dios le llamaron Belis, y dicen que con este nombre honran al mismo Apolo. Algunos soldados de Maximino dijeron después que le habían visto muchas veces en el aire, con las armas en la mano peleando por los sitiados. No podré asegurar que decían verdad, ó si para salvar el honor de un ejército poderoso que no pudo triunfar de una agrupación de ciudadanos, inventaron la fábula para hacer creer que les habían vencido los dioses y no los hombres; aunque nada parece increíble en el asombro que produjo en los ánimos la resistencia de Aquilea.

»Enterado Maximino por sus legados de que habían rechazado sus proposiciones, aceleró la marcha dominado por la cólera y el despecho. Pero cuando llegó á las orillas de un río que pasa á doce estadios de la ciudad, le encontró extraordinariamente aumentado por la nieve de las montañas inmediatas, derretida durante el estío, habiéndole hecho tan ancho y profundo que era imposible pasarle á nado. Los de Aquilea habían tenido la precaución de derribar el puente de piedra que los Emperadores hicieron construir en tiempos anteriores, y no habían dejado en el río ninguna barca, de manera que se encontró detenido repentinamente, sin saber qué partido tomar. Algunos Germanos, creyendo que los ríos de Italia no eran más rápidos que los de su país, que corren con mucha lentitud, por cuya razón se hielan fácilmente en invierno, quisieron hacer pasar á nado sus caballos, arrastrándoles en el acto la

Biblioteca Nacional de España

corriente. Habiendo hecho trazar líneas de circunvalación, Maximino acampó en las orillas del río durante dos ó tres días, pensando en los medios de construir un puente: cuando se veía sin madera ni barcas, algunos soldados le dijeron que en la campiña inmediata había muchos toneles abandonados; que atándolos y poniendo zarzos encima, cubiertos en seguida con tierra, resistirían fácilmente la rapidez del agua. En el acto se dedicaron á este trabajo, que terminaron en poco tiempo, y cruzando el río el ejército, devastó cuanto encontró en su camino, quemó las casas que estaban abandonadas, y taló completamente aquellos hermosos campos, que estaban cubiertos de alamedas hasta perderse de vista, en las que las parras formaban graciosas guirnaldas pareciendo que los campos estaban adornados con coronas para alguna fiesta.

»Después de talar ó quemar todo lo que había en derredor de la ciudad, la rodearon, y como se encontraban muy cansados, Maximino no quiso que se diese el asalto en seguida, sino que mantuvo á los soldados fuera del alcance de los dardos, les dió un día de descanso, y entretanto distribuyó las fuerzas. A la mañana siguiente comenzó el sitio; acercó todas las máquinas, y no omitió nada de lo que podía acelerar la toma de la plaza. Casi diariamente daban rudos asaltos, pero los sitiados los sostenían con mucho vigor. Habiendo cerrado las casas y los templos, permanecían en los parapetos y las torres con sus mujeres é hijos, que querían, en el peligro común, contribuir á la defensa de la patria. Habiendo destruído ya Maximino todas las casas de los arrabales, hacía trabajar sin descanso en la zapa de la muralla, para abrir cuanto antes brecha practicable; comprendiendo le perjudicaría mucho marchar sobre Roma sin vengarse cruelmente de una ciudad que pretendía cerrarle la entrada de Italia. Recorría, pues, las filas, acompañado de su hijo, al que había nombrado César, y unas veces con ruegos, otras con grandes promesas, exhortaba á los soldados y les

Biblioteca Nacional de España

animaba al combate. Pero cuando llegaban al ataque, caian de la muralla granizada de piedras y flechas, ó una lluvia de fuego, compuesta de azufre, pez y betún, que los sitiados derramaban sobre ellos con barrilitos sujetos al extremo de palos largos. Estas materias viscosas se adherian á las partes del cuerpo que quedaban descubiertas, corrian sobre las otras por las aberturas de la coraza, ó de tal manera calentaban el hierro, que los soldados se veían obligados á quitársela, quemando también el cuero de los escudos é inutilizándolos. Veíase á aquellos desgraciados, completamente desfigurados, ayudarse unos á otros á quitarse las armaduras, quedando los despojos al pie de las murallas, como trofeos conseguidos por destreza y artificio más bien que por valor. Los sitiados lanzaban también contra las máquinas de madera con que batían las murallas, antorchas de pez inflamadas, provistas de puntas como las flechas, que adhiriéndose al maderamen, lo incendiaban por todas partes.

»Durante los primeros días las ventajas habían estado equilibradas; pero las tropas de Maximino comenzaron á perder energía, asombradas de una resistencia que no esperaban y de haber perdido tanta gente delante de una plaza que esperaban tomar al primer asalto. Por el contrario, los sitiados, enardecidos con el buen éxito, conseguían nuevas fuerzas por efecto de la misma seguridad. Aumentando la experiencia la prolongación del sitio, les dió también mayor atrevimiento, y al fin despreciaron á los que hasta entonces habían temido. Insultábanles desde lo alto de las murallas, y cuando Maximino pasaba con su hijo, le dirigían las injurias más ofensivas. El Emperador se encontraba profundamente irritado, y como no podía vengarse sobre los enemigos, descargaba la cólera sobre sus oficiales, haciendo morir diariamente á muchos, so pretexto de que cumplían mal sus deberes en los puestos en que les había colocado. Esta crueldad solamente le servía para atraerle el odio de los suyos y el

Biblioteca Nacional de España

desprecio de los sitiados, que le temían tanto menos por cuanto tenían víveres y aprestos para muchos años. Los sitiadores, por el contrario, carecían de todo, habiéndose privado ellos mismos de un gran recurso, cortando y quemando los árboles frutales y los forrajes de las inmediaciones. La mayor parte acampaban á la intemperie; las tiendas de los otros se encontraban en muy mal estado; todos padecían hambre, y no veían remedio, porque no podían traer de ninguna parte víveres que no encontraban ya en aquellos parajes. Los Romanos eran dueños de todos los caminos de Italia, en los que habían levantado muros de trecho en trecho, con puertas que guardaban soldados. El Senado había enviado á todos los puertos de mar consulares y otros varones de autoridad, para impedir que saliese ninguna nave, por lo que Maximino no podía enterarse de lo que pasaba en Roma, encontrándose á su vez sitiados los sitiadores, sin poder avanzar ni retroceder.

»La alarma difundida entre los soldados de Maximino les hacía dar crédito á todas las malas noticias, y el miedo añadía mucho á la verdad. Decían que el pueblo romano había hecho tomar las armas á toda la Italia; y que la Iliria, el Norte y el Oriente habían conspirado con ellos para la pérdida de un tirano odioso á todo el universo. Estas noticias aumentaban la turbación en que les había puesto la extrema escasez que experimentaban, y cansándose al fin de tantos trabajos, pensaron en libertarse de todas las fatigas de un sitio cuyo fin no veían y en eximirse de la penosa necesidad de llevar la guerra á Italia y de servir á un tirano execrado por toda la tierra. Un día en que no dieron ataque y que el Emperador descansaba en su tienda, mientras que cada cual se había retirado á su puesto, los soldados que tienen en Roma su campamento sobre el monte Albano, donde habían dejado sus esposas é hijos, decidieron de pronto matar á Maximino. Al mediodía se dirigieron á su tienda, y atrayéndose á los soldados de su guardia, empezaron por quitar su imagen de las

Biblioteca Nacional de España

enseñas. El Emperador se presentó para hablarles, pero no le dieron tiempo y le mataron con su hijo y sus amigos más íntimos. En seguida expusieron sus cadáveres á los insultos de todo el ejército, arrojándolos después fuera del campamento, donde quedaron insepultos. A Roma enviaron las cabezas de los dos Emperadores. De esta manera pereció el emperador Maximino, justamente castigado por los crímenes y violencias que había perpetrado durante la más cruel de las tiranías.

»Los soldados que no habían intervenido en la conjuración no sabían cómo tomar aquel asunto. No se regocijaban igualmente todos. Las tropas de Tracia y Pannonia, que fueron las primeras en proclamarle Emperador, estaban muy contrariadas; pero como no había remedio, tuvieron que adoptar el partido de disimular y ocultar, fingiendo alegría, sus verdaderos sentimientos. Dejaron, pues, las armas lo mismo que sus compañeros, y se acercaron con ellos á las murallas de la ciudad. Después de enterar á los sitiados de la muerte de Maximino, les rogaron que les recibiesen, puesto que nada tenían que temer de ellos; los dos consulares que mandaban la plaza no quisieron consentirlo, pero habiendo llevado á las murallas las estatuas de Balbino, Máximo y el joven Gordiano, los sitiados las saludaron con alegres gritos, exhortando á los soldados á hacer lo mismo y á reconocer como príncipes legítimos á los que el Senado y el pueblo romano habían elegido, añadiendo que los otros dos Gordianos estaban en el número de los dioses. Hicieron exponer á la vista sobre las murallas ropas, vino, carnes y todos los demás artículos que abundan en una ciudad populosa, quedando sorprendidos los soldados, que confesaron podía resistir muchos años una plaza tan bien abastecida, mientras que ellos, en la extrema escasez en que se encontraban, sucumbirían muy pronto á la miseria. El ejército permaneció algunos días bajo los muros de Aquilea, de donde le suministraban todo lo necesario para la subsistencia; y

Biblioteca Nacional de España

aunque las puertas permanecían cerradas y los soldados continuaban rodeando la ciudad, no se dejaba de gozar de una y otra parte paz verdadera, bajo la apariencia de guerra.

»Entretanto, los jinetes que llevaban á Roma la cabeza de Maximino se apresuraban todo lo posible y derramaban alegría en todas las ciudades que atravesaban. Encontraron al emperador Máximo en Rávena, donde había citado á todas las tropas nuevas levantadas en Roma y en toda Italia. Las ciudades de Germania le habían enviado también un cuerpo de ejército respetable, en agradecimiento de los buenos tratamientos que habían recibido mientras mandó en sus fronteras. Cuando se encontraba completamente preparado para marchar contra Maximino, llegaron los jinetes y le mostraron la cabeza del tirano, gritando «¡victoria!» Dijéronle que las tropas que sitiaban Aquilea no eran ya enemigas de los Romanos, y que le habían reconocido con su colega como príncipe legítimo. Al primer rumor de tan inesperada noticia, todos acudieron á los templos para dar gracias á los dioses por una victoria tanto más afortunada cuanto que no costaba sangre. Máximo despidió á los jinetes para que participasen cuanto antes aquellas buenas noticias al pueblo romano; y no puede expresarse cuáles fueron sus trasportes cuando presentaron, clavada en una lanza, la cabeza de tan temible enemigo. En seguida humeó el incienso en todos los altares, y corrió en todos los templos la sangre de las víctimas. Hasta los niños, tomando parte en la alegría pública, ofrecían á los dioses acciones de gracias; nadie permanecía en su casa; las calles estaban llenas de gentes que se felicitaban mutuamente; el Circo estaba repleto, como si se fuese á representar algún espectáculo: el Emperador y los senadores expresaban con especialidad su alegría; porque tenían razones particulares y personales para regocijarse por aquella muerte que había separado de encima de sus cabezas el golpe que les amenazaba. A todas las provincias enviaron legados para que las enterasen de

Biblioteca Nacional de España

todo lo ocurrido de parte del Senado y pueblo romano.

»Máximo, sin embargo, marchó de Rávena á Aquilea, cuyas puertas, cerradas hasta entonces, se abrieron á su llegada. Las ciudades de Italia le enviaron sus varones más notables, vestidos con togas blancas y coronados de laureles; llevando delante de ellos las estatuas de los dioses, con las coronas de oro consagradas en sus templos. Aquellos legados felicitaron al Emperador, arrojando, según costumbre, á sus pies flores y ramas. También se presentaron á saludarle los soldados de Maximino; pero no se prestaban voluntariamente á ello, no pudiendo consolarse porque, habiendo perdido al emperador que ellos mismos habían elegido, se veían obligados á recibir otro por autoridad del Senado. Máximo empleó los dos primeros días que pasó en Aquilea en ofrecer sacrificios, y el tercero, habiendo reunido el ejército en una llanura fuera de la ciudad, le habló de esta manera: «Vuestra propia experiencia os hace comprender hoy »cuánto os convenía cambiar de partido y pasar al de los »Romanos. Por este medio os habéis librado de una guerra »funesta; habéis calmado la cólera de los dioses y no os »encontráis ya en la desdichada necesidad de violar un »juramento que los Romanos consideran como la cosa »más sagrada. De vosotros dependerá solamente gozar »por mucho tiempo de esta ventaja, si permanecéis fieles »al Senado y á vuestros Emperadores, á quienes su ilus»tre nacimiento hace dignos de este puesto, al que han »subido por grados. Entre nosotros, el poder soberano »no pertenece en propiedad á nadie, sino que en todo »tiempo el pueblo romano ha gozado del derecho de »disponer y dar señores á todo el universo. Este pueblo »nos ha confiado la administración del Imperio, y á »vosotros toca secundarnos en nuestros trabajos. Si así »lo hacéis y no faltáis al deber y respeto que debéis á »vuestros príncipes, tendréis vida tranquila y dichosa. »Vuestro ejemplo evitará conmociones en las provin»cias; podréis permanecer en paz en vuestras casas; no »os veréis obligados á acampar en las provincias del

Biblioteca Nacional de España

»Norte, ni á soportar los rigores de aquel espantoso »clima. Nosotros nos encargaremos de contener á los »bárbaros, y gobernado el Imperio por dos personas, todo »marchará bien, atendiendo sin trabajo á los negocios »interiores y exteriores, y acudiendo uno ú otro á los »parajes donde sea necesaria la presencia del príncipe. »Por lo demás, estad completamente convencidos de que »ni los Emperadores, ni el pueblo romano, ni las demás »provincias que habían tomado las armas contra el ti»rano, os guardan rencor alguno; porque todos saben »que no habéis hecho otra cosa que obedecer á vuestros »jefes. Es necesario, pues, olvidar completamente el pa»sado y renovar sólida y eterna amistad.» Máximo terminó su oración prometiéndoles grandes cantidades de dinero, y pocos días después partió para Roma, enviando á los soldados á sus guarniciones ó campamentos, y no llevando consigo más que las cohortes pretorianas, las tropas nuevas y las auxiliares de Germania que le eran muy adictas. Balbino salió á su encuentro con el joven Gordiano, y el pueblo le recibió como en triunfo, con grandes aclamaciones.»

Los relatos que Zósimo y Zonaro han dejado del reinado del Maximino difieren esencialmente en algunos puntos de los de Julio Capitolino y Herodiano. Zonaro dice:

«En cuanto Maximino sucedió á Alejandro, promovió la persecución contra los cristianos y mandó matar á los que gobernaban las Iglesias. Dícese que el deseo de vengarse de Alejandro, que mostró respecto á los cristianos, le llevó á dar aquellas crueles órdenes. En efecto, Maximino detestaba la memoria de aquel emperador, en cuya indignación incurrió en otro tiempo, cuando elegido por él para mandar un ejército contra los Persas, se portó cobardemente en la batalla, siendo derrotado de un modo vergonzoso. A otra causa se atribuye también la persecución, esto es, al gran número de personas de la familia de Alejandro que profesaban la religión cristiana. En este tiempo fué cuando Ambrosio, que tenía mucho amor

Biblioteca Nacional de España

al estudio de las letras sagradas, que excitaba á Orígenes á esclarecer con sus comentarios las divinas Escrituras y que pagaba generosamente de su propio peculio á siete hombres que escribían sucesivamente bajo su dictado y á número igual para sacar copias, y á mujeres que sobresalían en el arte de escribir bien; en este tiempo, repito, fué cuando este Ambrosio, según se cree, recibió la corona del martirio, con un sacerdote llamado Peototectes.

»En cuanto Maximino se encontró en posesión de la autoridad soberana, notificó al Senado que el ejército le había proclamado emperador. No hizo pesar su dureza solamente contra los cristianos, sino que también sobre los demás súbditos del Imperio. Dominábale insaciable deseo de riquezas, que le llevaba á las injusticias, á las violencias, á los latrocinios y asesinatos, de manera que hacía morir hasta á las personas más inocentes; llegando su crueldad al exceso de no perdonar á su propia esposa. Para ocultar la bajeza de su nacimiento, despreciaba á los varones de alta alcurnia, y solamente trataba á los obscuros y despreciables; conducta que le expuso al aborrecimiento público. Hizo la guerra á los Germanos y taló sus tierras, sin que se atreviesen á presentarse para impedir la devastación. Sin embargo, aparecieron después amparados de sus lagunas, siendo atacados y deshechos por los Romanos. Maximino regresó victorioso, trayendo considerable número de prisioneros.

»Como solamente pensaba en los medios de reunir dinero por todas partes, apoderándose para ello, contra toda justicia, de los bienes de sus súbditos, sin respetar siquiera las cosas santas, todos condenaron su elección por el ejército, sublevándose las tropas de Africa, excitadas á la violencia por efecto de los desmanes de los que regían aquella provincia, porque se apoderaban de los bienes de los ricos sin pretexto alguno, quitándoles en seguida la vida. Indignadas las tropas por aquellas injusticias, se apoderaron de un viejo senador llamado Gordiano, lo revistieron, á pesar de su resistencia, con la

Biblioteca Nacional de España

púrpura y la corona, y le proclamaron emperador. Inmediatamente marchó á Cartago, donde habiendo sido recibido favorablemente, escribió al Senado dándole cuenta de su proclamación. Sus mensajeros emplearon mucho tiempo en el viaje, y los Romanos, cansados de la dominación de Maximino, habían derribado sus estatuas, prodigándole toda clase de denuestos. Pero arrepintiéndose inmediatamente de su empresa, de la que no podían esperar ningún resultado bueno mientras gozase Maximino de buena salud y tuviese en sus manos el poder soberano, eligieron entre los senadores á Máximo y Albino, á quienes dieron el mando de las tropas. Aseguran algunos que el Senado les proclamó emperadores ignorando todavía que lo había sido Gordiano en Africa. En cuanto Maximino se enteró de la noticia, marchó hacia Italia, amenazando furiosamente al Senado. Pero cuando supo que Máximo se dirigía contra él, y que Albino había quedado en Roma para defenderla con los Moros que tenía consigo, se apresuró á marchar sobre Aquilea, con el propósito de apoderarse de ella. Pero puestos en estado de defensa los habitantes, tuvo que retirarse. En seguida llegó á las manos con el ejército de Máximo; fué derrotado y huyó á su campamento, donde promoviendo una sedición sus soldados y sus guardias, salió con su hijo de su tienda para calmarla, matándolos á los dos los sediciosos en cuanto les vieron. Maximino vivió sesenta y cinco años y reinó seis. Cortáronles las cabezas, que presentaron á los habitantes de Aquilea, llevándolas en seguida á Roma, donde expusieron la de Maximino clavada en una pica en el Foro, para que todos pudiesen verla.

»Máximo regresó victorioso á Roma, de donde Albino, el Senado y el pueblo salieron á recibirle con muestras de aprecio y regocijadas aclamaciones. Estos dos príncipes gobernaron en seguida el Imperio en buena armonía y escrupulosa equidad. Pero los soldados no veían con gusto el poder supremo en sus manos, porque no les habían proclamado ellos, sino el Senado y el pueblo. Más

Biblioteca Nacional de España

adelante tuvieron disensiones que fueron causa de su pérdida, porque enterados los soldados, se apoderaron de ellos, los ataron y los pasearon ignominiosamente por la ciudad, prodigándoles burlas y ultrajes, matándoles porque corrió el rumor de que los Germanos trataban de arrancarlos de sus manos. Máximo tenía setenta y cuatro años, y Albino sesenta. Según algunos autores, solamente reinaron veintidós días, y según otros, poco menos de tres meses. Han dicho algunos que, después de la muerte de éstos, subió al trono Pompeyano, pero que se le derribó en seguida gozando de él como de la satisfacción de un sueño, perdiendo antes de dos meses la autoridad y la vida. Pero como no he podido averiguar quiénes fueron los autores de su muerte, ni cuáles sus circunstancias ni su objeto, me veo obligado á guardar silencio. Dícese que le sucedió Balbino, que solamente conservó tres meses la autoridad soberana y que fué muerto á la llegada de Gordiano, que, como ya hemos dicho, había sido proclamado emperador en Africa. En cuanto Gordiano llegó á Roma le atacó peligrosa enfermedad, bien procediese de su avanzada edad, que ascendía á setenta y nueve años, ó de la fatiga del viaje, muriendo á los veintidós días de su reinado, sucediéndole su hijo Gordiano. Así refieren las cosas algunos. Otros las consignan de diferente modo, y dicen que desde que Gordiano fué proclamado emperador en Africa, muchos se pronunciaron contra él, y que habiendo peleado los dos partidos, el de Gordiano fué derrotado, con pérdida de considerable número de los que le sostenían; que se encontró entre los muertos á Gordiano el joven, y que el padre, no pudiendo soportar el dolor, se dió la muerte. Los que aseguran que Gordiano el viejo murió de enfermedad y que le sucedió su hijo, refieren que éste hizo la guerra á los Persas, y que estando arengando á los soldados, cayó del caballo, se rompió un muslo, y lo llevaron á Roma, donde murió después de haber reinado seis años.

»Urbano, después de regir durante ocho años la Igle-

Biblioteca Nacional de España

sia de Roma, murió bajo el reinado de Maximino, sucediéndole Pociano. Zebino sucedió á Fileto en el obispado de Antioquía. Habiendo muerto Pociano bajo el imperio de Gordiano el Joven, en el sexto año de su pontificado, le sucedió Anteros, muriendo después de gobernar por poco tiempo aquella Iglesia. Flaviano fué elegido por orden de Dios para sucederle, como asegura Eusebio. Dícese que cuando los fieles estaban reunidos para elegir obispo, Flaviano llegó del campo sin que nadie pensase en darle su voto, y que en el mismo momento, habiéndose posado una paloma sobre su cabeza, toda la asamblea exclamó á una voz que era digno del cargo episcopal, y le colocó en la cátedra. Zebino, obispo de Antioquía, murió por entonces, sucediéndole Babylao. Orígenes habitaba á la sazón en Cesarea, en Palestina, donde fué oyente suyo Gregorio, tan célebre por sus milagros, y Athenodoro, hermano suyo. Al mismo tiempo florecía el notable historiador africano.»

Zósimo dice de Maximino:

«En cuanto subió al trono Maximino, todos se arrepintieron de haber destruído un Imperio moderado para establecer la tiranía. En efecto, teniendo Maximino obscuro origen, en cuanto tuvo en sus manos el poder supremo, la libertad que éste le daba puso de manifiesto sus malas inclinaciones, haciéndose insoportable, no solamente por los ultrajes que infería á las personas distinguidas, sino por las crueldades que realizaba en todas ocasiones, no prestando oídos más que á los calumniadores, que acusaban á las personas más pacíficas de detentar fondos públicos, condenando á muerte á inocentes, sin conocimiento de causa, por inaudita avaricia, y apoderándose de los bienes de los gremios y particulares. Los pueblos que dependían del Imperio no podían soportar la violencia de sus latrocinios, y los Africanos proclamaron á Gordiano y á su hijo del mismo nombre, y enviaron legados á Roma, entre ellos al consular Valeriano, que después fué emperador. Aprobando el Senado lo hecho en Africa, se preparó para deponer al ti-

Biblioteca Nacional de España

rano; sublevó contra él á los soldados y representó al pueblo las crueldades que había ejercido, tanto contra el público como contra los particulares. Aprobadas las proposiciones por unánime consentimiento, propusieron veinte senadores muy experimentados en el arte de la guerra, entre quienes se eligió á Balbino y Máximo para el mando de las tropas. Estos se posesionaron en seguida de las avenidas de Roma, con firme ánimo de defenderlas bien; y Maximino, habiéndose aproximado con algunas tropas de Moros y de Celtas á Aquilea, la guarnición le cerró las puertas de la ciudad, viéndose obligado á sitiarla. Pero habiéndose puesto de acuerdo sus partidarios con los que deseaban el bien público, no encontró ótro medio de evitar el peligro que le amenazaba que el de enviar á su hijo á que implorase el auxilio de los soldados y excitar su compasión con la debilidad de su edad. Pero no sirviendo su presencia sino para encender más y más su cólera, mataron al hijo y en seguida al padre, cuya cabeza llevaron á Roma como trofeo de su victoria, esperando tranquilos la llegada de los dos nuevos Emperadores.

»Habiendo perecido éstos en el camino por efecto de una tempestad, el Senado concedió el poder supremo á Gordiano, hijo de uno de ellos. El pueblo comenzó entonces, no solamente á respirar, sino que también á gozar de la diversión de los juegos y los combates. Pero en medio del regocijo público, Máximo y Balbino conspiraron secretamente contra el Emperador; pero descubierta la conspiración, sus autores y muchos cómplices suyos fueron castigados.

»Perdiendo poco después los Cartagineses el afecto que profesaban al Emperador, proclamaron á Sabiniano. Pero habiendo sublevado Gordiano á los soldados de Africa contra él, se lo entregaron, volviendo á su gracia por aquel importante servicio.»

Biblioteca Nacional de España

MAXIMINO EL JOVEN,

POR JULIO CAPITOLINO.

A DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Origen de Maximino el Joven.—Su belleza, conocimientos, maestros y su desposada.—Su orgullo, su afición á los adornos.—Hácese tributar repugnantes adulaciones.—Anécdota acerca del calzado de Maximino el padre.—Carta de Alejandro á su madre Mammea acerca del matrimonio que había proyectado entre su hermana y Maximino el Joven.—Su padre le da, con el nombre de emperador, las insignias imperiales, con el exclusivo objeto de que realcen su belleza.—Su armadura.—Presagio de su advenimiento al Imperio.—Presagios de su muerte.—No existen tumbas de los dos Maximinos.—La belleza de Maximino el Joven sobrevivió á los ultrajes que infirieron á su cadáver.—Odio del Senado á Maximino el padre, que voluntariamente se mata.—Testimonio de fidelidad que dan al Senado los habitantes de Aquilea.—Origen del templo erigido á *Venus Calva*.—Diferentes opiniones acerca de Máximo y Pupiano.

Maximino el Joven, de cuyo origen ya hemos hablado, fué tan extraordinariamente hermoso, que le amaron todas las mujeres que se distinguían entonces por sus violentas pasiones, y hasta hubo algunas que quisieron tener hijos con él. Pudo juzgarse, por su estatura, que habría alcanzado la de su padre, porque pereció en la flor de la

Biblioteca Nacional de España

edad, á los veintiún años, ó, según algunos escritores, á los diez y ocho. Era muy instruído en las letras griegas y latinas, habiendo tenido por maestro en la primera de estas lenguas al literato Fabilio, del que existen muchos epigramas griegos, especialmente retratando á su discípulo. También fué éste quien, para describir al príncipe, tradujo al griego estos versos de Virgilio:

> ..... así campea
> El lucero que en líquidas regiones
> Se baña, cuyo fuego Citerea
> Ama sobre el de cien constelaciones,
> Cuando su faz divina alza en el cielo,
> Y rasga de la triste noche el velo (1).

Maximino tuvo además por maestros al gramático latino Filemón, al jurisconsulto Modestino, al orador Taciano, hijo de Taciano el Viejo, autor de una hermosa obra sobre las provincias, y denominado «el mono de su siglo», porque imitó todos los géneros. También fué maestro suyo el retórico griego Eugamio, que gozaba de excelente fama. Había sido desposado con Junia Fadila, biznieta de Antonino, casando ésta después con un senador de la misma familia, llamado Toxocio, del que se conservan obras en verso. Pero no dejó Junia de conservar las arras reales, que consistían, según dice Junio Cordo, siguiendo á los escritores que pasan por haber conocido mejor estos detalles, en un collar de nueve perlas, una redecilla de once esmeraldas, un brazalete y un cinturón adornados con cuatro jacintos, además de trajes bordados de oro de regia magnificencia, y otras prendas de esponsales.

El joven Maximino era tan insolentemente soberbio, que, á pesar del ejemplo de su padre, que, no obstante su crueldad, se levantaba delante de las personas distinguidas, él permanecía sentado. Era aficionado á los pla-

(1) *Eneida*, VIII, 589. Traducción de D. Miguel Antonio Caro, publicada en esta Biblioteca.

Biblioteca Nacional de España

ceres, bebía poco vino y comía mucho, especialmente caza, alimentándose con jabalí, patos, grullas y otros animales silvestres. Los amigos de Máximo, de Balbino y de Gordiano, especialmente los senadores, porfiaron, á causa de su incomparable belleza, en desacreditar sus costumbres, persuadidos de que tanta hermosura, aunque fuese propia de un dios, no podía permanecer incorruptible. En fin, cuando dió vuelta con su padre alrededor de las murallas de Aquilea, exhortando á los habitantes á la rendición, no le echaron en cara más que liviandades, de las que, sin embargo, estaba exenta su vida. No había mujer que le sobrepujase en el cuidado del adorno: era obsequioso en extremo con los amigos de su padre, pero solamente en dones y generosidades, porque recibía sus homenajes con arrogancia, y consentía que le besasen la mano, las rodillas y hasta los pies algunas veces; género de adulación que jamás consintió Maximino el Viejo, que decía: «No permitan los dioses que un hombre libre me bese los pies.» Y ya que hemos vuelto á Maximino, no pasaremos en silencio una anécdota que le concierne. Como tenía, según dijimos, cerca de ocho pies y medio, algunos jocosos depositaron en un bosque, entre Aquilea y Arcia, su calzado real, que tenía un pie sobre la medida ordinaria; y de las dimensiones de aquel calzado se hizo motivo de burla contra los hombres á la vez grandes é ineptos, llamando al suyo «caliga de Maximino». Cito esto para que no me tachen los que lean á Cordo de haber omitido un detalle relativo á este Emperador. Pero vuelvo á su hijo.

Alejandro Aurelio, que quería dar por esposa su hermana Theoclia al joven Maximino, escribió de esta manera á su madre Mammea: «Madre mía: si Maximino el padre, el mejor de nuestros generales, no conservase algo de su origen bárbaro, ya hubiese dado á su hijo á tu querida Theoclia. Pero temo que mi hermana, habituada á las delicadas costumbres de Grecia, no pueda soportar semejante suegro, aunque el joven sea hermoso, instruído y esté educado en los finos modales de los Grie-

Biblioteca Nacional de España

gos. Esta es al menos mi idea; medítala, sin embargo, y ve si quieres por yerno á Maximino el hijo ó á Messala, nacido de noble familia, orador eminente, sabio, y que no dudo sobresaldría en el ejercicio de las armas, si se dedicase á él.» De esta manera se expresaba Alejandro relativamente á Maximino, del que nada nos queda que decir. Sin embargo, para evitar la censura de que hemos omitido algo, reproduciré una carta que escribió Maximino el padre después de su advenimiento, y en la que dice que no dió á su hijo el título de emperador sino para ver, por retratos ó con la realidad, lo que sería aquel joven revestido con la púrpura. La carta dice así: «He permitido se diese el nombre de emperador á mi hijo Maximino por cariño paternal, y también para que el pueblo romano y el venerable Senado puedan asegurar que no han visto jamás emperador más hermoso.» El joven príncipe llevaba coraza de oro á imitación de los Ptolomeos; también usaba coraza de plata, escudo guarnecido de oro y piedras preciosas y lanza dorada. Mandó le hiciesen espadas de plata y de oro, y todo cuanto podía realzar su belleza. Sus cascos estaban adornados con pedrería, y lo mismo la visera. Esto es cuanto se sabe y puede referirse de este joven: los que quieran detalles acerca de sus amores y placeres, detalles con los que Cordo ha llenado su vida, pueden leer á este escritor. Por nuestra parte, terminaremos este libro para pasar cuanto antes, como es justo, á relatos de interés más general.

Relativamente á su advenimiento al trono, tuvo los siguientes presagios. Encontrándose dormido, se le enroscó á la cabeza una serpiente. Una parra que había plantado dió en un año enormes racimos de color de púrpura, creciendo prodigiosamente. Su escudo se puso ardiente bajo el sol. Un rayo partió su lanza, que era pequeña, dividiéndola á lo largo desde el hierro al regatón, por lo que dijeron los arúspices que reinarían dos emperadores del mismo nombre y de la misma familia, pero por poco tiempo. La coraza de su padre, en vez del

Biblioteca Nacional de España

color de moho propio de esta pieza de armadura, tomó el de púrpura ante la vista de considerable número de personas. Su hijo tuvo también los siguientes presagios: cuando le pusieron bajo la dirección de un gramático, una parienta suya le dió las obras de Homero, escritas en púrpura con letras de oro. Habiendo sido invitado en su infancia á la mesa de Alejandro por respetos á su padre, y no presentándose con traje de festín, diéronle uno del Emperador. Siendo todavía más joven, viendo venir por la calle el carro vacío de Antonino Caracala, montó en seguida en él y se sentó, costando mucho trabajo á los aurigas hacerle bajar. No dejaron de decir á Caracala que se guardase de aquel niño, y el Emperador contestó: «Mucho tiempo ha de pasar todavía para que me suceda.» En efecto, Maximino era muy pequeño á la sazón y nadie le conocía.

Los presagios de su muerte fueron como sigue: cuando Maximino marchaba con su hijo contra Máximo y Balbino, se presentó ante los dos emperadores una mujer vestida de luto y con el cabello suelto, exclamando: «¡Maximinos, Maximinos, Maximinos!» no dijo más y murió, pareciendo que había querido añadir: «Socorrednos.» En el segundo alto, más de doce perros aullaron en derredor de su tienda; después se les oyó como llorar, y al amanecer se les encontró muertos. Quinientos lobos penetraron á la vez en la ciudad donde había entrado Maximino, ciudad que unos llaman Hemona, otros Arquimea, y que, como consta con certeza, la habían abandonado sus habitantes al acercarse Maximino. Muy lejos me llevarían los detalles, y remito, como he dicho ya antes, á los que quieran saber más, á Cordo, á quien el deseo de decirlo todo hizo referir hasta fábulas. Estos dos príncipes no tienen tumbas, habiendo sido arrojados sus cadáveres al agua, y quemadas sus cabezas en el Campo de Marte, en medio de los insultos populares.

No omitiré un hecho que refiere Elio Sabino. Dice que era tan hermoso el rostro de Maximino el hijo, que

Biblioteca Nacional de España

hasta después de su muerte, ennegrecida ya su cabeza, desfigurada por los golpes y ensangrentada, todavía presentaba rasgos de singular belleza. En fin, si la cabeza del padre, paseada en la punta de una lanza, produjo en todas partes profundo regocijo, mostróse mucho dolor ante la de su hijo, que paseaban al mismo tiempo que la otra. Dexippo añade que odiaban tanto á Maximino el padre, que, después de la muerte de los Gordianos, el Senado nombró veinte generales para oponérselos, entre los cuales se encontraban Balbino y Máximo, creados en seguida emperadores. El mismo escritor dice, además, que Anatolio, su prefecto del Pretorio fué muerto con su hijo, en presencia de Maximino, abandonado ya por sus tropas. Algunos historiadores dicen también que Maximino, viendo que le abandonaban sus soldados, y asesinado su hijo ante su vista, se mató por su propia mano para evitar indigno tratamiento.

No debe omitirse tampoco la brillante prueba de fidelidad que dieron al Senado los habitantes de Aquilea. Careciendo de cuerdas para los arcos, las mujeres las hicieron con sus cabellos. Dícese que en otro tiempo había dado Roma este ejemplo, y en honor de aquellas ilustres romanas erigió el Senado el templo de Venus Calva. En fin, tampoco debe callarse lo que dicen Dexippo Arriano y otros muchos historiadores griegos, á saber, que se creó emperadores á Máximo y Balbino contra Maximino; que enviaron contra él á Máximo con un ejército; que hizo en Ravena grandes aprestos de guerra, y que entró en Aquilea como vencedor. Los escritores latinos dicen, por el contrario, que no fué Máximo, sino Pupiano, quien libró batalla á Maximino cerca de Aquilea y le venció. No puedo descubrir el origen de este error, como no sea suponiendo que Máximo y Pupiano son la misma persona. Hago esta observación para que no se crea que ignoro la diferencia de opiniones, que, á la verdad, confunde y parece imposible.

Biblioteca Nacional de España

LOS TRES GORDIANOS,

POR JULIO CAPITOLINO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO

SUMARIO.

Preámbulo.—Gordiano el Viejo, su origen, familia, riquezas y magistraturas.—Trabajos de su juventud.—Rehace los poemas de Cicerón.—Las magnificencias de su edilidad.—Da en espectáculo al pueblo romano enorme número de gladiadores y de fieras.—Su pretura.—Sus consulados.—Sus hijos, su lujo.—Sus liberalidades.—Su adhesión á los Antoninos.—El Senado le nombra procónsul de África.—Su elogio por el emperador Alejandro.—Su administración le hace querido de los Africanos.—Su retrato, sus cualidades, sus costumbres.—Durante su proconsulado los Africanos matan á un recaudador imperial.—Un decurión les propone entonces elegir emperador á Gordiano en el puesto de Maximino.—Arenga del decurión.—A pesar suyo le eligen en Tysdra emperador juntamente con su hijo.—Su edad.—Su mérito.—Danle el nombre de Africano y después el de Antonino.—El Senado acepta á los dos Gordianos por emperadores y encarga la defensa de Italia á veinte comisarios.—Maximino envía á Roma legados, cuyas proposiciones hacen desechar los partidarios de los Gordianos.—Un cuestor y algunos soldados matan, por orden del Senado, á Vitaliano, jefe de las cohortes pretorianas.—El Senado, á propuesta del cónsul y en ausencia del pretor urbano, declara emperadores á los Gordianos y enemigo público á Maximino.—Aclamaciones de los senadores en favor de los Gordianos.—Qué es un senatus-consulto secreto.—Maximino recibe copia del decreto del Senado.—Su

Biblioteca Nacional de España

carta al Prefecto de Roma.—Sus furores.—El pueblo rompe sus estatuas.—Son condenados á muerte sus partidarios.—Es asesinado en el foro el prefecto de Roma Sabino.—Oración de Maximino á sus tropas.—Capeliano, al frente de una fuerza de Moros, hace la guerra á los Gordianos, separa de su causa á los Cartagineses y mata en un combate al mayor de los hijos de Gordiano.—Al recibir la noticia se mata Gordiano el Viejo.—Duración de su reinado.—Gordiano el Joven.—Su origen y nombres.—Sus estudios, sus conocimientos, sus dignidades.—Sus gustos, sus placeres, sus cualidades.—El Senado le nombra Augusto.—Un astrólogo predice á Gordiano el Viejo su destino y el de su hijo.—Sus talentos poéticos.—Sus costumbres.—Parecido de Gordiano el Viejo con Augusto, de Gordiano el Joven con Pompeyo y de Gordiano III con Scipión el Asiático.—Gordiano III.—Recibe del Senado el título de César, y después de la muerte de Máximo y Balbino el de Augusto.—El asesinato de dos veteranos da lugar á una guerra intestina entre los soldados y los senadores.—El consulado conferido al joven Gordiano pone fin á la guerra.—Triunfa de una sedición que había estallado en África.—Su matrimonio con la hija de Misitheo á quien nombra prefecto y cuyos sabios consejos realzan su Imperio.—Carta de Misitheo á Gordiano y contestación de éste relativamente á la corrección de los abusos peculiares de esta época.—Violento terremoto que destruye muchos pueblos.—Gordiano abre el templo de Jano y marcha contra los Persas.—Envía al Senado el relato de sus hazañas, que atribuye á Misitheo.—El Senado concede honores á los dos.—Muerte de Misitheo.—Sucédele en las funciones del prefecto del Pretorio Filipo, á quien se atribuye la muerte de Misitheo.—Elogio de Misitheo; su prudencia y vigilancia.—Filipo, árabe de nacimiento, por medio de sus intrigas consigue que las tropas le nombren emperador con Gordiano, y concluye por arrebatarle el trono y la vida.—El Rey de los Scytas aprovecha la muerte de Misitheo para talar los países limítrofes del Imperio.—Filipo hace que le dé el título de Augusto el Senado, que coloca á Gordiano en el número de los dioses.—Elogio de este príncipe.—Sus construcciones.—Sus proyectos.—Cantidad de diferentes animales que reservaba para la solemnidad de su triunfo sobre los Persas.—Filipo los hace matar en diferentes juegos.—Todos sus asesinos, como los de César, perecen de muerte violenta.—Los soldados le alzan una tumba.

Habíame propuesto, venerable Augusto, presentar á tu clemencia, siguiendo el ejemplo de muchos escritores, la vida de cada emperador en un libro distinto. He visto, en efecto, que muchos autores adoptan este método, y mis

Biblioteca Nacional de España

lecturas me habían familiarizado con él. Pero me ha parecido inconveniente ocupar tu piedad con multitud de libros diferentes é inútil aumentar las dificultades de mi tarea. Así, pues, he escrito en un solo libro la vida de los tres Gordianos, economizando de esta manera trabajo para mí y á tí la molestia de revolver muchos códices para leer una sola historia. Pero habiendo querido evitar la difusión y prolijidad, debo guardarme muy especialmente del defecto contra que me levanto, sin pretender herir á nadie, y por tanto abordaré desde luego el asunto.

Los Gordianos no fueron, como dicen algunos escritores mal informados (1), dos, sino tres. Estos escritores pudieron verlo en el historiador griego Arriano y también en Dexippo, otro historiador griego; los cuales, á pesar de su brevedad, han demostrado escrupulosa exactitud. Gordiano el Viejo, es decir, el primero de los tres, fué hijo de Mecio Marulo y de Ulpia Gordiana. Por línea paterna, su origen remontaba á los Gracos, y por la materna al emperador Trajano. Su padre, su abuelo y su bisabuelo habían sido cónsules, así como también su suegro, los padres de dos suegros suyos y los abuelos de éstos. También obtuvo él el consulado y gozó de una fortuna é influencia inmensas. Poseía en Roma el palacio de los Pompeyos (2), y en las provincias más tierras que ningún particular. Después de su segundo consulado, que ejerció con Alejandro, fué nombrado por un senatusconsulto procónsul de África.

Antes de hablar de su advenimiento al Imperio, lo haré brevemente de su mérito. Gordiano había compuesto en su juventud muchos poemas que todavía se conservan. Rehizo los que Cicerón tradujo de Demetrio y de Arato, así como los *Alcyonas*, *Uxorium* y *Nilum*,

(1) Muchos historiadores, como Eutropio, Eusebio y otros, solamente hablan de dos Gordianos.

(2) Plutarco y Suetonio hablan de este hermoso palacio, adornado con espolones de naves, sin duda á causa de las victorias navales de Pompeyo.

Biblioteca Nacional de España

porque el estilo de Cicerón en estos poemas parecía anticuado. También compuso, como Virgilio la *Enéida*, Stacio la *Aquileída*, y muchos otros la *Ilíada*, un poema titulado la *Antoniniada*, es decir, la historia de Antonino Pío y de Marco Aurelio, en hermosos versos y en treinta libros, en los que refirió sus guerras y los rasgos más hermosos de su vida pública y privada. Estos fueron los trabajos de su primera juventud. En edad más avanzada declamó controversias en el Ateneo, donde tenía hasta á sus príncipes por oyentes. En su cuestura desplegó extraordinaria magnificencia, y durante su edilidad dió á expensas suyas doce espectáculos al pueblo romano, es decir, un espectáculo por mes. En éstos hizo combatir á veces quinientas parejas de gladiadores y nunca menos de ciento cincuenta. En un solo día hizo soltar cien fieras de la Libia (1), y en otro mil osos. Todavía existe en la casa rostral de Cn. Pompeyo, que le perteneció como á su padre y á su bisabuelo, pero de la que el fisco se apoderó en tiempo de Filipo, el cuadro de una de estas cacerías (2), la más memorable de cuantas dió, en el que se ven doscientos ciervos de astas palmeadas mezclados con otros de Bretaña, treinta caballos salvajes, cien corderos silvestres (*oves feræ*) (3), diez alces,

---

(1) Pompeyo había dado este ejemplo en su segundo consulado, presentando á la vez quinientos leones, que fueron muertos en cinco días.

(2) Daban los animales en espectáculo solamente para mostrarlos, para hacerlos combatir, ó bien para entregarlos al pillaje del pueblo después del espectáculo. A esta clase de diversión pertenecia la caza de que se habla. Capitolino la llamó *sylva*, de la misma manera que otros muchos escritores, porque los animales soltados en el Circo le hacían parecer una selva extraordinariamente poblada, y además arrancaban á veces árboles de un bosque para trasladarlos al Circo ó al anfiteatro, resultando así más exacto todavía el parecido. A este género de espectáculos se le llamaba también *pancarpum*.

(3) *Oves ferœ*. Así designaban los Romanos los animales que llamaban los griegos *camelopardos*. Plinio dice que Julio César fué el primero que presentó estos animales en el circo.

Biblioteca Nacional de España

cien toros de Chipre (1), trescientos avestruces de Mauritania pintados de bermellón (2), treinta onagros (asnos salvajes), ciento cincuenta jabalíes, doscientas gamuzas (*íbices*) (3) y doscientos gamos. El día del espectáculo, que fué el sexto que daba, entregó todos estos animales al pillaje del pueblo.

Durante su pretura demostró grandes cualidades; después de ésta ejerció su primer consulado con Antonino Caracala, y el segundo con Alejandro. Tuvo dos hijos: uno de ellos, que fué cónsul, recibió al mismo tiempo que él el título de Augusto, y murió cerca de Cartago, en la guerra de Africa. También tuvo una hija, llamada Mecia Faustina, y que casó con el consular Junio Balbo. De tal manera se distinguió Gordiano durante su consulado de todos los cónsules de su tiempo, que Antonino admiraba con envidia, indigna de un emperador, en tanto sus pretextas, en tanto sus lacticlavias, en tanto los juegos que daba en el Circo. Fué el primer Romano que, como particular, tuvo en propiedad túnica bordada de palmas y toga pintada (4), porque antes de él ni los emperadores recibían estas insignias sino en el Capitolio ó en el palacio. Con permiso de los emperadores (5) distribuyó entre los diferentes bandos del Circo cien caballos de Sicilia y ciento de Capadocia; liberalidad que le atrajo el cariño del pueblo, sensible siempre á esta manera de obrar. Dice Cordo que hizo

(1) Estos toros tenían una giba en el lomo, según refiere Servio tomándolo de Aristóteles.

(2) Dice Plinio que los Romanos pintaban algunas veces con bermellón los animales que habían de servir en los espectáculos públicos.

(3) Generalmente se cree que el *ibex* es la gamuza.

(4) La túnica bordada con palmas y la toga pintada fueron en el principio traje de los triunfadores. Pero más adelante los emperadores y los cónsules se las apropiaron en determinadas circunstancias.

(5) Sábese por las cartas de Symmaco que se necesitaba permiso del Emperador para comprar caballos destinados á las carreras de carros.

Biblioteca Nacional de España

celebrar á su costa, durante cuatro días, juegos escénicos y las fiestas llamadas Juvenales (1), en todas las ciudades de la Campania, la Etruria, la Umbría, la Flaminia y el Picentino. Escribió en prosa los elogios de todos los Antoninos que le habían precedido, mostrando tanto entusiasmo por estos príncipes que, según algunos escritores, se dió el nombre de Antonino, ó el de Antonio, según dicen otros. Sábese, por otra parte, que hizo tomar á su hijo Gordiano el nombre ilustre de Antonino, cuando, según la costumbre de los Romanos, mandó inscribir el nombre de este hijo en las actas públicas, ante el prefecto del Tesoro.

Después de su consulado nombráronle procónsul de Africa, con mucho agrado de cuantos querían que el reinado de Alejandro fuese famoso hasta en aquel país, por el mérito de su procónsul. Consérvase una carta de aquel Emperador, en la que da gracias al Senado por haber nombrado á Gordiano procónsul de aquella provincia: en un párrafo de esta carta dice así: «Nada podíais hacer, padres conscriptos, más agradable para mí y más deleitable que enviar á Antonio Gordiano de procónsul al Africa; es varón muy noble y valeroso, elocuente, justo, moderado, humanitario, etc.» Vese por estas palabras de cuánta consideración gozaba Gordiano. A ningún procónsul quisieron los Africanos tanto como á él; llamándole unos Scipión, otros Catón, éstos Mucio, aquéllos Rutilio ó Lelio, habiendo conservado Junio las aclamaciones que le tributaban. Así fué que estando un día Gordiano leyéndoles un edicto imperial, en cuyo preámbulo se hacía mención de los procónsules Scipiones, exclamaron: «¡Gloria al nuevo Scipión, al verdadero Scipión, al procónsul Gordiano!» recibiendo con frecuencia iguales alabanzas.

Tenía estatura romana (2), hermosos cabellos blancos,

(1) Estos juegos los estableció Nerón.

(2) La estatura que el autor llama romana era mediana, porque César dice que «los Galos despreciaban á los Romanos por su corta estatura»

Biblioteca Nacional de España

respetable aspecto y la tez más bien coloreada que blanca; el rostro bastante largo, y los ojos, la boca y la frente majestuosos, siendo además algo obeso. Tan moderadas eran sus costumbres, que puede decirse no hizo nada que revelase pasión, inmodestia ó un exceso cualquiera. Profesó inviolable adhesión á su familia, á su hijo y nieto ilimitado cariño y á su hija y nieta ternura casi religiosa. Mostró tanta deferencia á su suegro Antonio Severo, que parecía fuese hijo suyo. Nunca se bañó con él; nunca, antes de su pretura, se sentó en presencia suya, y durante sus consulados, ó permaneció en su casa, ó bien, cuando habitó la casa de Pompeyo, iba á saludarle por mañana y tarde. Bebía poco vino y comía con mucha moderacion. Vestía con exquisita limpieza, y gustaba tanto de los baños, que en estío tomaba cuatro y hasta cinco diarios, y dos en invierno. Necesitaba dormir mucho, de manera que hasta cuando comía en casa de sus amigos, no dejaba de dormir en la mesa, sabiendo todos que aquello era necesidad de su naturaleza y no embriaguez ó intemperancia.

Pero de nada le sirvieron sus buenas cualidades. Este venerable anciano, que vivía en continuo trato con Platón, Aristóteles, Cicerón, Virgilio y otros escritores antiguos, tuvo un fin que estaba muy lejos de merecer. Procónsul en Africa en tiempos del cruel y sanguinario Maximino, emprendió con su hijo, nombrado lugarteniente suyo por el Senado, la tarea de reprimir á un receptor de tributos que trataba á los Africanos con dureza tal que el mismo Maximino no hubiese aprobado; desterrando á unos, matando á otros, atribuyéndose en todo autoridad superior á su cargo, y llevando, en fin, su audacia hasta amenazar á los nobles y varones consulares. Indignados hasta el extremo los Africanos por aquellos ultrajes, y ayudados por la mayor parte de los soldados, le mataron; y después de esta muerte, como el mundo entero detestaba ya á Maximino, se pensó en el medio de calmar los odios que se habían declarado entre los partidarios de Maximino y los naturales del

Biblioteca Nacional de España

país, esto es, los Africanos. Entonces un decurión, llamado Mauricio, que tenía mucha influencia con los Africanos, reunió cerca de Tysdra á los habitantes de su comarca y les dirigió esta valerosa arenga:

«Doy gracias á los dioses inmortales, oh ciudadanos, por habernos proporcionado ocasión y puesto en la inevitable necesidad de precavernos contra los furores de Maximino. Después de matar á su receptor, cuyas costumbres y conducta estaban tan conformes con las suyas, no podemos contar con seguridad sino es nombrando un emperador. Os propongo, pues, ya que tenemos aquí un procónsul de altísima nobleza, con su hijo, legado consular, amenazados de muerte uno y otro por el monstruo que hemos inmolado, que quitemos la púrpura de las enseñas (1), que les nombremos emperadores á los dos y que consagremos su derecho á los ojos de los Romanos con las insignias del Imperio.» Oído esto, exclamaron: «Eso es lo equitativo, lo justo. ¡Gordiano Augusto, que los dioses te guarden y aseguren tu felicidad! Eres emperador; reina con tu hijo.» En seguida marcharon á la ciudad de Tysdra, y allí encontraron á aquel venerable anciano, que, libre de las obligaciones de su cargo, descansaba en el lecho. Al ver que le cubrían con la púrpura, se arrojó al suelo, levantándole á pesar suyo. Pero como su resistencia era inútil y no había otro refugio que el Imperio contra la implacable venganza de Maximino, se dejó nombrar emperador.

Era ya octogenario y, como hemos dicho, había gobernado muchas provincias, atrayéndole su conducta la estimación del pueblo romano, que le consideró digno de gobernar todo el Imperio. Según algunos autores, al principio ignoró que su hijo, Gordiano el Joven, había sido muerto; pero cuando lo supo, viéndose tan cerca de la tumba y temiendo especialmente por su otro hijo, pre-

(1) Cuando se elegía precipitadamente un emperador y no se tenía púrpura á mano, se tomaba donde se podía, arrancándola de las enseñas y arrebatándola de los templos de los dioses.

Biblioteca Nacional de España

firió sucumbir por una causa legítima á caer en las manos y cadenas de Maximino. Cuando Gordiano fué nombrado emperador, los jóvenes que habían sido autores de aquella revolución derribaron las estatuas de Maximino, rompieron sus imágenes y borraron su nombre de los monumentos públicos, dando al mismo tiempo á Gordiano el epiteto de Africano. Añaden algunos escritores que este nombre se le dió, no por haber recibido en Africa el título de emperador, sino porque descendía de la familia de los Scipiones. En la mayor parte de los autores veo que Gordiano y su hijo fueron elevados á la vez al Imperio, y denominados los dos Antoninos, diciendo algunos Antonios. Después de esto, marcharon á Cartago con pompa regia y haces laureados. El hijo, que según la observación del historiador griego Dexippo, era, como los Scipiones, lugarteniente de su padre, fué investido con el poder de la espada; y en seguida enviaron una legación á Roma, con cartas de los Gordianos, dando cuenta de lo ocurrido en Africa. Valeriano, á la sazón príncipe del Senado (1), y que más adelante fué emperador, recibió con regocijo la noticia; y cada cual escribió á aquellos amigos suyos cuya posición é influencia podían tener mucho peso en aquellas circunstancias, con objeto de que aprobasen la elección y asegurarse en ellos eficaz apoyo.

El Senado aceptó con regocijo los emperadores elegidos en puesto de Maximino, y no solamente aprobó lo hecho, sino que eligió veinte comisarios, entre los que

(1) El título de *Príncipe del Senado* no daba ninguna autoridad particular. Designábase de esta manera á aquel senador cuyo nombre era el primero en la lista del censor; ordinariamente era éste el más antiguo en el ejercicio de las funciones de la censura. Pero después del año 544 de Roma los censores nombraban al que consideraban más digno, y á pesar de que no iba unida á esta distinción autoridad ni ventaja pecuniaria, se consideraba como muy importante, y ordinariamente se conservaba toda la vida. A esta dignidad se daba el nombre de *principatus*, y de aquí más adelante se llamó al emperador *princeps*, palabra que solamente designaba el rango y no el poder.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID
Biblioteca Nacional de España

se encontraba Máximo ó Pupiano y Claudio Balbino, que fueron nombrados emperadores después de la muerte de los dos Gordianos en Africa. Al crear estos veinte comisarios, el Senado les había encargado la defensa por los Gordianos, contra Maximino, de diferentes puntos de Italia. Entonces llegaron á Roma legaciones de Maximino, prometiendo olvido de lo pasado. Pero la enviada por los Gordianos hizo ofrecimientos más ventajosos, inspiró más confianza y sobrepujó á las otras. Ofrecióse á los soldados considerable paga y tierras, y congiarios al pueblo; y en fin, tanto se confiaba en los Gordianos y tan poco en los Maximinos, que á un tal Vitaliano, que mandaba las cohortes pretorianas, le mataron, por orden del Senado, un cuestor y algunos soldados atrevidos, porque anteriormente había cometido algunos actos de crueldad y se temían como nunca sus inclinaciones sanguinarias, fortalecidas más y más por el ejemplo de Maximino. De esta muerte se dice lo siguiente. Fingiéronse cartas de Maximino, selladas con su anillo, y se encargó á un cuestor y soldados que las llevasen á Vitaliano, añadiendo que tenían que decirle además cosas secretas. Con este pretexto marcharon con Vitaliano á un pórtico ancho, y habiéndoles preguntado allí qué secreto tenían que comunicarle, le rogaron que ante todo examinase el sello del príncipe, y mientras lo examinaba, le mataron, persuadiendo en seguida á los soldados de que Vitaliano había sido muerto por mandato de Maximino. Una vez tomadas estas precauciones, presentaron en el campamento las cartas é imágenes de los Gordianos.

Interesa dar á conocer el senatusconsulto que declaró á los Gordianos emperadores y á Maximino enemigo público. No fué en día consagrado por la ley á las asambleas del Senado, cuando el cónsul, en cuya casa se habían reunido los pretores, los ediles y los tribunos del pueblo, marchó á la curia. El prefecto urbano, que sospechaba algo, pero que no había recibido carta de convocación, no se presentó en aquella asamblea, y aprove-

Biblioteca Nacional de España

chando su ausencia, el cónsul, antes de que se emitiesen los votos y se pronunciasen las aclamaciones acostumbradas en favor de Maximino, habló de esta manera: «Padres conscriptos, los dos Gordianos, padre é hijo, ambos consulares, y de los que uno es procónsul vuestro y el otro vuestro legado, han recibido el título de emperadores por el voto unánime de los Africanos. Demos gracias á los jóvenes de Tysdra; démoslas al pueblo de Cartago, que abraza siempre la causa más justa, por habernos librado de una bestia feroz y sanguinaria. Pero ¿me escucháis con timidez? ¿Alegáis temores? ¿vaciláis? ¡Cómo! ¿no es esto lo que habéis deseado siempre? Maximino es nuestro común enemigo. Permitan los dioses que perezca pronto y que gocemos en paz de la fortuna y experiencia del viejo Gordiano, del valor y energía de su hijo.» En seguida leyó las cartas que había recibido de los Gordianos para el Senado y para él mismo, exclamando todos entonces: «Gracias os damos, dioses inmortales. Nos encontramos libres de nuestros enemigos, y lo estamos del más cruel. Todos declaramos á Maximino enemigo de la patria, y votamos á Maximino y á su hijo á los dioses infernales. Nombramos Augustos á los Gordianos; reconocemos á los Gordianos como príncipes. ¡Que los dioses conserven á estos emperadores, que pertenecen al orden del Senado! ¡Ojalá veamos triunfantes á estos nobles emperadores! ¡Que Roma vea á nuestros emperadores! El que dé muerte á los enemigos de la patria, será recompensado.»

Dice Junio Cordo que este senatusconsulto fué secreto: brevemente explicaré qué es un senatusconsulto secreto, y por qué se le llama así. No existe hoy otro ejemplo de senatusconsulto secreto que cuando, convocando tu clemencia á los grandes en el palacio, toma allí decisiones que no deben conocer todos, y hasta exige el juramento de no comunicar ni dejar suponer nada á nadie antes de que quede terminado el asunto. Este procedimiento secreto lo aplicaban también nuestros padres en las necesidades públicas. Así, pues, cuando amena-

Biblioteca Nacional de España

zaba un peligro á la patria; cuando era necesario tomar una determinación humillante ó una decisión que importaba no se conociese hasta quedar realizada; cuando, en fin, se quería mantener á los aliados en la ignorancia de una resolución cualquiera, se recurría al senatusconsulto secreto. En este caso no asistían á la asamblea ningún secretario, oficial público ó escribanos ordinarios (1), quedando los senadores encargados de estas funciones para que nada se divulgase. Dióse, pues, un senatusconsulto de esta clase para evitar que lo conociese Maximino.

Pero existen hombres tales que parece se avergüenzan de no publicar lo que saben y hasta se glorían de ser los primeros en hacer traición al secreto que se les confía. Así fué que Maximino quedó enterado de todo en seguida, y hasta recibió copia del senatus-consulto secreto, cosa que no había tenido ejemplo hasta entonces. Todavía se conserva la carta que escribió al prefecto de Roma, y que dice así: «He leído el senatusconsulto secreto de vuestros jefes de partido, senatusconsulto que tal vez ignoras tú, aunque prefecto de Roma, porque no asististe á la asamblea. Te envío copia para que veas cómo gobernáis la república.» Imposible describir el furor de Maximino cuando se enteró de que el Africa se había sublevado contra él. Al tener noticia del decreto que había dado el Senado, se golpeó contra las paredes, se rasgó las vestiduras, empuñó la espada, como si hubiese podido matar á todos los senadores, y pareció, en fin, que perdía la razón. El prefecto de Roma, que había recibido de él cartas muy agrias, arengó al pueblo y á los soldados, diciéndoles que Maximino había perecido, noticia que puso el colmo al regocijo público, y en seguida rompieron las estatuas del que había sido declarado ya enemigo público. El Senado usó como debía de

(1) Había cierto número de servidores públicos á las órdenes de los magistrados romanos para la redacción de las actas. Bajo Arcadio, Honorio y Theodosio cambió esta costumbre.

Biblioteca Nacional de España

su poder durante aquellas turbulencias, mandando dar muerte á los delatores, á los calumniadores, á los agentes imperiales y á todos los viles apoyos de la tiranía de Maximino. El pueblo no se atuvo á lo dispuesto por el Senado, sino que arrastró por las calles á los muertos y los arrojó á una cloaca. Sabino, prefecto de Roma entonces y varón consular, fué muerto á palos y abandonado en paraje público.

En cuanto se enteró de estas cosas Maximino, reunió las tropas y les habló de esta manera: «Sagrados compañeros, ó mejor dicho, queridos camaradas, vosotros, cuya mayor parte habéis hecho conmigo rudas campañas, mientras defendíamos en la Germania la majestad romana, mientras arrancábamos la Iliria al yugo de los bárbaros, los Africanos nos daban una prueba de la fe púnica. Han proclamado emperadores á los dos Gordianos, de los que uno está tan agobiado por la edad, que no puede mantenerse en pie, y el otro tan enervado por el libertinaje, que su debilidad se parece á la vejez. Como si esto no fuese bastante todavía, la noble asamblea del Senado aprueba la elección de los Africanos; y esos mismos hombres, cuyos hijos defendemos en el campo de batalla, nos han opuesto veinte generales y han dictado sentencia en la que nos tratan como enemigos. Obrad, pues, como deben hacerlo los hombres de valor. Marchemos inmediatamente á Roma; y si contra nosotros han elegido veinte consulares, resistámosles con nuestro valor, y triunfemos con la fortuna de nuestras armas.» Maximino observó que su arenga dejaba á las tropas indiferentes y que ni siquiera enardecía á sus partidarios, por lo que escribió en seguida á su hijo, que se encontraba bastante lejos á su espalda, para que apresurase la marcha, temiendo que los soldados tramasen algo durante su ausencia. Junio Cordo dice que la carta estaba concebida así: «Mi guardia Tycannio te enterará de las noticias que he recibido acerca de lo ocurrido en Africa y en Roma: también te enterará de las disposiciones de las tropas. Ruégote te apresures

Biblioteca Nacional de España

cuanto puedas, no sea que los soldados se entreguen, como suelen, á algún exceso. Mi emisario te dirá lo que temo.»

Entretanto, un tal Capeliano, enemigo de los Gordianos hasta antes de su advenimiento, y á quien este emperador había quitado el mando de los Moros, que le concedió Maximino, se sublevó contra los dos Gordianos á la llegada de su sucesor, reunió tumultuosamente un ejército de Moros y marchó contra Cartago, que en seguida, merced á la natural inconstancia de sus habitantes, se declaró en favor suyo. Decidido Gordiano á intentar la fortuna de las armas, envió contra Capeliano y los Maximinos á su hijo mayor, que tenía cuarenta y seis años, que era entonces, como ya hemos dicho, su lugarteniente, y de cuyas costumbres hablaremos oportunamente. Capeliano, más avezado á la guerra y más atrevido que el joven Gordiano, en quien la costumbre de los placeres de su rango había impedido la experiencia y destruído la energía, le venció en una batalla y le dió muerte.

Dícese que en esta guerra pereció tan considerable número de partidarios de Gordiano, que se estuvo buscando por mucho tiempo, sin poder encontrarlo, el cadáver de su hijo. Además, una tempestad horrible, cosa extraña en Africa, de tal manera maltrató su ejército antes de la batalla, que no tuvo ardor para combatir, lo cual facilitó la victoria de Capeliano. Al recibir esta noticia, agobiado por el dolor el viejo Gordiano, y pensando en las pocas tropas que le quedaban, en las considerables fuerzas de Maximino, en Capeliano que se acercaba y en la acostumbrada perfidia de los Cartagineses, se estranguló para sustraerse al poder del enemigo, y dejó la vida con el Imperio. Tal fué el fin de los Gordianos; á los dos les habían nombrado Augustos el Senado, y en seguida les colocó en el rango de los dioses. Reinaron un año y seis meses.

Biblioteca Nacional de España

GORDIANO EL JOVEN.

Este era hijo de Gordiano el Viejo, procónsul de África, siendo nombrado Augusto con su padre por los Africanos y el Senado. Distinguióse tanto por su saber y cualidades como por su nobleza y origen, que muchos escritores hacen remontar hasta los Antoninos, y la mayor parte á los Antonios. Dicen algunos, como prueba de su noble alcurnia, que Gordiano el Viejo fué llamado Africano, del epiteto de los Scipiones, que tuvo por morada en Roma el palacio de los Pompeyos, que llevó siempre el nombre de Antonino, y que quiso que el Senado lo diese á su hijo; indicios todos que distinguen su familia. Por mi parte sigo la opinión de Junio Cordo, que dice que la nobleza de los Gordianos participaba de la de todas estas casas. Gordiano el Joven fué el primer hijo que dió á su esposo Fabia Orestila, biznieta de Antonino, lo que le unía también á la familia de los Césares. Desde sus primeros días recibió el nombre de Antonino, que más adelante le dieron en el Senado; pero después le nombraron generalmente Gordiano.

Sus estudios hicieron concebir de él grandes esperanzas; su figura era hermosa, excelente su memoria, y tan notable su bondad, que en la escuela no podía contener las lágrimas cuando castigaban á algún compañero suyo. Tal cariño y amor inspiró á Sereno Sammonico, preceptor suyo, y uno de los mejores amigos de Gordiano

Biblioteca Nacional de España

el Viejo, que aquel sabio le dejó al morir todos los libros de su padre Sereno Sammonico, que se elevaban á sesenta y dos mil. Este legado colmó su deseo más ardiente, y la posesión de tan rica biblioteca le permitió alcanzar alta reputación de saber. Heliogábalo le concedió la cuestura, por la única razón de que habían celebrado á este lujurioso Emperador la inclinación de aquel joven á los placeres, inclinación que no le llevaba, sin embargo, al libertinaje ni á la infamia. Alejandro le nombró pretor de la ciudad, y tan perfectamente desempeñó este cargo, que en seguida obtuvo el consulado, que su padre había alcanzado muy tarde. Bajo el reinado de Maximino, ó del mismo Alejandro, fué nombrado lugarteniente de su padre, que era procónsul, y entonces ocurrieron los acontecimientos referidos.

Era muy aficionado al vino, pero vino mezclado con rosas, lentisco ó ajenjo, y, en una palabra, con todo lo que puede hacerlo más agradable. Comiendo poco, muy pronto terminaba su comida ó cena. Amaba apasionadamente las mujeres, y se dice que tenía veintidós concubinas, de las que dejó tres ó cuatro hijos. Llamábasele el Priamo de su tiempo, y como era muy inclinado al amor, frecuentemente se le daba jocosamente en vez del nombre de Priamo el de Priapo. Su vida fué una serie de placeres, pasándola en jardines, baños y bosques llenos de atractivos. Su padre no reprobaba sus gustos, y con frecuencia decía que moriría muy joven, pero en posesión del rango más ilustre. Sin embargo, este género de vida no le llevó á olvidar las cualidades de los hombres honrados, incluyéndosele siempre entre los varones más ilustres del Estado, no faltando nunca á las asambleas, á los ciudadanos ni á la república. En fin, el Senado le otorgó con mucho regocijo el título de Augusto, y en él fundó la esperanza de la salvación pública. Vestía con cuidadoso esmero; queríanle sus esclavos y todos cuantos se le acercaban. Dice Cordo que nunca quiso casarse; por el contrario, Dexippo opina que Gordiano Tercero, que no obstante su tierna edad,

Biblioteca Nacional de España

obtuvo el Imperio después de él, con Balbino y Pupiano ó Máximo, era hijo suyo.

Habiendo consultado un día Gordiano el Viejo á un astrólogo acerca del nacimiento de su hijo, dícese que le contestó que aquel niño sería hijo de emperador y emperador él mismo. Gordiano el Viejo rió del pronóstico, y se pretende que el astrólogo le mostró la constelación bajo que había nacido y le demostró con presagios tomados de libros antiguos la verdad de lo que decía. Este astrólogo anunció además al viejo y á su hijo, con firme confianza en el efecto de sus predicciones, el género de su muerte, así como también el día y el paraje donde habían de perecer. Más adelante, nombrado emperador en Africa el viejo Gordiano, y creyendo que nada tenía ya que temer, refirió, según se dice, todos estos detalles, y hasta citó el género de muerte que les habían vaticinado á los dos. El anciano, al ver á su hijo, recitaba frecuentemente estos versos de Virgilio:

.....Fortuna un día
Ese joven mostrando á los humanos
Tornárale á ocultar en sombra impía.
Tal vez, tal vez, oh dioses soberanos,
Si este don inmortal nos franqueara
El trance vuestra diestra recelara! (1).

Consérvanse del joven Gordiano trabajos en prosa y en verso, que todavía se recitan hoy en su familia. No siendo largos ni cortos, tienen mediana extensión y revelan al hombre ilustrado, pero que desconocía su ingenio y no sabía moderarle.

Usaba con mucha parsimonia de toda clase de alimentos, exceptuando las legumbres y las frutas, á las que era tan aficionado, que siempre se le veía devorando algunas recién cogidas. Gustaba especialmente de manjares fríos; en estío no tomaba más que bebidas frescas y en

(1) *Eneida*, VI, 870. Traducción de D. Miguel Antonio Caro, publicada en esta Biblioteca.

Biblioteca Nacional de España

gran cantidad; costumbre que había adoptado á causa de su obesidad. Esto es lo que hemos encontrado más digno de memoria en la vida de Gordiano el Joven, porque no hemos querido referir las fábulas ridículas y absurdas que Junio Cordo recogió referentes á los placeres secretos y minuciosas costumbres de este Emperador. Quien quiera enterarse de ellas, lea este autor, que dice cuántos esclavos tenía cada príncipe, cuántos amigos, cuántos mantos y clámides, detalles cuyo conocimiento no sirve de nada. «Los historiadores no deben consignar en sus obras más que aquellos ejemplos que conviene seguir ó evitar.» Añadiré aquí un hecho muy notable, citado por Vulcacio Terenciano, que escribió la historia de su tiempo. Dice que Gordiano el Viejo se parecía exactamente á Augusto, y que tenía su voz, su aspecto y estatura; que su hijo tenía mucha semejanza con Pompeyo, á quien, sin embargo, sus biógrafos niegan obesidad; en fin, que su nieto, del que todavía se conservan retratos, tenía las facciones de Scipión el Asiático. Tan admirable cosa son estos parecidos, que no he creído deber omitirlos.

Biblioteca Nacional de España

GORDIANO TERCERO.

Muertos los dos Gordianos, estremecido el Senado, y temiendo la venganza de Maximino, eligió entre los veinte varones á quienes había encomendado la defensa de la República, los dos consulares Pupiano ó Máximo y Clodio Balbino, nombrándoles Augustos. Entonces pidieron al pueblo y los soldados que se confiriese el título de César al joven Gordiano, que, según unos, tenía once años, según otros, trece, y según Junio Cordo, diez y seis, porque este escritor pretende que pereció á los veintidós años de edad. Llevado este niño al Senado, después ante la asamblea del pueblo y cubierto con el manto imperial, recibió el título de César. De creer á algunos autores, había nacido de una hija de Gordiano. Uno ó dos, porque no he podido encontrar más, dicen que era hijo del que sucumbió en Africa, hijo de Gordiano el Viejo; Dexippo asegura terminantemente que era hijo de aquél. Creado César, este niño se educó en en casa de su madre. Muertos los Maximinos, y habiendo perecido en una sedición militar los dos emperadores, Máximo y Balbino, después de dos años de reinado, el joven Gordiano, que hasta entonces había permanecido en el rango de César, fué elevado al de Augusto, gracias á la profunda adhesión y singular cariño que le profesaban las tropas, el pueblo, el Senado y todas las naciones. Esto lo debía especialmente al mérito de su abuelo y de su tío ó padre, que habían empuñado

Biblioteca Nacional de España

las armas contra Maximino, defendiendo al Senado y al pueblo, y de los que uno había muerto peleando y el otro por consecuencia de la batalla. Habiendo acudido los veteranos al Senado para enterarse de lo que se había decretado, dos de ellos, que subieron al Capitolio donde se celebraba la asamblea, fueron muertos delante del mismo altar por Galicano y Mecenas, general de la república. Como los senadores estaban armados, y los veteranos ignoraban que Gordiano sólo era emperador, nació de aquí una guerra intestina.

Pero cuando se enteraron los veteranos de que Gordiano solo era emperador, quedó restablecida la paz entre ellos, el pueblo y los soldados, y se puso fin á aquella guerra intestina, confiriendo el consulado al joven Gordiano. Indicó especialmente la corta duración del reinado de Gordiano un eclipse de sol, siendo tan densas las tinieblas, que no pudo hacerse nada sino á la luz de las antorchas. Para desterrar el recuerdo de los pasados males, el pueblo romano se entregó entonces á todos los placeres y diversiones que se le ofrecieron. En Africa se promovió contra Gordiano Tercero, bajo el consulado de Venusto y Sabino, una sedición, de la que fué jefe Sabiniano. Pero Gordiano hizo que el Gobernador de la Mauritania la estrechase tanto, que todos acudieron á Cartago para entregar al rebelde, confesar su delito y pedir perdón. Desvanecidos en Africa aquellos motivos de inquietud, estalló la guerra contra los Persas en el segundo consulado de Gordiano, que tenía por colega á Papiniano. Antes de partir Gordiano para esta guerra, casó con la hija de Misitheo, que por su saber y elocuencia era digno de aquel parentesco, nombrándole en seguida prefecto. Después de este matrimonio, su gobierno no tuvo nada ya de pueril ni despreciable, gracias á los excelentes consejos de su suegro, que le impidió, á pesar de su edad, que se convirtiese en ciego instrumento ó cómplice voluntario de la avidez de los eunucos y cortesanos de su madre.

Consérvase una carta de Misitheo á Gordiano, y la res-

Biblioteca Nacional de España

puesta de éste, que demuestran que las mejoras que aquel Emperador introdujo en el gobierno se debían á los consejos de su suegro. Las cartas dicen así: «A su señor, hijo y Augusto, Misitheo, su suegro y prefecto: Motivo de regocijo es para nosotros verte libre de la vergüenza de estos tiempos, en el que eunucos y hombres que considerabas como tus amigos, aunque eran tus peores enemigos, hacían de todo infame tráfico. Nuestra satisfacción es tanto mayor, cuanto que te congratulas de este dichoso cambio, lo cual prueba, venerable hijo mío, que no eran obra tuya. Imposible era, en efecto, soportar por más tiempo que dispusieran los eunucos de los mandos militares; que servicios honrosos quedasen sin recompensa; que el capricho ó interés de algunos hombres hiciese perecer inocentes y absolver culpables; que el Tesoro quedase exhausto por los que diariamente tramaban intrigas y cábalas con objeto de engañarte; que convenían entre sí los medios de prevenirte contra los mejores ciudadanos; que alejaban á los buenos, hacían prosperar á los malos, y traficaban, en fin, hasta con las mismas palabras que te suponían. Agradezcamos, pues, á los dioses que te hayan infundido la voluntad de sanar la República. Grato es ser suegro de un buen príncipe que se entera de todo, que quiere saberlo todo, y que aleja de su lado á aquellos hombres por quienes parecía puesto él mismo en subasta.»

Gordiano contestó así: «El emperador Gordiano Augusto, á su padre y prefecto Misitheo: Si los dioses omnipotentes no protegiesen al Imperio romano, todavía nos veríamos como puestos en subasta por eunucos, comprados ellos mismos en el mercado. Al fin comprendo ahora que no era á un Félix á quien debía poner á la cabeza de las cohortes pretorianas, ni á un Serapammón, á quien debía nombrar jefe de la cuarta legión, y, por no recordarlo todo de una vez, que no debía hacer muchas cosas que he hecho. Pero doy gracias á los dioses por lo que me has enseñado, siendo tan conocido tu desinterés cuando el cautiverio en que me tenían me impedía cono-

Biblioteca Nacional de España

cer la verdad. ¿Qué podía yo hacer cuando Mauro vendía mi gobierno, y de acuerdo con Gaudiano, Reverendo y Montano, alababa á unos y censuraba á otros? ¿Qué podía yo hacer sino aprobar lo que me decía él y confirmaba el testimonio de sus cómplices? Créeme, querido padre; un Emperador es muy desgraciado cuando le impiden conocer la verdad. No pudiendo enterarse en el exterior, vese obligado á creer lo que le dicen, y tiene que conformar sus decisiones con los informes de un hombre solo ó corroborados por otros muchos.» Por estas cartas se cree que se debe atribuir á los consejos de su suegro las prudentes reformas realizadas por Gordiano. Dicen algunos autores que la carta de Misitheo estaba en griego, pero que el expuesto es su sentido. Gracias á la autoridad de su saber y su virtud, Gordiano, que no tenía otra distinción que su nobleza, ilustró su reinado con hermosas acciones.

Siendo emperador Gordiano, ocurrió un terremoto tan violento que quedaron sumergidas en abismos muchas ciudades con sus habitantes. Por este motivo se hicieron en Roma y en todo el Imperio inmensos y solemnes sacrificios. Pretende Cordo que cesaron estos desastres cuando consultó los libros sibilinos y se practicaron todas las ceremonias que ordenaban aquellos libros. Desvanecida esta calamidad, Gordiano, bajo el consulado de Pretextato y de Atico, abrió el templo de Jano (lo cual era señal de haber guerra declarada) y marchó contra los Persas con un ejército tan formidable y tal cantidad de oro, que al frente de sus auxiliares y de sus propios soldados podía triunfar fácilmente de aquella nación. Pasó por la Mesia, y en sus mismas marchas destruyó, puso en fuga, arrojó y alejó cuantos enemigos tenía en la Tracia. Atravesando en seguida la Siria, avanzó hacia Antioquía, de la que se habían apoderado ya los Persas. En este país riñó muchos combates, en los que constantemente quedó vencedor, y obligó á Sapor, rey de los Persas, á retirarse, y después de apoderarse de Artajerjes, recobró Antioquía, Ca-

Biblioteca Nacional de España

rras y Nisiba, que se encontraban bajo el dominio de los Persas.

De tal manera temia el rey de los Persas al emperador Gordiano que, á pesar de las considerables fuerzas de que podía disponer, retiró voluntariamente de las ciudades romanas sus guarniciones, devolviéndolas á sus habitantes sin haber causado ni el daño más pequeño, ni cometido la menor exacción. Pero toda la gloria corresponde á Misitheo, suegro y prefecto de Gordiano. En fin, los Persas, á quienes se creía ver ya en Italia, entraron en su país delante de las victoriosas legiones de Gordiano, y la República romana conservó todo el Oriente. Consérvase una oración de Gordiano al Senado, en la que, hablando de sus victorias, rinde acciones de gracias á Misitheo, su suegro y prefecto. Citaré un párrafo para que se vea la verdad: «Después del relato de las victorias conseguidas durante nuestra misma marcha, cada una de las cuales merecería el honor de un triunfo especial, os diré en pocas palabras, padres conscriptos, que hemos arrancado Antioquía al yugo de los Persas y al dominio del Rey de este país. Hemos devuelto al Imperio romano Carres y otras ciudades. Hemos avanzado hasta Nisiba, y si los dioses nos favorecen llegaremos hasta Ctesifonte. Solamente les pedimos que nos conserven á Misitheo, nuestro padre y prefecto, cuyos consejos y prudentes disposiciones nos han valido estos triunfos y nos valdrán otros todavía. A vosotros toca disponer que se hagan rogativas á los dioses, encomendarnos á su protección y votar gracias á Misitheo.» Leída esta carta en el Senado, se decretaron cuadrigas de elefantes á Gordiano, como vencedor de los Persas y para esplendor de su triunfo sobre aquella nación. Para Misitheo se decretó una cuadriga de caballos y un carro triunfal con esta inscripción: «Al eminente Misitheo, padre de los príncipes, prefecto del pretorio y de toda la ciudad, tutor de la República, el Senado y pueblo romano.»

Pero aquella felicidad no fué muy duradera, porque

Biblioteca Nacional de España

Misitheo murió muy pronto, víctima, según algunos, de los artificios de Filipo, nombrado, después de él, prefecto del Pretorio, y según otros, de una enfermedad, después de instituir heredera suya á la República romana: de manera que todos sus bienes entraron en el dominio de la ciudad. En la administración del Estado tomaba tan prudentes disposiciones, que no había en las fronteras ni una sola ciudad importante que no pudiese atender á las necesidades del ejército romano y del Emperador, y que no tuviese provisiones de vinagre, trigo, tocino, cebada y paja para un año. En cuanto á las ciudades menos importantes, estaban provistas, unas para treinta días, otras para cuarenta, y algunas para dos meses, siendo el menor aprovisionamiento para quince días. Como prefecto revistaba con frecuencia las armas: no permitía hacer campañas á ningún viejo, ni á ningún niño recibir provisiones de boca. Siempre hacía rodear el campamento con un foso y visitaba hasta de noche los puestos mititares. No había nadie que no le amase á causa de su abnegación por la República y por el Emperador. Los tribunos y generales le querían y temían tanto, que ni siquiera se les ocurría faltar á sus deberes, y nunca faltaban. Filipo que, según se dice, le temía por modo extraordinario, á causa de su vigilancia, tramó una conspiración contra su vida, en la que hizo entrar médicos, obrando de la siguiente manera. Encontrándose enfermo de diarrea, le dispusieron los médicos una poción para cortársela; pero en lugar de la que habían ordenado, dícese que le dieron otra que aumentó el mal y murió Misitheo.

Después de su muerte, ocurrida bajo el consulado de Apriano y de Papo, fué nombrado Filipo, en reemplazo suyo, prefecto del Pretorio. Era Filipo un árabe de baja estofa, pero muy orgulloso, y tan poco se moderó en aquel enorme cambio de fortuna, que en seguida se sirvió de las tropas mismas de Gordiano para hacer morir á aquel príncipe que le había elevado hasta el mismo rango de su suegro. Para lograr su propósito hizo lo si-

Biblioteca Nacional de España

guiente: Como ya se ha dicho, Misitheo tenía siempre provisiones suficientes para las necesidades del ejército; pero gracias á los artificios de Filipo, las naves que debían llevar el trigo tomaron otro rumbo, y los soldados fueron conducidos á puntos donde no podían encontrar provisiones, lo cual suscitó contra Gordiano la animosidad de las tropas, porque ignoraban que el joven Emperador se encontraba engañado por las maniobras de Filipo, que llevó la perfidia hasta decir, con objeto de que lo repitieran en el ejército, que Gordiano era un niño incapaz de gobernar el Imperio, y que era mejor elevar al trono un hombre que supiese dirigir los soldados y la República. Al fin consiguió ganar los jefes del ejército, y las consecuencias de sus manejos fueron que le pidiesen francamente por emperador. Al principio resistieron con energía los amigos de Gordiano; pero estrechados los soldados por el hambre, dieron el Imperio á Filipo y dispusieron que gobernase juntamente con Gordiano como si fuese tutor suyo.

Llegado al trono, Filipo se condujo con Gordiano de la manera más insolente, y este Emperador, nacido de raza imperial y de estirpe nobilísima, no creyó que debía soportar los ultrajes de un hombre de tan baja estofa. Subió, pues, á su tribunal para quejarse á sus generales y á los soldados, delante de su deudo el prefecto Mecio Gordiano, y esperando quitar el Imperio á Filipo. Pero en vano le acusó de responder con la ingratitud á sus beneficios; en vano pidió justicia á los soldados y trató de atraerse á sus jefes: el partido de su enemigo venció. Viéndose vencido Gordiano, pidió que al menos compartiesen por igual la autoridad, y tampoco lo obtuvo. En seguida pidió que se le concediese el rango de César, y se lo negaron. Pidió después ser prefecto de Filipo, y se lo negaron también. Humillóse, en fin, hasta pedir que Filipo le emplease como general y le dejase vivir; y casi había consentido éste, guardando silencio y no dejando comprender sus intenciones más que con signos á sus amigos; mas pensando en seguida en la adhe-

Biblioteca Nacional de España

sión que habían mostrado á Gordiano el pueblo y el Senado, el Africa entera y toda la Siria, en fin, todo el mundo romano, fuese por su noble origen y su cualidad de hijo y nieto del Emperador, fuese porque había libertado á la República de guerras importantes y temiendo que los soldados, cuya reciente aversión á aquel príncipe no tenía otra causa que la escasez de víveres, proyectasen algún día restablecerle; mandó que le trajesen á su presencia, á pesar de sus gritos, que le despojasen y matasen; cosas que al pronto se aplazaron, pero que á poco quedaron ejecutadas en cumplimiento de sus órdenes.

Por tan reprobados medios usurpó Filipo el trono. Gordiano había reinado seis años. Mientras ocurrían estas cosas, Argunthis, rey de los Scitas, devastaba las comarcas limítrofes del Imperio, alentado especialmente por la muerte de Misitheo, cuyos sabios consejos había realizado el gobierno de la República. Filipo, para no hacer ver que había conquistado el Imperio por medio de un asesinato, escribió á Roma que Gordiano había muerto de una enfermedad y que todos los soldados le habían elegido. El Senado, que ignoraba la verdad de las cosas, fácilmente fué engañado: reconoció por emperador á Filipo, le dió el título de Augusto y puso al joven Gordiano en el rango de los dioses. Fué este príncipe, agradable, bello, amado de todos y de afable trato, uniendo á estas cualidades extensos conocimientos, no faltándole para ser digno del Imperio otra cosa que edad. A ningún emperador quiso tanto el pueblo, el Senado y el ejército, antes de las intrigas de Filipo. Dice Cordo que todos los soldados le llamaban hijo, que también le daban este nombre los Senadores, y que el pueblo entero le denominaba su regocijo. En fin, Filipo, después de asesinarle, no se atrevió á hacer desaparecer sus imágenes, ni á derribar sus estatuas, ni á borrar su nombre de los monumentos. Llamóle siempre divino, hasta delante de los soldados que habían entrado en su conspiración, y con hipocresía contraria á las costumbres romanas, fingió venerarle realmente.

Biblioteca Nacional de España

Gordiano añadió magníficos adornos al palacio de sus padres, que existe todavía hoy, así como también á su casa de campo, situada en la vía Prenestina, y en la que se ve un tetrastylo (1) de doscientas columnas, siendo cincuenta de ellas de mármol de Carysto, cincuenta de mármol llamado claudiano (2), cincuenta de mármol de Synna y cincuenta de mármol de Numidia, todas de igual altura. Admíranse también allí tres basílicas de cien pies de longitud, con trabajos dignos de aquella construcción. Vense también termas tan hermosas que, exceptuando las de Roma, no las hay comparables en el mundo entero. El Senado dió en favor de los Gordianos un decreto que les dispensaba, como no fuese por propia voluntad, á ellos y sus descendientes de tutelas, legaciones y cargas públicas. No existen en Roma otros monumentos de los Gordianos que algunos Nimfeos (3) y baños, pero baños que servían para él, habiendo sido adornados para su uso particular. Tenía proyecto de construir en el Campo de Marte, al pie de la colina, un pórtico de mil pies y elevar al lado opuesto otro de igual longitud, dejando entre los dos monumentos un espacio de quinientos pies. Además había proyectado con Misitheo construir detrás de la basílica termas de verano que hubieran llevado su nombre, y cerca de la entrada de los pórticos baños de invierno para aumentar la utilidad de aquellos pórticos y jardines. Todo este terreno se encuentra ocupado hoy por propiedades, edificios y jardines particulares.

Bajo el emperador Gordiano se vieron en Roma treinta y dos elefantes, de los que él mismo había enviado doce y Alejandro diez; diez alces, diez tigres, sesenta leones domesticados, treinta leopardos, domesticados también; diez belbas ó hienas, mil parejas de gladiadores, á ex-

(1) Templo de cuatro columnas de frente.

(2) Dábase á los diferentes mármoles extranjeros el nombre de los que los habían usado especialmente. Así se decía mármol de Lúculo, mármol de Claudio, etc.

(3) Créese que eran templos dedicados á las ninfas, cerca de los cuales había baños.

Biblioteca Nacional de España

pensas del fisco; un hipopótamo y un rinoceronte, diez leones feroces, diez girafas, veinte onagros (1), cuarenta caballos salvajes y otros animales en gran cantidad y de diferentes especies. Filipo los dió todos en espectáculo ó los hizo matar en los juegos seculares. Gordiano conservaba aquellos animales, tanto salvajes como domesticados, para su triunfo sobre los Persas. Pero la expectación popular quedó defraudada, porque Filipo los regaló para los juegos seculares, para los espectáculos y para los juegos del Circo que se dieron en el año milésimo de la fundación de Roma, bajo su consulado y el de su hijo. Lo ocurrido después de la muerte de César se vió también, según dice Cordo, después de la de Gordiano; todos los que atentaron á su vida (y según dicen, eran nueve) se mataron con las mismas espadas que le hirieron.

Tal fué la vida de los tres Gordianos, habiendo recibido los tres el título de Augustos. Los dos primeros sucumbieron en Africa, y el tercero en las fronteras de la Persia. Los soldados le levantaron una tumba cerca del fuerte de Circeya, en el mismo paraje donde pereció, con esta inscripción en caracteres griegos, latinos, pérsicos, judaicos y egipcios, para que todos pudieran leerla: «Al divino Gordiano, vencedor de los Persas, vencedor de los Godos, vencedor de los Sármatas, vencedor de las sediciones romanas, vencedor de los Germanos, pero no vencedor de los Filipos.» Parece que añadieron estas últimas palabras porque, vencido en los campos de Filipos por los Alanos, que cayeron repentinamente sobre él, se retiró ante ellos; pero también podía entenderse que le habían asesinado los Filipos. Licinio, que quería pasar por descendiente de los Filipos, hizo destruir esta inscripción, según se dice, cuando llegó al Imperio. He descendido á estos detalles, ¡oh máximo Constantino!, para que no ignores lo que merece saberse.

---

(1) Asno salvaje.

Biblioteca Nacional de España

MÁXIMO Y BALBINO.

SUMARIO.

Reúnese el Senado después de la muerte de los Gordianos bajo el imperio del terror, causado por la aproximación de Maximino.—Máximo pide que se elijan dos emperadores.—Sabino propone que se elija á Máximo y Balbino.—El Senado aprueba la elección.—El pueblo pide que se nombre César al joven Gordiano.—Los nuevos Emperadores hacen colocar en el rango de los dioses á los dos Gordianos.—Sabino es nombrado prefecto de Roma.—Origen de Máximo y relato de su vida.—Origen y vida de Balbino.—Reciben estos príncipes todos los atributos del poder imperial.—Dan juegos y combates de gladiadores.—Máximo parte con un ejército contra Maximino.—Disensiones en Roma entre el pueblo y los pretorianos.—Cálmalas Balbino presentando al joven Gordiano.—El Senado provee á la defensa del Imperio.—Nuevas disensiones entre el pueblo y los soldados y desórdenes en Roma.—Maximino vencido y muerto en Aquilea.—Lealtad de los habitantes de esta ciudad.—Maximino ordena una hecatombe.—Envidia de Balbino por los honores que se conceden á Máximo.—Regreso de Máximo á Roma.—Descontento de los soldados.—Un senatusconsulto aumenta el descontento.—Los dos Emperadores gobiernan á satisfacción de todos y hacen grandes aprestos de guerra.—Los soldados acechan la ocasión de matarlos.—Dan el título de Augusto al César Gordiano.—Elogio de Maximino y de Balbino.—Algunos historiadores dan el nombre de Pupiano al colega de Balbino y otros el de Máximo.—Principales acontecimientos del reinado de estos príncipes.—Carta del cónsul Juliano á los nuevos Emperadores.—Máximo y Pupiano eran el mismo emperador.

Muertos en Africa Gordiano y su hijo, y mientras avanzaba furioso sobre Roma Maximino, para castigarla

Biblioteca Nacional de España

por haber dado á aquellos príncipes el título de Augustos, se reunieron temblando los Senadores en el templo de la Concordia el VII de las kalendas de Junio, durante los juegos Apolinarios, para buscar remedio contra la venganza de aquel implacaple enemigo. Inmediatamente entraron los consulares Máximo y Balbino, varones eminentes, al primero de los cuales dan el nombre de Pupiano la mayor parte de los historiadores, en vez del de Máximo, mientras que Dexippo y Arriano dicen que Máximo y Balbino, célebres los dos, el uno por su bondad, el otro por su valor y austeridad de costumbres, fueron elegidos contra Maximino. En sus rostros podía verse el terror que les causaba la proximidad de Maximino; y como el cónsul hablaba al Senado de otros asuntos, el senador que había de votar primero, habló de esta manera: «Estamos ocupándonos de bagatelas y puerilidades en medio de la situación más crítica. No es momento este para tratar de la reparación de templos, adornos de basílicas, termas de Tito y construcción de un anfiteatro, cuando Maximino avanza, Maximino, á quien vosotros y yo hemos declarado enemigo de la patria; cuando han perecido los dos Gordianos, en quienes cifrábamos nuestra seguridad; cuando no nos queda hoy ningún recurso que nos permita esperar. Pensad en esto, padres conscriptos, y nombrad emperadores. Y apresuraos, no sea que, entregándose cada uno al temor, sucumbáis como cobardes y no como hombres valerosos.»

General silencio siguió á estas palabras, hasta que Máximo, el senador más antiguo y más distinguido por su mérito, valor é integridad, habló demostrando la necesidad de crear emperadores. Entonces Veccio Sabino, de la familia de los Ulpios, habiendo pedido al cónsul permiso para hablar, dijo así: «Convencido estoy, padres conscriptos, de que la firmeza es indispensable en los momentos de crisis, y que no es tan necesario buscar como adoptar una resolución. Cuando el mal apremia son inútiles muchas palabras y muchos pareceres. Que cada cual piense en su vida, en su esposa, en sus hijos,

Biblioteca Nacional de España

en los bienes que recibió de sus padres. Esto es lo que amenaza quitarnos el irritado é implacable Maximino, que será tanto más cruel, cuanto que ahora cree tener justo motivo para dar rienda suelta á sus furores. Avanza con fuerzas considerables; por todas partes establece puestos militares; se acerca á Roma; y vosotros, tranquilamente sentados en este recinto, perdéis el tiempo en deliberar. No hay necesidad de largos discursos. Debe elegirse emperador, ó mejor diré, dos emperadores; uno que vele por los asuntos interiores y otro por los de la guerra; uno que permanezca en Roma y otro que salga con un ejército al encuentro de los bandidos. Yo nombraré esos príncipes; confirmad mi elección si la aprobáis, y si no haced otra mejor. Me declaro, pues, por Máximo y Balbino. El primero ha adquirido en el ejercicio de las armas reputación de valor que ha ilustrado su nombre; el segundo se recomienda por la nobleza de su origen, por la dulzura de su carácter y por la pureza ejemplar de su vida, que, desde la infancia, ha consagrado al estudio; y en fin, por cualidades que le harán muy útil á la República. Tal es mi opinión, que tal vez me expone á mayores peligros que á vosotros, pero que no os salvarán, si no elegis los jefes que acabo de proponer á otros.» Apenas terminó de hablar, exclamaron unánimemente los senadores: «La elección es equitativa y justa; todos participamos de la opinión de Sabino. Augustos Máximo y Balbino, que los dioses os protejan. Los dioses son quienes os hacen emperadores; que los dioses os conserven. Vengad al Senado de los bandidos que le amenazan. Os encargamos la guerra contra esos bandidos. Que Maximino, el enemigo de la patria, perezca con su hijo: perseguid sin descanso á ese enemigo público. Sois felices por juicio del Senado: la República será feliz bajo vuestro mando. Desempeñad valerosamente la tarea que el Senado os impone; aceptad con regocijo lo que el Senado os encarga.»

Con estas aclamaciones y otras parecidas elevaron al trono á Máximo y Balbino, quienes desde el Senado

Biblioteca Nacional de España

marcharon al Capitolio para sacrificar allí. Pero durante esta ceremonia, el pueblo disputó el trono á Máximo, cuya conocida severidad asustaba á los hombres corrompidos. En consecuencia de esto pidióse que Gordiano, muy joven todavía, fuese nombrado emperador, siéndolo inmediatamente. Los nuevos Emperadores, aunque rodeados de soldados armados, no se atrevieron á regresar al palacio antes de nombrar César al nieto de Gordiano. En seguida se convocó al pueblo en los Rostros; y allí dieron cuenta Máximo y Balbino del decreto del Senado y de su elección; pero el pueblo y los soldados, que casualmente se habían reunido allí, exclamaron: «Todos pedimos que se nombre César á Gordiano.» Según algunos escritores, aquel niño había nacido de la hija de Gordiano, y según otros, del hijo que pereció en Africa. La mayor parte de ellos le atribuyen catorce años. Buscáronle en seguida; y después de otro senatusconsulto, porque ya se habría dado uno aquel día, le presentaron en el Senado y le nombraron César.

La primera orden que dieron los nuevos príncipes fué que se colocase á los dos Gordianos en el rango de los dioses. Verdad es que dicen algunos escritores, que solamente Gordiano el viejo obtuvo esta distinción; pero recuerdo haber leído, en la detallada historia de Junio Cordo, que los dos fueron divinizados. En efecto, habiéndose estrangulado el viejo Gordiano, su hijo, que pereció en un campo de batalla, era más digno todavía, por este mismo hecho, de aquel honor. Después de estas deliberaciones, concedióse la prefectura de Roma á Sabino, varón grave y que convenía al carácter de Máximo. Pinario Valesos fué nombrado prefecto del Pretorio. Pero antes de hablar de lo que hicieron los nuevos Emperadores, diré algo de sus cualidades y origen, aunque sin imitar á Junio Cordo, que desciende á minuciosidades; sino á la manera de Suetonio Tranquilo y de Valerio Marcelo; por más que Arrio Fortunaciano, que escribió toda esta historia, la sobrecargase también de detalles. En cuanto á Cordo, llevó su afan hasta recoger suciedades.

Biblioteca Nacional de España

El padre de Máximo fué hombre del pueblo, herrero, según algunos escritores, constructor de carruajes, según otros. Su madre se llamaba Prima. Tuvo cuatro hermanos y cuatro hermanas, muriendo todos en la edad de la pubertad. Dícese que el día de su nacimiento un águila depositó considerable cantidad de carne de buey en un patinillo; que aquella carne permaneció algún tiempo allí sin que nadie la tocase por respeto religioso, y que el águila la arrebató al fin para llevarla á un santuario próximo, dedicado á Júpiter Custodio. Al pronto nadie consideró presagio aquella circunstancia; pero habiéndose conferido más adelante el Imperio á Máximo, quedó demostrado que aquel acontecimiento no fué casual. Todo el tiempo de su infancia lo pasó en casa de su tío paterno Pinario, que fué prefecto del Pretorio desde su advenimiento. Dedicó poco tiempo al estudio de la gramática y de la retórica, entregándose por completo á la dura profesión de las armas. Fué creado tribuno militar y obtuvo el mando de muchas legiones; después de esto ejerció la pretura, á expensas de Pescenia Marcelina, que le había adoptado por hijo y le ayudó con su caudal. En seguida obtuvo el proconsulado de la Bithinia, después el de Grecia, y en tercer lugar el de Narbona. Con el título de lugarteniente batió á los Sarmatas en la Iliria. Desde allí fué enviado á las orillas del Rhin, donde consiguió notables ventajas sobre los Germanos. Después de estas hazañas militares desempeñó las funciones de prefecto de Roma, haciéndose notable por su prudencia, vigilancia y sagacidad. Por estos servicios, según opinión unánime, nadie era más digno de ocupar el trono, y los senadores se apresuraron á elevarle á él, aunque debía excluirle su calidad de hombre nuevo.

Para los que gustan de estos detalles, diré que comía mucho, bebía muy poco, se entregaba rara vez á los placeres del amor, y era tan austero en público y en particular, que le habían dado el epíteto de Triste. Su gravedad infundía respeto; su estatura era elevada y

Biblioteca Nacional de España

excelente su complexión. Sus modales revelaban tedio, pero amaba la justicia. Jamás se le vió, hasta la resolución de un asunto, olvidar los deberes de humanidad y clemencia. Siempre concedía gracia cuando se la pedían, y su cólera quedaba justificada en toda ocasión por grave motivo. Nunca se comprometió en ningún partido; firme en sus opiniones, confiaba menos en la ajenas que en las propias. Este carácter hizo que le amase el Senado y le temiese el pueblo, que, recordando que su prefectura fué una censura, esperaba verle desplegar mayor severidad todavía en el trono.

Balbino, cuyo origen era muy noble, había ejercido dos veces el consulado y gobernado muchas provincias, rigiendo como administrador civil el Asia, el Africa, la Bithinia, la Galacia, el Ponto, la Tracia y las Galias. También había mandado algunas veces ejércitos, pero brillaba menos en la guerra que en los asuntos civiles. Sin embargo, su bondad, prudencia y moderación le habían conquistado todos los corazones. De familia muy antigua, descendia (como decia él mismo) del historiador Balbo Cornelio Theofanes, á quien Cn. Pompeyo hizo dar el derecho de ciudadanía romana, por ser el varón más ilustre de su patria (1). También tenía Balbino elevada estatura y noble aspecto. Era excesivamente aficionado á los placeres y sus inmensas riquezas habían servido para acentuar más su inclinación, porque, rico ya con los bienes recibidos de sus padres, había recogido además considerable número de herencias. Era muy elocuente y pasaba por el primer poeta de su tiempo. Gustaba apasionadamente del vino, la buena mesa y las mujeres, y era muy cuidadoso en el vestir. Gozaba de cuanto era necesario para hacerse amar del pueblo y también mereció el afecto del Senado. Esto es cuanto sabemos de la vida de uno y otro. En fin, á ejemplo de Salustio, que hizo el paralelo de Catón y César, algunos

(1) Theofanes era de Mytilena y vivió hasta el reinado de Tiberio.

Biblioteca Nacional de España

escritores comparan también á Máximo y Balbino: uno severo, otro clemente; éste fácil de conmover, aquél enérgicamente firme: el primero, económico; el segundo, pródigo de sus riquezas.

Tales eran sus costumbres y su origen. Habiéndoles concedido todos los honores y distinciones del poder imperial, como el poder tribunicio, la autoridad proconsular, el pontificado máximo y el título de padres de la patria, empuñaron las riendas del gobierno. En seguida ofrecieron á los dioses los sacrificios ordinarios; diéronse representaciones teatrales, juegos en el Circo y combates de gladiadores. Máximo, después de la acostumbrada ceremonia de los votos en el Capitolio, partió con formidable ejército contra Maximino, permaneciendo en Roma los pretorianos. Debemos decir aquí, en pocas palabras, por qué los generales que partían para una expedición acostumbraban dar combates de gladiadores y el espectáculo de grandes cacerías. Según algunos escritores, los antiguos imaginaron este uso para lanzar sobre el enemigo la cólera de los dioses, convencidos de que la sangre de los ciudadanos derramada como la de las víctimas, en aquellas luchas imitadas de la guerra, bastaría para saciar á Nemesis, es decir, la fortuna de las batallas. Otros han dicho (y me parece esto más verosímil) que se creyó necesario mostrar á los Romanos, antes de llevarlos á la guerra, combates y heridas, resplandecientes espadas y hombres combatiendo desnudos, para que no temiesen en el campo de batalla á un enemigo armado, y no se horrorizasen de la sangre y las heridas.

Después de la marcha de Máximo surgieron entre el pueblo y los pretorianos que habían quedado en Roma, violentas discusiones que terminaron en guerra intestina, y que extremaron tanto, que fué incendiada la mayor parte de la ciudad, profanados los templos y todas las calles regadas con sangre. Débil anciano Balbino, no pudo conseguir calmar los ánimos, aunque se presentaba á la multitud y procuraba poner término á la animosidad de los dos partidos. Poco faltó para que le

Biblioteca Nacional de España

hiriesen de una pedrada; asegúrase que recibió palos, y que no hubiese podido restablecer el orden si no hubiera mostrado al pueblo, sobre los hombros de un hombre extremadamente alto, al joven Gordiano revestido con la púrpura. La vista de aquel niño, á quien todos querían, calmó las disensiones del pueblo y los soldados, y bastó para restablecer la concordia. En efecto, á ningún príncipe se amó tanto como á él en edad tan tierna, debiéndolo al recuerdo de su abuelo y de su tío, llamado por algunos padre suyo, porque éstos habían perecido en Africa defendiendo contra Maximino la causa de la República. ¡Tanto imperio tiene sobre los Romanos el recuerdo de las grandes acciones!

En cuanto salió de Roma Máximo, el Senado envió á todos los puntos del Imperio ciudadanos que habían sido cónsules, pretores, cuestores, ediles ó tribunos. Estos ciudadanos llevaban encargo de abastecer á cada ciudad de trigo, armas, medios de defensa y murallas, con objeto de cansar la audacia de Maximino y detenerle á cada paso. Dióse orden también de reunir dentro de las ciudades todo lo que se hallaba en los campos, para que el enemigo de la patria no pudiese encontrar nada en su marcha. Escribióse además á todas las provincias, envióse á ellas comisarios para los víveres y se mandó fuese tratado como enemigo á todo aquel que favoreciese á Maximino. Pero entretanto, surgieron en Roma nuevas disensiones entre el pueblo y los soldados. Balbino publicó edictos de los que no hicieron caso: los pretorianos se retiraron á su campamento donde se les reunieron los veteranos: sitióles allí el pueblo, y nunca hubieran consentido la paz si el pueblo no hubiese cortado los acueductos que les surtían. Pero como en Roma se ignoraba que estas disensiones se habían calmado al fin, los habitantes, cuando entraron los soldados en ella, les arrojaron desde los techos de las casas, tejas y todas las vasijas que encontraron á mano, lo cual produjo la destrucción de gran parte de la ciudad y la pérdida de muchísimos objetos preciosos, porque se mezclaron con los

Biblioteca Nacional de España

soldados ladrones para saquear los parajes donde sabían que había riquezas.

Mientras ocurrían en Roma estas cosas, Máximo ó Pupiano hacía en Rávena considerables aprestos de guerra. Temía por modo extraordinario á Maximino y con frecuencia decía que no tenía que combatir á un hombre sino á un cíclope. Pero Maximino quedó completamente derrotado en Aquilea, donde le mataron los suyos. Su cabeza y la de su hijo las enviaron á Rávena y desde allí las remitió Máximo á Roma: no debiéndose omitir aquí la prueba de adhesión que dieron entonces á los Romanos los habitantes de Aquilea, que cortaron el cabello á sus mujeres para hacer cuerdas de arco. Balbino, que temía una derrota, experimentó tanta alegría al recibir la cabeza de Maximino, que en seguida ordenó una hecatombe. Entiéndese por hecatombe una ceremonia que consiste en sacrificar sobre cien altares de musgo, elevados en el mismo paraje, cien puercos ó cien corderos. Si ofrece el sacrificio un emperador, se inmolan cien leones, cien águilas ó animales de esta clase, siempre por centenas. Dícese que los antiguos Griegos imaginaron este género de sacrificio en época en que les afligía una peste y consta que muchos emperadores les imitaron.

Terminada de esta manera la guerra, Balbino esperaba con suma impaciencia la llegada de Máximo, que regresaba de Rávena con el ejército completo y toda su comitiva. En efecto, á Maximino le habían vencido los habitantes de Aquilea y corto número de soldados que se encontraban allí bajo las órdenes de los consulares Crispino y Monofilo, enviados por el Senado. Máximo había avanzado hasta Aquilea con objeto de cubrir toda la comarca hasta los Alpes y contener á aquellos bárbaros que habían favorecido á Maximino. En vista de esto, enviaron á Máximo veinte senadores, cuyos nombres ha conservado Cordo, de los que cuatro habían sido cónsules, ocho pretores y otros ocho cuestores. Estos legados le llevaban coronas y un senatusconsulto que le

Biblioteca Nacional de España

concedía estatuas ecuestres doradas. Balbino se mostró algo envidioso de estos honores, diciendo que Máximo, tranquilo en Rávena, había hecho menos por la paz que él que había puesto término á tantas luchas intestinas. Pero el solo mérito de haber marchado contra Maximino valió á Máximo todos los honores de la victoria que habían conseguido sin él. Máximo, después de haber unido el ejército de Maximino al suyo, regresó á Roma con grande aparato y numeroso cortejo. Sin embargo, los soldados lamentaban haber perdido los jefes que se habían elegido y verse sometidos á los que había nombrado el Senado. En sus rostros aparecía su disgusto, manifestándolo también en sus conversaciones, á pesar de que Máximo había dicho frecuentemente á sus tropas que debía olvidarse el pasado; aunque les había hecho generosos regalos y había enviado á los auxiliares á los puntos que ellos mismos habían elegido. «Pero una vez excitado el descontento de los soldados, no puede ser contenido», y cuando oyeron las aclamaciones del Senado, en las que les atacaban, se enfurecieron más contra Máximo y Balbino, y diariamente pensaron en elegir emperadores.

El siguiente senatusconsulto puso colmo á los resentimientos. Habiendo salido al encuentro de Máximo que entraba en Roma, Balbino, el Senado y el pueblo romano, la multitud lanzó exclamaciones injuriosas para los soldados. En seguida marcharon al Senado, donde, después de los acostumbrados votos, exclamaron: «Así obran los príncipes elegidos por hombres prudentes; así perecen los príncipes elegidos por gentes sin experiencia», siendo cosa sabida que los soldados habían elegido á Maximino y los Senadores á Máximo y Balbino. Al escuchar estas palabras, los soldados sintieron odio profundo contra el Senado, que parecía haber querido triunfar de ellos. Máximo y Balbino gobernaban la República con moderación suma; daban con prudencia leyes excelentes; administraban rectamente justicia y tomaban excelentes disposiciones con relación á la

Biblioteca Nacional de España

guerra. Estaban ya acordadas todas las medidas para que Máximo marchase contra los Parthos y Balbino contra los Germanos, debiendo permanecer en Roma el joven Gordiano; pero el odio de los soldados, que buscaban ocasión para matar á los dos Emperadores, aumentaba diariamente por efecto de la dificultad misma que encontraban, porque los Germanos daban guardia á Máximo y Balbino.

Existía cierta desavenencia entre los dos príncipes, pero secreta, siendo más fácil de adivinar que de ver. Balbino despreciaba el bajo nacimiento de su colega, y éste no veía en Balbino más que un hombre débil. Esta fué la ocasión para los soldados, que comprendieron les sería fácil deshacerse de dos emperadores desavenidos; y al fin aprovecharon el momento en que los juegos escénicos habian atraído fuera del palacio á muchos soldados y cortesanos, encontrándose los Emperadores solos con los Germanos, y los atacaron de improviso. Acudieron apresuradamente á dar cuenta del tumulto á Máximo, diciéndole que con dificultad escaparía del peligro si no llamaba en su auxilio la guardia de los Germanos, que casualmente se encontraba con Balbino en otro punto del palacio. Máximo envió á pedir socorros á su colega, pero éste, que sospechaba en él aspiraciones á la tiranía, se los negó, temiendo que aprovechase aquellas fuerzas en contra suya. Esto dió ocasión á que se recriminasen públicamente, y en medio del altercado, llegaron los soldados, les despojaron á los dos de las insignias imperiales y los arrastraron fuera de palacio, prodigándoles ultrajes, y después de herirles con golpes, quisieron llevarles al campamento por medio de la ciudad. Pero enterados de que los guardias Germanos acudían en socorro de los príncipes, concluyeron por matarles, abandonándoles en medio del camino; pero arrebatando al César Gordiano, al que dieron el título de Emperador, es decir, de Augusto, porque no había allí nadie á quien pudiesen ofrecerlo, y en seguida entraron en el campamento, insultando al Senado y al pueblo. Viendo los

Biblioteca Nacional de España

Germanos muertos á sus Emperadores, y considerando inútil la lucha, marcharon á reunirse con sus compañeros fuera de Roma.

Así perecieron estos dos Emperadores, á quienes su conducta y virtud hacía dignos de otro fin, porque nadie en verdad era tan valiente como Máximo ó Pupiano, ni tan humanitario como Balbino. Demostrado está ciertamente que cuando pudo el Senado usar de su derecho, jamás hizo malas elecciones. Habíase probado, además, su mérito en las funciones públicas y en las dignidades más elevadas del Estado, habiendo sido uno de ellos cónsul dos veces y prefecto de Roma, y el otro cónsul una vez y prefecto. Obtuvieron el Imperio en edad madura, queridos por el Senado y hasta por el pueblo, que comenzaba á temer á Maximino. Estos son los hechos que hemos tomado, en gran parte, del historiador griego Herodiano con relación á Máximo; aunque muchos historiadores omiten el nombre de este príncipe, diciendo que no él, sino el emperador Pupiano, fué quien venció á Maximino en Aquilea, añadiendo que le mató Balbino. Tal es la ignorancia ó pretensión de los historiadores, cuya mayor parte se contradicen, que muchos de ellos hacen de Máximo y Pupiano un solo personaje, mientras que Herodiano, escritor de aquellos tiempos, habla de Máximo y no de Pupiano, y que Dexippo, historiador griego, dice que se eligió emperadores á Máximo y Balbino, en odio á Maximino, después de los dos Gordianos, y que Máximo, y no Pupiano, fué quien venció á Maximino. Unase á esto el error de algunos escritores que dicen que el joven Gordiano fué prefecto del Pretorio, ignorando que los soldados le pusieron frecuentemente sobre sus hombros para mostrarlo al pueblo. Máximo y Balbino reinaron un año; Maximino y su hijo tres, según unos, dos solamente según otros. No omitiremos que cuando el Senado concedió el Imperio á Máximo y Balbino, si ha de creerse á Herodiano, el primero dijo á su colega: «¿Qué recompensa obtendremos, Balbino, cuando hayamos exter-

Biblioteca Nacional de España

minado esa sanguinaria fiera?—El cariño del Senado, del pueblo romano y del mundo entero— contestó Balbino.—Máximo replicó: «Mucho temo que sea el odio de los soldados y la muerte.»

Todavía se enseña en Roma, en el barrio de las Carenas (1), la hermosa y magnífica casa de Balbino, que ocupa su familia. Máximo, á quien la mayor parte de los historiadores llaman Pupiano, era de baja estofa, pero estaba dotado de eminentes cualidades. Bajo el reinado de estos emperadores los Carpos atacaron á los habitantes de la Mesia, comenzó la guerra de los Scitas y quedó arruinada la ciudad de Histrica, según refiere Dexippo, que elogia mucho á Balbino, refiriendo que este príncipe avanzó valerosamente al encuentro de los soldados y que recibió la muerte sin temor; añadiendo que poseía extensos conocimientos. Pretende también que Maximino no era como le representan muchos escritores griegos: dice que el odio de los habitantes de Aquilea contra aquel Emperador les llevó hasta dar el cabello de las mujeres para hacer cuerdas de arco. Dexippo y Herodiano, que escribieron la historia de estos príncipes, refieren que el Senado eligió emperadores á Máximo y Balbino, en odio á Maximino, después de la muerte de los dos Gordianos en Africa; y que el tercer Gordiano, que era niño todavía, fué llamado al trono con ellos. Pero no encuentro en la mayor parte de los escritores latinos el nombre de Máximo, diciendo éstos que reinó Pupiano con Balbino, y hasta hacen combatir á Pupiano con Maximino, cerca de Aquilea, mientras que los autores mencionados antes, ni siquiera dicen que Máximo llegase á las manos con Maximino. Por el contrario, según ellos, Máximo se detuvo en Rávena, donde recibió la noticia de la victoria conseguida sobre Maximino, lo que me hace creer que Pupiano es el mismo Máximo.

(1) Dábanle este nombre porque el techo de las casas se parecía á la quilla de las naves.

Biblioteca Nacional de España

Por esta razón citaré la carta de felicitación que escribió el cónsul de aquel año, relativamente á Pupiano y Balbino, en la que manifiesta su regocijo por ellos, que con sus esfuerzos habían libertado á la República de los abominables tiranos que la oprimían. «Claudio Juliano á los emperadores Pupiano y Balbino: en cuanto supe que con el auxilio de Júpiter Optimo Máximo y de los dioses inmortales, habíais sido elegidos por el consentimiento unánime del Senado y del mundo entero, para defender la República de los atentados del odioso tirano que la desolaba, y para colocarla otra vez bajo el imperio de sus antiguas leyes, en el acto, sin esperar siquiera vuestras cartas, y atendiendo solamente al senatusconsulto que me transmitió mi colega Celso Eliano, felicité á Roma por aquella elección que constituía su seguridad; felicité al Senado, al que habéis devuelto su antiguo esplendor, en recompensa de la confianza que os ha mostrado; felicité á la Italia, preservada por vosotros de los estragos de nuestros enemigos; felicité á las provincias, arruinadas por la insaciable avidez de los tiranos, y á las que vuestro reinado ofrece días felices; en fin, felicité á vuestras legiones y á las tropas auxiliares que veneran actualmente vuestras imágenes en toda la extensión del Imperio, y que en adelante, libres de la vergüenza en que habían caído, han encontrado bajo vuestro reinado brillo digno del Imperio romano. No hay palabras bastante poderosas, ni oración bastante elocuente, ni talento tan fecundo que pueda dar idea justa de la felicidad pública. El comienzo de vuestro reinado nos ha hecho ver ya cuáles serán la extensión y naturaleza de nuestra dicha. Habéis puesto en vigor las leyes romanas y la equidad, que estaban destruídas; habéis restablecido los sentimientos humanitarios que aquél no conocía; nos habéis devuelto la existencia, las buenas costumbres, la esperanza de las sucesiones y las herencias. Si es difícil enumerar tantos beneficios, más lo es hablar dignamente de ellos. ¿Y cómo hemos de mostraros nuestro agradecimiento por la vida que os debemos, y

Biblioteca Nacional de España

que ese odioso ánimo que no ocultaba su ira contra nuestro orden, quería arrancarnos por mano de sus verdugos, diseminados por todas las provincias? ¿Cómo he de conseguir trazar el cuadro de la felicidad pública cuando ni siquiera puedo expresar el regocijo especial que experimento al ver elevados al trono del mundo dos Augustos, cuyas virtudes he venerado siempre, cuya aprobación he buscado, cuya estimación he ambicionado cual si hubiesen sido mis especiales censores? A pesar del aprecio en que tenía la amistad de los emperadores precedentes, la vuestra, siendo más difícil de merecer, me honra mucho más. Los dioses, que tal ventura han concedido á Roma, consentirán que goce largo tiempo de ella. Porque, al pensar en vosotros, no podría pedir á los dioses otra cosa que la que, según dicen, les pidió el vencedor de Cartago, cuando les rogó mantuviesen la República en el estado en que la veía, siendo esto lo más afortunado que podía esperar. Ruégoles, pues, que conserven la República en el próspero estado que habéis conseguido devolverle.»

Esta carta demuestra que Pupiano es el mismo á quien muchos escritores dan el nombre de Máximo, que era el de su padre. Verdad es que en los escritores griegos de aquel tiempo no se encuentra el nombre de Pupiano, ni en los historiadores latinos el de Máximo, y en tanto se atribuye á Pupiano, en tanto á Máximo lo que se hizo contra Maximino. Pero en este punto podemos referirnos á Fortunaciano; que dice que este emperador se llamaba Pupiano de nombre y Máximo del apelativo de su padre; explicación que debe desvanecer la confusión de los lectores.

En este punto de la Historia Augusta existe una laguna que comprende los reinados de los sucesores de Máximo y Balbino ó de Gordiano Tercero hasta Valeriano; laguna que puede llenarse con los siguientes relatos de Zósimo y Zonaro.

Biblioteca Nacional de España

El artificio de Filipo (1) le dió el resultado que apetecía; porque habiéndose sublevado los soldados, so pretexto de que Gordiano quería hacerles perecer de hambre, le rodearon, le mataron sin respetar su dignidad, y revistieron á Filipo el manto imperial, según estaba convenido. En seguida ajustó la paz con Sapor, ganó á los soldados con regalos, marchó sobre Roma y envió delante personas que publicasen había muerto Gordiano de enfermedad. Cuando llegó él, aduló á los principales del Senado con palabras lisonjeras, dió las primeras dignidades á sus parientes é hizo á su hermano Prisco general de los ejércitos de Siria y á su yerno Severiano geral de los de la Mesia y Macedonia.

Creyendo que con esto había consolidado fuertemente los cimientos de su poder, tomó las armas contra los Carpos, que causaban estragos en los alrededores del Danubio; y habiendo venido á las manos con ellos, y habiéndoles obligado ó retirarse á un fuerte, les sitió en él; pero viendo que los partidarios de aquéllos, dispersos por uno y otro lado, habían conseguido reunirse, recobrando el valor los sitiados, hicieron una salida y cayeron sobre el ejército romano; pero habiéndoles rechazado los Moros, pidieron la paz, que Filipo les concedió fácilmente. Por aquel mismo tiempo ocurrieron grandes desórdenes, porque los pueblos de Oriente, no pudiendo soportar las vejaciones de Prisco, que los mandaba, se sublevaron y eligieron á Papiano emperador. Los Mesianos y los Panonios dieron por su parte el mando á Marino.

Asustado Filipo por aquellas turbulencias, rogó al Senado le diese fuerzas para dominarlas ó que le depusiese, si le desagradaba su gobierno Como nadie le contestaba, Decio, que se distinguía de los demás por su nacimiento, dignidad y mérito, tomó la palabra para decirle que no debía extrañar tanto aquellas revueltas que, contando con débil apoyo, por sí mismas se disiparían.

---

(1) El de extraviar los convoyes de víveres.

Biblioteca Nacional de España

Lo que había predicho Decio, por su experiencia en los negocios, sucedió, siendo muertos con facilidad suma Papiano y Marino. Pero su muerte no calmó las inquietudes de Filipo, y no dejó de temer constantemente los efectos del odio que sabía profesaban los soldados á los gobernadores que había nombrado para aquellos países. Por esta razón suplicó á Decio que aceptase el mando de las tropas de la Mesia y de la Pannonia; y como rehusaba diciendo que aquello no convenía ni al Emperador ni á él, le convenció á la manera de Tesalia, según el proverbio, enviándole allá en contra de su deseo. Apenas hubo llegado cuando las tropas, viendo que desplegaba severidad contra los que habían faltado á sus deberes, creyeron que lo más conveniente era evitar castigos, eligiendo un emperador que, teniendo todas las cualidades necesarias para gobernar bien en paz y en guerra, se deshiciese fácilmente de Filipo. Habiendo, pues, aquellas tropas revestido á Decio con el manto imperial, le obligaron á aceptar el Imperio, no obstante su temor al peligro que corría al aceptarle. Enterado Filipo de la proclamación de Decio, reunió sus fuerzas para marchar á combatirle; y aunque el ejército de Decio era inferior en número, no dejó de fundar la esperanza de la victoria en la elevada idea que tenía de la habilidad y vigilancia de su jefe. De los dos ejércitos, pues, el uno tenía la ventaja del número, y el otro la de la destreza y ciencia militar, y habiendo llegado á las manos, Filipo fué muerto con muchos de los suyos, y con su hijo, á quien había nombrado César: de esta manera quedó Decio único poseedor de la autoridad soberana.

Como la negligencia de Filipo había introducido confusión en los negocios, los Scitas aprovecharon el momento para cruzar el Tanais y talar la Tracia. Habiéndoles vencido Decio en todos los encuentros, y arrancado de las manos el botín que habían recogido, trató de cerrarles el paso por donde podían retirarse á sus casas, y exterminarlos de tal modo, que jamás pudiesen realizar nuevas incursiones en tierras del Imperio. Habiendo,

Biblioteca Nacional de España

pues, colocado á Galo en las orillas del Tanais con fuerzas suficientes para cerrarles el paso, marchó con las restantes al enemigo; pero cuando estaba á punto de triunfar en sus empresas, Galo le hizo traición y envió quien propusiera á los bárbaros tenderle un lazo. Aceptando los bárbaros la proposición, permaneció Galo en las orillas del Tanais, y aquéllos se dividieron en tres grupos, colocando el primero en un punto en cuya parte opuesta había una laguna. Habiendo matado Decio considerable número de aquel primer cuerpo, acudió al segundo para sostenerlo; pero derrotado éste también, se presentó el tercero en las inmediaciones de la laguna. Galo pidió á Decio que la atravesase para combatir, pero como no conocía el terreno se hundió con los suyos en el limo, y en el acto le abrumaron con sus dardos los bárbaros, sin que él ni ninguno de los suyos pudiese escapar. De esta manera pereció después de gobernar bien el Imperio.

Habiendo usurpado Galo de esta manera el Imperio, y habiéndose asociado á su hijo Volusiano, poco faltó para que publicase que había hecho perecer á Decio y su ejército en la emboscada que le tendió, y los asuntos de los bárbaros adquirieron considerable importancia: porque, no solamente les permitió retirarse con el botín que habían arrebatado, sino que prometió pagarles cierta cantidad por año; y consintió que llevasen en cautiverio muchas personas distinguidas, que habían cargado de cadenas en la toma de Filipópolis, ciudad de Tracia.

Habiendo arreglado Galo de esta manera sus asuntos, regresó á Roma envanecido por la paz que había ajustado con los bárbaros. Al principio siempre hablaba con encomio del reinado de Decio y hasta adoptó á su hijo. Pero más adelante temió que algunos de los aficionados á novedades recordasen las virtudes de su antecesor y tratasen de elevar su hijo al trono; por lo que, sin miramiento á la adopción ni al decoro público le tendió un lazo para perderle. Como Galo administraba el Imperio con extraordinaria negligencia, los Scitas hicieron primeramente irrupción contra sus vecinos, y avanzando

Biblioteca Nacional de España

poco á poco, llegaron hasta el mar, saquearon á todos los súbditos del Imperio y se apoderaron de todas las plazas que no estaban amuralladas y de algunas fortificadas. Habiéndose desarrollado una enfermedad contagiosa en medio de aquellas correrías, arrebató todo lo que había perdonado el furor de las armas, causando los estragos más horribles que se vieron jamás.

No teniendo medio alguno los emperadores para oponerse á aquellos desórdenes, y viéndose obligados á abandonar la defensa de todo lo que se encontraba fuera de Roma, los Godos, Boranos, Burgondos y Carpos saquearon la Europa y se apoderaron de cuanto había quedado en ella. Por otro lado, los Persas asolaron el Asia, entraron en la Mesopotamia, llegaron hasta Siria y Antioquía, la tomaron, destruyeron todas las obras públicas y todas las casas de aquella capital de Oriente, degollaron parte de sus habitantes, se llevaron cautivos á los demás, y fácil les hubiese sido conquistar toda el Asia, si no se hubiesen regocijado demasiado al verse poseedores de inestimable botín, desarrollándose en ellos la pasión de conservarlo.

Los Scitas, que poseian tranquilamente lo que tenían en Europa, habiendo pasado al Asia y hecho correrías en Capadocia hasta Pessinunta y Efeso, Emiliano, general de las tropas de Pannonia, viendo que estaba abatido su valor por la prosperidad de los bárbaros, trató de reanimarlo y hacerles recordar la antigua energía romana: cayó de improviso sobre los bárbaros que se encontraban allí, mató considerable número de ellos, entró en su territorio, destrozó, favorecido por la sorpresa, cuanto encontró á su paso, y, contra toda esperanza, arrancó al furor del enemigo los súbditos del Imperio. Esta hazaña hizo que los soldados le proclamasen emperador; y reuniendo en el acto cuantos soldados tenía allí, reanimados por la victoria, marchó hacia Italia con el propósito de combatir en ella á Galo, que no estaba preparado para resistirle. Ignorando éste lo ocurrido en Oriente, había enviado á Valeriano al otro lado de los montes,

Biblioteca Nacional de España

para que trajese rápidamente las legiones que se encontraban en la Germania y en las Galias. Pasando Emiliano á Italia con extraordinaria diligencia, las tropas de Galo, reflexionando acerca de su corto número y la cobardía é incapacidad de su príncipe, le mataron, así como á su hijo, y se entregaron á Emiliano.

De regreso en Italia, Valeriano con las fuerzas que había traído del otro lado de los Alpes, tenía el propósito de dar batalla á Emiliano; pero considerándole los soldados incapaz de gobernar el Imperio, se deshicieron de él.

Elevado Valeriano por voto unánime al poder soberano, desplegó todo el cuidado posible para ordenar los asuntos del Imperio. Habiendo invadido el terreno de la república los Scitas y Marcomanos, corrió extraordinario peligro la ciudad de Tesalónica; pero habiéndose defendido valerosamente los de dentro, obligaron á los bárbaros á levantar el sitio. Entonces se encontró Grecia en terrible confusión: los Atenienses levantaron sus murallas, que no habían cuidado de reparar desde que las destruyó Sila; los habitantes del Peloponeso cerraron el istmo, y todas las provincias atendieron con exquisito cuidado á la defensa común.

La inminencia de los peligros que por todas partes amenazaban al Imperio, llevó á Valeriano á asociarse á su hijo Galieno en el poder soberano: y como no había punto en el estado que no se encontrase preso de turbulencia, partió para el Oriente con el objeto de combatir á los Persas; y dejando á su hijo todas las tropas que ocupaban el Occidente, le exhortó á que resistiera con todo su poder á los bárbaros que le atacasen. Conociendo Galieno que no había nacion tan formidable como la de los Germanos, que continuamente hacían irrupciones sobre los celtas, que habitan en las orillas del Rhin, decidió marchar personalmente para reprimir su insolencia, mandando á los otros jefes que se opusiesen á los que cometían depredaciones en Italia, Iliria y Grecia. Dedicándose, pues, á guardar el Rhin, en tanto impidió á los

Biblioteca Nacional de España

bárbaros pasarlo, en tanto les combatió, cuando no pudo impedirles que lo pasaran. Pero como disponía de corto número de tropas para oponerlas á tan espantosa multitud, no encontró otros medios para librarse de la perplejidad en que se encontraba, que ajustar tratado con el jefe de uno de aquellos pueblos, que después se opuso á las irrupciones de los otros, impidiéndoles pasar el Rhin.

Entretanto los Boranos, Godos, Carpos y Burgondos, pueblos bárbaros que habitan al norte del Danubio, recorrían continuamente la Italia y la Iliria, causando estragos. Los Boranos intentaron también atravesar el Asia, y la atravesaron en efecto, con el auxilio de los habitantes del Bósforo, que les suministraron naves, aunque antes fué por temor á sus armas que por inclinación hacia ellos. Mientras aquellos habitantes se vieron gobernados por reyes que subían al trono por derecho de sucesión, impidieron á los Scitas pasar al Asia por el afecto que profesaban á los Romanos en consideración á las ventajas del comercio que mantenían con ellos y á los regalos que recibían de la liberalidad de sus emperadores. Pero cuando quedó extinguida la raza real, y se apoderaron del gobierno hombres obscuros, el convencimiento que tenían de su debilidad, les obligó á pasar á los Scitas en sus naves: hecho lo cual regresaron á su país.

Recorriendo y talando los campos los Scitas, los habitantes del Ponto en las orillas del mar se refugiaron en las plazas fuertes del interior. Los bárbaros atacaron primeramente la ciudad de Piciunta, que tenía excelentes murallas y puerto muy cómodo. Sucessiano, que mandaba las tropas de aquel país, habiéndolas reunido, rechazó á los bárbaros, que, temiendo que las guarniciones de las otras plazas se reuniesen con la de Piciunta, al enterarse de la derrota, buscaron apresuradamente naves, y regresaron á sus hogares con pérdidas considerables. Esperaban los habitantes del Ponto Euxino que no les incomodasen más las correrías de los Scitas, desde que les rechazó el valor de Sucessiano;

Biblioteca Nacional de España

pero habiéndole llamado Valeriano para hacerle prefecto del Pretorio, y para emplearlo en el restablecimiento de Antioquía, los Scitas se presentaron otra vez auxiliados por los habitantes del Bósforo; y en vez de despedirles con sus naves, como acostumbraban antes, los retuvieron, avanzaron hacia la ciudad de Taso, donde se encuentra el templo de Diana y el palacio del rey Œtes, y no pudiendo apoderarse del templo, regresaron á la ciudad de Piciunta.

Habiéndose enseñoreado de la fortaleza sin mucho trabajo, y arrojado la guarnición, siguieron avanzando. Tenían considerable número de naves, y hacían remar á los prisioneros. El mar estuvo muy tranquilo durante todo el estío, y la navegación fué tan feliz que abordaron á Trebisonda, ciudad muy grande y populosa, en la que habían entrado poco antes diez mil soldados además de la guarnición ordinaria. Aunque no se atrevían á esperar su captura porque estaba rodeada de doble muralla, emprendieron el sitio; pero habiéndose enterado de que los soldados de la guarnición estaban de tal manera entregados al desorden, que no atendían á defenderse, llevaron, durante la noche, escalas que tenían preparadas desde mucho antes, y entraron en la ciudad. Los soldados de la guarnición, asustados por aquel inesperado ataque, huyeron por una puerta, siendo muertos muchos en la fuga. Habiéndose apoderado de esta manera los bárbaros de la ciudad, se hicieron dueños de incalculables riquezas y de increible número de prisioneros; porque todos los habitantes de las cercanías se habían refugiado allí por ser la plaza más fuerte de la comarca. En seguida demolieron los templos y las casas más suntuosas, arrebataron todo lo rico y precioso, talaron los campos y regresaron por mar á su país.

Sus vecinos los Scitas, envidiosos de las riquezas que habían reunido, equiparon naves para hacer iguales correrías, utilizando para esto considerable número de prisioneros y otras gentes á quienes la pobreza había reunido en torno suyo. No quisieron éstos seguir el

Biblioteca Nacional de España

mismo camino que habían llevado los Boranos, tanto porque era demasiado larga y penosa la navegación por aquel lado, como porque el país estaba arruinado. Habiendo esperado el invierno, marcharon con el mayor apresuramiento posible; y dejando á la derecha el Danubio, Tomis y Anquiala, llegaron al lago Fileatino, que se encuentra cerca del mar de Bizancio, por el lado de Occidente; y habiendo encontrado allí muchos pescadores, y habiéndoles asegurado de buena fe, colocaron las tropas en sus barcas para cruzar el estrecho que separa Bizancio de Calcedonia: y á pesar de que desde Calcedonia hasta el templo, que se encuentra en la embocadura del Ponto, hubiese guarnición más numerosa que los bárbaros, no dejó de diseminarse, habiendo querido parte de ella marchar al encuentro de un general que venía de parte del Emperador, dominando á la otra tan profundo terror, que emprendió cobardemente la fuga. Los bárbaros atravesaron en el acto el estrecho, tomaron á Calcedonia sin resistencia y se apoderaron de mucho dinero, armas y bagajes.

Hecho esto, marcharon hacia Nicomedia, ciudad muy célebre y feliz por sus abundantes riquezas. A pesar de que al primer rumor de su llegada, los habitantes se habían retirado con lo más precioso que tenían, no dejaron los bárbaros de admirar la prodigiosa cantidad de riquezas que habían quedado, y de tributar grandes honores á Crisógono, en gratitud á su consejo de emprender aquella expedición. Corriendo en s guida á las inmediaciones de Nicea, Cio, Apamea y Prusa, ocasionando allí iguales desórdenes, marcharon hacia Cizico; pero no habiendo podido pasar el Rendacio, considerablemente engrosado entonces por las lluvias, volvieron sobre sus pasos, incendiaron á Nicomedia y Nicea, y habiendo colocado el botín en carros y naves, regresaron á su país.

Cuando se enteró Valeriano del miserable estado á que habían reducido á la Bithinia las incursiones de los bárbaros, desconfió de la fidelidad de los jefes de sus tropas y no se atrevió á encargar á ninguno de ellos

Biblioteca Nacional de España

que se opusiese á sus progresos. Así pues, habiendo enviado á Félix á Bizancio para guardarla, marchó él hacia la Capadocia, regresando sin haber hecho otra cosa que molestar á los pueblos con su paso. Habíase propagado en las tropas una enfermedad contagiosa, y habiendo arrebatado considerable número de soldados, Sapor tomó las armas en Oriente, reduciéndolo todo á su poder. Conociéndose el mismo Valeriano demasiado cobarde y débil para atreverse á intentar el restablecimiento de los asuntos del Imperio, trató de comprar la paz; pero Sapor despidió á los legados sin concederles nada, y exigió conferenciar con el Emperador. Accediendo éste con extraordinaria imprudencia, marchó á la conferencia con escasa comitiva, en el acto le rodearon y cogieron, y murió aprisionado por los Persas, para vergüenza del Imperio.

Tal es el relato de Zósimo.

Biblioteca Nacional de España

FILIPO.

De esta manera se expresa Zonaro:

Al regresar Filipo á Roma, se apoderó del poder soberano, asociándose á Filipo, su hijo. Terminó la guerra con los Persas, mediante un tratado que ajustó con su rey Sapor, al que abandonó la Mesopotamia y la Armenia. Pero conociendo después el disgusto que producía en Roma el abandono de aquellas provincias, las recobró sin respetar para nada el tratado. Dícese que Sapor era tan prodigiosamente alto, que jamás se vió hombre alguno que se le pareciese. Cuando se encontró de regreso Filipo, se mostró muy favorable á los cristianos, creyendo algunos que abrazó la fe de la Iglesia, que intervino en sus preces, y que no se negó á confesar las faltas que había cometido, cuando vió que el presidente de la asamblea no quería admitirle, sino con esta condición, sometiéndose de esta manera á la ley común de los penitentes. Algunos le creen padre de Eugenia, mártir; pero se engañan, porque está averiguado que ésta era hija, no de un prefecto del Pretorio, sino de un prefecto de Egipto, que renunció esta dignidad para hacer profesión pública de su fe y que mereció la gloria de recibir la corona del martirio.

Por lo demás, en la época en que el emperador Filipo había emprendido la guerra contra los Scitas, encontrándose ya de regreso en Roma, las tropas de la Mesia proclamaron emperador á un capitán llamado Marino.

Biblioteca Nacional de España

Dando Filipo cuenta al Senado de esta sedición, mostrando perturbación é inquietud, y guardando silencio todos los senadores, tomó la palabra Decio diciendo que nada tenía que temer de la proclamación de Marino, porque era completamente indigno del poder soberano, y que los soldados que se lo habían conferido no dejarían de quitárselo con la vida; como ocurrió poco tiempo después. Admirando Filipo la penetración de Decio, le encargó que marchase á la Mesia para que reprimiese la insolencia de los rebeldes. Rehusólo alegando que no convenía al Emperador darle aquel encargo ni á él recibirlo; pero habiendo insistido Filipo, lo aceptó á pesar suyo, y en cuanto llegó á la Mesia le aclamó como emperador el ejército; y como se negaba á aceptar, los soldados desenvainaron las espadas y le obligaron á tomar aquel título. Escribió á Filipo que no se cuidara de su proclamación, y que, en cuanto regresase á Roma, depondría las insignias de la autoridad soberana; pero no confiando Filipo en aquella promesa, tomó las armas. Filipo libró batalla á Decio, y fué muerto con su hijo al frente del ejército. Después de su muerte, todos los Romanos se sometieron á la obediencia de Decio. Filipo reinó cinco años, según algunos autores; seis años y seis meses, según otros. Era natural de Bostra, donde construyó una ciudad á la que dió el nombre de Filipópolis.

Biblioteca Nacional de España

DECIO.

Habiendo reconocido todas las tropas á Decio como emperador, según acabo de decir, marchó á Roma para afirmar su autoridad, y al mismo tiempo, considerando su peso, lo compartió con Valeriano; excitándose mutuamente á emprender violenta persecución contra la religión cristiana. Dicen algunos que el odio que sentia Decio contra Filipo, le llevó á ultrajar á los fieles, respetados por este emperador. Bajo su reinado recibieron la corona del martirio Flaviano, obispo de Roma, Babylas, obispo de Antioquía, y Alejandro, obispo de Jerusalén. Este habia combatido desde mucho antes en defensa de la fe, pero solamente entonces recibió la recompensa que merecía. Por este mismo tiempo, el gran Cipriano, obispo de Cartago, mostró invencible constancia por la verdad de la religión. Cornelio sucedió á Flaviano en Roma, y otro Flavio sucedió á Babylas en Antioquía. Dionisio tomó el gobierno de la iglesia de Alejandría, y Mazabano sucedió á Alejandro en Jerusalén. En este tiempo también fué llevado Orígenes, como cristiano, ante el tribunal de los perseguidores de la Iglesia, pero no recibió la corona, sin duda por no considerarlo digno de ella Decio, á causa de la impiedad de sus sentimientos; y á pesar de que padeció tormentos por la causa de la fe, perdió su rango de confesor. Ya hemos dicho que habiéndole inspirado excesiva vanidad la grandeza de su saber y su elocuencia, en vez de se-

Biblioteca Nacional de España

guir la doctrina de los antiguos Padres, quiso inventar una nueva; sacó del falso tesoro de su corazón execrables blasfemias contra los sagrados misterios de la Trinidad y de la Encarnación, y sembró las semillas de casi todos los errores que han aparecido después Enseñó que el hijo único del eterno Padre había sido criado y que no participaba de la gloria y sustancia divinas. Hizo inferior al Espíritu Santo al Padre y al Hijo, asegurando que el Padre no pudo ser visto por el Hijo, ni el Hijo por el Espíritu Santo; de la misma manera que no puede serlo el Espíritu Santo por los ángeles ni los ángeles por los hombres. Estas fueron las blasfemias de Orígenes contra la santa y consustancial Trinidad. Por lo que se refiere al misterio de la Encarnación, tuvo la impiedad de negar que el Salvador tomase en el seno de la Virgen cuerpo animado de alma racional; pretendiendo que el Verbo estaba unido á un alma antes de la creación del mundo y que posteriormente encarnó con aquella alma, tomando un cuerpo desprovisto de alma inteligente y racional. Sostiene también que el Señor abandonó su cuerpo y que su reinado debe concluir. Dice además que el suplicio de los demonios es temporal, y pasado éste, se les restablecerá en su primitiva felicidad; imaginando que los hombres y los demonios quedarán justificados de sus pecados algún día y que entonces todos se reunirán. Nada diré de la manera que imagina esta reunión, ni tampoco de sus demás extravagancias, porque no podría referirlas sin hablar mucho. Esto es lo que se refiere á Orígenes, á quien algunos llaman también Adamancio.

Pretende Novato que por este tiempo también apareció una secta nueva en la Iglesia romana, llamada *secta de los puros;* negando la gracia de la penitencia á los que habían caído en la idolatría durante la persecución y confesaban su pecado ofreciendo rescatarlo con saludable satisfacción. Contra esta secta se celebró un concilio en Roma, presidido por Cornelio, en el que se decidió se concedería á los que habían caído durante

Biblioteca Nacional de España

la persecución, el remedio de la penitencia, cuando volviesen á la Iglesia; y porque Novato no quiso acceder á esta decisión, los Santos Padres le excomulgaron, como enemigo de la salvación de sus hermanos.

Por lo demás, Decio, tan mal animado contra los siervos de Jesucristo, pereció miserablemente sin haber gobernado por dos años completos el Imperio romano. Porque después de haber dado muerte á considerable número de Bárbaros ó Godos, que habían causado desastre en el Bósforo, y cuando hubo encerrado en estrechos parajes á los que quedaban, se negó al tratado que le proponían y á recibir el botín que ofrecían devolverle, y mandó á Galo que les cerrase el paso. Entendiéndose Galo con ellos, les aconsejó que se formasen en batalla delante de una laguna muy profunda y simular la fuga. Persiguiéndoles entonces Decio cayó en la laguna con su hijo y considerable número de Romanos, sin que ninguno pudiese salir de allí.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

GALO Y VOLUSIANO.

Algunos historiadores dan dos nombres á este emperador, Galo y Volusiano. Otros aseguran que Volusiano era el nombre de su hijo, colega suyo en el Imperio. Cuando Galo se apoderó de la autoridad soberana, ajustó un tratado con los bárbaros, por el cual les prometió un tributo anual á cambio de que no hiciesen más incursiones en territorio del Imperio. Hecho esto, regresó á Roma, donde declaró César á su hijo Volusiano. Fué muy enemigo de los cristianos; excitó contra ellos una persecución tan cruel como fué la de Decio, é hizo morir también á considerable número. Bajo su reinado volvió á comenzar la guerra con los Persas, que recobraron la Armenia, de donde escapó el rey Tiridates, cuyos hijos se habían refugiado entre sus enemigos los Persas. Innumerable multitud de Scitas se desparramaron al mismo tiempo por Italia y recorrieron la Macedonia, la Tesalia y la Grecia. Dícese que parte de aquellos pueblos, habiendo atravesado la Meotida, entró por el Bósforo en el Ponto Euxino y arruinó muchas provincias. Otras naciones tomaron también las armas para atacar al Imperio; y para colmo de desgracias, una peste, procedente de Etiopía, se propagó por Oriente y Occidente y permaneció allí quince años, desolando la mayor parte de las ciudades. Habiéndose presentado los Scitas á reclamar el tributo que los Romanos habían ofrecido pagarles anualmente, éstos pretendieron rebajarles una parte, y aquéllos

Biblioteca Nacional de España

amenazaron con vengarse. Entonces Emiliano, africano de nacimiento, que mandaba las tropas de la Mesia, ofreció darles las cantidades que se debían á los Scitas si querían llevar contra ellos sus armas; y estas tropas, habiéndoles atacado de improviso, les mataron á casi todos, saquearon su país y recogieron inmenso botín. Enorgullecido Emiliano por el triunfo, hizo que sus tropas le proclamasen emperador, y habiendo reunido nuevas fuerzas, marchó hacia Italia. Al tener Galo noticia de su marcha, se preparó á la defensa, y habiendo llegado á las manos los dos ejércitos, Galo perdió la batalla. Los vencidos se apoderaron del Emperador y de su hijo, les mataron, aprobaron la proclamación de Emiliano y le afirmaron en el trono. Galo solamente reinó dos años y ocho meses.

Biblioteca Nacional de España

EMILIANO.

Habiéndose apoderado de esta manera Emiliano de la suprema autoridad, escribió al Senado asegurándole que arrojaría á los Scitas de la Tracia, que atacaría á los Persas, y que en todas partes combatiría solamente á las órdenes y por el servicio del orden senatorio, dejándole la autoridad y el mando. Pero Valeriano, que mandaba las tropas de las Galias, no le dió tiempo para ejecutar su proyecto, porque en cuanto recibió la noticia de la proclamación, decidió apoderarse del poder soberano; y para conseguirlo reunió su ejército y marchó sobre Roma. No encontrándose el partido de Emiliano capaz de resistir aquellas fuerzas, temiendo además la desgracia y la impiedad de la guerra civil, y considerando por otra parte á Emiliano indigno de la suprema autoridad, le dió muerte á los cuarenta años de edad, antes de que hubiese mandado cuatro meses como emperador. En seguida salieron al encuentro de Valeriano, y de común acuerdo le confirieron el Imperio, en la creencia de que lo merecía.

Habiendo recibido Flaviano la corona del martirio en el reinado de Decio, fué encargado Cornelio de gobernar la Iglesia de Roma, como lo hizo con mucho celo y buen éxito por espacio de tres años. Sucedióle Lucio, y habiéndole sobrevivido cerca de ocho años, dejó su puesto á Esteban. Este mandó que los herejes que volviesen á la Iglesia, no serían rebautizados, sino recibidos sola-

Biblioteca Nacional de España

mente con las plegarias é imposición de manos. Consérvase una carta suya dirigida á San Cipriano sobre este asunto. Habiendo muerto Esteban dos años después, fué colocado Sixto en la Silla de la Iglesia romana. Esto es lo que tenía que decir de los obispos de tan gran ciudad. Por este tiempo apareció en Ptolemaida, ciudad de la Pentápolis, la herejía de los Sabelianos.

Biblioteca Nacional de España

VALERIANO.

Habiéndose apoderado del Imperio Valeriano con su hijo Galieno, excitó violenta persecución contra los cristianos, dando muchos de éstos grandes combates en diferentes países en defensa de la fe y consiguiendo preclaras victorias. Durante este reinado los asuntos temporales se encontraron en tan mal estado como los de la religión. Los Scitas pasaron el Danubio, recorrieron y saquearon la Tracia y pusieron sitio á la célebre ciudad de Tesalónica, pero sin conseguir apoderarse de ella. Tan profundo terror difundieron en el país, que los Atenienses levantaron sus murallas, destruídas en tiempo de Sila, y los habitantes del Peloponeso cerraron su istmo con una muralla desde un mar al otro. También causaron los Persas estragos en Siria y Capadocia, sitiando á Edessa. Valeriano no se atrevió á emprender nada, hasta que supo que los habitantes de Edessa habían hecho vigorosas salidas contra los bárbaros, recogiendo considerables despojos. Entonces atacó á los Persas con las tropas que tenía, y como aquellos pueblos eran más numerosos que los romanos, los envolvieron fácilmente, los destrozaron, se apoderaron de Valeriano con sus guardias y lo llevaron á Sapor, príncipe soberbio que creyó podría apoderarse de todo en lo sucesivo, puesto que era dueño del Emperador, y que, habiendo sido hasta entonces inhumano, dió después ejemplos mucho más extraños. Algunos dicen que los Persas se apodera-

Biblioteca Nacional de España

ron de Valeriano de la manera expuesta; otros aseguran que, encontrándose en Edessa, él mismo se entregó á sus enemigos por temor de caer en manos de los soldados de la guarnición que, estrechados por la escasez de víveres y el hambre, habían promovido terrible sedición. De esta manera abandonó las tropas del Imperio romano, lo cual no impidió que casi todos los soldados consiguieran salvarse en cuanto descubrieron la traición. Pero en último caso, sea que los Persas se apoderasen de Valeriano, sea que voluntariamente se entregara á Sapor, este príncipe le trató con la mayor indignidad. No reteniendo ya á los Persas ningún temor, atacaron á las ciudades más importantes, se apoderaron de Antioca, en las orillas del Oronto; Tarso, capital de la Cilicia y la célebre Cesárea de Capadocia; trataron á los prisioneros con extraordinaria dureza, no dándoles más víveres que los indispensables para mantener lánguida vida, negándoles la cantidad necesaria de agua y no llevándoles á beber más que una vez al día, cual si fuesen un rebaño de animales. La ciudad de Cesárea, que está muy poblada, conteniendo, según se dice, cuatrocientos mil habitantes, se defendió valerosamente durante mucho tiempo, bajo la prudente dirección de su gobernador, llamado Demóstenes; no siendo tomada hasta que un médico, prisionero de los Persas, no pudiendo resistir la violencia de los tormentos á que le sometían, les indicó un paraje por donde entraron en la ciudad, pasando á cuchillo á todos los habitantes. Viéndose rodeado Demóstenes por innumerable multitud de enemigos, que tenían orden de cogerle vivo, montó un caballo excelente y pasó entre ellos, espada en mano, derribando á muchos, y saliendo de la ciudad. Habiendo conseguido los Persas tan notables triunfos, recorrieron todo el país que los Romanos poseían en Oriente, ocasionando terribles estragos, sin encontrar resistencia. Los Romanos que pudieron escapar, se reunieron, eligiendo por jefe á Calixto; y éste habiendo observado que los Persas corrían de un lado para otro desordenadamente, cayó sobre ellos

Biblioteca Nacional de España

cuando menos lo esperaban, hizo considerable matanza y se apoderó de la esposa de Sapor y de rico botín. El pesar de esta pérdida obligó á Sapor á retirarse á su país, llevándose á Valeriano y haciéndole sufrir toda clase de ultrajes, afrenta y cruel cautiverio. No fué Calixto el único de aquel tiempo que sirvió útilmente contra los Persas. Palmireniano, aliado de los Romanos, mató también crecido número que regresaban por el Eufrates, y en recompensa le nombró Galieno jefe de las tropas de Oriente. Dícese que los Romanos, al despojar los cadáveres de los Persas, encontraron muchas mujeres vestidas y armadas como los hombres, y que también cogieron algunas vivas. Dícese también que habiendo encontrado Sapor al retirarse, una grande hondonada por donde no podían pasar las bestias de carga, mandó rellenarla con cuerpos de prisioneros, que hizo matar para este objeto, y que en seguida hizo pasar por encima las bestias y el bagaje. Así terminó Valeriano. En aquel tiempo gobernaba Xisto la Iglesia de Roma; Demetrio, sucesor de Flaviano, la de Antioquía; Himeneo, la de Jerusalén, desde la muerte de Mazabeno, y Dionisio, la de Alejandría.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VALERIANO PADRE É HIJO

POR TREBELIO POLION (1).

SUMARIO.

Valeriano el padre es elegido emperador por unánime consentimiento.— Su elogio.— Dáse por aclamación un senatusconsulto para elevarle á la censura.—Decio confirma esta elección, colmando de elogios á Valeriano ante numerosa asamblea reunida en el palacio.—Modesta contestación de Valeriano al discurso del Emperador.—Le vence y hace prisionero Sapor, tratándole indignamente.—Cartas de algunos reyes aliados de Sapor exhortándole á que dévolviese Valeriano á los Romanos y ajustase la paz con ellos.—Valeriano el jóven.—Su nacimiento y cualidades; sus conocimientos; su desgraciado fin.—Sepúltanle cerca de Milán.

El emperador Valeriano, hijo de Valerio, era de noble origen. Había sido censor y se elevó sucesivamente,

---

(1) Trebelio Polion, á quien algunos manuscritos llaman Trebio Polion, vivía en tiempo de Constantino el Grande. Según Vospicio escribió la vida de los emperadores, desde Filipo hasta Claudio; pero solamente queda un fragmento de la de Valeriano, el padre; las vidas de Valeriano, el hijo; de los dos Galienos y de los treinta tiranos, y además, la vida de Claudio II. Trebelio es el autor de la denominación de *treinta tiranos*, dada á los diferentes gobernadores de provincias y jefes militares que se hicieron independientes bajo Galieno. Sin embargo, como el número de estos usurpadores no ascendía más que á veintinueve, y Polion quería sin duda encontrar treinta para que recordasen los treinta tiranos de Atenas, añade un tal

Biblioteca Nacional de España

pasando por todas las dignidades, hasta la cumbre de las grandezas humanas. Setenta años de virtudes le habían hecho adquirir justa consideración; y después de

---

Valens que se sublevó nueve años antes contra el emperador Decio. Sus contemporáneos censuraron á Trebelio haber incluído en su historia la vida de dos mujeres, Zenobia y Victoria, á las que no podía darse el título de tiranas; y esta censura le llevó á añadir á la vida de los veintiocho hombres que contenía su libro la de otros dos que empuñaron las armas, uno contra Maximino y otro en tiempo de Claudio, resultando de esto que se encuentra en este libro noticia de treinta y dos hombres ó mujeres, de los que veintisiete habían tomado las armas contra Galieno, siendo los siguientes: Apriales, príncipe de Antioquía y Cesárea; M. Cassio Labieno Postumio, que bajo el reinado de Galieno fué durante siete años (del 260 al 267) dueño de la Galia, con su hijo Postumio el joven; Loliano, que mató á los dos anteriores en el 267, y fué muerto poco después por Victorino, que pereció con su hijo Victorino el joven; Mario, herrador, que reinó en la Galia durante tres días; Ingenuo que tomó la púrpura en Pannonia, en el 260, siendo muerto y reemplazado el mismo año por Q. Nonio Regilano; Manio Acilio Aureolo, que fué proclamado en la Iliria en el 261; Macriano, que en el 261 tomó la púrpura en Egipto y tuvo por colegas á su hijo Macriano el joven y Quieto; Odenato, que en el 262 tomó el título de rey de Palmira con su hijo Herodes y fué muerto por Moonio, que gozó por unos días el fruto de su crimen; Balista, que, según algunos, reemplazó á Quieto; Valens, que siendo procónsul de Acaya, se declaró emperador; otro Valens, hermano del abuelo del anterior, y que, por consiguiente, no debía contarse entre los que tomaron las armas contra Galieno; Pisón, dueño de la Tesalia; Emiliano, que en 262, tomó la púrpura en Egipto; Saturnino Tétrico, tirano de las Galias, con su hijo Tétrico el joven; Trebeliano que se sublevó en Isauria; Hereniano y Timolao, hijo de Odenato; Celso, tirano de Africa; Zenobia, esposa de Odenato; Victoria, madre de Postumio; Tito, que bajo Maximino, se había sublevado en Mauritania y Censorino.

Polion dió otra edición de su vida de Claudio, padre de Constancio Cloro en la que se defiende de la acusación de adulador que le había dirigido, pero la posteridad ha confirmado el fallo de sus contemporáneos. Aunque su estilo no es tan malo como el de los escritores de su época, no por esto puede contarse ni siquiera entre los historiadores medianos.

Algunos manuscritos atribuyen la vida de Valeriano y muchas de las siguientes, no á Polion, sino á Julio Capitolino.

Biblioteca Nacional de España

haber ejercido con la mayor distinción todos los cargos y magistraturas, fué nombrado emperador, no, como sucedió muchas veces, por tumultuoso sufragio del pueblo ó por la imperiosa voz de los soldados, sino en consideración á su mérito y, por decirlo así, por el unánime consentimiento del mundo entero; pudiéndose asegurar que si cada ciudadano hubiese tenido facultad para elegir emperador, no habría nombrado otro. Con objeto de que pueda apreciarse su mérito por la vehemencia del sentimiento público relativamente á él, referiré el senatusconsultos que mostrará cuánta era la estimación que le profesaba el primer orden del Estado. El VI de las kalendas de Noviembre, bajo el consulado de los dos Decios, se reunió el Senado, en conformidad con las órdenes de los dos emperadores, en el templo de Cástor y Pólux, con objeto de recoger los votos para la elección de un censor; porque los Decios habían conferido este nombramiento á la autoridad de aquel ilustre orden. En cuanto los pretores pronunciaron las palabras acostumbradas: «¿Qué opináis, padres conscriptos, del nombramiento de censor?» y pidió su parecer al que entonces era príncipe del Senado, en ausencia de Valeriano, encargado con Decio del mando de los ejércitos, todos los senadores exclamaron á una voz y sin observar el acostumbrado orden de votación: «La vida de Valeriano es la censura; él, que es el mejor, que juzgue á todos los ciudadanos. Que él, cuya conciencia es pura, juzgue al Senado. Que decida acerca de nuestra conducta, puesto que está exento de toda mancha. Valeriano ha sido censor desde su infancia. Ha sido senador prudente, senador modesto, senador respetable. Ha sido amigo de los hombres honrados, enemigo de los tiranos, enemigo del crimen, enemigo del vicio. Todos le nombramos censor; todos queremos imitar su conducta. Admiramos en él la superioridad del mérito, la nobleza de la sangre, su intachable vida, la ilustración de su ciencia, la pureza ejemplar de sus costumbres, el modelo de la austeridad antigua.» Habiendo repetido muchas veces estas aclama-

Biblioteca Nacional de España

ciones, añadieron los senadores: «Todos lo queremos;» y se separaron.

En cuanto recibió Decio este senatusconsulto, convocó á toda su corte, mandó llamar á Valeriano, y en medio de aquella asamblea de los hombres más importantes del Imperio, dió lectura al senatusconsulto, añadiendo el Príncipe: «Feliz te considero, oh Valeriano, por haber merecido este juicio del Senado y este elocuente testimonio de su afecto. Encárgate de la censura de todo el Universo, que te ha confiado lo República romana, como al único hombre que merece juzgar nuestras costumbres. Tú dirás quiénes deben continuar en el Senado; tú devolverás al orden ecuestre su antiguo esplendor; tú regularás el censo, asegurarás la percepción de impuestos y los distribuirás; tú te enterarás del estado de la República. Tendrás el poder de hacer leyes; tendrás el derecho de ascender á los soldados y examinarás las armas. Tu censura se extenderá hasta mi palacio, hasta los jueces y magistrados superiores. En fin, juzgarás á todo el mundo, exceptuando al prefecto de Roma, los cónsules ordinarios, el rey de los sacrificios y la gran sacerdotisa de las vestales, mientras permanezca pura, y hasta aquellos mismos que no quedan sometidos á tu jurisdicción se esforzarán en merecer tu aprecio.» De esta manera habló Decio, contestando en estos términos Valeriano: «Ruégote, oh santísimo Emperador, que no me impongas la necesidad de juzgar al pueblo, á los soldados, á los senadores, jueces, tribunos, generales, en una palabra, á todo el universo romano. Estos derechos te pertenecen en calidad de Augusto; en ti reside la censura y un particular no puede ejercerla. Suplícote, pues, que me libertes de este honor del que no confío en ser digno y que tanto repugna con las costumbres presentes, habiendo llegado á ser de tal manera los hombres, que no quieren censor.»

Otros senatusconsultos podríamos citar, y otros importantes testimonios referentes á Valeriano, si no los conocieseis ya en su mayor parte y si no me ruborizase

Biblioteca Nacional de España

alabar á un hombre que sucumbió bajo el peso de fatal destino; venciéndole Sapor, rey de los persas, gracias á un general suyo, al que había confiado todos los asuntos de la guerra, y que le llevó, sea por traición, sea por desacertado cálculo, á un paraje donde ni el valor, ni la disciplina de sus soldados pudieron impedir que cayese prisionero. De esta manera cayó en poder de Sapor, quien, enorgullecido por el triunfo, ni siquiera le mostró aquellas atenciones que imponen los deberes de humanidad, sino que, por el contrario, le trató con orgullo y altivez, hablando al rey de los Romanos como á vil esclavo. Por esta razón algunos reyes, amigos de Sapor, y que hasta le habian servido contra Valeriano, le escribieron, acerca de este asunto, cartas que cita en este orden Julio Cordo:

«A Sapor, rey de los reyes ó único rey. Si creyese que los Romanos podían quedar alguna vez completamente vencidos, te felicitaría por la victoria que tanto regocijo te produce. Pero el destino ó su valor les ha asegurado el poder y debes cuidar de que el cautiverio de un emperador viejo, cautiverio que no es otra cosa que el resultado de una traición, no sea manantial de desgracias para ti y tus sucesores. Considera cuántas naciones, después de haber vencido á los Romanos, han caido al fin bajo su obediencia. Sabemos que los Galos triunfaron de ellos, que hasta incendiaron su capital, y sin embargo, los Galos están sometidos al Imperio de los Romanos. ¿Qué diré de los Africanos? ¿No vencieron también á los Romanos? Hoy les están sujetos. No buscaré ejemplos en tiempos más lejanos y menos conocidos. Mitrídates, rey del Ponto, poseyó toda el Asia: fué vencido, y el Asia es una provincia del Imperio romano. Si quieres seguir mi consejo, aprovecharás esta ocasión de ajustar la paz y devolverás Valeriano á sus pueblos. Te felicito por tu buena fortuna, con tal, sin embargo, de que sepas aprovecharla.»

Balero, rey de los Cadusianos, le escribió en éstos términos: «Te doy gracias por haberme enviado los

Biblioteca Nacional de España

auxiliares sin pérdida y en buen estado. Pero no te felicito mucho por haberte apoderado de Valeriano, príncipe de los príncipes: más te felicitaría si lo devolvieses. Nunca son más temibles los Romanos que cuando quedan vencidos. Sigue, pues, los consejos de la prudencia y no te dejes cegar por la fortuna, que á tantos príncipes ha engañado. Valeriano tiene un hijo emperador, un nieto César, ¿qué digo?, tiene el mundo romano que se levantará en masa contra ti. Devuelve, pues, Valeriano á los Romanos y ajusta con ellos una paz que nos será ventajosa á nosotros también por razón de los pueblos Pónticos.»

Artabasdes, rey de los Armenios, escribió á Sapor la carta siguiente: «Participo de tu gloria, pero temo que hayas atizado, más bien que extinguido, el fuego de la guerra. A Valeriano le reclamarán su hijo, su nieto, los generales romanos, toda la Galia, el Africa, la España, todas las naciones de la Iliria, del Oriente y del Ponto, que son aliadas de los Romanos ó están bajo su dependencia. Has hecho prisionero á un anciano y has sublevado contra ti á todos los pueblos de la tierra, y tal vez contra nosotros, que te hemos enviado auxiliares, que somos vecinos tuyos y sufrimos siempre por tus desavenencias con la República.»

Los Bactrianos, Albaneses y Tauroscitas no recibieron cartas de Sapor; pero escribieron á los generales romanos ofreciéndoles socorros para libertar á Valeriano. Mientras este príncipe envejecía en poder de los Persas, el palmiriano Odenato reunió un ejército y devolvió á la República romana casi su antiguo esplendor. Apoderóse de los tesoros del Rey, haciéndose dueño también de sus concubinas, que los reyes de los Parthos estiman más que los tesoros. Esto hizo que Sapor, á quien los triunfos de Balista y de Odenato enseñaron á temer más á los generales romanos, se retirase apresuradamente á su reino, terminando de esta manera la guerra de Persia. Tales son los acontecimientos de la vida de Valeriano, que me han parecido dignos de ser referidos. Ahora paso á Valeriano el Joven.

Biblioteca Nacional de España

VALERIANO EL JOVEN

POR TREBELIO POLIÓN.

Valeriano el Joven, hijo de otra madre que Galieno, gozaba de singular belleza, modestia poco común, conocimientos grandes para su edad, costumbres muy apacibles y opuestas á las disolutas de su hermano. Nombróle César su padre, encontrándose ausente, y Augusto á su hermano, según refiere Celestino. Nada notable ofrece la historia de este príncipe, como no sea la nobleza de su origen, la excelente educación que recibió y la desastrosa catástrofe en que terminó su vida. Creen muchos escritores que los Persas devolvieron á los Romanos el cadáver de Valeriano, que fué su prisionero, naciendo este error de leerse en un sepulcro el nombre del emperador Valeriano. Diré, pues, para que en este punto no se equivoque el lector, que Valeriano el Joven fué sepultado cerca de Milán, y que el emperador Claudio mandó escribir sobre su sepulcro: «Valeriano, emperador.» Creo que no hay otra cosa que decir ni de Valeriano el Viejo ni del Joven; y para no traspasar los naturales límites de un volumen, añadiendo á este libro la vida de Galieno, hijo de Valeriano, del que ya he hablado bastante, ó la de Salónico, hijo de este mismo Galieno, y que llevó también su nombre, prefiero dedicarles otro libro. Siempre os he respetado de la misma manera que á vuestra fama, á la que no puedo ni debo negar nada.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LOS DOS GALIENOS

POR TREBELIO POLIÓN.

SUMARIO.

Valeriano prisionero de los Parthos.—Odenato reina en Oriente y Galieno en Roma.—Macriano es elegido emperador con sus hijos.—Hace la guerra á sus rivales Valens y Aureolo, nombrados emperadores.—Queda vencido y su ejército se somete á Aureolo.—Odenato marcha contra el hijo segundo de Macriano, á quien sus tropas abandonan y matan.—Apodérase Odenato del Imperio de todo el Oriente.—Galieno se conduce vergonzosamente.—Emiliano se apodera del Imperio en Egipto y le hace prisionero un general de Galieno.—Los Galos eligen emperador á Postumio.—Galieno marcha contra él.—Terremotos, peste y guerra afligen al Imperio.—Son rechazados los Godos de la Acaya; los Scitas devastan el Asia.—Incendio del templo de Diana en Efeso.—Estos desastres son objeto de chanzas para Galieno.—Los soldados de Galieno saquean á Bizancio.—Vence á Postumio.—Hace degollar á todos los soldados bizantinos.—Derrotados los Scitas, se retiran.—Galieno regresa á Roma para celebrar su victoria.—La marcha triunfal al Capitolio.—Los Romanos hacen votos por los otros Emperadores.—Galieno afecta burlarse del descontento que produce la prisión de su padre.—Algunos bufones pagan con la vida una burla relativa á Valeriano.—Triunfos de Odenato sobre los Persas.—Sus esfuerzos para libertar á Valeriano.—Los Scitas invaden la Capadocia y después la Bitinia.—Galieno hace degollar tropas romanas.—Hácese nombrar arconte en Atenas.—Sus conocimientos y talento.—Confiere el título de Augusto á Odenato, y comparte el Imperio con él.—Los Scitas regresan á su país con inmenso botín.—Es muerto Odenato con un hijo suyo.—Su esposa Zenobia se apodera del Imperio.—Prepárase al fin Galieno para

Biblioteca Nacional de España

libertar á su padre, pero queda derrotado su ejército.—Los generales de Galieno derrotan á los Scitas.—Consigue Galieno notables ventajas sobre los Godos.—Los generales Herodiano y Marciano proyectan apoderarse del Imperio.—Claudio es elegido emperador.—Sus partidarios matan á Galieno con su hermano Valeriano.—Enfurecidas las tropas por aquellos asesinatos, quedan aplacadas por dinero y hasta hacen declarar tirano á Galieno.—Dase el Imperio á Claudio.—Vicios de Galieno.—Su lujo, su traje, sus innovaciones.—Su primera palabra cuando supo la muerte de su padre.—Sus costumbres, su comitiva en las calles de Roma.—Su crueldad con los soldados.—Hácese construir una estatua inmensa.—Sus proyectos relativos al pórtico Flaminio.

Prisionero Valeriano (porque ¿dónde comenzar la historia de Galieno, sino en la época que fué el oprobio de su vida?) quedaba expuesta la República á los mayores peligros. Odenato se había apoderado del Imperio en Oriente; Galieno se recocijaba del cautiverio de su padre; los ejércitos vagaban de un lado para otro; los generales murmuraban, y todo el mundo, en fin, se lamentaba al ver un emperador romano retenido esclavo de los Persas. Macriano y Balista, bajo el consulado de Galieno y Volusiano, reunieron sus fuerzas, recogieron los restos del ejército, y viendo quebrantado el Imperio en Oriente, deliberaron acerca de la elección de emperador, porque Galieno se conducía tan indignamente, que ni siquiera le nombraban los soldados. Después de muchas reuniones celebradas con este objeto, resolvieron al fin que Macriano sería nombrado emperador con sus hijos y encargado de la defensa de la República. De esta manera fué elevado al trono Macriano con sus hijos. Las razones que presidieron á esta elección fueron, en primer lugar, que en aquella época no había ningún general más hábil que él, ningún hombre más propio para el gobierno, y además, que siendo muy rico, podría hacer frente á los gastos públicos con su propio caudal. Añádase á esto que sus hijos eran jóvenes muy valerosos, muy ardorosos en la guerra, y servían de ejemplo á las legiones en todas las cosas militares.

Recogiendo los ejércitos de todas partes, se dirigió

Biblioteca Nacional de España

Macriano al Oriente; y con objeto de defender y proteger el inmenso Imperio que había recibido, organizó la guerra y preparó sus recursos con objeto de poder resistir á cuantos intentasen algo contra él. Encargó á Pisón, uno de los miembros más importantes del Senado, que marchase á la Acaya para contener á Valens, que gobernaba aquella provincia como procónsul, y Valens, al tener noticia de la llegada de Pison, se abrogó la autoridad soberana. En vista de esto, se retiró Pisón á Tesalia, donde le proclamaron emperador con el nombre de Tesálico; pero Valens envió algunos soldados que le mataron. Entretanto, Macriano, que había conservado con él en Oriente un hijo suyo, consiguió restablecer allí la paz. Marchó primeramente al Asia, y en seguida á Iliria, donde hizo la guerra al emperador Aureolo, que se había sublevado contra él y tomado el Imperio; libró batalla á Domiciano, general de Aureolo, teniendo consigo un hijo suyo y treinta mil soldados; pero Macriano fué vencido con su hijo, que llevaba el mismo nombre que él, y el ejército entero se rindió al emperador Aureolo.

En medio de este transtorno de la República y de todo el universo, Odenato, en cuanto tuvo noticia de la muerte de Macriano y de su hijo, del advenimiento de Aureolo y de la cobarde conducta de Galieno, marchó apresuradamente al frente de un ejército, contra el hijo segundo de Macriano para apoderarse de él con el auxilio de la fortuna. Pero los que se encontraban con el hijo de Macriano, llamado Quincio, se inclinaban ya á Odenato, y por instigaciones de Balista, prefecto de Macriano, mataron al joven, arrojaron su cadáver por encima de las murallas y pasaron todos al partido de Odenato, que llegó, por estos sucesos, á ser emperador de casi todo el Oriente, mientras Aureolo reinaba en Iliria y Galieno en Roma. Este mismo Balista hizo morir, con Quieto y el prefecto del Tesoro, á considerable número de Emesianos, en cuya ciudad se habían refugiado muchos soldados de Macriano, destru-

Biblioteca Nacional de España

yéndola casi por completo. Entretanto Odenato, aparentando servir la causa de Galieno, hacía que le diesen exacta cuenta de todos los acontecimientos. Galieno, por su parte, enterado de la muerte de Macriano y de su hijo, se entregó á los placeres y libertinaje con tanta tranquilidad como si no tuviese nada que temer y su padre estuviese libre de la esclavitud. Dió juegos en el Circo, juegos escénicos, gimnásticos, el espectáculo de una cacería, combates de gladiadores é invitó al pueblo á que participase de su recocijo y á que aplaudiese sus fiestas, como si las diese para celebrar victorias; y mientras la mayor parte de los ciudadanos deploraba el cautiverio de su padre, Galieno encontraba cierta gloria en regocijarse, porque aquel príncipe había sido víctima de su valor, aunque por otra parte se sabía que no podía soportar la austeridad de Valeriano, y que había deseado ardientemente sacudir el yugo que tanto le pesaba.

Por este mismo tiempo se apoderó Emiliano del Imperio en Egipto, y habiéndose hecho dueño de los almacenes de trigo, redujo á la escasez á muchas ciudades. Pero Theodoto, general de Galieno, le libró batalla, le hizo prisionero y le envió vivo al Emperador. Los soldados que acampaban más allá de Tebaida, habían entregado el Egipto á Emiliano, porque Galieno continuaba viviendo en la lujuria y el desenfreno. En efecto, este príncipe no pensaba más que en los placeres y consideraba como diversión el gobierno de la República, pareciéndose á los niños que juegan á las dignidades. Los Galos, naturalmente volubles y enemigos de los príncipes voluptuosos que degeneran de la virtud romana, llamaron al Imperio á Postumio, aprobando la elección las tropas que no ignoraban los desórdenes del Emperador, pasto de sus murmuraciones. Theodoto marchó contra él al frente de un ejército, y emprendió el sitio de la ciudad donde se encontraba Postumio. Los Galos sitiados hirieron de un flechazo á Galieno al dar vuelta en derredor de las murallas. Postumio fué emperador durante siete años, y con su valor, libertó á los Galos de las incursio-

Biblioteca Nacional de España

nes de los bárbaros. Estos reveses obligaron á Galieno á ajustar la paz con Aureolo, para atacar á Postumio, y durante la guerra, que se llevó lánguidamente, hubo muchos sitios y combates en los que se equilibraron los descalabros y las ventajas. A estos males se unieron las empresas de los Scitas que invadieron la Bitinia y asolaron las ciudades, prendiendo fuego á Astaco, llamada más adelante Nicomedia y saqueándola por completo. En fin, como si el mundo entero se hubiese conjurado para la pérdida de la República, quebrantada ya por todas partes, promovióse en Sicilia una guerra como de esclavos, sostenida por los bandidos que se habían desparramado por esta provincia y que solamente con mucho trabajo se les pudo reprimir.

Todas estas calamidades provenían del desprecio en que se tenía á Galieno; porque nada hay que aliente tanto la audacia de los malvados y las esperanzas de los hombres rectos, como ver un príncipe que inspira temor por su crueldad ó desprecio por la depravación de sus costumbres. En medio de todos estos males que acarreaba la guerra, bajo el consulado de Galieno y Faustino ocurrió un espantoso terremoto, sobreviniendo tinieblas que duraron muchos días. Dejóse también resonar en el interior de la tierra mugido semejante al fragor del trueno, aunque Júpiter no tronaba. En aquel terremoto fueron sepultadas muchas casas con los que las habitaban, muriendo considerable número de personas por efecto del miedo. El desastre tuvo consecuencias más tristes todavía en las ciudades del Asia. Roma quedó violentamente quebrantada, así como la Libia; abrióse la tierra en muchos parajes, brotando por las grietas agua salada, y el mar inundó muchas ciudades. Consultóse, para aplacar á los dioses, los libros de las sibilas y, siguiendo la respuesta que dieron, hízose un sacrificio á Júpiter Salvador. Además á Roma y las ciudades de la Acaya afligió peste tan cruel, que en un solo día murieron cinco mil personas. Así, pues, la fortuna era adversa por todos lados; por una parte terremotos; por otra abismos que se abrían; la

Biblioteca Nacional de España

peste que asolaba el Imperio romano, Valeriano cautivo, las Galias en gran parte invadidas (1); Odenato haciendo la guerra en su nombre; Aureolo invadiendo la Iliria y Emiliano dueño del Egipto. Por otra parte los Godos y Claudio (2), mencionado antes, se habían apoderado de las dos Tracias, asolaban la Macedonia y sitiaban Tesalónica; en una palabra, nunca hubo menos esperanzas de salvación; procediendo todos estos males, como ya se ha dicho, del desprecio que inspiraba Galieno, hombre dominado por la lujuria.

Combatióse á los Godos en la Acaya, bajo el mando de Macriano (3), y, vencidos por los habitantes del país, se retiraron. Pero los Scitas, es decir, una parte de los Godos, asolaban el Asia. También ocurrió en esta época el saqueo é incendio del templo de Diana en Efeso, cuyas riquezas conocían todos los pueblos. Vergüenza causa repetir los chistes que se ocurrían á Galieno, en medio de los males que abrumaban al género humano. Cuando le anunciaron que el Egipto se había separado del Imperio, «¿cómo, dijo, no podremos vivir sin el lino de Egipto?» Cuando supo que el Asia se encontraba devastada á la vez por el furor de los elementos y las incursiones de los Scitas, dijo: «¿No podremos prescindir de la flor de nitro?» Cuando quedó perdida la Galia para Roma, dijo sonriendo: «¿No queda en seguridad la República sin las telas de Arras?» Y de esta manera convertía en objeto de burlas todas las pérdidas del Imperio, como si se tratase de las cosas más viles y despreciables. En fin, para que no faltase ninguna calamidad al reinado de este em-

(1) Las Galias estaban ocupadas de un lado por el tirano Postumio y del otro por los Germanos, bajo el mando de Croco.

(2) Trebelio Polion hablaba de Claudio en la vida de los emperadores precedentes, pero se ha perdido esta parte de su obra. Este Claudio es el mismo que fué más adelante emperador.

(3) Muchos comentadores leen Marciano y pretenden sea un general de quien habla Zósimo, y que combatió afortunadamente con los Scitas ó los Godos.

Biblioteca Nacional de España

perador, Bizancio, ciudad tan famosa por sus guerras navales, aquella fuertísima barrera del Ponto, quedó de tal manera saqueada por los mismos soldados de Galieno, que no sobrevivió al desastre ningún habitante; por lo que las únicas familias antiguas que se encuentran entre los Bizantinos, descienden de los que encontrándose entonces en viaje ó en los ejércitos, escaparon á la matanza, salvando con ellos la antigua nobleza de su raza.

Hizo, pues, la guerra Galieno contra Postumio, en unión de Aureolo y del general Claudio, que más adelante fué elevado al trono, y del que desciende nuestro César Constancio. Habiendo encontrado Postumio muchos auxiliares entre los Celtas y los Francos, salió á campaña con Victorino, á quien había nombrado colega suyo en el Imperio. El ejército de Galieno, después de haber experimentado en muchos combates las diferentes peripecias de la fortuna, quedó victorioso; porque el resentimiento por las injurias despertaban á veces en el Emperador repentino y atrevido valor. Al fin se dispuso á tomar venganza de los Bizantinos, y aunque no esperaba que le abriesen las puertas de la ciudad, recibiéronle en ella al día siguiente. Entonces hizo que sus tropas rodeasen á todos los soldados desarmados, degollándolos con violación del tratado que había prometido observar. Por el mismo tiempo los Scitas, batidos en Asia, gracias al valor y hábiles disposiciones de los generales romanos, se retiraron á su país. Después de la matanza de los soldados bizantinos, Galieno, como si hubiese hecho algo heroico, regresó apresuradamente á Roma, convocó á los senadores y celebró el décimo año de su reinado (1) con

(1) Después de la conquista del Egipto y de la muerte de Antonino y Cleopatra, dícese que Augusto consultó con Mecenas y Agripa acerca del proyecto de abdicar el poder y restablecer la antigua forma de gobierno, disuadiéndole Mecenas. Al año siguiente reunió Augusto el Senado, y en una oración preparada con mucha destreza, propuso poner en sus manos y las del pueblo la autoridad suprema, contra cuya proposición se levantaron muchos senadores que había preparado de ante-

Biblioteca Nacional de España

unos juegos nuevos, preparados con extraordinario aparato y con diversiones desconocidas hasta entonces.

Primeramente marchó al Capitolio en medio de los senadores vestidos con la toga, del orden ecuestre y de los soldados con trajes blancos. Precedíale todo el pueblo, esclavos de casi todos los ciudadanos, y mujeres que llevaban cirios, antorchas y lámparas. A los dos lados marchaban cien bueyes blancos, con los cuernos cargados de cadenas de oro y cubierto el lomo con telas de seda de diferentes colores. También iban en ambos lados doscientos corderos extraordinariamente blancos; diez elefantes, que había entonces en Roma; mil doscientos gladiadores, adornados como en las pompas del Circo y vestidos con los tejidos de oro que usan los Romanos; doscientos animales salvajes de especies diferentes, pero domesticados y cubiertos con ricos adornos; carros llenos de actores mímicos y de toda clase de histriones; atletas ejercitados en el pugilato, pero que llevando las manos metidas en saquitos, no libraban verdaderos combates. También iban bufones imitando las luchas de los cíclopes, y ejecutando cosas extraordinarias y maravillosas. Todas las calles resonaban con el ruido de los juegos, de la multitud y de los aplausos; y él, vestido con toga pintada y túnica adornada con palmas, avanzó, como ya hemos dicho, en medio de los senadores y de todos los pontífices, revestidos con la pretexta, llegando así al Capitolio, donde se veían quinientas lanzas doradas, cien enseñas, sin contar las de los diferentes gremios; viéndose también dragones (1) y las enseñas de todos los

---

mano, suplicándole los demás que conservase la autoridad. Augusto mostró ceder con repugnancia á sus excitaciones; y como si considerase el poder carga demasiado pesada, consintió en conservarle solamente por diez años, con objeto, según decía, de restablecer el orden en la República. Cada diez años repitió esta comedia, y murió en el primer año del decenio quinto en el 767. Sus sucesores acostumbraron á celebrar una fiesta al principio de cada decenio, como si fuese la época de la prórroga de su autoridad.

(1) Estos dragones formaban arte de las enseñas romanas.

Biblioteca Nacional de España

templos y de todas las legiones. También se veían allí, representadas por los trajes, diferentes naciones, tales como los Godos, los Sármatas, los Francos y los Persas, no formando cada comparsa menos de doscientas personas.

Aquel príncipe insensato creyó engañar al pueblo con tan inusitada pompa; pero entregándose los Romanos á su afición á las burlas, unos se declaraban en alta voz por Postumio, otros por Regiliano, estos por Aureolo, aquellos por Emiliano ó Saturnino, porque se decía que este último se había declarado también emperador. También se alzaron violentos murmullos acerca del cautiverio de Valeriano, á quien abandonaba sin venganza su hijo, mientras que los extranjeros habían hecho grandes esfuerzos por libertarle. Pero estas quejas no afectaban en lo más mínimo á Valeriano: ¡tan embotado estaba su corazón por efecto de las voluptuosidades! Y preguntaba á los que tenía cerca: «¿Qué comeremos hoy? ¿Qué placeres han preparado? ¿Qué habrá mañana en el teatro? ¿Cuáles serán los juegos del Circo?» Después de realizar aquella marcha solemne y de ofrecer hecatombes á los dioses, regresó al palacio, donde, terminada la comida y habiendo despedido á los convidados, dió órdenes para que se destinaran los días siguientes á regocijos públicos. No olvidaremos un género de burlas que merece se refiera. Mientras que por medio de ridícula ficción se hacía marchar en aquella pompa á los Persas y á su rey, cual si fuese prisionero de los Romanos, se deslizaron entre ellos algunos bufones, buscando minuciosamente por todas partes y examinando con inquietud y sorpresa el rostro de cada cual. Preguntóseles qué buscaban con tanta minuciosidad, y contestaron: «Al padre del Emperador.» Habiendo referido la burla á Galieno, no mostró vergüenza, tristeza ni amor filial, pero mandó quemar vivos á los bromistas; acto de crueldad que desagradó al pueblo mucho más de lo que puede imaginarse, quedando tan disgustados también los soldados, que no tardaron en vengarse.

Odenato, rey de los Palmiranos, consiguió, bajo el

Biblioteca Nacional de España

consulado de Galieno y Saturnino (1), el Imperio de todo el Oriente, porque se había mostrado digno del rango supremo por sus hazañas, mientras permanecía ocioso Galieno, ó no hacía más que cosas vergonzosas, insensatas y ridículas. Odenato comenzó por declarar la guerra á los Persas, para libertar á Valeriano, abandonado por su hijo, é inmediatamente se apoderó de Nisiba y de Carras, cuyos habitantes se le rindieron, reprobando la conducta de Galieno. Sin embargo, Odenato no faltó aparentemente á las consideraciones que se debían al príncipe, y le envió para injuriarle y glorificarse de su triunfo á los Sátrapas, de que se había apoderado (2). Cuando llegaron éstos á Roma, Galieno triunfó de sus enemigos, vencidos por Odenato, sin hacer mención alguna de su padre. A disgusto también le incluyó en el rango de los dioses al tener noticia de su muerte; noticia que resultó falsa, puesto que vivía Valeriano. Odenato, por su parte, sitió á considerable número de Persas, refugiados en Ctesifonte; taló todo el territorio inmediato, y mató multitud de enemigos. Pero habiendo acudido los Sátrapas de todos los países para la defensa común, libráronse muchos combates, y la victoria, por largo tiempo disputada, quedó al fin por los Romanos. El único objeto de Odenato era la liberación de Valeriano, haciendo diariamente nuevos esfuerzos, aunque las innumerables dificultades de país extranjero detenían á cada momento á aquel excelente general.

Mientras ocurrían estas cosas en Persia, invadieron los Scitas la Capadocia, donde se apoderaron de muchas ciudades (3), y después de una guerra, en la que por

(1) En los fastos, este consulado es el sexto de Galieno.

(2) La incoherencia de estas dos frases es evidente. El original dice: «*Nec defuit tamen reverentia Odenati circa Gallienum. Nam captos satrapas insultandi prope gratia et ostentandi sui ad eum misit.*»

(3) Zósimo niega que los Scitas se apoderasen de ninguna ciudad en Capadocia, y pretende que después de haber sitiado muchas se retiraron sin forzarlas.

Biblioteca Nacional de España

mucho tiempo alternaron triunfos y reveses, entraron sus ejércitos en Bitinia. Los soldados pensaron nuevamente en elegir emperador; pero, según su costumbre, Galieno, que no sabía calmarlos ni atraerlos á su partido, los hizo matar á todos. Mientras deliberaban las tropas acerca de la elección de un príncipe digno del mando, Galieno se hacía arconte en Atenas, es decir, primer magistrado, gracias á la vanidad, que le había hecho desear que se le inscribiese entre los ciudadanos atenienses, y que se le iniciase en todos los misterios religiosos que allí se celebraban. Este título no lo habían tomado ni Adriano en el mayor esplendor de su fortuna, ni Antonino en medio de profunda paz, aunque los dos habían cultivado con mucho éxito las letras griegas, y que, según la opinión de los mejores maestros, solamente les aventajaban muy pocos de los sabios más ilustres. Llevando más lejos todavía el desprecio á la República romana, Galieno deseó también se le admitiese en el Areópago. No es posible negar que poseía en notable grado el talento de la palabra y de la poesía, y conocimientos en las bellas artes. Consérvase de él un epitalamio, que se consideró el mejor entre los de otros cien poetas. Habiendo casado los hijos de sus hermanos, y habiéndose dedicado durante muchos días todos los poetas griegos y latinos á recitar los epitalamios que habían compuesto, Galieno cogió de las manos á los novios, y les dijo muchas veces, según refieren algunos autores:

«Marchad, jóvenes queridos, entregaos por completo á todos los placeres de vuestra edad. Arrullad como la paloma, abrazaos como la hiedra, uníos como la perla y la concha.»

Muy largo sería reproducir los versos y los discursos que le colocaron en el primer rango de los poetas y retóricos de su tiempo; pero á un emperador se exigen otros conocimientos que los de poeta y orador.

Hay, sin embargo, que alabar una buena acción en este príncipe. Enterado de que Odenato había batido á

Biblioteca Nacional de España

los Persas, reducido á Nisiba y Carras al poder de los Romanos, conquistado toda la Mesopotamia, y llegado, en fin, á Ctesifonte; que había puesto en fuga al rey, hecho prisioneros á muchos Sátrapas y dado muerte á considerable número de Persas, Galieno, por consejo de su hermano Valeriano y de su pariente Lucilo, dió el título de Augusto á Odenato, compartió el Imperio con él, y mandó que se acuñase moneda en la que se representase á este general llevando cautivos á los Persas; determinación que el Senado, el pueblo y todo el mundo, en fin, recibieron con grandes manifestaciones de regocijo. Tenía además Galieno mucha agudeza, como lo demuestran los siguientes ejemplos. Había mandado soltar en la arena un toro enorme, al que no pudo matar el cazador encargado de combatirlo, aunque se lo llevaron diez veces. Galieno envió una corona á aquel cazador; y como todos los espectadores murmuraban al ver que recompensaba á un hombre tan torpe, contestó por medio del curión: «Es muy difícil errar tantas veces un toro.» Habiendo vendido á su esposa un mercader piedras falsas por finas, cuando se descubrió el fraude, quiso que se la vengase. Galieno mandó prender al vendedor, como para entregarlo á los leones, y en seguida hizo soltar de la jaula un capón. Extrañaba todo el mundo aquella broma, y Galieno hizo decir al curión: «Habiendo engañado, él es engañado á su vez»; y lo puso en libertad. Mientras Odenato guerreaba con los Persas y Galieno se ocupaba, según costumbre, de las cosas más fútiles, los Scitas, que habían construído naves, pasaron á Heráclea, desde donde marcharon á su país con abundante botín, á pesar de un naufragio en que perecieron muchos, y una derrota que sufrieron en el mar.

Por este mismo tiempo pereció Odenato con su hijo Herodes, al que había dado también el título de emperador, víctima de la traición de su primo hermano. Entonces su esposa Zenobia, á la que dejó con dos hijos, Herennio y Timolao, niños todavía, empuñó las riendas del Imperio, y gobernó por mucho tiempo, con vigor no

Biblioteca Nacional de España

muy común en su sexo. No solamente era más digna aquella heroína de ocupar el trono que Galieno, sino que también hubiese sobrepujado en valor y habilidad á muchos emperadores. Cuando Galieno se enteró de la muerte de Odenato, se preparó para hacer la guerra á los Persas, con objeto de libertar á Valeriano de su largo cautiverio, mandando hacer levas al general Heracliano, conducta digna al fin de un príncipe que no ha perdido por completo el pudor. Pero habiéndose puesto en marcha Heracliano contra los Persas, le vencieron los Palmiranos, perdiendo todo el ejército que había reunido. Zenobia gobernaba entonces con enérgica mano á los Palmiranos y á la mayor parte de los pueblos de Oriente. Los Scitas entretanto, navegando por el Euxino, avanzaron hasta el Danubio, realizando actos de bandolerismo en territorio romano. Al tener noticia de esto Galieno, mandó á los bizantinos Cleodano y Ateneo que reparasen las ciudades del Imperio y las fortificasen. Peleóse en las inmediaciones del Ponto, quedando vencidos los bárbaros por los generales bizantinos. También hicieron sufrir á los Godos en el mar sangrienta derrota, mandando Venesiano las fuerzas del Imperio, y encontrando allí muerte gloriosa. Aquellos pueblos asolaron en seguida Cizico y el Asia; después toda la Acaya, siendo vencidos al fin por los Atenienses, á las órdenes de Dexippo, escritor de aquel tiempo. Arrojados de aquellos países, se difundieron por Europa, la Acarnania y la Beocia. Galieno, á quien los males del Imperio apenas sacaban de su embotamiento, marchó contra los Godos, que se habían arrojado sobre la Iliria, y favorecido por la casualidad, mató considerable número de ellos. Al tener noticia de este triunfo los Scitas, se parapetaron con sus carros, tratando de huir por el monte Gessaco; pero Marciano, por su parte, les inquietó con combates, en los que fué inconstante la suerte de las armas, y que impulsaron á toda aquella nación á la revuelta.

El general Heracliano mostró en aquellas circunstancias mucha abnegación por la República. Sin embargo,

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Marciano y él, no pudiendo soportar ya los vicios de Galieno, decidieron, después de celebrar consejo, que uno de ellos tomaría el Imperio; pero Claudio, el hombre más notable de aquella época, como oportunamente demostraremos, aunque no estaba enterado de aquel proyecto, fué elegido emperador, porque se le reverenciaba tan universalmente, que se le consideró digno del trono, demostrando los acontecimientos posteriores que no podían haber hecho mejor elección. De este Claudio desciende el vigilantísimo César Constancio. Secundó á sus partidarios en el proyecto de elevarle al trono, un tal Ceronio ó Cecropio, jefe de los Dálmatas, ayudándoles con tanto celo como prudencia. Como no podían disponer del Imperio en vida de Galieno, decidieron hacerle caer en un lazo, arrancar de las manos de aquel monstruo el cetro del universo, libertar de sus manos al Imperio fatigado é impedir que la República, demasiado tiempo apasionada por el Circo y el teatro, pereciese por el atractivo de los placeres; y para deshacerse de él hicieron lo siguiente: Galieno vivía en mala inteligencia con Aureolo, que se había arrogado el poder; y diariamente esperaba ver avanzar contra él á este rival temible y emprendedor. Enterados Marciano y Cecropio de los temores del Emperador, dieron en seguida orden de anunciarle que se acercaba Aureolo; y reuniendo sus tropas Galieno, marchó para combatirle, siendo muerto por asesinos enviados al efecto. Dícese también que cayó bajo la espada de Cecropio, jefe de los Dálmatas, cerca de Milán, donde inmediatamente mataron á su hermano Valeriano, al que unos dan el título de Augusto, otros el de César, y muchos niegan á la vez los dos nombres; no pareciendo verosímil esta opinión. Porque, en efecto, desde el cautiverio de Valeriano el padre, encontramos inscripto en los fastos el consulado del emperador Valeriano. Ahora bien, ¿de qué Valeriano podría tratarse sino del hermano de Galieno? Uno sola opinión hay acerca de su origen, pero no concuerda completamente con la dignidad, ó para hablar como hoy se hace, con su majestad.

Biblioteca Nacional de España

La muerte de Galieno fué para los soldados pretexto de violenta sedición. Con la esperanza de botín y de inmenso pillaje, gritaron, para enardecer los ánimos, que les habían arrebatado un príncipe indispensable para la República, un jefe hábil y valeroso. Por esta razón se adoptó el partido de calmarles por el medio ordinario, haciendo que Marciano les prometiese veinte monedas de oro, que en el acto se les entregaron; y una sentencia, ordenada inmediatamente por las tropas, dispuso que se inscribiese á Galieno en los fastos públicos como tirano. Calmados los soldados, dióse el Imperio á Claudio, varón de costumbres muy austeras, eminentemente respetable, querido por todos los hombres de bien, amigo de la patria, amado por los senadores y ventajosamente conocido por el pueblo.

Tal es, brevemente relatada, la vida de Galieno, que no existió más que para su vientre y los placeres, y que pasando los días y las noches en la embriaguez y el desorden, perdió al fin la República. Consintió que cerca de treinta tiranos deshonrasen el trono de los Romanos y que mujeres gobernasen mejor que él. Tampoco pasaremos en silencio las despreciables habilidades que ejerció este emperador. En primavera construía dormitorios con rosas y fortificaciones con frutas. Conservaba uvas durante tres años. En lo más recio del invierno presentaban melones en su masa y enseñó la manera de preparar los vinos dulces para todo el año. Hacia que se le sirviesen siempre, fuera de estación, higos verdes y toda clase de frutas frescas. Todos sus manteles eran de tela de oro y usaba copas de oro enriquecidas con piedras preciosas. Usaba también túnica con mangas de las que llevan los hombres, pero bordada de oro. Su tahalí estaba cubierto de pedrería, así como también su calzado militar, al que llamaba coturnos de red. Frecuentemente comió en público y, por medio de congiarios, se captó el afecto del pueblo. Distribuía sentado la espórtula á los senadores. Convocó mujeres á su consejo; y cuando le habían besado la mano, hacía que les diesen cuatro monedas de oro con su efigie.

Biblioteca Nacional de España

Lo que dijo un gran filósofo al recibir noticia de la muerte de su hijo: «Sabía que había engendrado á un mortal», lo repitió al enterarse del cautiverio de su padre: «Sabía que mi padre era mortal.» Hubo, sin embargo, un Annio Cornicula que se atrevió á alabarle como príncipe de firme carácter; adulador no tan despreciable como el mismo Galieno que lo creyó. Este príncipe salía algunas veces del palacio al sonido de la flauta, y regresaba al sonido del órgano, mandando que tocasen en estos instrumentos marcha y retirada. En estío se bañaba seis ó siete veces por día, y en invierno dos ó tres. No bebía más que en copas de oro, despreciando el cristal, considerándolo como materia vulgar. Continuamente cambiaba de vino, y en ninguna comida bebía dos copas del mismo. En la mesa, frecuentemente hacía que sus concubinas se colocasen en su mismo lecho, y casi siempre hacía que entrasen á los postres bufones y mímicos. Cuando iba á los jardines á que dió su nombre, seguíanle todos los palaciegos; marchando delante de él los prefectos y los jefes de los diferentes servicios, admitidos á sus comidas y festines y que hasta se bañaban con él. Frecuentemente también invitaba muchas mujeres á sus festines; y en estos casos elegía para él las más hermosas y jóvenes, dejando para los convidados las viejas y feas; á esto llamaba divertirse cuando estaba perdiendo el mundo romano.

Fué excesivamente cruel con los soldados, haciendo matar á veces tres y cuatro mil en un día. Había mandado que se le erigiese una estatua más alta que el coloso (1) y en el traje con que se representa al sol; pero sucumbió antes de que la terminasen, y tan grande la habían comenzado, que hubiese sido doble que la del coloso. Debían colocarla en la cumbre del monte Esquilino, teniendo en la mano una lanza por la que hubiese podido subir un niño hasta lo alto. Pero Claudio y Au-

(1) El coloso de Rodas.

Biblioteca Nacional de España

reliano consideraron absurda aquella pretensión, tanto más, cuanto que, habiendo encargado también un carro y caballos proporcionados á la estatua, quería que el conjunto se colocara sobre base sumamente estrecha. Proponíase también prolongar el pórtico Flaminiano hasta el puente Miliro y adornar este pórtico con cuatro filas de columnas y hasta cinco, si ha de creerse á algunos autores; dispuestas de manera que la primera fila tuviese pilastras, y delante columnas con estatuas; la segunda fila, la tercera y siguientes, columnas alineadas de cuatro en cuatro. Muy largo sería enumerarlo todo; los que quieran ver más detalles, pueden recurrir á Palfurio Sura, que escribió un diario de la vida de este príncipe. Ahora pasemos á Salonino.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

SALONINO GALIENO.

SUMARIO.

Diferentes opiniones acerca de la vida de este príncipe.—Su estatua.—Origen de la costumbre que permite á los soldados sentarse con el cinturón á la mesa de los emperadores.—Corta digresión acerca de los treinta tiranos.—Duración de los reinados de Valeriano y Galieno.

Nada digno de escribirse ofrece la vida de Salonino, hijo de Galieno y nieto de Valeriano, como no sea la nobleza de su origen, la educación regia que le dieron y la muerte que recibió, no por culpa suya, sino por la de su padre. Muchas opiniones hay relativamente al nombre de este príncipe, á quien unos historiadores llaman Galieno y otros Salonino. Los que le llaman Salonino pretenden que tuvo este nombre porque nació en Salona: otros le llaman Galieno, del nombre de su padre y de su abuelo Galieno, que fué uno de los varones más notables del Imperio. En fin, hasta nuestros días ha subsistido, al pie del monte de Rómulo, es decir, delante de la vía Sacra y por debajo del templo de Faustina, una estatua, que después han trasladado cerca del arco Fabiano, y que ostentaba esta inscripción: «A Galieno el Joven»; nombre al que habían añadido el de Salonino,

Biblioteca Nacional de España

con lo que se le designa claramente. Es evidente que Galieno reinó más de diez años; y hago esta observación porque muchos escritores dicen que pereció en el primer año de su reinado y atribuyen á su época revoluciones de que hablaremos más adelante. Hemos considerado conveniente encerrar en un solo libro la historia de los treinta tiranos, porque hay poco que decir, y porque ya hemos referido en la historia de Galieno muchos acontecimientos que les conciernen. En este libro hemos dicho ya bastante de la vida de Galieno, del que también hemos hablado en la historia de Valeriano; y en el libro intitulado *De los treinta Tiranos*, mencionaremos muchos acontecimientos, que de otra manera habriamos repetido inútilmente. Añadiré que en la vida de este príncipe, de intento he pasado en silencio muchos sucesos cuyo relato hubiese ofendido á sus descendientes.

Sabido es, sin duda, cuán implacable guerra hacen á los escritores los descendientes de aquellos contra los cuales escriben algo. Todos conocen lo que dijo Cicerón en su *Hortensio*, obra escrita en forma de instrucción. Citaré, sin embargo, un rasgo bastante conocido en verdad, pero que no carece de gracia y que, por otra parte, fué origen de nueva costumbre. Habiendo sido invitados algunos militares á un festín del Emperador, la mayor parte de ellos se quitaron el cinturón á la hora de la comida, y el joven Salonino ó Galieno sustrajo, según se dice, aquellas insignias militares, que estaban adornadas con estrellas de oro. Como no era posible reclamar lo que se había perdido en el palacio, los convidados soportaron la pérdida sin decir nada; pero invitados otro día, se sentaron á la mesa con los cinturones. No dejaron de preguntarles por qué no se los quitaban. «Los guardamos, dijeron, para ofrecerlos á Salonino.» Y de aquí procede la costumbre de que los militares se sienten con los cinturones á la mesa del Emperador. No negaré, sin embargo, que la mayor parte de los escritores asignan otro origen á esta costumbre, diciendo que los soldados estaban siempre ceñidos al comer, llamándose militar su

Biblioteca Nacional de España

comida, porque ordinariamente la tomaban antes del combate; y prueba que esta costumbre se refiere solamente á la comida, el hecho de que cenan desceñidos hasta en la mesa del Emperador. Hame parecido bastante interesante esta observación para consignarla aquí.

Pasemos ahora á los treinta tiranos que, en tiempos de Galiano, suscitó el desprecio que inspiraba este detestable emperador. Poco diremos de ellos, porque la mayor parte ni siquiera merecen que se conserve su nombre. Sin embargo, pueden citarse algunos que tenían mucho mérito y que prestaron también grandes servicios al Estado. Las opiniones acerca del nombre de Salonino son tan diferentes, que los que se creen más próximos á la verdad lo hacen derivar del de su madre (1), que se llamaba Salonina, y á la qne amaba con pasión. Llamábase también Pipara (2) y era hija de un rey bárbaro, por cuya razón Galieno y sus amigos se teñían el cabello de color de oro (3). Tal divergencia existe también acerca del número de años de los reinados de Galieno y Valeriano, que, á pesar de estar averiguado que reinaron quince años, ó más bien que Galieno llegó al año décimoquinto, habiendo caído prisionero su padre en el sexto, algunos escritores reducen á nueve, y otros á diez, la duración del reinado de Galieno. Es, sin embargo, cierto que celebró en Roma las decenales, y que después de estas fiestas venció á los Godos, hizo la paz con Odenato, se reconcilió con Aureolo, combatió contra Postumio y Loliano y realizó otras muchas cosas, laudables algunas, pero cuya mayor parte le cubrieron de oprobio; porque, según se dice, pasaba la noche en las tabernas viviendo con rufianes, mímicos y bufones.

---

(1) Sus medallas la dan el nombre de Cornelia Salonina.
(2) Aurelio Víctor la llama Pipa; era hija de Atalo, rey de los Germanos.
(3) Costumbre de los Germanos, entre quienes se educó Salonino.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

SUPLEMENTO.

Zósimo y Zonar refieren de la siguiente manera lo ocurrido entre los Persas después del cautiverio de Valeriano. El primero de estos historiadores habla de este modo:

«Encontrándose en tan deplorable estado los asuntos de Oriente, no quedaba entonces autoridad legítima entre los Romanos. La confusión era horrible y casi no quedaba parte del Estado que no se encontrase sin defensa. Para colmo de desgracia, los Scitas se habían coligado, y una parte de esta nación saqueaba la Iliria, mientras que la otra hacía irrupción en Italia, llegando hasta las puertas de Roma.

»Ocupado Galieno al otro lado de los Alpes, en la guerra con los Germanos, el Senado hizo levas, alistó á cuantos se encontraban en el pueblo capaces de empuñar las armas y reunió un ejército más numeroso que el de los bárbaros. No atreviéndose éstos á combatir, se retiraron de las cercanías de Roma y talaron casi toda la Italia. Los Scitas arruinaron por otra parte la Iliria, quedando todo el Imperio expuesto al pillaje. Una enfermedad contagiosa ocasionó más estragos que nunca, y al mismo tiempo que asolaba las ciudades, parecía que hacía soportables las violencias que los bárbaros habían realizado, produciendo como consuelo á los que sucumbían.

»Asustado Galieno con tantas desgracias, regresó á Italia para arrojar de ella á los Scitas; y al mismo tiempo Cecropio, Mauro, Antonino, Aureolo y otros muchos,

Biblioteca Nacional de España

habiéndose sublevado contra él, recibieron castigo por la revuelta, exceptuando Aureolo, á quien el ejemplo del castigo de los otros no pudo hacerle renunciar al odio que profesaba al Emperador.

»Postumio, general de las tropas que ocupaban las Galias, habiendo intentado separarse de la obediencia que debía al Emperador, y habiendo reunido los soldados que favorecían su conspiración, marchó á Colonia, la puso sitio y aseguró que no lo levantaría hasta que le entregasen á Salonino, hijo de Galieno, que se encontraba dentro. Obligada la guarnición á entregárselo con su preceptor Silvano, los mató y se apoderó de las Galias.

»Los Scitas continuaban causando estragos en Grecia, y habiéndose apoderado de la ciudad de Atenas, avanzó Galieno para combatir á los que se encontraban ya en la Tracia. En cuanto á los asuntos de Oriente, que se encontraban ya en situación casi desesperada, los encargó á Odenato, palmirano, al que habían estimado siempre mucho los emperadores, de la misma manera que sus antepasados. Éste, en cuanto reunió sus tropas con las que se encontraban en Oriente, se opuso energicamente á Sapor, y recobró muchas plazas, entre ellas Nisiba, ciudad muy afecta al partido contrario, y la arrasó. En seguida avanzó por dos veces hasta Ctesifonte, y de tal manera rechazó á los Persas, que fué fortuna para ellos poder refugiarse en las ciudades y conservar en ellas á sus mujeres é hijos; restableciendo como pudo el orden en el país arruinado.

»Encontrándose en Emesa, y cuando celebraba la solemnidad de un natalicio, sucumbió bajo una conspiración tramada por sus enemigos. Su esposa Zenobia, que tenía valor varonil, tomó el mando, y ayudada por su consejo, no trabajó con menos asiduidad y energía que su esposo para la reorganización del país.

»Cuando se encontraban en esta situación los asuntos de Oriente y se ocupaba Galieno en la guerra con los Scitas, supo que Aureliano, que tenía orden de perma-

Biblioteca Nacional de España

ecer en Milán con toda la caballería, para observar el
l ejército de Postumio, había emprendido la obra de
gitar el Imperio y de apoderarse del poder soberano. En
cuanto se enteró de tan desagradable noticia, dejó sus
tropas á Marciano, varón muy experimentado en acha-
ques de guerra, para que continuase la comenzada con
los Scitas, y partió para Italia. Mientras continuaba
la guerra Marciano con resultados muy felices, Galieno
cayó, durante su viaje, en el lazo de que voy á hablar.
Heracliano, prefecto del Pretorio conspiró con Claudio,
el varón más importante del Imperio, para deshacerse de
Galieno, y habiendo encontrado á mano un hombre, ca-
pitán entre los Dálmatas, le encargaron la ejecución de
la empresa. Encontrándose éste de pie en la cena del
Emperador, le dijo acababa de llegar un espía con la no-
icia de que se acercaba Aureolo al frente de un ejército.
Asombrado el Emperador por la noticia, montó inme-
diatamente á caballo y mandó á las soldados que le si-
guiesen. Viendo el capitán que no había guardias en
derredor suyo, le mató, y habiendo recibido los soldados
orden de sus jefes para que permaneciesen tranquilos,
tomó Claudio posesión del poder supremo, que ya se le
había conferido de común acuerdo.»

Zonaro se expresa del siguiente modo:

«Galieno gobernó el Imperio romano cuando cayó pri-
sionero su padre Valeriano. Al partir éste para hacer la
guerra á los Persas, le dejó en Occidente para que re-
chazase á los enemigos que amenazaban la Italia y á los
que saqueaban la Tracia; y aunque tenía solamente un
ejército de diez mil hombres, no dejó de librar batalla
cerca de Milán á treinta mil Germanos, y de ganarla.
Por el mismo tiempo derrotó á los Hérulos, que perte-
necen á la nación de los Scitas y de los Godos, é hizo la
guerra á los Francos.

»Aureolo, nacido en la parte del país de los Godos,
llamada después Dacia, y perteneciendo á familia de baja
estofa, no tuvo en su juventud otra ocupación que la de
pastor. Pero se dedicó á las armas, y andando el tiempo

Biblioteca Nacional de España

consiguió colocación en la caballería, desempeñándo t.
bien su cargo, que se granjeó el favor del Emperad
Habiéndose sublevado después las legiones de la Mesia
y elevado al trono á Ingenuo, Galieno llevó contra-
él sus tropas hasta Sirinio, yendo entre estas tropa
muchos Moros, pueblos de los que se cree que descienden
los Medos. En esta ocasión, Aureolo, que era jefe de
caballería, combatió con tanto valor, que deshizo al ene-
migo, puso en derrota á Ingenuo, á quien mataron sus
propios guardias. Apenas reprimido este rebelde, se alzó
otro, Postumio, en la ocasión que voy á referir. Galieno
tenia un hijo que llevaba su mismo nombre, joven fuerte
y hábil, al que consideraba como su futuro sucesor. Ha-
bíale dejado en Colonia para que desde allí defendiese
los Galos contra las incursiones de los Scitas, y á cau:
de su juventud le había dado por consejero á Albanc
Postumio, á quien al mismo tiempo había encargado la
custodia de las orillas del Rhin é impedir á los bárba-
ros que pasasen á saquear los territorios del Imperio,
habiendo encontrado un grupo de éstos, que habian cru-
zado el río sin ser vistos y recogido rico botín, cayó
repentinamente sobre ellos, los destrozó, recobró el bo-
tín y lo distribuyó entre sus soldados. Pidió Albano que
se llevase todo aquel botín al joven Galieno, y Postumio,
excitando á sus soldados á la sedición, les llevó sobre
Colonia, obligó á los habitantes á que le entregaran el
joven Galieno y á Albano, y en cuanto los tuvo en su
poder los mató. Inmediatamente marchó Galieno contra
Postumio, peleó con él y quedó vencido. Sin embargo,
rehizo sus tropas, libró otro combate á Postumio, le
derrotó y encargó su persecución á Aureolo. Fácil hu-
biese sido á éste alcanzarle y cogerle; pero en vez de
perseguirle, regresó para decir á Galieno que su enemigo
se había retirado con tal precipitación, después de la
derrota, que le había sido imposible darle alcance. Es-
capando de esta manera Postumio, hizo nuevas levas;
Galieno, por su parte, reunió fuerzas contra él y le obligó
á retirarse á una ciudad de las Galias, á la que puso

Biblioteca Nacional de España

n[illegible]o. Pero habiendo recibido allí un golpe en la espalda, el[illegible]rdió el deseo de continuar su empresa.

»Macrino promovió otra guerra á Galieno y trató de apoderarse del poder soberano. Tenía éste dos hijos, Macriano y Quinto, á quienes revistió con el manto imperial, no queriendo él tomarlo porque padecía de una pierna. Con mucha complacencia le recibieron los pueblos del Asia, y después de haberse ocupado un poco tiempo contra los Persas, dió encargo á Balista, á quien había nombrado jefe de caballería, y á su hijo Quinto para que les resistiesen y se preparó para emplear sus principales fuerzas contra Galieno. Este príncipe envió contra Macrino y contra Macriano á su hijo Aureolo y otros jefes, que, habiendo envuelto á los rebeldes, mataron algunos y perdonaron á los otros, como compatriotas, con la esperanza de que volverían á su deber y se meterían á la obediencia del Emperador; pero como continuaban defendiéndose, uno de los que llevaban sus enseñas cayó, y á su ejemplo, los demás rindieron las enseñas, en la creencia de que el primero había bajado la suya para reconocer al Emperador como legítimo soberano, y todos juntos aclamaron á Galieno; de manera que solamente los Pannonios permanecieron con Macrino y Macriano, á quienes inmediatamente cogieron y mataron por temor de que cayesen vivos en manos del Emperador, rindiéndose á éste en seguida. Sin embargo, Galieno envió á Odenato, jefe de los Palmiranos, contra Quinto, hijo segundo de Macrino, que se había apoderado de todo el Oriente. Pero en cuanto se propagó la noticia de la derrota de Macrino y Macriano, muchas ciudades sacudieron el yugo de la obediencia de Quinto y de Balista. Odenato les atacó cerca de Emesa, les venció y mató á Balista, y, á su ejemplo, los habitantes mataron á Quinto. El Emperador recompensó el valor y los servicios de Odenato con el mando de las tropas de Oriente, puesto en que conquistó mucha gloria combatiendo diferentes naciones y hasta á los Persas. El género de su muerte no correspondió á la grandeza de sus

Biblioteca Nacional de España

hazañas, porque tuvo la desgracia de que le asesinase su sobrino. Encontrándose de caza con este joven, le reprendió por haber sido el primero en lanzar su venablo contra un animal que los perros acababan de levantar, y como en vez de obedecer á la reprensión, lanzó otros dos venablos de la misma manera, le quitó el caballo, castigo que consideran muy infamante los bárbaros. Habiendo mostrado su indignación aquel valeroso joven, fué cargado de cadenas y encerrado en un calabozo, y después puesto en libertad á ruegos del hijo mayor de Odenato; mató en un festín á su tío y á su primo, libertador suyo, siendo muerto él en el acto por otros. Aureolo, que como ya hemos dicho, mandaba la caballería, gozando de mucha autoridad, tramó nueva conspiración contra Galieno, se apoderó de Milán y se preparó para dar batalla. Habiendo reunido el Emperador todas sus fuerzas, atacó enérgicamente á los partidarios del rebelde, destrozó á muchos de ellos, le hirió y obligó á encerrarse en Milán, donde le sitió. Mientras corría este príncipe de un lado para otro para atacar á sus enemigos, faltó poco para que su esposa la Emperatriz cayese en manos de ellos; porque estando débilmente guardado el campamento, acercáronse á la tienda donde se encontraba la princesa, y se habrían apoderado de ella, si un soldado, que estaba componiéndose el calzado, no les hubiese visto, y cogiendo en el acto su escudo y su espada no les hubiese detenido, dando tiempo á los otros para que acudiesen á salvar á la Emperatriz. Mientras se ocupaba el Emperador en el sitio de Milán, llegó Aureliano con un cuerpo de caballería, con el propósito de matar al príncipe; comunicó su proyecto á algunos de los más importantes del ejército, que opinaron dejar la ejecución para después de la toma de Milán; pero cuando vieron que estaba descubierta la conspiración, decidieron no perder tiempo, y para estrechar más á Galieno, dieron noticia de una salida del enemigo; y cuando partió, á la hora de la comida, para acudir á su encuentro, encontró unos jinetes que no se apearon ni le tributaron

Biblioteca Nacional de España

los acostumbrados honores, por lo que preguntó á los de su comitiva quiénes eran aquellos jinetes y qué pretendían; contestándole éstos que querían despojarle del poder soberano. En cuanto oyó esto, lanzó á la carrera su caballo, y habríase salvado de no atravesarle un venablo que le lanzó uno de los que le perseguían. El golpe le arrojó al suelo y murió por la pérdida de sangre. Reinó quince años, tanto con su padre Valeriano como solo. Gozaba de ánimo levantado y tenía pasión por la gloria. Su deseo de conceder gracias era tan intenso que nunca negó ninguna y jamás se vengó de aquellos que se declararon contra él y favorecieron á los partidos rebeldes. Así refieren algunos la muerte de Galieno. Otros aseguran que le mató el prefecto Heracliano. Cuando Aureolo marchaba sobre Italia al frente de las legiones de las Galias y Galieno salía á su encuentro con el propósito de combatirle, Heracliano, complicado en la conjuración de Aureolo, y que la había comunicado á un hombre valeroso llamado Claudio, penetró de noche en la tienda de Galieno y le dijo que Aureolo se acercaba con las tropas. Sorprendido con la noticia el príncipe, se levantó apresuradamente y pidió las armas; pero en el mismo momento Heracliano le hirió mortalmente.

»Habiendo muerto Sixto por este mismo tiempo, en el año undécimo de su pontificado, sucedióle Dionisio. Demetrio, obispo de Alejandría, tuvo por sucesor á Pablo de Samosata, que tan pobre idea tuvo del Salvador, que pretendió que lejos de ser Dios, no fué otra cosa que un hombre vulgar. Los obispos de otras iglesias reunieron contra él un concilio, al que asistieron Gregorio Taumaturgo y su hermano Atenodoro, y después de convencer á Pablo de sus errores, le depusieron. Pero como no quería abandonar la sede de aquella Iglesia, los santos padres invocaron el auxilio del emperador Aureliano, quien dispuso se concediese la sede á aquel cuya doctrina aprobasen los obispos de Roma y de Italia: por este medio fué vergonzosamente lanzado Pablo y colocado Domnenis en su lugar.»

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LOS TREINTA TIRANOS

POR TREBELIO POLION.

SUMARIO.

Cyrias huye de casa de su padre y se alía con Sapor á quien excita contra los Romanos.—Mata á su padre y muere á manos de los soldados.—Postumio es elegido emperador en la Galia en el puesto de Salonino—Mátanle los Galos y le reemplazan con Loliano.—Postumio el joven, César primero y después Augusto con su padre, es asesinado con éste.—Loliano, elegido emperador después de la muerte de Postumio, es asesinado en seguida por los soldados.—Su elogio.—Salva al Imperio de gravísimo peligro.—Victorino se une á Postumio contra Galieno y queda solo emperador después de la muerte de éste y de Loliano.—En Colonia le mata un soldado y también á su hijo. —Victorino el joven, nombrado César después de la muerte de su padre, sucumbe en seguida.—Tumbas del padre y del hijo cerca de Colonia.—Mario, primeramente herrero y tres días después emperador.—Su prodigiosa fuerza.—Le mata su antiguo compañero de trabajo.—Su arenga á los soldados.—Ingenuo elegido emperador por las legiones de la Mesia; derrotado por Galieno, se mata.—Crueles venganzas de Galieno. —Regiliano, elegido emperador en la Mesia.—Sus triunfos contra los Sármatras.—Le matan sus propias tropas.—Debe el Imperio á una broma de algunos soldados.—Claudio le elogia mucho en una carta.—Los ejércitos de la Iliria elevan al trono á Aureolo.—Galieno, después de haber ajustado la paz con él, le mata en una batalla y le eleva una tumba muy modesta.—A propuesta de Balista, Macriano se hace nombrar emperador, con sus hijos Macriano y Quieto.—Un general de Aureolo le vence y mata con su hijo Macriano.—Macriano el joven obtiene el Imperio con su padre y muere con él.—Quieto, nombrado emperador con su padre y su hermano, es muerto por

Biblioteca Nacional de España

Odenato, después de sucumbir aquéllos.—Costumbre especial de la familia de los Macrianos.—Odenato, jefe de los Palmiranos, se apodera del trono en Oriente, con su esposa Zenobia y sus tres hijos, Herodes, Herenniano y Timolao.—Marcha contra los Persas y pone en fuga á su rey Sapor. Hace perecer á Quieto, hijo de Macriano y perece él con su hijo Herodes á manos de su sobrino Meonio.—Sus talentos militares.—Su pasión por la caza.—Herodes obtiene el Imperio con su padre Odenato.—Sus afeminadas costumbres.—Meonio, proclamado emperador, hace perecer á su primo Odenato y es asesinado por sus tropas.—Muere Balista por orden de Odenato ó de Aureolo.—Su mérito.—Valens, procónsul de Acaya, se hace emperador para escapar de Pison, enviado por Macriano para matarle, y le asesinan sus soldados.—Valens el viejo, tío segundo del anterior, muere en tiempo de los predecesores de Galieno, después de algunos días de reinado en la Iliria.—Pison, enviado por Macriano para matar á Valens, se proclama emperador y es muerto por éste.—Un senatusconsulto le concede después de su muerte grandes honores.—Emiliano, objeto del furor sedicioso de los Egipcios, se hace nombrar emperador por el ejército.—Sus victorias sobre los bárbaros.—Mátale Theodoto, general de Galieno.—Una costumbre peculiar de Egipto.—Los soldados elevan al trono á Saturnino y le matan en seguida.—Sus talentos militares y sus virtudes.—Tétrico el viejo es nombrado emperador por Victoria, que da á su hijo el título de César.—Véncele Aureliano que le lleva en triunfo á Roma, concediéndole en seguida grandes honores. Victoria nombra César á Tétrico el joven.—Aureliano le lleva en triunfo con su padre y le trata honrosamente.—Un general de Galieno mata á Trebeliano, elegido emperador en Isauria.—Herenniano, hijo de Odenato solamente es emperador en el nombre, bajo Zenobia.—Su hermano Timolao solamente se distingue de él por su saber.—Celso es elegido emperador en la Libia.—Es asesinado en el séptimo día de su Imperio.—Los perros devoran su cadáver y es ahorcado en efigie.—Zenobia se apodera del Imperio después de la muerte de su esposo Odenato.—Véncela Aureliano, que la lleva prisionera á Roma y se justifica en una carta de haber triunfado de ella.—Su elogio.—Su castidad.—Su lujo.—Su retrato.—Su género de vida.—Sus conocimientos.—Su esplendor en Roma el día del triunfo de Aurealiano.—Victoria, llamada *Madre de los soldados*, hace dar el Imperio á Tétrico.—Tito, elegido emperador bajo Maximino, es muerto después de seis meses de reinado.—Su esposa Calfurnia recibe grandes honores en homenaje á su virtud.—Censorino llega al trono, bajo Claudio, en avanzada edad, después de haber desempeñado varias veces las dignidades más altas.—Sus propios soldados le matan.—Sus descendientes.

Biblioteca Nacional de España

Habiendo escrito ya muchos libros, no como erudito ó historiador, sino en estilo llano y familiar, llego á la época en que se vió el gobierno invadido por treinta tiranos, bajo el reinado de Galieno y Valeriano, cuando se encontraba comprometido éste en las dificultades de la guerra con los Persas y Galieno era objeto de desprecio, no solamente de los hombres, sino que también de las mujeres, como veremos en su lugar. La vida de los que entonces se arrojaron sobre el trono en las diferentes partes del Imperio es tan obscura, que no puede exigirse ni al escritor más instruído que la relate detalladamente. Además, todos los historiadores que han escrito en griego ó en latín, han omitido algunos de estos usurpadores y ni siquiera mencionan sus nombres. En fin, muchos de ellos difieren bastante en los sucesos que refieren. He unido, pues, en un solo libro, y muy breve, para no repetir inútilmente, la mayor parte de los acontecimientos referidos, ya en la vida de Valeriano ó en la de Galieno.

CYRIAS.

Rico y de noble origen, huyó éste de la casa de su padre Cyrias, cuya virtuosa vejez avergonzaba con su desorden y libertinaje. Dueño de considerable masa de oro y de gran cantidad de plata que había sustraído á su padre, trasladóse á Persia, donde aliándose con el rey Sapor, le decidió á hacer la guerra á los Romanos; arrastrando primeramente á Odenato y después al mismo Sapor al territorio del Imperio. Después de la toma de Antioquía y de Cesárea, recibió el título de César y mas

Biblioteca Nacional de España

adelante el de Augusto. Quebrantando todo el Oriente con sus audaces empresas, hizo morir á su padre (cosa que niegan muchos autores), cayendo él mismo bajo los golpes de sus propios soldados, cuando Valeriano marchaba contra los Persas. Esto es todo lo que los historiadores refieren de este hombre, que debió su celebridad á su fuga, á su parricidio, á su cruel tiranía y á su extraordinaria lujuria.

POSTUMIO.

Famoso era Postumio por su valor en la guerra, por su prudencia en la paz y por la austeridad de su vida. Por esta razón le encargó Galieno su hijo Salonino, que se encontraba en la Galia, como al hombre más capaz de velar por su vida, de formar sus costumbres y moderar sus acciones para que fuesen dignas de un príncipe. Pero más adelante, según dicen muchos autores, á pesar de que su carácter parece desmentirles, Postumio faltó á su deber, asesinó á Salonino y se apoderó del Imperio. Otros aseguran que detestando los Galos á Galieno é indignándose al ver reinar sobre ellos un niño, eligieron emperador al que gobernaba en su nombre y enviaron soldados para que matasen al príncipe. Después de la muerte de Salonino, el ejército y todos los Galos recibieron con regocijo á Postumio; que de tal manera se condujo durante los siete años de su reinado, que restableció la paz en las Galias, mientras Galieno vivía en el desenfreno y envejecía en el vergonzoso amor de un bárbaro. Sin embargo, Galieno le hizo la guerra, siendo

Biblioteca Nacional de España

herido de un flechazo durante aquella expedición. Extraordinaria era la adhesión de todos los pueblos de la Galia á Postumio, porque había rechazado todas las naciones de la Germania y devuelto al Imperio romano la seguridad de que gozaba anteriormente. Pero mientras gobernaba con toda la prudencia que podía desearse, movidos los Galos por su natural inconstancia y por las intrigas de Loliano, le dieron muerte. Puede juzgarse del mérito de Postumio por lo que dice Valeriano en la siguiente carta á los habitantes de las Galias: «Hemos nombrado á Postumio general de las tropas acampadas allende el Rhin, y gobernador de la Galia. Le he considerado bajo todos conceptos como el hombre más digno de mandar á los Galos y de mantener solamente con su presencia la disciplina en los campamentos, la equidad en el foro, los derechos de los particulares en los tribunales y la dignidad de los magistrados, á fin de asegurar á cada cual lo que le pertenece. Es hombre á quien admiro por singular modo y que merece ser representante del príncipe. Espero que me agradeceréis la elección. Si me equivoco acerca de él, estad seguros de que no hay en el mundo nadie en quien confiar. He conferido á su hijo Postumio el tribunado de los voconcianos, porque es joven que reproducirá las costumbres de su padre.»

POSTUMIO EL JOVEN.

Todo cuanto puede decirse de este joven se reduce á lo siguiente: que su padre le nombró César; que en seguida compartió con él el título de Augusto, y que los dos fueron muertos cuando Loliano, elegido por los Galos

Biblioteca Nacional de España

para el puesto de Postumio, tomó las riendas del gobierno. Lo único digno de mención es que tenía tal talento en el arte de las declamaciones que, según se dice, sus conferencias fueron incluídas en la obra de Quintiliano, bastando leer un solo capítulo para reconocer uno de los declamadores más hábiles.

LOLIANO.

La sublevación de Loliano en la Galia fué causa de la muerte de Postumio, el hombre más valiente de su época y que había robustecido el Imperio romano, quebrantado ya por los desórdenes de Galieno. También era Loliano muy animoso, pero la sublevación disminuyó la autoridad de que gozaba entre los Galos. Matóle Victorino, hijo de Victorina ó de Victoria, la que recibió después el nombre de *Madre de los campamentos*, y fué honrada con el título de Augusta, aunque rehusaba tomar sobre sí la pesada carga del gobierno, entregando el Imperio primeramente á Mario, después á Tétrico y últimamente á su hijo. Loliano prestó servicios importantes á la República; recuperó y restauró la mayor parte de las ciudades de la Galia y algunas fortificaciones que construyó Postumio, durante los siete años de su gobierno, sobre el mismo territorio de los bárbaros, y que, inmediatamente después de su muerte, destruyeron é incendiaron los Germanos. Loliano pereció á manos de sus soldados á causa de su extraordinaria actividad. Así, pues, mientras Galieno perdía la República, Postumio y después Loliano, más adelante Victorino y últimamente Tétrico (porque nada digo de Mario), fueron en la Ga-

Biblioteca Nacional de España

lia las columnas del Imperio romano. Sin duda los dioses mismos los dieron á la República para que los Germanos no aprovechasen el desorden que producían los monstruosos desenfrenos de aquella calamidad pública para invadir el territorio del Imperio. Porque si aquellos pueblos se hubiesen lanzado sobre las tierras romanas al mismo tiempo que los Godos y los Persas, habrían concluído el poder romano y este venerable nombre. La vida de Loliano es muy obscura en muchos puntos, y lo mismo sucede con la de Postumio, dos príncipes que debieron su fama antes á su mérito personal que á la nobleza de su alcurnia.

VICTORINO.

Viendo Postumio el padre que Galieno le atacaba con fuerzas considerables, comprendió que no tenía bastantes tropas y que necesitaba del socorro de otro príncipe. Fijóse en Victorino, que gozaba de mucha experiencia militar, nombróle colega en el Imperio y marchó con él contra Galiano; pero aunque habían obtenido refuerzos de los Germanos y llevaron despacio la guerra, al fin fueron vencidos. Habiendo sido muerto Loliano por aquel mismo tiempo, quedó Victorino solo como emperador Como éste había contraído la costumbre de corromper las esposas de sus soldados y de los que seguían al ejército, un actuario, cuya esposa había seducido, tramó una conspiración contra él en Colonia y le mató. Habían dado el título de César á su hijo Victorino, llamado así del nombre de su madre Victorina ó Victoria,

Biblioteca Nacional de España

á la que también llamaban *Madre de los campamentos*. Pero en cuanto mataron á su padre en Colonia inmolaron también al niño. Refieren algunos escritores considerable número de hechos que demuestran el valor de Victorino, y que hubiese sido excelente emperador á no dominarle la pasión por las mujeres. Creemos bastará referir aquí un pasaje del libro de Julio Ateriano, en el que habla así de Victorino: «No conozco á nadie que pueda preferirse á Victorino, que gobernó la Galia después de Junio Postumio; ni Trajano por el valor, ni Antonino por la bondad, ni Nerva por la autoridad, ni Vespasiano por la buena administración del tesoro, ni Pertinax ó Severo por la austeridad de las costumbres y por la firmeza en el mando. Pero de tal manera quedaron dominadas estas cualidades por el desenfreno y el amor á las mujeres, que nadie se atreve á escribir el elogio de un príncipe que por unánime confesión mereció su fin.» Después de este juicio que la historia forma de Victorino, creo haber hablado bastante de sus costumbres.

VICTORINO EL JOVEN.

Todo cuanto se refiere de Victorino el joven es que era nieto de Victoria é hijo de Victorino, que su padre y su abuela le nombraron César el día mismo en que pereció Victorino, y que inmediatamente le mataron los soldados. Cerca de Colonia se ven dos sepulcros muy modestos, reunidos por una losa pequeña de mármol, en la que se lee esta inscripción: AQUÍ ESTÁN COLOCADOS LOS DOS TIRANOS VICTORINOS.

Biblioteca Nacional de España

MARIO.

Después de la muerte de Victorino, Loliano y Postumio, Mario, que, según dicen, había comenzado por ser herrero, reinó durante tres días. Ignoro qué otra cosa puede decirse, sino es que toda su celebridad la constituye aquel corto reinado. Lo que decía Cicerón burlándose de aquél cónsul sustituído, que solamente lo fué durante seis horas de la tarde: «Hemos tenido un cónsul tan vigilante y rígido, que nadie durante su magistratura ha comido, cenado ni dormido»; podría, en cierto modo, decirse de Mario que, proclamado emperador el primer día, aparentó reinar el segundo, y fué asesinado el tercero. Sin embargo, fué varón intrépido que ascendió por grados hasta el Imperio. Generalmente se le conocía como trabajador en hierro con el nombre de Mamurio, y algunos con el de Vecturio (1). Pero no hay para qué hablar de esto. Añadiremos, sin embargo, que nadie tuvo más fuerza que él en el puño, bien para descargar un golpe, bien para poner un objeto en movimiento. Parecía que sus manos no tenían venas, sino solamente nervios. Dícese que rechazaba con el pulgar carros lanzados contra él, y golpeando con un dedo solamente á hombres robustos, experimentaban un dolor

(1) El obrero que en tiempo de Numa construyó los once escudos sagrados, llamábase Mamurrio Veturio ó Vecturio. Dícese que pidió como precio de su trabajo que los sacerdotes salianos pronunciasen su nombre en sus cánticos.

Biblioteca Nacional de España

tan vivo como si el golpe fuese de una vara ó barra de hierro; en fin, deshacía con los dedos objetos sumamente duros. Matóle un soldado que en otro tiempo fué su compañero de trabajo en un taller de herrería, y al que despreció cuando obtuvo un mando en el Imperio. Añádese que este soldado le dijo al herirle: «Tú mismo forjaste esta espada.» Según se refiere, la primera arenga de Mario á los soldados fué como sigue: « Bien sé, compañeros, que pueden censurarme mi antiguo oficio, del que todos vosotros sois testigos. Pero con relación á esto, que cada cual diga lo que quiera con tal de que sepa yo siempre manejar el hierro, y que ni el vino, ni los perfumes, ni las mujeres, ni las tabernas me bastardeen como á Galieno, príncipe indigno de su padre y de su nacimiento. Que se me moteje por mi oficio de armero con tal de que las naciones extranjeras aprendan por sus derrotas que he manejado el hierro en Italia. Que toda la Alemania, que toda la Germania, que todas las naciones que lindan con estos países reconozcan en los Romanos un pueblo nacido para las armas, y teman sobre todo mi espada. Digo esto porque lo único que podrá censurarme el impúdico Galieno es que he construído espadas y armas.»

INGENUO.

Siendo cónsules Fusco y Basso (1) cuando Galieno, continuamente entregado á los placeres, pasaba la vida

(1) Ingenuo se sublevó, pues, contra Valeriano y no contra Galieno, á no ser que éste se encontrase asociado por su padre en el mando. En efecto, bajo este consulado hizo Valeriano sus preparativos de guerra contra los Persas.

Biblioteca Nacional de España

entre libertinos, mímicos y cortesanas, y perdía sus buenas inclinaciones en continuos excesos de lujuria, Ingenuo (1), que gobernaba entonces la Pannonia, fué proclamado emperador por el ejército de la Mesia á petición de las legiones pannonianas. Nunca atendieron mejor los soldados á las necesidades de la República, atacada entonces por los Sármatas, que al elegir un príncipe cuyo valor podía remediar las necesidades del Estado. El motivo que llevó á Ingenuo á apoderarse del poder fué el temor de que su bravura le hiciese sospechoso á los emperadores, así como los servicios que había prestado á la República y (lo que especialmente alarma á los que gobiernan) el cariño que le mostraban los soldados. Pero Galieno, vergonzosamente sumido en la crápula, era también, cuando la necesidad le obligaba, activo, valiente, violento y cruel. Dando batalla á Ingenuo le venció y le mató; empleando entonces rigores extraordinarios contra los soldados y los habitantes de la Mesia. Nadie quedó al abrigo de su crueldad; y tan lejos llevó la venganza y la barbarie, que despobló la mayor parte de las ciudades de aquella comarca. Dícese que Ingenuo, cuando vió á su enemigo dueño de la ciudad donde mandaba, entró en su casa y se mató; prefiriendo terminar de aquella manera á caer en manos de tan implacable tirano. Consérvase una carta de Galieno á Celer Veriano que demuestra toda la ferocidad de su carácter; la reproduciré para demostrar que aquel monstruo de lujuria desplegaba en ocasiones inaudita crueldad: «Galieno á Veriano. No quedaré satisfecho si te limitas á matar los soldados, porque pudo ocurrir su muerte por accidentes de guerra. Es necesario dar muerte á todos los hombres, hasta á los ancianos y niños, si esto es posible, sin exponernos á descontento demasiado enérgico. Es necesario matar á cuantos han tenido malas intenciones contra mí. Debe exterminarse á todos los

(1) Las medallas dicen *Ingenus*, y Aurelio Víctor le llama *Ingebus*.

Biblioteca Nacional de España

que han hablado mal de mí, de mi hijo, de Valeriano, de mi padre y hermano, de tantos príncipes. Recuerda que Ingenuo fué proclamado emperador. Rasga, mata, extermina; penetra bien en mis intenciones y enardécete con la ira del que te escribe.»

REGILIANO.

En el destino público estaba que, durante el reinado de Galieno, todo el que podía apoderarse del trono se apoderase de él. Regiliano, jefe de las legiones de la Iliria, fué proclamado emperador por los habitantes de la Mesia, que habían sido vencidos por Ingenuo, y á cuyos parientes había castigado cruelmente Galieno. Regiliano consiguió notables victorias contra los Sármatas; pero víctima de una conspiración de los Rosolanos, en la que entraron los soldados y habitantes de aquella provincia, que temían ver á Galieno comenzar de nuevo sus crueldades, recibió la muerte. Tal vez sorprenderá la manera cómo obtuvo Regiliano el Imperio. Una broma militar le dió la corona. Un día, en que tenía á su mesa varios soldados, el tribuno Valeriano, que se encontraba entre los convidados, preguntó: «¿De dónde creéis que procede el nombre de Regiliano?», y otro contestó en seguida: «De una palabra que significa reinar.» Entonces, otro, que había estudiado gramática, comenzó á declinar *Rex*, *regis*, *regi*, «Regiliano». Los soldados entonces (y sabido es con cuánta facilidad dicen lo que se les ocurre) añadieron: y «¿Luego puede ser rey?» Otros dijeron: «¿Luego puede gobernarnos?»

Biblioteca Nacional de España

Exclamando algunos: «Un dios te ha dado el nombre de rey.» En una palabra, á la mañana, siguiente, al presentarse, le saludaron como emperador los capitanes de su ejército, obteniendo así, por una broma, lo que otros no alcanzaron sino á fuerza de audacia y de prudencia. No es posible negar que Regiliano fuese general eminente; pero hacía mucho tiempo que era sospechoso á Galieno por la única razón de que parecía digno del trono. Era dacio de origen, y á lo que se pretende pariente de Decibalo. Existe una carta del emperador Claudio, escrita antes de su advenimiento, en la que felicita á Regiliano, que mandaba en la Iliria, por haber devuelto aquella comarca al Imperio, cuando la indolencia de Galieno dejaba perder todas las provincias. Como esta carta se hizo pública entonces, y la he encontrado en los archivos, he creido deber copiarla aquí. «Claudio á Regiliano, salud. Honor es para la República tener en ti, en estos tiempos de guerra, tan hábil general. También es honor para Galieno, aunque nadie le dice la verdad, ni acerca de los que le sirven bien, ni de los que le sirven mal. Bonito y Celso, guardias del príncipe, hanme dicho cuánto valor desplegaste en la batalla de Scupos; cuántos combates libraste en un solo día y con cuánta rapidez venciste. Nuestros padres te hubiesen considerado digno del triunfo. Pero ¿á qué estos elogios? Pensando en cierto presagio deseo que venzas siempre impunemente. Ruégote me envíes arcos de Sarmacia y dos sayos, pero guarnecidos de hebilla, puesto que te he enviado de las nuestras.» Esta carta demuestra el aprecio que Regiliano había inspirado á Claudio, quien, en aquel tiempo, era el general cuya opinión tenía más autoridad. Regiliano no fué ascendido por Galieno, sino por su padre Valeriano, así como Claudio, Macriano, Ingenuo, Postumio y Aureolo, todos los cuales murieron en el trono, del que fueron dignos. Cosa notable es que todos aquellos á quienes otorgó mando Valeriano, fueron, andando el tiempo, elevados al trono por aclamación de los soldados; lo cual de-

Biblioteca Nacional de España

muestra que aquel prudente anciano consultaba siempre, en la elección de generales, los verdaderos intereses del Estado. Pero el destino no permitió á aquel excelente príncipe que continuase reinando. Pluguiese á los dioses que, los que se apoderaron del trono después de él, hubiesen vivido, ó que el reinado de su hijo Galieno hubiese sido más corto, para que la República conservara libremente su poder. Pero la fortuna se mostró muy cruel al abandonar á Valeriano y algunos otros buenos príncipes, y dejando á Galieno por tanto tiempo dueño del Imperio.

AUREOLO.

De la misma manera que todos los generales de aquella época, Aureolo, jefe de los ejércitos de Iliria, vióse obligado por los soldados, que despreciaban á Galieno, á apoderarse del trono. Cuando Macriano y su hijo marcharon contra Galieno, Aureolo se apoderó de parte de su ejército, que era considerable, reuniendo con estas tropas otras igualmente infieles á su juramento. Habiéndole robustecido como emperador estas tropas, después de intentar inútilmente Galieno destruir un adversario tan formidable, hizo la paz con él para atacar á Postumio, á quien ya hemos dado á conocer y de quien todavía habremos de hablar, así como de Aureolo. Después de la muerte de Galieno, habiendo marchado Claudio contra aquel mismo Aureolo, le mató cerca de un puente (1), al que hoy se da el nombre de puente de

(1) Aurelio Víctor dice que Aureolo fué vencido, pero no muerto, cerca de este puente, á trece millas de Bérgamo y treinta

Biblioteca Nacional de España

Aureolo, elevándole, como á tirano, modestísima tumba. Todavía se lee en ella un epitafio griego concebido en estos términos:

«Vencedor del tirano Aureolo, después de muchos combates, el dichoso Claudio le ha erigido esta tumba. Este honor lo tributa á sus restos un príncipe muy digno de sobrevivirle, y que le habría dejado la vida si en su noble abnegación por su emperador, los soldados no hubiesen exigido la muerte de sus indignos competidores, y especialmente de Aureolo. Pero la tumba elevada á la memoria de este rebelde, y el puente que lleva su nombre, son monumentos de la clemencia del vencedor.»

La necesidad de ser verídico me ha hecho reproducir estos versos traducidos por un gramático, porque no hubiese sido posible expresarlos mejor. Mi objeto principal es la veracidad de la historia, y este mérito vale para mí mucho más que la gloria de la elocuencia, que en manera alguna busco. Trato de presentar acontecimientos y no palabras, sobre todo en el relato de tantos hechos, puesto que me he propuesto escribir á la vez la vida de los treinta tiranos.

---

y dos de Milán, y que su vencedor fué Galieno y no Claudio. Zósimo y Zonaro, que atribuyen su muerte á los soldados, representan su sumisión como voluntaria, y el último le supone nuevos proyectos de sublevación. «Aureolo—dice Zósimo—que desde mucho antes había sacudido el yugo de la obediencia á Galieno, se sometió á Claudio. Pero en cuanto estuvo en sus manos los soldados le mataron en odio á su sublevación.» Zonaro dice: «Aureolo depuso las armas después del advenimiento de Claudio, y se sometió á su obediencia. Pero habiendo formado después nuevos proyectos de sublevación le mataron los soldados.»

La tumba de que se habla aquí estaba entre Milán y Bérgamo, en un paraje situado cerca del Adda, y el nombre de *pons Aureoli* que se dió á aquel lugar, se ha conservado en cierto modo en el de *Pontirolo*, que lleva hoy.

Biblioteca Nacional de España

MACRIANO (1).

Durante el cautiverio de Valeriano, que por mucho tiempo fué el varón más importante de la República, y más adelante uno de los emperadores más valerosos, pero que al fin tuvo la suerte más desgraciada, bien envejeciendo en la esclavitud de los Persas, bien dejando una posteridad indigna de él, Balista, prefecto de este príncipe, y Macriano, el primero de este nombre, viendo que Galieno era más despreciable cada día, y las tropas descontentas pedir otro emperador, se reunieron para deliberar acerca del partido que debía tomarse, resolviendo, puesto que Galieno se encontraba entonces muy lejos y Aureolo había usurpado ya el trono, elegir emperador, de tal mérito, que no se atreviese á declararse ningún tirano en frente de él. Meonio Astyanax, que estuvo presente en la deliberación, refiere que se expresó así Balista: «Ni mi edad, ni mi condición, ni mis gustos, me permiten pensar en el Imperio, y sin embargo, no puedo negar que busco un buen emperador. Mas ¿quién podrá ocupar dignamente el puesto de Valeriano? Necesitaríase, oh Macriano, un hombre como tú, lleno de valor, firmeza é integridad, á quien todos estimasen, y lo que importa más para el trono, que fuese opulento. Ocupa, pues, un puesto debido á tus virtudes; empléame por todo el tiempo que quieras en

(1) Zonaro llama á este emperador Macrino y á su hijo Macriano.

Biblioteca Nacional de España

servicio de la República, y merece, por tu conducta, que el mundo romano se felicite al tenerte por jefe.» Macriano contestó: «Convengo, oh Balista, que conviene dar el Imperio á un varón prudente. Quisiera, sin duda, acudir en socorro del Estado y arrojar del trono al odioso príncipe que lo deshonra; pero mi edad no consiente que pretenda el poder. Soy viejo y no puedo montar á caballo para dar ejemplo á los demás. Necesito bañarme con frecuencia; acostumbro á vivir con cierta comodidad, y mis riquezas me han hecho renunciar desde mucho tiempo á la vida de los campamentos. Debe elegirse á jóvenes; no basta uno, necesítanse dos, y hasta tres, que hagan un solo cuerpo de las diferentes partes del Imperio, que Valeriano ha perdido por su fatal destino, y Galieno por los desórdenes de su vida.» Por estas palabras comprendió Balista que Macriano quería hacerle pensar en sus hijos, y replicó entonces: «Confiamos la República á tu prudencia; danos por emperadores á tus hijos Macriano y Quieto, jóvenes cuyo valor es conocido, y á quienes Valeriano nombró ya tribunos. Es indudable que mientras reine Galieno no podrán vivir en seguridad á causa de su mérito.» Viendo Macriano que le comprendían, dijo: «Consiento en esa elección y prometo, sobre mi caudal, doble paga á los soldados. En cuanto á ti, Balista, continúa, por mi, con el mismo celo en tus funciones de prefecto, y provee de víveres las plazas que los necesiten. Por mi parte haré conocer á Galieno, á ese infame libertino, qué jefes mandan en nombre de su padre.» Fué, pues, elegido emperador Macriano, con sus hijos Macriano y Quieto, por unánime consentimiento de las tropas. En seguida marchó contra Galieno, abandonando los asuntos de Oriente; pero cuando llegó á la Iliria, en los confines de la Tracia, al frente de cuarenta y cinco mil hombres, tuvo que combatir con Aureolo, siendo vencido y muerto con sus hijos. Treinta mil soldados suyos pasaron en seguida al bando opuesto, siendo el vencedor de Macriano, Domiciano, general de Aureolo. Domi-

Biblioteca Nacional de España

ciano era muy valeroso y activo, y pretendía descender del emperador del mismo nombre y de Domicila. Pero volviendo á Macriano, no debe pasar en silencio el juicio que mereció á Valeriano en la oración que dirigió al Senado desde las fronteras de la Persia, y de la que reproduciremos el siguiente párrafo: «Ocupado en la guerra con los Persas, encargo, padres conscriptos, todo el Imperio á Macriano, hábil general, cuya fidelidad conocéis, cuya adhesión he experimentado y que ha sabido hacerse amar y temer á la vez del soldado. Obrará, pues, con los ejércitos según exijan las circunstancias. Esta resolucion, que no es nueva para mí, padres conscriptos, no debe sorprenderos. Macriano, niño todavía, dió pruebas de valor en Italia; adolescente en la Galia; joven en la Tracia; hombre formado en África; y, en fin, viejo ya, en Iliria y Dalmacia. En difetentes combates se le vió desplegar bravura superior á todo elogio. Añadid á esto que tiene hijos dignos de formar parte de nuestro consejo y de ser admitidos en nuestra amistad, etcétera.»

MACRIANO EL JOVEN.

En la vida de Macriano se han dicho ya muchas cosas de las de este joven, que nunca hubiese sido emperador, á no ser por la confianza que inspiraba la prudencia de su padre. Cítanse sorprendentes rasgos del valor que demostró en su juventud; pero en la guerra no basta el valor. Este animoso emperador fué vencido con su padre cuyo mérito y prudencia le habían valido el Impe-

Biblioteca Nacional de España

rio; y como antes dijimos, perdió treinta mil hombres. Era su madre de noble alcurnia, y su padre un soldado bravo y ardoroso en la guerra, que, desde los puestos más humildes, llegó hasta el mando de los ejércitos y el poder supremo.

QUIETO (1).

Como ya dijimos, Quieto era hijo de Macriano, y fué nombrado emperador con su padre y hermano por consejo de Balista. Pero en cuanto se enteró Odenato, que hacía mucho tiempo ocupaba el Oriente, de que Aureolo había vencido á Macriano, el padre, y á sus dos hijos Macriano y Quieto, se apresuró, como para vengar á Galieno, á matar á Quieto con el prefecto Balista. Este joven, digno hijo de Macriano, merecía, lo mismo que su hermano, mandar á los Romanos; y los dos hubieran podido reparar los males de la República. A propósito de la familia de los Macrianos, que todavía florece hoy, creo deber mencionar una particularidad que siempre la ha distinguido. Los hombres han llevado constantemente en sus anillos y objetos de plata, y las mujeres, en sus brazaletes y joyas, en una palabra, sobre todos los objetos destinados á su adorno, la imagen de Alejandro Magno de Macedonia. Hoy mismo se ve á las mujeres de esta familia llevar esta imagen bordada en diferentes colores en sus túnicas, cinturones y mantos. No hace mu-

(1) Zonaro le llama Quinto, pero las medallas dicen *Quietus*.

Biblioteca Nacional de España

cho tiempo vimos á Cornelio Macer, que pertenece á esta familia, presentar al Pontífice, en una comida que dió en el templo de Hércules, una copa de ambar, en cuyo centro estaba grabada la cabeza de Alejandro, y alrededor la historia de su vida, representada por figuritas en relieve; hasta la hizo pasar de mano en mano á todos los convidados, grandes admiradores de aquel héroe. Refiero esta particularidad porque se pretende que los que llevan habitualmente sobre ellos la imagen de Alejandro, cincelada en oro ó plata, triunfan en todas sus empresas.

ODENATO.

El Imperio de Oriente habría terminado si Odenato, jefe de los Palmiranos, no se hubiese apoderado del trono, después del cautiverio de Valeriano y las pérdidas experimentadas por la República romana. Apoderándose, pues, del poder Real con su esposa Zenobia, con su hijo mayor, llamado Herodes, y los dos menores, Herenniano y Timolao (1), reunió un jército y marchó contra los Persas. Redujo primeramente á su poder Nisiba y la mayor parte de las ciudades del Oriente, así como también toda la Mesopotamia, y en seguida persiguió á Sapor y á sus hijos hasta Ctesifonte; le cogió sus concubinas, recogió sobre él inmenso botín y se dirigió hacia el Oriente con la esperanza de anonadar á Macriano, que disputaba el

(1) Polion atribuye tres hijos á Odenato. Vopisco, en la vida de Aureliano, cita otro, Balbato.

Biblioteca Nacional de España

Imperio á Galieno. Pero Macriano, que había partido ya para combatir á Aureolo y Galieno, pereció en aquella empresa, y Odenato mandó matar á su hijo Quieto. Según aseguran muchos escritores, Balista había usurpado el trono para escapar á la muerte. Odenato había mejorado en gran parte el estado de Oriente, cuando su primo Meonio, que le había arrebatado la corona, le mató con su hijo Herodes, proclamado emperador al mismo tiempo que su padre, después de su regreso de Persia. Creo que Dios, irritado contra la República, no quiso conservar á Odenato después del cautiverio de Valeriano. Este príncipe, con su esposa Zenobia, habría restablecido ciertamente, no sólo el Oriente, que ya había reconstituído, sino que también todas las demás partes del Imperio. Odenato era gran general, y, según dicen casi todos los escritores, uno de los cazadores más famosos que se recuerdan. Toda la varonil actividad de su juventud la empleó en coger leones, leopardos, osos y otras fieras; pasando la vida en los bosques y las montañas, soportando el calor, las lluvias y todas las fatigas inseparables de los placeres de la caza. Endurecido de esta manera en los trabajos, pudo arrostrar con facilidad, cuando hizo la guerra á los Persas, el sol y las abrasadoras arenas de aquel país. No era diferente el género de vida de su esposa, y, si hemos de creer á muchos autores, era más intrépida todavía que su marido. Por su alcurnia, era la mujer más noble del Oriente y, según asegura Cornelio Capitolino, la más bella.

HERODES.

Herodes, que no era hijo de Zenobia, sino de la primera esposa de Odenato, obtuvo el Imperio con su padre. Fué príncipe afeminado acostumbrado al lujo de

Biblioteca Nacional de España

los Orientales y de los Griegos, que necesitaba tiendas adornadas con ricos cuadros, pabellones brillantes de oro y toda la delicadeza de la vida de los Persas. Odenato complacía sus aficiones, y, en la intensidad de su cariño paternal, abandonó á aquel hijo todas las concubinas y todas las piedras preciosas que cogió al rey Sapor. Zenobia tenía hacia Herodes los sentimientos de madrastra, y esto lo hacía más querido á su padre. No puede decirse más de este joven.

MEONIO.

Era éste primo de Odenato, y no tuvo otro motivo más que baja y odiosa envidia para matar á tan excelente emperador, al que no se podía censurar otra cosa que las afeminadas costumbres de su hijo Herodes. Dícese que al principio hizo compartir sus proyectos á Zenobia, que no podía soportar la idea de que su hijastro Herodes se antepusiese, como príncipe, á sus hijos Herenniano y Timolao. También era Meonio muy desarreglado en sus costumbres, y se equivocaron mucho al proclamarle emperador. Por esta razón no tardaron en matarle los soldados, digno castigo de sus desfrenos.

Biblioteca Nacional de España

BALISTA.

No están de acuerdo los historiadores acerca de si reinó Balista. Dicen algunos que Odenato, después de matar á Quieto, perdonó á Balista; pero que éste se apoderó del Imperio, no fiando en Galieno, en Aureolo, ni en Odenato. Pretenden otros que fué muerto, encontrándose como simple particular en un campo que había comprado cerca de Dafnea. En fin, muchos aseguran que, habiendo tomado la púrpura, gobernó como emperador romano, se puso al frente del ejército é infundió grandes esperanzas; pero que fué muerto por los que envió Aureolo para que se apoderasen de Quieto, hijo de Macriano, á quien llamaba su presa. Balista fué varón insigne: poseía la ciencia de gobernar, audacia en el consejo, cierta reputación militar y habilidad extraordinaria en el arte de los suministros. Valeriano le quería mucho, hablando de él así en una carta: «Valeriano á Ragonio Claro, prefecto de la Iliria y de las Galias. Si eres prudente (y sé que lo eres), mi querido Claro, te conformarás con las disposiciones de Balista. Se que todo lo ha arreglado muy bien; que evita sobrecargar las provincias; que no envía caballos más que á los puntos donde hay buenos pastos; que no saca las subsistencias de las tropas más que de los países ricos en trigo. No obliga á los habitantes de las provincias, ni á los propietarios de terrenos á suministrar víveres que no tienen, ó á recibir caballos que no podrían mantener. No hay método más ventajoso que hacer consumir las subsistencias en los

Biblioteca Nacional de España

mismos parajes que las suministran, evitando así el gasto de transporte y grandes dispendios al Estado. La Galacia abunda en trigo, la Tracia está llena de él, lo mismo que la Iliria; en estos puntos conviene tener la infantería, aunque también puede tenerse caballería en la Tracia durante el invierno, sin que los habitantes padezcan por ello, porque recogen mucho heno en los campos. En cuanto al tocino y demás artículos alimenticios, es necesario darlos á las tropas en los parajes donde abundan. Todos estos consejos emanan de la prudencia de Balista, que quiere que de cada provincia se saque una sola clase de provisiones, cuando la haya, ó que se retiren de ella los soldados; consejos que han venido á ser objeto de un decreto público.» Existe otra carta de Valeriano, en la que agradece á Balista los preceptos que ha recibido para el gobierno de la República, felicitándose por no tener en los campamentos, gracias á esos consejos, ningún soldado adscripticio (1), ni en sus guardias ningún tribuno que no sirviese personalmente. Dícese que estando Balista acostado en su tienda le asesinó, por orden de Galieno, un soldado del ejército de Odenato. He encontrado muy pocos detalles exactos acerca de este príncipe, porque los escritores de su época, que hablaron mucho de su prefectura, casi nada dijeron de su Imperio.

---

(1) Según parece, los soldados llamados *adscriptitii* eran supernumerarios que marchaban detrás del ejército para reemplazar á los que sucumbían.

Biblioteca Nacional de España

VALENS.

Uniendo este varón los talentos militares al brillo de las virtudes civiles, ejercía en esta misma época el proconsulado de Acaya, que debía á Galieno. Macriano, que le temía extraordinariamente, bien porque conocía su mérito, ó porque le creía envidioso del suyo y le suponía enemigo, encargó á Pisón, oriundo de una de las casas más nobles de Roma y de familia consular, que le quitase la vida. Valens, temeroso y previsor, creyó que no tenía otro medio para escapar á la muerte que el de apoderarse del trono. Pero le mataron los soldados poco tiempo después.

VALENS EL VIEJO.

Hubo otro Valens anterior al precedente, y creemos que habiendo hablado de éste, debemos decir algo de aquél, que fué muerto bajo los emperadores anteriores. Generalmente pasa por tío materno del que reinó bajo Galieno, otros dicen que solamente era tío suyo. Sea como quiera, su suerte fué igual, porque fué muerto á los pocos días de su reinado en Iliria.

Biblioteca Nacional de España

PISÓN.

Pisón, á quien Macriano había enviado para que matase á Valens, viendo que éste había sabido prevenirle apoderándose del trono, se retiró á Tesalia. Ayudado allí por corto número de sus partidarios, se apoderó también del Imperio, haciéndose llamar *Tesálico*, y pereció poco después. Era varón muy virtuoso y en su época le denominaban *Frugi* (1). Pasaba por descendiente de aquella antigua familia de los Pisones, á la que se unió Cicerón para ennoblecer la suya (2). Todos los emperadores le apreciaron mucho.

Preténdese que Valens, que, según se dice, envió asesinos para que le matasen, confesó que no podía justificarse ante los dioses infernales, aunque Pisón era enemigo personal suyo, por haber ordenado el asesinato de un ciudadano á quien no podía comparar otro alguno la República. Para demostrar la estimación en que se le tenía, reproduciré un senatusconsulto que se dió después de su muerte. El séptimo día de las kalendas de Julio, habiendo llegado la noticia de que había perecido Pisón bajo los golpes de Valens, y que éste á su vez había muerto á manos de los soldados, Aurelio Fusco, consular que había sucedido á Valeriano en el derecho de hablar el primero, dijo: «¡Cónsul consulta!» Y cuando le preguntaron su opinión, contestó: «Padres conscriptos, otorgo á Pisón los honores divinos y cuento con el bene-

(1) Hombre de bien.
(2) Cicerón desposó su hija Tulia con C. Pisón Frugi.

Biblioteca Nacional de España

plácito de nuestros emperadores Galieno, Valeriano y Salonino; porque jamás existió hombre mejor ni más fuerte á la vez.» El resto de la asamblea opinó que se colocase su estatua entre las de los triunfadores y que se le dedicase un carro con cuatro caballos. La estatua existe, pero la cuadriga decretada, se acordó que provisionalmente se dedicase á otro y todavía no se le ha devuelto. Colocóse, pues, en el paraje donde se construyeron las termas de Docleciano, príncipe cuyo nombre será siempre venerado.

EMILIANO.

Nada hay tan común como ver á los Egipcios, por fútiles motivos, lanzarse como furiosos é insensatos á movimientos que comprometen la seguridad del Estado. Muchas veces por haber olvidado saludarles, ó cederles en los baños el primer puesto; por haberles prohibido temporalmente el uso de carnes y de legumbres; por miserable calzado de esclavos ó por cosas semejantes, hanse expuesto entre ellos á sediciones que han puesto en peligro la República y exigido el envío de ejércitos considerables. Un día, pues, en que un esclavo del intendente encargado entonces del gobierno de Alejandría, fué golpeado por los soldados por haber dicho que su calzado era mejor que el de ellos, el pueblo se reunió en el acto, enfurecido como de ordinario en estos casos, marchó sin saber por qué contra la casa del general Emiliano, y en su ira, la atacó en el acto con todos los instrumentos de las sediciones. Arrojáronle piedras, le amenazaron con

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

espadas y todo se convirtió en arma entre las manos de aquellos furiosos. Arrastrado por las circunstancias, y persuadido de que era necesario morir de una ú otra manera, Emiliano se apoderó del Imperio; y el ejército de Egipto, que odiaba á Galieno, aprobó aquella resolución. No carecía Emiliano del vigor necesario para gobernar; recorrió la Thebaida y todo el Egipto, y, con su valor, consiguió alejar todo lo posible á los bárbaros. Su brillate bravura hizo que le llamasen Alejandro ó Alejandrino, porque no se sabe con exactitud cuál de estos dos nombres recibió; y estaba haciendo los preparativos para una expedición contra los indios, cuando le mató el general Theodoto por orden de Galieno. Añádese que fué estrangulado en su prisión, como lo eran en otro tiempo los prisioneros de Guerra (1). Ya que hablo del Egipto, referiré una costumbre de este país mencionada en la historia antigua y un hecho de la vida de Galieno. Habiendo querido este príncipe conceder á Theodoto el título de procónsul, los sacerdotes se opusieron á ello, diciendo que no estaba permitido entrar en Alejandría con los haces consulares. Sábese, en efecto, que Cicerón, en su oración contra Gabinio, recuerda esta costumbre y no hay ejemplo de que fuese violada. «Enseña á tu pariente Herennio Celso, que pide el consulado, que lo que desea está prohibido.» Dícese que hay, cerca de Menfis, sobre una columna de oro, una inscripción en caracteres del país, diciendo que el Egipto recobrará al fin su libertad el día en que se vean en él los haces y la pretexta romana. Esto al menos es lo que dice en su libro sobre las religiones extranjeras el gramático Prócluo, el varón más sabio de su tiempo.

---

(1) Cuando subía al Capitolio un triunfador llevaban á la prisión á los generales enemigos que había hecho prisioneros, y en ella los estrangulaban. Theodoto, que venció á Emiliano, lo envió á Roma á Galieno.

Biblioteca Nacional de España

SATURNINO.

Saturnino, uno de los mejores generales del tiempo de Galieno, muy amado de Valeriano, y que, como todos los demás, se encontraba indignado por los desórdenes del Galieno, que pasaba públicamente las noches en orgías y que mandaba soldados formados por él á su ejemplo y no al del príncipe, aceptó de ellos el Imperio. Era hombre de consumada experiencia, de costumbres muy austeras, de agradable trato y famoso por sus numerosas victorias sobre los bárbaros. Dícese que el día en que los soldados le revistieron con el manto imperial, les dijo: «¡Compañeros, perdéis un buen general y hacéis un mal emperador!» En el trono se distinguió por muchas hazañas; pero los mismos soldados que le elevaron á él, le mataron, por parecerles demasiado rígido y severo. Una de sus disposiciones más notables fué, que no queriendo que los soldados llevasen desnuda la parte inferior del cuerpo durante la comida, les obligó á que se sentasen á la mesa con sayos muy tupidos en invierno y muy ligeros en verano.

TÉTRICO EL VIEJO.

Después de la muerte de Victorino y de su hijo, su madre Victoria ó Victoriana exhortó á Tétrico, senador del pueblo romano, que era gobernador de la Galia, y se-

Biblioteca Nacional de España

gún se dice, pariente suyo, á apoderarse del Imperio. Hízole dar el título de Augusto y á su hijo el de César. Tétrico, después de muchas hazañas militares y largo reinado, fué vencido por el emperador Aureliano: ó más bien, no pudiendo soportar más la audacia é insolencia de los soldados, se entregó voluntariamente á aquel príncipe cuya implacable dureza era muy conocida. Dícese que antes de entregarse, le dirigió este verso:

«Invencible, libértame de estos males.»

Aureliano, cuyo ánimo era inaccesible á los sentimientos nobles, generosos y humanitarios, llevó en triunfo al mismo tiempo que á Zenobia, esposa de Odenato y á la vez que á los dos hijos de este príncipe, Herennio y Timolao, un senador del pueblo romano, un consular, un hombre, en fin, que había regido, como gobernador todas las Galias. Pero más adelante, avergonzado por su excesiva severidad, creó á aquel mismo anciano, de quien había triunfado, censor de toda Italia, es decir, de la Campania, del Samnio, de la Lucania, del Abruzo, de la Apulia, de la Calabria, de la Etruria, de la Umbría, del Picentino, de la Flaminia y de las provincias que pagan su tributo en especie. Concedióle no solamente la vida, sino grandes distinciones, y con frecuencia le llamaba colega, algunas veces compañero de armas, y otras emperador.

TÉTRICO EL JOVEN.

Era todavía niño Tétrico, cuando le nombró César Victoria, á la que el ejército había dado el nombre de *Madre de los campamentos*. Este joven fué llevado en

Biblioteca Nacional de España

triunfo con su padre; pero más adelante recobró todos los honores inherentes á su cualidad de senador, y según dice Gelio Fusco, siempre se encontró en categoría honorosa, gracias á su caudal, que se lo dejaron y que trasmitió á sus descendientes. Mi abuelo, que vivió familiarmente con él, decía que Aureliano y sus sucesores mostraron mucho cariño á este joven. La casa de Tétrico existe todavía sobre el monte Celio entre dos bosquecillos, cerca del templo de Isis (1), fundado por Metelo. Es muy hermosa, y en ella se ve un mosaico que representa Aureliano confiriendo al padre y al hijo la pretexta y la dignidad de senador, y recibiendo de ellos el cetro y la corona cívica. Cuando se hizo la dedicación de esta casa, dícese que Aureliano asistió al festín que con este motivo dieron los dos Tétricos.

TREBELIANO.

Avergüénzame enumerar todos los tiranos que se levantaron bajo Galieno, por culpa de este execrable emperador, cuyos desórdenes no podían menos de suscitar sublevaciones por todas partes, crueldades y deseos de venganza. Así fué que Trebeliano, elegido príncipe en la Isauria por los habitantes de aquella comarca, que querían darse un jefe, tomó por sí mismo el título de emperador, en vez del de archipirata, que le habían conferido. Hizo además acuñar moneda, y fijó su residencia

(1) Este templo se encontraba en la segunda región de Roma, y se cree lo construyó un tal Metelo.

Biblioteca Nacional de España

en una fortaleza de la Isauria. En seguida penetró en el interior del país, y aprovechando para fortificarse las dificultades del terreno y las ventajas de las montañas, reinó por algún tiempo sobre los Cilicios. Pero un general de Galieno, el egipcio Causisoleo, hermano de Theodato, y que había hecho prisionero á Emiliano, consiguió atraerlo á campo raso, donde le venció y mató. Sin embargo, su temor á las venganzas de Galieno impidió constantemente á los Isauros que se sometiesen, á pesar de la dulzura con que les trataron sus sucesores; considerándoseles, en fin, como bárbaros desde la época de Trebeliano. Su territorio, situado en medio de posesiones romanas, se encuentra defendido por todos lados, gracias á la naturaleza especial del terreno, y no por los habitantes, que ni son notables por su estatura ni famosos por su valor, ni están provistos de armas, ni aguerridos; pero viven sin temor en sus inaccesibles montañas. El divino Claudio casi consiguió hacérselas dejar para que habitaran en Cilicia, y quería dar á un amigo íntimo todo el territorio de los Isaurios, con objeto de evitar rebeliones por aquel lado.

HERENNIANO.

Odenato dejó al morir dos hijos, Herenniano y Timolao; Zenobia se apoderó del Imperio en su nombre, y conservó el poder más tiempo del que convenía á una mujer. En cuanto á los jóvenes príncipes, limitábase á presentarles en público, revestidos con la púrpura como los emperadores romanos, y á que apareciesen en las

Biblioteca Nacional de España

asambleas, á las que asistía ella con aplomo completamente varonil, haciendo á veces el elogio de Dido, Semíramis y Cleopatra, origen de su raza. Ignórase qué fin tuvieron estos príncipes; muchos historiadores dicen que Aureliano les hizo perecer y otros muchos que murieron de muerte natural. Todavía existen en Roma, entre las familias nobles, descendientes de Zenobia.

TIMOLAO.

No podemos decir de Timolao sino lo mismo que hemos dicho de su padre. Una cosa, sin embargo, le distinguió de éste, y es que estudió con tanto afán la literatura romana, que, según dicen, aprendió en poco tiempo todo lo que le enseñó el gramático encargado de instruirle, y pudo haber sido célebre retórico latino.

CELSO.

Habiendo sido invadidas parte de las Galias, del Oriente, del Ponto, de las Tracias y de la Iliria, mientras Galieno pasaba la vida en beber y bañarse con libertinos, los Africanos, por instigación de Vibio Passieno, procónsul de Africa, y de Fabio Pomponiano,

Biblioteca Nacional de España

general de las tropas acampadas en las fronteras de la Libia, dieron el título de emperador á Celso y lo revistieron con el manto de la diosa Urania. Este Celso, tribuno en otro tiempo, vivía entonces como simple particular en sus tierras, situadas en Africa. Su amor á la justicia era tan grande y tan majestuosa su estatura, que lo consideraron digno del trono, por lo cual se lo dieron. Pero en el séptimo día de su reinado le mató una mujer llamada Galiena, prima de Galieno. Así es que casi no se le cuenta entre los príncipes cuya vida es poco conocida. Los habitantes de Sicca, que permanecían fieles á Galieno, quisieron que devorasen los perros el cadáver de Celso; é imaginando un ultraje nuevo, colgaron su retrato de la cruz de los criminales, con mucho regocijo del populacho, que creía ver allí al mismo Celso.

ZENOBIA.

Parecía extinguido el pudor, y tanto había caído la República bajo el indigno Galieno, que las mujeres pudieron declararse con éxito jefes. Vióse hasta una extranjera, llamada Zenobia, de la que ya hemos hablado muchas veces, y que se vanagloriaba con ser de la raza de las Cleopatras y Ptolomeos, revestir después de la muerte de su esposo Odenato, el manto imperial, adornarse con todas las insignias del poder, ceñir á su frente la diadema y reinar en nombre de sus hijos Herenniano y Timolao, más tiempo del que podía permitir su sexo. Esta audaz mujer ocupó el trono, reinando todavía Galieno y cuando Claudio hacía la guerra á los Godos. Aureliano

Biblioteca Nacional de España

concluyó por vencerla, la llevó en triunfo y la sometió al yugo de los Romanos. Existe una carta de Aureliano en la que hace justicia á las cualidades de su cautiva. Con razón se le censuraba, dado su reconocido valor, por haber triunfado de una mujer como de un general digno de él; y para justificarse ante el Senado y el pueblo romano, escribió lo siguiente: «He sabido, padres conscriptos, que se me censura como acción indigna de un hombre haber triunfado de Zenobia; pero los mismos que me critican no me negarían sus elogios si supiesen de qué mujer hablan; si conocieran su prudencia en los consejos, su perseverancia en las decisiones, su firmeza con los soldados, su liberalidad cuando lo exige la ocasión y su severidad cuando ésta es necesaria. Puedo decir que Odenato le debió haber podido derrotar á los Persas, haber ahuyentado á Sapor y haber llegado hasta Cesifonte. Puedo asegurar también que el temor que esta mujer infundió á las naciones de Oriente y á los pueblos de Egipto, ha sido causa de que ni los Arabes, Sarracenos ni Armenios se hayan movido. No la habría dejado vivir á no estar convencido de que ha prestado importantes servicios á la República, hasta apoderándose del Imperio de Oriente para ella y para sus hijos. Que aquellos que todo lo critican, guarden para sí sus amargas censuras, porque si no existe gloria alguna en vencer á una mujer ni tampoco en triunfar, ¿qué dirán de Galieno, para quien será vergüenza eterna que Zenobia haya gobernado bien? ¿Qué dirán del divino Claudio, de ese ilustre y venerable capitán, que estando ocupado en la guerra con los Godos, permitió, con secreta y prudente resolución, que guardase en calidad de reina las fronteras del Oriente, con objeto de terminar con mayor seguridad sus propias empresas?» Esta oración demuestra la opinión de Aureliano acerca de Zenobia. Dícese que esta mujer era tan casta, que solamente permitía el comercio con su esposo cuando quería tener hijos. Cuando habían estado juntos, esperaba el tiempo en que podía juzgar si se encontraba en cinta, y en caso afirmativo

Biblioteca Nacional de España

guardaba continencia; de lo contrario, se acercaba á él para ser madre. Desplegaba fausto regio, ó mejor dicho, asiático; hacía que se le tributase la especie de culto imaginado por los reyes de Persia, imitando en sus comidas el ceremonial usado en la mesa de los emperadores; arengaba á los soldados cubierta la cabeza con el casco, y llevaba en la parte inferior de su túnica, cuya cintura estaba sujeta con las hebillas especiales de las mujeres, una banda de púrpura y pedrería. Frecuentemente llevaba el brazo desnudo. Tenía la tez morena, los ojos negros y extraordinariamente brillantes, espíritu superior, incomparable gracia, los dientes tan blancos que parecían perlas, y la voz ronca y varonil. Cuando era necesario mostraba la severidad de los tiranos, y cuando lo pedía la humanidad, la clemencia de los mejores príncipes. Liberal con prudencia, manejaba el Tesoro con más acierto del que podía esperarse de una mujer. Haciase llevar en carro y rara vez en litera; con frecuencia se la veía á caballo. Dícese que muchas veces andaba á pie tres ó cuatro millas con las tropas. Era naturalmente avariciosa. Aunque sobria, solía beber con sus generales, y algunas veces venció en este combate Persas y Armenios. En sus festines usaba los vasos de oro enriquecidos con pedrería de que se sirvió Cleopatra. Para el cuidado de sus habitaciones tenía eunucos de avanzada edad y muy pocas jóvenes. Quiso que sus hijos hablasen latín, de manera que se explicaban con dificultad y en circunstancias muy raras en griego. Tampoco ignoraba ella completamente el latín; pero cierta timidez le impedía usarlo. Hablaba admirablemente la lengua de los Egipcios, y conocía tan bien la historia de Alejandría y del Oriente, que, según dicen, escribió un compendio; la historia romana la había leído en griego. Cuando Aureliano la hizo prisionera, mandó que se la presentasen, y le dijo: «¿Cómo, oh Zenobia, te has atrevido á insultar á los emperadores romanos?» «Te reconozco, contestó, como emperador, porque sabes vencer; pero no he podido considerar como tales á Galieno, Au-

Biblioteca Nacional de España

reolo y los demás príncipes. Si la distancia lo hubiese permitido, habría querido compartir el Imperio con Victoria, que creo se me parece.» Zenobia fué llevada en triunfo (1), con una pompa que pareció inusitada al pueblo romano; presentándose tan cubierta de piedras preciosas, que parecía agobiada bajo sus adornos. Refiérese también que, á pesar de sus fuerzas, tuvo que detenerse muchas veces, diciendo que no podía soportar el peso de la pedrería. Llevaba además en pies y manos cadenas de oro, y otra al cuello, que sostenía un bufón persa. Aureliano perdonó la vida á Zenobia, que, según dicen, vivió con sus hijos como matrona romana en un campo que le dieron en el territorio de Tibur, llamado todavía hoy Zenobia; esta tierra está situada cerca del palacio de Adriano, y se le da el nombre de Concha.

VICTORIA.

No habría que hablar de Victorina ó Victoria, si la depravación de Galieno no hubiese dado celebridad á la

(1) No es cierto que Zenobia fuese llevada en triunfo á Roma. Zonaro dice: «Háblase diversamente acerca de la suerte de esta princesa, sosteniendo unos que la llevaron á Roma, casándose allí con un hombre muy distinguido, y asegurando otros que no pudo sobrevivir á su desgracia, muriendo de dolor durante el viaje.» El mismo autor añade que Aureliano se casó con una de sus hijas, y con las otras varones importantes de la corte. Zósimo refiere la misma opinión: «Durante el regreso de Aureliano á Europa, á donde llevaba á Zenobia, los hijos de esta princesa y todos los que habían tomado parte en su sublevación, dícese que murió, sea de enfermedad, ó por negarse á tomar alimento; y que los otros, exceptuando su hijo, fueron ahogados en el estrecho de Bizancio y de Calcedonia.» Vopisco asegura que la familia de esta princesa existía aún á mediados del siglo quinto.

Biblioteca Nacional de España

memoria de algunas mujeres. Victoria había visto á su hijo y á su nieto asesinados por los soldados y caer también bajo sus golpes Postumio, Loliano, y últimamente Mario, á quienes habían dado la corona. Gustándole las empresas atrevidas, impulsó á Tétrico, de quien hablamos antes, á tomar las riendas del Imperio. Llevaba Victoria un título que le hacía famosa, el de *Madre de los campamentos* (1). Acuñaron con su efigie monedas de cobre, de oro y plata, cuyo cuño se ve todavía en poder de los Treviros. No vivió mucho tiempo, porque según el testimonio de varios escritores, fué muerta bajo el reinado de Tétrico: otros dicen que murió naturalmente. Esto es lo que he creído deber decir de los treinta tiranos, y he dado su historia en un solo libro, por miedo de cansar y aburrir al lector refiriendo especialmente todo lo que puede decirse de cada uno de ellos. Si he incluído mujeres en el número de estos tiranos, ha sido de intento y para eterno oprobio de Galieno, que fué el azote más cruel de la República. A estos tiranos añadiré otros dos que, en cierta manera, solamente servirán para completar el número, puesto que han vivido en nuestra época, uno bajo Maximino y el otro bajo Claudio; de esta manera el libro contendrá la vida de los treinta tiranos. Ruégote, puesto que has recibido el libro que he terminado, que apruebes mi propósito y que unas la continuación al volumen. Al principio quería, como lo he hecho en este mismo libro, en cuanto á Valens el viejo, colocar estos tiranos al lado de Claudio y Aureliano, añadiéndoles á los emperadores que colocan entre Tácito y Diocleciano. Pero la superioridad de tus conocimientos históricos ha impedido este error; y doy gracias á tu benévola erudición por los servicios que me ha prestado en estas circunstancias. Nadie dirá ya en el templo de la Paz (2) que he colocado mujeres entre los

(1) Todavía existen medallas en las que se lee: *Victoria. Mater. Castrorum.*

(2) En este templo había una Biblioteca.

Biblioteca Nacional de España

tiranos; no se burlarán ya de mí, como tantas veces lo han hecho, dando á estas mujeres el ridículo nombre de tiranas. Mi libro presentará completo á los críticos el número que ofrece el título, tomado de las mismas fuentes de la historia. En efecto, Tito y Censorino, de los que, como ya he dicho, uno vivió bajo Maximino y el otro bajo Claudio, fueron revestidos con la púrpura por los soldados, y después ellos mismos los mataron.

TITO.

Dexippo, Herodiano y todos los escritoers que se han ocupado de esta parte de la historia, dicen que Tito, tribuno de los Moros, abandonado por Maximino en la obscuridad, se decidió, temiendo muerte violenta, según unos, ó por obedecer la voluntad de los soldados, según otros, á tomar, aunque á pesar suyo, las riendas del Imperio. Pero pocos días después de obtener venganza de la sublevación que el consular Magno suscitó contra Maximino, le mataron sus propios soldados, habiendo reinado seis meses. Fué éste uno de los hombres más grandes de la República, uno de los más importantes en la guerra y en la paz; pero le fué fatal el Imperio. Pretenden otros historiadores que le eligieron emperador los arqueros Armenios, á quienes Maximino había dado, lo mismo que á los Alejandrinos, pruebas de odio y desprecio. No debe extrañarse esta diversidad de opiniones acerca de un hombre cuyo nombre apenas se conoce. Su esposa Calfurnia, mujer muy virtuosa, pertenecía á la familia de los Censorinos, es decir, de los Pisones. Nues-

Biblioteca Nacional de España

tros antepasados, en su respeto á esta princesa, que solamente se casó una vez, le concedieron el sacerdocio entre las mujeres más reputadas por más virtuosas. Todavía se ve hoy en el templo de Venus su estatua en piedra de Argos, pero dorada. Dícese que poseía las piedras que habían pertenecido á Cleopatra, así como una bandeja de plata de cien libras de peso, de la que han hablado mucho los poetas, en la que estaba grabada la historia de sus antepasados. Veo que me extiendo más de lo que el asunto merece, pero se refieren con gusto las cosas que se conocen detalladamente. Pasemos á Censorino, uno de los varones más ilustres de su tiempo, pero que hizo más daño que provecho á la República, durante los siete días de su reinado.

CENSORINO.

Censorino era un valiente militar, y durante largo tiempo gozó de mucha consideración en el Senado. Fué cónsul dos veces, dos veces prefecto del Pretorio, tres prefecto de Roma, cuatro procónsul, tres legado consular, dos legado pretorio, cuatro edil, tres cuestor, y últimamente legado extraordinario en Persia y Sarmacia. En la guerra de Persia, en tiempo de Valeriano, recibió una herida que, dejándole cojo, hizo que los bufones le diesen el nombre de Claudio (1), y ya viejo, después de haber gozado de tantas dignidades, vivía en una posesión suya cuando fué nombrado emperador. Como era

(1) De *Claudus*, cojo, viene el nombre de *Claudius*.

Biblioteca Nacional de España

muy severo, los mismos soldados que le habían elegido, no pudiendo soportar su rigurosa disciplina, le mataron. Vése cerca de Bolonia un sepulcro, en el que constan todos sus honores en letras grandes, terminando la inscripción de esta manera:

«*Feliz en todo, fué desgraciado emperador.*

Todavía existen descendientes suyos, conocidos con el nombre de Censorinos; pero habiéndoseles hecho odiosa la permanencia en Roma, unos se han retirado á la Tracia y otros á la Bitinia. Cerca del palacio de los Flavios se ve su casa, que es muy hermosa, y que se dice perteneció en otro tiempo al emperador Tito. Ahora queda completo el número de los treinta tiranos, del que te has burlado con algunos críticos malévolos, aunque sin mala intención. Da ahora á quien quieras este libro, en el que he atendido más á la verdad que al estilo. No ofrecí elocuencia, sino hechos: además, estos libros que publico acerca de la vida de los emperadores, no los escribo, sino que los dicto, y los dicto muy de prisa; porque cuando te he ofrecido, ó tú me has pedido algo, tanto me estrechas que no me queda tiempo para descansar. Paso ahora al emperador Claudio, cuya vida daré en libro separado, que será corto, si se atiende á los importantes hechos de este Emperador. También hablaré de su hermano, varón insigne, para que se forme idea de aquella respetable é ilustre familia.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

EL DIVINO CLAUDIO,

POR TREBELIO POLION.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Preámbulo.—Elogio de Claudio.—Honores concedidos á Claudio por sus contemporáneos.—Senatusconsulto en honor suyo, después de su elección.—Su victoria sobre Aureolo, que perece cerca de Milán.—Los Godos y otros pueblos, en número de trescientos mil hombres, invaden el Imperio romano.—Carta de Claudio al Senado acerca de aquel espantoso desbordamiento de bárbaros.—Sus triunfos sobre ellos.—Destruye también su flota formada por dos mil naves.—La carta á Brocco acerca de sus victorias.—Diversos parajes donde se peleó con los bárbaros.—Consultadas las suertes por Claudio, le prometen el Imperio y también á su posteridad.—Los Egipcios, vencedores de los Palmiranos, se someten á Claudio.—Parte de los bárbaros fugitivos perece de hambre y de peste.—Un grupo de bárbaros en fuga sorprende y mata á dos mil soldados romanos.—Claudio marcha contra ellos y los hace prisioneros.—Los Scitas que habian invadido algunos puntos del Imperio, quedan vencidos por una enfermedad que se propaga en su ejército.—Claudio muere también de enfermedad contagiosa.—Sucédele su hermano Quintilio, á quien matan á los diez y siete días de reinado.—Familia de Claudio.—Sus costumbres.—Su fuerza.—Carta del emperador Valeriano al gobernador de Siria, concerniente al sueldo anual de Claudio, nombrado tribuno de la legión.—Párrafo de otra carta de Valeriano, en el que elogia á Claudio y anuncia que le ha nombrado general de los ejércitos de Iliria.—Pasaje de una carta de Decio en

Biblioteca Nacional de España

que elogia á Claudio y anuncia que le ha encargado la defensa de las Termópilas y el Peloponeso.—Carta de Galieno en la que muestra temor por perder la estimación de Claudio y anuncia que le envía varios regalos.—Testimonio de afecto que tributan á Claudio el pueblo y el Senado antes de su advenimiento, durante su reinado y después de su muerte.

Hemos llegado al emperador Claudio (1), cuya vida escribiré cuidadosamente, en consideración al César Constancio (2). No puedo prescindir de este trabajo, puesto que he dado, en el libro intitulado *De los treinta tiranos*, la historia de los emperadores y príncipes tumultuosamente elegidos, y he mencionado la raza de Cleopatra y la de Victoria, que se ha perpetuado hasta nosotros. Obligado, para vergüenza de Galieno, á mencionar hasta mujeres en la vida de este emperador, no podía, sin faltar á mi propósito, pasar en silencio un príncipe que ha dejado tan brillante sucesión; que con su valor terminó la guerra de los Godos; que con dos victorias puso fin á los desastres públicos; que arrancó al impuro Galieno el gobierno del Estado, sin ser él mismo autor de la empresa; que reinó en su puesto para

---

(1) Los nombres de Claudio eran M. Aurelio Claudio. Algunas veces se le dan también los de Valerio y Flavio. En la historia se le llama Claudio II, por ser el segundo emperador de este nombre, ó Claudio el Gótico, por la memorable victoria que consiguió sobre los Godos. No se conoce bien su origen, y lo único que ha podido decirse con alguna seguridad es que nació en Iliria, pero no se nombra á su padre. Algunos le han supuesto hijo natural de uno de los Gordianos, sin añadir más. El interés que mostraba por realzar la estirpe de Constancio, que le reconocía como autor suyo, impulsó á los aduladores á formarle una genealogía que remontaba hasta Dardano y los antiguos reyes de Troya.

(2) Claudio no tuvo hijos; pero tuvo dos hermanos, Quintilo y Crispo. Quintilo reinó después de él algunos días. Crispo tuvo una hija llamada Claudia, que casó con Dardaniano Eutropio. De este matrimonio nació Constantino Cloro, padre de Constantino el Grande. Así, pues, Constancio era nieto de Claudio, y sin duda debía su nombre á una hermana de este emperador, que se llamaba Constantina.

Biblioteca Nacional de España

dicha del género humano, y que, si hubiera permanecido más tiempo en el trono, hubiese devuelto á la República por su sabiduría, prudencia y virtudes, los Escipiones y Camilos.

Corto fué su reinado (1), pero aunque hubiese llegado á los últimos límites de la vida humana, su imperio habría parecido corto. En efecto: ¿hay algo en su vida que no sea digno de admiración (2), que no sea brillante, que no sea superior á todos los prodigios de la antigüedad? Poseía el valor de Trajano, la religiosidad de Antonino y la moderación de Augusto; y de tal manera le adornaban las bellas cualidades de estos príncipes, que no necesitaba su ejemplo; y de no haber existido aquéllos, él mismo habría servido de modelo á los demás. Dicen los matemáticos más sabios, que puede prolongarse la vida del hombre hasta los ciento veinte años, y que nadie ha podido traspasar este tiempo. Añaden, que Moisés, el amigo de Dios, según dicen los libros de los Judíos, fué el único que vivió ciento veinticinco años, y que habiéndose quejado de morir joven, le contestó no sé qué divinidad, que ningún hombre llegaría á tanto. Pero aunque Claudio hubiese vivido ciento veinticinco años, tan admirable fué su vida, que no hubiese habido nadie que no creyera prematura su muerte,

(1) Zonaro dice que los autores no convienen acerca del tiempo del reinado de Claudio, asignándoles unos un año y otros dos. Eusebio está con los últimos. Tilemón dice que murió en el tercer año de su reinado, á la edad de cincuenta y seis años.

(2) La mayor parte de los historiadores elogian á Claudio. Zonaro, dice de él: «Claudio fué buen príncipe, que amó la justicia y prohibió le pidiesen los bienes ajenos; porque muchos estaban persuadidos entonces de que podía darlos el Emperador; y de aquí proceden algunas leyes que todavía están en vigor. Una mujer, cuyos terrenos poseía él, en virtud de donativo que le había hecho el anterior Emperador, habiéndosele quejado de esta violencia, le dijo: «Claudio ahora que es Emperador, te »devuelve el terreno que te tomó cuando era particular, cuando »mandaba la caballería y no era religioso observador de las »leyes.»

Biblioteca Nacional de España

como Cicerón dice hablando de Escipión, en su oración por Milón. ¿No le adivinaron todas las virtudes como hombre y como ciudadano? Amó á sus padres, pero esto no es extraordinario. Amó á sus hermanos, y esto puede ya sorprendernos. Amó á sus prójimos, y esto, en nuestra época, es un milagro. No envidió á nadie; persiguió á los malvados y castigó públicamente y sin compasión á los jueces prevaricadores. Despreciando á los necios, fué indulgente con ellos. Dió excelentes leyes (1), y tal fué, en fin, su gobierno, que los varones principales de la República cuidaron siempre de elegir los emperadores entre sus descendientes, en conformidad con los deseos de la parte más prudente del Senado.

Dirán algunos que quiero adular al César Constancio, pero me atendré al testimonio de tu conciencia y á mi vida entera; ¿he pensado, dicho ó hecho algo con este propósito? Es necesario no olvidar que hablo del emperador Claudio, de un príncipe, cuya vida, integridad y conducta dió fama brillante á su familia; de un príncipe á quien el Senado y pueblo romano concedieron después de su muerte distinciones desconocidas hasta entonces. Por unánime voto del Senado se colocó en honor suyo, en la Curia romana, un escudo de oro ó, como dicen los gramáticos, una rodela de oro, en cuyo centro estaba esculpida su imagen. El pueblo romano, por su parte, hizo que se le erigiese á expensas suyas en el Capitolio, delante del templo de Júpiter, una estatua de oro de diez pies de alta, cosa que no tenía ejemplo. Elevósele también en los Rostros, con el consentimiento de todo el Imperio, una columna coronada por una estatua de plata, estatua

(1) Puede creerse que Claudio permaneció en Roma al menos algunos meses, y sin duda á esta permanencia debe atribuirse lo que Trebelio Polión dice acerca del gobierno de este príncipe. Si ha de creerse el testimonio del Epítome de Víctor, antes de marchar á Roma consiguió Claudio una gran victoria sobre los Germanos, cerca del lago de Garda; siendo cosa rara que Trebelio Polión, que escribió más bien un panegírico que historia de Claudio, omitiese un suceso tan importante.

Biblioteca Nacional de España

adornada con palmas y de mil quinientas libras de peso. Cual si previese el porvenir, este príncipe favoreció el encumbramiento de la familia Flavia, á la que pertenecían Vespasiano y Tito, porque no quiero hablar de Domiciano. Terminó en poco tiempo la guerra de los Godos. Si se me acusa de adulación, necesario es acusar también al Senado, al pueblo romano, á las naciones extranjeras y á las provincias, porque se ha visto á todos las órdenes del Estado, todas las edades, todas los poblaciones consagrar á este excelente príncipe estatuas, estandartes, coronas, santuarios y arcos de triunfo, y dedicarle también altares y pueblos.

Mucho interesa á los que se proponen imitar á los príncipes buenos; mucho importa al mundo entero para tener idea del juicio que formaron de aquel varón eminente sus contemporáneos, conocer los senatusconsultos que se dieron relativamente á él. Cuando en el santuario mismo de la Madre de los dioses se recibió el IX de las kalendas de Abril (1), que es día de sangre (2), la noticia de que Claudio había sido proclamado Emperador, todos se apresuraron, aunque no podían reunirse los senadores á causa de las ceremonias religiosas, á vestir la toga y acudir al templo de Apolo. Allí, después de leer las cartas del emperador Claudio, exclamaron: «Augusto Claudio, que los dioses te ayuden según nuestros deseos.» (Esto fué repetido sesenta veces.) «Claudio Augusto, te hemos deseado siempre á ti ó á un príncipe que se te pareciese» (y lo repitieron cuarenta veces). «Claudio Augusto, los votos de la república te llamaban al trono» (y lo dijeron cuarenta veces). «Claudio Augusto, eres modelo de hermanos, de padres, de amigos, de senadores y de príncipes» (ochenta veces). «Claudio Augusto, líbranos de Aureolo (3)» (cinco veces). «Clau-

(1) 24 de Marzo.

(2) Llamábanse así ciertas fiestas de Cibeles y Belona, en las que, enfurecidos sus sacerdotes, se cubrían de sangre, haciéndose incisiones en el cuerpo.

(3) Los senadores no nombran á Postumio en sus aclamacio-

Biblioteca Nacional de España

dio Augusto, líbranos de los Palmiranos» (cinco veces). «Claudio Augusto, líbranos de Zenovia y Victoria (siete veces). «Claudio Augusto, nada ha sido Tétrico en comparación tuya» (siete veces).

Lo primero que hizo Claudio fué la guerra á Aureolo, cuya dominación soportaba tanto más á disgusto la República cuanto era más agradable á Galieno. Derribóle del trono, y así en los edictos que envió al pueblo como en las oraciones que dirigió al Senado, le dió el título de tirano. Aureolo recurrió á las súplicas y pidió la paz; pero Claudio, severo é inflexible, no atendió á sus ruegos y le contestó: «A Galieno, cuyas costumbres convenían con las tuyas, debías dirigir esas súplicas.» Los soldados dictaron al fin la sentencia de Aureolo, que tuvo cerca de Milán fin digno de su conducta. Tal es el tirano á quien algunos historiadores han tratado de elogiar, hasta de modo ridículo. Galo Antipater, cuyas bajas adulaciones han degradado la dignidad de la historia, comienza en estos términos la vida de Aureolo: «Vamos á hablar de un emperador digno de su nombre» (1). ¡Gran mérito, sin duda, tomar nombre de una palabra que significa oro! Lo que sé yo es, que se ha dado con mucha frecuencia este nombre á los gladiadores que se distinguían en la lucha. No hace mucho tiempo que le se veía escrito para el índice de los juegos en tu registro de los espectáculos (2). Pero volvamos á Claudio.

---

nes, y sin embargo, un hecho muy honroso para Claudio, que refiere Zonaro, demuestra que el usurpador inquietaba también á los Romanos. «Cuando deliberaba la asamblea de este orden á qué enemigos se opondrían primero, si á Postumio, que pretendía aún usurpar la autoridad soberana, ó á los extranjeros que habían cruzado la Palus-Meotida, y que causaban estragos en Asia y Europa, Claudio pronunció palabras muy notables: «La »guerra que hace Postumio, se dirige solamente contra mí; »pero la que hacen los extranjeros atañe á todo el Imperio, cu»yos intereses deben preferirse á todos los demás.»

(1) *Aureolus*, de color de oro, enriquecido con oro, precioso, excelente.

(2) Sabido es que los cónsules, los pretores y demás magis-

Biblioteca Nacional de España

Los Godos, que, como antes dijimos, escaparon cuando les perseguía Macrino, y á quienes no quiso Claudio dejar este recurso, previendo lo que aconteció después, excitaron á todos los pueblos de su raza á que saqueasen las provincias romanas. Las diferentes naciones de la Scitia, los Peucinos, Trutongos, Austrogodos, Virtingos, Sigipedas, Celtas y hasta los Hérulos, arrastrados por el cebo del botín, cayeron sobre el territorio del Imperio, causando estragos, mientras ocupado Claudio en otros cuidados, hacía los preparativos para la guerra que terminó como emperador. Si, pues, las ocupaciones de aquel gran príncipe retrasaron la realización de los destinos de la República, parece que esto ocurrió para aumento de su gloria, para que sus triunfos la propagasen con mayor brillo en el mundo entero. En fin, trescientos veinte mil hombres armados se arrojaron entonces sobre la República. Que los que nos acusan de adulación, disminuyan ahora el mérito de Claudio. ¡Trescientos veinte mil combatientes! ¿Qué Xerxes tuvo tantos jamás? ¿Qué imaginación ha podido crear tal ejército? ¿Qué poeta lo formó? Lo repito, trescientos veinte mil enemigos se levantaron contra Roma. Añádense á este número los esclavos, los criados, los guardas de bagajes: representaos los ríos agotados, los bosques destruidos. Hasta la misma tierra debió asustarse de aquella multitud de bárbaros.

Existe una carta de Claudio, dirigida al Senado y destinada á ser leída al pueblo, en la que menciona esta muchedumbre de enemigos. Dice así: «El emperador Claudio al Senado y pueblo romano. Debo deciros la verdad, padres conscriptos: trescientos veinte mil bárbaros han invadido el territorio romano. Si venzo, reconoced el servicio: si fracaso, recordad que hubiese querido combatir después de Galieno. La República se en-

---

trados que daban juegos, tenían un registro en el que estaban inscriptos los nombres de los gladiadores que querían hacer combatir.

Biblioteca Nacional de España

cuentra extenuada; combatimos después de Valeriano, después de Ingenuo, de Regiliano, de Soliano, de Postumio, de Celso, después de otros muchos á quienes el desprecio que inspiraba el emperador Galieno separó de la causa de la República. No tenemos escudos, ni espada ni dardos. Tétrico es dueño de las Galias y de las Españas, que son las fuerzas del Imperio, y (lo que me avergüenza de escribir), todos nuestros arqueros sirven á las órdenes de Zenobia. Cualquier cosa que hagamos, será siempre bastante grande.» El valor natural de Claudio le hizo vencer á sus enemigos, y hasta necesitó poco tiempo para anonadarles, dejando á muy pocos que regresasen á su patria. Ahora pregunto ¿un escudo colgado en el Senado es recompensa proporcionada á aquella victoria? ¿Pudo ser precio suyo una estatua de oro? Ennio decía de Escipión: «¿Qué estatua bastante hermosa, qué columna bastante alta te erigirá el pueblo romano, para conmemorar tus hazañas?» Podemos decir que la gloria de Flavio Claudio, de este príncipe único en la tierra, no se conmemora con estatuas y columnas, sino que pide todos los esplendores de la fama.

Tenían además aquellos bárbaros dos mil naves (1), es decir, el doble de las que reunieron en otro tiempo la Grecia entera y toda la Tesalia para sitiar las ciudades del Asia. Y aquel número fué exageración del estilo poético, mientras que nosotros permanecemos fieles á la verdad de la historia. ¿Seremos, pues, aduladores de Claudio, que aplastó, destruyó, anonadó dos mil naves bárbaras y trescientos veinte mil enemigos; que supo apropiar para el servicio de sus tropas parte de los inmensos equipajes de aquel ejército, quemó otra y dió como esclavos á los Romanos todos los que los guardaban, como él mismo lo dice en una carta á Junio Brocco, encargado entonces de proteger la Iliria? «Claudio á Brocco. Hemos destruido trescientos mil Godos, y

(1) Zósimo dice de esta misma flota que constaba de seis mil naves.

Biblioteca Nacional de España

echado á fondo dos mil naves. Los rios están llenos de escudos y todas las riberas sembradas de espadas y lanzas. Los campos quedan cubiertos de osamentas; ningún camino está libre; el inmenso bagaje de los enemigos ha quedado abandonado. Hemos cogido tantas mujeres, que han podido darse dos y hasta tres á nuestros soldados victoriosos.

¡Pluguiese á los dioses que la República no hubiera tenido que soportar á Galieno, ni que gemir bajo tan considerable número de tiranos! Si se hubiesen conservado los soldados que perecieron en los campos de batalla, si se hubiesen guardado las legiones que Galieno, odioso vencedor, mandó exterminar, ¿cuánta fuerza hubiera encontrado la República, cuando tú conseguiste, para honra del nombre romano, salvar los restos de aquel universal naufragio? Combatióse en territorio de la Mesia y se libraron muchas batallas cerca de Marcianópolis. Muchos enemigos perecieron en las olas; hízose prisioneros á muchos reyes y se cogieron mujeres que pertenecían á las familias más nobles de aquellos diferentes pueblos. Las provincias romanas fueron cultivadas por multitud de esclavos bárbaros y de ancianos cautivos. De soldado feroz, el godo pasó á ser colono y no hubo provincia alguna romana á la que la esclavitud de los Godos no pudiese suministrar en cierto modo materia de triunfo. ¡Cuántos bueyes bárbaros vieron nuestros padres! ¡cuántos carneros! ¡cuántas yeguas celtas tan renombradas por la fama! Todo esto se debe á las gloriosas hazañas de Claudio, que devolvió la seguridad á la República, colmándola de inmensas riquezas. También se combatió cerca de Bizancio, y aquellos bizantinos que no habían abandonado la ciudad, mostraron mucho valor. Peleóse cerca de Tesalónica, sitiada por los bárbaros durante la ausencia de Claudio. Peleóse en diferentes comarcas y en todas partes fueron vencidos los Godos bajo los auspicios de Claudio, que parecia querer dejar á su futuro sobrino, el César Constancio, una República segura.

Biblioteca Nacional de España

Referiré ahora lo que, según se asegura, anunció á Claudio el destino; por lo que podrá verse que los dioses querían fundar sobre su raza la felicidad de la República. Habiendo consultado la suerte, siendo ya emperador, acerca de la duración de su reinado, obtuvo la siguiente respuesta:

«Tú que hoy riges tu patria y el mundo entero, como árbitro por los dioses, verás durar el reinado de tu posteridad por más tiempo que el de todos tus predecesores; porque tus descendientes reinarán después de ti y harán reyes á sus descendientes.»

Habiendo consultado otra vez en el Apenino acerca de cosas que le concernían, recibió esta respuesta:

«Tres estíos le verán reinar en el Lacio»; y esta otra en lo que se refería á sus descendientes:

«No conocerán límites en la grandeza y duración de su poder.»

En fin, con relación á su hermano Quintiliano, á quien quería tener por colega en el Imperio, se le contestó:

«Los destinos no harán más que mostrarlo al mundo»; pero mientras realizaba estas cosas el divino Claudio, los Palmiranos, guiados por Sabas y Timogeno, hicieron guerra á los Egipcios, siendo vencidos al fin, gracias á la obstinación de este pueblo y á su infatigable ardor por los combates. Sin embargo, Probato (1), ge-

(1) Zósimo y Zonaro dan á este general egipcio el nombre de Probo. Zósimo hace el siguiente relato algo más detallado: «Cuando los Scitas se encontraban dispersos de esta manera (alude al fin de la guerra llamada de los Godos), y continuamente perdían considerable número de los suyos, Zenobia tuvo valor para enviar á Zabdas á Egipto, con objeto de conquistar el reino por medio de un egipcio llamado Timageno. Habiendo reunido un ejército de Palmiranos, Sirios y otros bárbaros, en número de setenta mil, lo envió contra los egipcios, que solamente eran cincuenta mil. El combate fué rudo, pero vencieron los Palmiranos y dejaron en el Egipto cincuenta mil hombres de guarnición.

Probo, que había recibido del Emperador orden para limpiar

Biblioteca Nacional de España

neral egipcio, pereció víctima de las celadas de Timogeno. Todos los egipcios se sometieron al Emperador romano y prestaron juramento á Claudio, ausente entonces. El favor de los dioses terminó bajo el consulado de Aticiano y de Orfito la obra comenzada por este príncipe; porque los pueblos bárbaros que habían sobrevivido á su derrota y se habían retirado al Hemimonto (1), tanto sufrieron por hambre y peste, que Claudio desdeñó vencerlos. Así terminó la más terrible de las guerras y se desvanecieron los temores que Roma no había podido evitar. La verdad es el primer deber del historiador: por esta razón demostraremos á los que quisieran presentarnos como aduladores, que no queremos desfigurar nada de lo que pertenece á la historia. Mientras las armas romanas vencían en todas partes, algunos soldados de Claudio, enorgullecidos por los triunfos que deslumbraban hasta á los más prudentes, se entregaron al pillaje, sin pensar que un destacamento cualquiera del ejército enemigo podría emplear para derrotarlos los mismos cuidados que empleaban ellos para guardar el botín. De esta manera, en el seno mismo de la victoria, perecieron dos mil soldados á manos de un puñado de bárbaros, de aquellos mismos que habían emprendido la fuga. A la primera noticia que recibió Claudio, marchó contra aquellos rebeldes al frente de su ejército, les hizo prisioneros á todos y los envió á Roma cargados de ca-

---

el mar de piratas, en cuanto supo que los Palmiranos se habían apoderado de Egipto, reunió las tropas que tenía con las del país, que no pertenecían al partido de los Palmiranos y arrojó sus guarniciones. Habiendo hecho nuevas levas los Palmiranos, y habiendo reunido Probo otras fuerzas del Egipto y de Africa, los Palmiranos fueron derrotados y expulsados. Apoderándose Probo de una montaña cercana á Babilonia, cerrando al enemigo el camino de la Siria. Timageno, que conocía perfectamente el país, subió á la montaña al frente de dos mil hombres, y habiendo sorprendido á los egipcios, los deshizo y se apoderó de Probo, quien en su desesperación se dió la muerte.»

(1) Provincia de la Tracia, en la que se encontraba el monte Hemus.

Biblioteca Nacional de España

denas, para los juegos públicos. El daño que nos había causado la Fortuna ó la imprudencia de los soldados quedó reparado por la actividad de aquel gran príncipe, y aquel triunfo no se consideró solamente como una victoria, sino como justa venganza. La caballería dálmata mostró en esta guerra mucho valor, porque se creía á Claudio originario de aquella provincia, á pesar de que muchos escritores lo consideran dardamio y hacen remontar su origen á Ilio, rey de los Troyanos y al mismo Dardano.

En esta misma época invadieron la Creta los Scitas y trataron de saquear la isla de Chipre; pero invadida ésta por enfermedad contagiosa, quedó vencido su ejército. Espantoso azote se había propagado también entre los Romanos después de la guerra con los Galos, y Claudio, atacado del mal, abandonó la mansión de los mortales por la de los dioses, á la que le llamaban sus virtudes (1). Cuando emigró al mundo de los dioses y de las estrellas, su hermano Quintiliano, varón intachable y digno de ser hermano de aquel príncipe, accedió al deseo de todos los Romanos aceptando el Imperio, no como herencia, sino como magistratura debida á sus virtudes; porque le hubiese proclamado emperador aun sin ser hermano de Claudio. En su tiempo, los bárbaros que quedaban todavía, saquearon la Anchiala y trataron

(1) Zonaro habla de esta manera: «Después de estas expediciones cayó enfermo en Sirmio, donde reuniendo á los príncipales del ejército para conferenciar con ellos en lo tocante á la elección de emperador, les manifestó que consideraba á Aureliano digno de obtener la autoridad soberana. Aseguran algunos que inmediatamente le saludaron como emperador; pero otros sostienen que cuando el Senado se enteró de la muerte de Claudio, el dolor de la pérdida le llevó á conferir la autoridad soberana á su hermano Quintilio, al mismo tiempo que los soldados la concedían por su parte á Aureliano.» Zósimo considera emperador á Aureliano después de la muerte de Quintilio. «Quintilio, dice, fué proclamado en el puesto de Claudio; pero habiendo sobrevivido pocos meses sin haber hecho nada notable, Aureliano subió al trono del Imperio.

Biblioteca Nacional de España

de apoderarse de Nicópolis; pero fueron vencidos gracias al valor de los habitantes del país. Quintiliano nada pudo hacer que fuese digno de un emperador, á causa de la brevedad de su reinado; porque habiendo mostrado con las tropas la firmeza que conviene á un príncipe, fué muerto á los diez y siete días, como Galba y Pértinax. Dexippo no dice que Quintiliano fué muerto, sino sencillamente que murió, sin añadir de enfermedad, lo que parece indicar dudas (1).

Habiendo hablado ya de las hazañas militares de Claudio, digamos algo de su nacimiento y familia, para que no se nos tache de haber omitido cosas que conviene saber. Claudio, Quintiliano y Crispo eran hermanos. Crispo tenía una hija llamada Claudia; de Claudia y Eutropio, dardanio nobilísimo, nació el César Constancio. Tuvieron también hermanas, de las que una, llamada Constantina, casó con un tribuno de la nación de los Asirios y murió joven. Los abuelos de Claudio son poco conocidos, habiendo hablado de ellos de distinto modo la mayor parte de los autores. Claudio se distinguió por la pureza de sus costumbres, por su vida ejemplar y singular castidad. Bebía poco vino y comía mucho. Era muy alto y tenía los ojos penetrantes, y tanta fuerza en las manos que muchas veces se le vió romper de un puñetazo los dientes á un caballo ó mulo. En la juventud demostró muchas veces su vigor en las luchas del campo de Marte, donde se ejercitó con los más robustos. Su adversario un día, en vez de cogerle por la cintura, le asió por los órganos genitales, y Claudio, enfurecido, le rompió de un puñetazo todos los dientes. El respeto al pudor hizo excusar la venganza; y el emperador Decio, que presenció el hecho, alabó públicamente el valor y la honestidad de Claudio, á quien regaló brazaletes y collares; pero le prohibió medirse con soldados por temor de que descargase golpes demasiado violentos para una

(1) Créese que Quintilio se suicidó.

Biblioteca Nacional de España

simple lucha. Claudio no tuvo hijos; Quintilio dejó dos; Crispo, como ya hemos dicho, tuvo una hija.

Pasemos ahora á los juicios de los emperadores, juicios que citan algunos escritores y que podían hacer presumir que Claudio llegaría alguna vez al Imperio. Carta de Valeriano á Zosimión, gobernador de la Siria:

«Hemos confiado á Claudio, ilirio de nacimiento, y al que la antigüedad no puede comparar nadie en valor y abnegación, el tribunado de la quinta legión Marcia, la más valiente de todas. Darásle de nuestro tesoro particular por sueldo del año, tres mil modios de trigo; seis mil de cebada; dos mil libras de tocino; tres mil quinientos sextarios de vino; ciento cincuenta de buen aceite; seiscientos de aceite de segunda clase; veinte modios de sal; ciento cincuenta libras de cera; cantidad suficiente de heno, paja, vinagre, frutas y legumbres; trescientas pieles para construir tiendas; seis mulos por año; tres caballos por año; diez camellos por año; nueve mulas por año; cincuenta libras de plata labrada por año; ciento cincuenta filipos por año, estos de nuestra efigie (1), y el primer día cuarenta y siete y ciento sesenta trientes (2). Le darás por once libras de peso, vasos y ánforas para el vino; por otras once libras, vasijas y marmitas; dos túnicas militares de color rojo por año; dos sagoclámides por año; dos broches de plata dorada; un broche de oro con la punta de cobre; un cinturón de plata dorada; un anillo con dos piedras de una onza de peso; un brazalete de siete onzas; un collar de una libra; un casco dorado; dos escudos incrustados de oro; una coraza que deberá restituir; dos lanzas hercúleas; dos *aclydes* (3); dos guadañas; cuatro hoces para

(1) Por orden de este emperador se habían acuñado monedas con la efigie de Filipo; y como no gustó la forma, se continuó llamando filipos hasta á las que llevaban otra efigie, porque las acuñaron con el mismo modelo.

(2) Moneda que valía la tercera parte del as romano.

(3) Venablo atado con una cuerda, que se recogía después de lanzado.

Biblioteca Nacional de España

el heno; un cocinero, que restituirá; dos mujeres de las más hermosas, elegidas entre las cautivas; un alba de media seda y otra de púrpura de Girba; una túnica exterior de púrpura de Mauritania; un secretario, que devolverá; un arquitecto, que devolverá; dos pares de cojines de Chipre para la mesa; dos camisas sencillas; dos fajas viriles; una toga, que devolverá; una lacticlavia, que devolverá; dos cazadores que constantemente estarán á sus órdenes; un carpintero; un intendente del Pretorio; un aguador; un pescador; un repostero; mil libras de leña por día si tiene bastante con esto, y si no tanta como puedan suministrar los parajes cualesquiera que sean; cuatro paletadas de carbón por día; un bañero y la leña necesaria para los baños, si no la hubiese deberá bañarse en público. Le suministrarás, según tu prudencia, las demás cosas, que son muy poco importantes para escribirlas; pero sin poner precio á nada, de modo que si faltase alguna no tendrás que darla, ni él podrá exigir su equivalencia en dinero. Concedo todos estos beneficios á Claudio por favor especial, no como á tribuno sino como á general, porque es hombre que los merece mucho mayores.»

Valeriano, en una carta á Ablavio Murena, prefecto del Pretorio, dice, entre otras cosas: «Cesa de quejarte de que Claudio sea todavía tribuno y de que no le haya dado el mando de un ejército; quejas que, según dices, compartes con el pueblo y el Senado. Le he nombrado general y general de toda la Iliria: manda los ejércitos que ocupan la Tracia, la Mesia, la Dalmacia, la Pannonia y la Dacia. Le considero hombre eminente; puede contar con el consulado, y, si le conviene, recibirá cuando quiera la prefectura del Pretorio. Te diré que le he asignado iguales honorarios que á la prefectura de Egipto; tantas ropas como al proconsulado de Africa; tanto dinero como á Metacio, intendente de Iliria, y comitiva tan numerosa como la que tenemos nosotros mismos en cada ciudad. Por todo esto se vendrá en conocimiento del aprecio en que tenemos á varón tan esclarecido.»

Biblioteca Nacional de España

Decio, en un párrafo de una carta suya, se expresa así hablando de Claudio: «Decio á Mesala, gobernador de la Acaya, salud. El tribuno Claudio, joven de grandes prendas, soldado valeroso, enérgico ciudadano é indispensable ya al ejército, al Senado y á la República, ha recibido orden nuestra para trasladarse á las Termópilas. También le hemos encargado la defensa del Peloponeso, persuadidos de que nadie ejecutará mejor que él lo que queremos. Darásle doscientos soldados, sacándolos de la Dardania; cien catafractos, ciento sesenta jinetes, sesenta arqueros cretenses, mil bisoños bien armados, porque se le pueden confiar tropas nuevas: nadie es más obediente, más bravo ni más prudente que él.»

Informado Galieno por algunos comisarios de víveres de que Claudio se quejaba enérgicamente de sus desenfrenadas costumbres, contestó en una carta: «Nada más penoso para mí que haberme enterado por tu relación de que Claudio, nuestro pariente y amigo, se encuentra muy irritado contra mí por efecto de los rumores, casi todos falsos, que le han repetido. Ruégote, pues, mi querido Venusto, si quieres mostrarme afecto, que invites á Grato y á Herenniano á que le calmen. Pero esto debe hacerse sin que se enteren los soldados dacios, no sea que, descontentos como están ya, emprendan alguna obra mala. Le envío regalos; haz que los reciba con agrado. También hay que cuidar de que no se entere de que conozco sus disposiciones respecto á mí, para que no me crea resentido con él y no tome, como necesario, un partido violento. Le he enviado dos copas de tres libras, adornadas con pedrería; dos tazas de oro de tres libras, enriquecidas con piedras finas; una bandeja de plata cincelada, de veinte libras; un plato de plata labrado en pámpanos, de treinta libras; otra gran fuente de plata cincelada en hojas de hiedra, de veintitres libras; una vasija de plata, de veinte libras, teniendo grabada una pesca; dos jarrones de plata, de seis libras, incrustados de oro; dos vasos de plata, que pesan juntos veinticinco libras; diez copas de Egip-

Biblioteca Nacional de España

to (1) con diferentes trabajos; dos clámides de brillante color y borbadas de púrpura; diez y seis trajes de todas clases; una túnica blanca de media seda; una camisa (*alba*) (2) de tres onzas de peso; tres pares de nuestros coturnos de piel de Persia; diez cinturones dálmatas; una clámide dardania en forma de manto; un manto de Iliria para la lluvia; un manto con capuchón; dos capuchones forrados; cuatro pañuelos de Saraptis (*Orcaria Saraptena*) (3); ciento cincuenta valerianos de oro y trescientos trientes salonianos (4).

En fin, el Senado dió también á Claudio, antes de que llegase al Imperio, grandes muestras de estimación. Informado de que había combatido valientemente con Macriano en Iliria contra diferentes pueblos, la asamblea exclamó: «Animoso Claudio, recibe el premio de tu valor y de tu abnegación por la República. Todos votamos una estatua á Claudio. Todos deseamos á Claudio por cónsul. Así obra todo el que ama á la República; así se conduce el que ama á los emperadores. Así obraban los antiguos capitanes. Claudio, sé feliz con la estimación de nuestros príncipes y dichoso por tus virtudes; cónsul y prefecto. Vive, prospera y goza de la amistad de los emperadores.» Muy largo sería enumerar todos los testimonios de admiración que recogió aquel varón insigne. Pero debo decir, en una palabra, que ni el Senado ni el pueblo romano mostraron ciertamente por Trajano ni por los Antoninos, ni por ningún otro emperador, tanto cariño y amor como demostraron á Claudio antes de su advenimiento, durante su reinado y después de su muerte.

---

(1) Estas copas eran de cristal, y, según parece, admirablemente trabajadas.

(2) Esta palabra, que creen algunos derivada del persa y otros del siriaco, designa, según se presume, una prenda de lino que tenía alguna semejanza con nuestra camisa, adornada con bandas de seda bordadas de oro.

(3) *Orcarium* (de *os oris*, rostro), según se dice, era un pañuelo para enjugarse el rostro. También significa esta palabra una banda de tela que descendía del hombro hasta el suelo.

(4) Salonia, ciudad de Fenicia.

Biblioteca Nacional de España

CLAUDIO.

SUPLEMENTO.

Trebelio Polión, que escribió un panegírico ampuloso más bien que la vida de Claudio, habla muy confusamente de la invasión de los Godos y de la famosa victoria de este emperador. Zósimo y Zonaro detallan más aquellos acontecimientos.

«El punto de reunión general de todos aquellos pueblos era la desembocadura del río Tyras, que hoy llamamos Niester. Allí se embarcó aquella espantosa multitud y, costeando continuamente, intentó el primer desembarco en Tomi ó Tomes, paraje famoso por el destierro de Ovidio; el segundo quisieron realizarlo en Marcianópolis, pero ni en uno ni en otro alcanzaron mucho éxito. Llegados al canal del Bósforo, los Godos sufrieron allí mucho por la rapidez de las corrientes, que, encerradas en aquel estrecho espacio, empujaban las naves unas contra otras con tal violencia, que los pilotos no podían dirigirlas, yéndose muchas á pique con su carga y los que los montaban, impidiendo esto á los bárbaros atacar á Bizancio. Rechazados con pérdidas, continuaron su camino, dirigiéndose hacia el Asia y la parte de Cyzica; pero no consiguieron mejor éxito delante de esta plaza que en las demás empresas que habían intentado hasta entonces. Sin embargo, no desalentándose y esperando

Biblioteca Nacional de España

sin duda el desquite sobre Grecia y Macedonia, atravesaron el Helesponto y abordaron al monte Athos. Después que carenaron sus naves en aquel punto, regresaron hacia el golfo de Tesalónica y pusieron sitio á esta plaza y Casandrea, que se encontraba cerca. Mientras el grueso de su ejército se ocupaba en estos dos sitios, su flota, dividida sin duda en muchos grupos, recorrió y taló las costas de Tesalia y de toda la Grecia, las islas de Creta, de Rodas y hasta la de Chipre y las costas de Pamfilia. En todas partes donde desembarcaron, talaron los campos, pero las ciudades se defendieron y no forzaron ninguna, como no sea Atenas, de la que se apoderaron, según dice Zonaro. Este escritor refiere un rasgo bastante singular, relacionado con este hecho. «Habiendo reunido, dice, todos los libros que encontraron, disponíanse á prenderles fuego, cuando uno de los más instruídos de su nación, les disuadió, diciéndoles que debían dejarlos á los Griegos, con objeto de que, ocupándose en la lectura, olvidasen el ejercicio de las armas y se les pudiera vencer con más facilidad.» Zonaro añade «que un ateniense, llamado Cleodemo, habiendo conseguido escapar de la ciudad, y reunido considerable número de soldados, salió al mar y mató multitud de bárbaros, poniendo á los restantes en fuga.» Entretanto avanzaban los sitios de Casandrea y Tesalónica. Los Godos combatieron estas dos ciudades con máquinas, cuyo uso habían aprendido en sus largas guerras con los Romanos, y estaban á punto de tomarlas cuando llegó Claudio. A su llegada, levantaron el sitio de las dos plazas que estrechaban ya desde mucho tiempo, penetraron tierra adentro y llegaron á la Pelagonia, provincia septentrional de la Macedonia. Claudio les siguió, pero como le llevaban mucha delantera y continuamente se alejaban hacia el Danubio, no pudo alcanzarles hasta Naisus, hoy Nissa, en la Servia. Allí les dió batalla, disputada obstinadamente por mucho tiempo. Los Romanos cedieron en varios puntos; pero al fin un cuerpo de su ejército, habiendo penetrado por caminos que parecían impracticables, para atacar al ene-

Biblioteca Nacional de España

migo por la espalda ó por el lado, aquel imprevisto ataque decidió la victoria. Los Godos se vieron obligados á retirarse, dejando sobre el campo cincuenta mil de los suyos.

»Claudio no dejó escapar resto alguno del ejército que había deshecho, dedicándose á perseguir á los vencidos hasta que los dispersó y destruyó completamente. Los Godos, por su parte, sin abatirse por las tremendas pérdidas que habían sufrido, recogieron sus restos y formando, según su costumbre, un recinto con sus carros y bagajes, se defendieron valerosamente detrás de aquella especie de parapeto. El recinto quedó forzado por el hierro y el fuego, y los Romanos, además de inmenso botín, hicieron prodigioso número de prisioneros. Los que pudieron salvarse de este segundo desastre, no dejaron todavía de resistir y caminando como ejército, retrocedieron hacia Macedonia. Claudio, con objeto de envolverles, mandó que se adelantase su caballería, mientras él les seguía con la infantería. La fiereza y valor de los bárbaros eran tan grandes, que en el deplorable estado á que les habían reducido tantas derrotas, lograron poner al vencedor en peligro; cayendo con tal furia sobre la infantería romana, que la desordenaron, pasando á cuchillo parte de ella, estando á punto de vencerla cuando la caballería, cayendo sobre ellos, les obligó á soltar la presa. Entonces se retiraron á las gargantas y desfiladeros del monte Hemos, donde el hambre y las enfermedades acabaron de exterminarles.

»La flota de los Godos, después de recorrer los mares, regresó á Macedonia cargada de botín, para reunirse al ejército que había dejado allí, y al llegar, todo lo encontró perdido. Las tropas embarcadas bajaron á tierra con objeto de reparar las pérdidas que había experimentado su nación ó impedir su total ruina; pero no hicieron más que aumentar el desastre. Las naves, abandonadas á sus defensores, perecieron y fueron echadas á fondo. Los hombres no tuvieron mejor suerte, no pudiendo penetrar en país enemigo y armado. Necesario les fué separarse;

Biblioteca Nacional de España

y diseminados aquí y allá, fueron muertos, capturados ó perecieron por enfermedad que se había desarrollado entre ellos. De aquel numeroso ejército de bárbaros apenas se salvaron algunos grupos, que se ven durante los primeros días que siguieron á la muerte de Claudio, talando Anchuiala é intentando sin éxito una empresa sobre Nicópolis.»

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE.

	Págs.
Diadumeno, por Elio Lampridio	1
Antonino Heliogábalo, por Elio Lampridio	11
Apéndice á la vida de Heliogábalo	39
Alejandro Severo, por Elio Lampridio	55
Apéndice á la vida de Alejandro Severo	107
Los dos Maximinos, por Julio Capitolino	127
Apéndice á la vida de los dos Maximinos	147
Maximino el joven, por Julio Capitolino	183
Los tres Gordianos, por Julio Capitolino	189
Gordiano el joven	203
Gordiano tercero	207
Máximo y Balbino	217
Filipo	241
Decio	243
Galo y Volusiano	247
Emiliano	249
Valeriano	251
Valeriano padre é hijo, por Trebelio Polión	255
Valeriano el joven, por Trebelio Polión	261
Los dos Galienos, por Trebelio Polión	263
Salonino Galieno	281
Suplemento	285
Los treinta tiranos, por Trebelio Polión	293
El divino Claudio, por Trebelio Polión	335
Claudio, suplemento	352

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA CLASICA.

La Biblioteca Clásica se publica en tomos en 8.° elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritas las obras originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros y corresponsales.

Haciendo el pedido directamente á la casa de Hernando y C.ª, Arenal, 11, Madrid, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas* y *cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, *tres pesetas* y *cincuenta céntimos*.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscrición recibiendo el suscritor mensualmente los tomos que desee.

El suscritor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

	Tomos.
Clásicos griegos.	
Homero.—*La Iliada*, traducción en verso de Hermosilla	3
— *La Odisea*, traducción en verso de Baráibar	2
Herodoto.—*Los Nueve libros de la historia*, traducción del P. Pou	2
Plutarco.—*Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos	5
Aristófanes.—*Teatro completo*, traducción de D. Federico Baráibar	3
Poetas bucólicos griegos.—(*Teócrito, Bión y Mosco.*) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares	1
Odas de Píndaro.—Traducción en verso del mismo	1
Esquilo.—*Teatro completo*, traducción de Brieva Salvatierra	1
Tucídides.—*Historia de la Guerra del Peloponeso*, traducción de Gracián	2
Xenofonte.—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*, traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco	1
— *La Cyropedia*, traducción del mismo	1
— *Las Helénicas*, traducción de Soms	1
Luciano.—*Obras completas*, traducción de D. Cristóbal Vidal y don Federico Baráibar	4
Arriano.—*Expediciones de Alejandro*, traducción de Baráibar	1
Poetas líricos griegos.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa	1
Polibio.—*Historia Universal*, traducción de D. Ambrosio Rui Bamba	3
Platón.—*La República*, traducción de D. José Tomás y García	2
Diógenes Laercio.—*Vidas de los filósofos* traducción de Ortiz y Sanz	2
Moralistas griegos.—(*Marco Aurelio, Teofrastro, Epicteto, Cebes.*) Traducción de Díaz de Miranda, López de Ayala, Brum y Simón Abril	1
Clásicos latinos.	
Virgilio.—*La Eneida*, traducción en verso de Caro	2
— *Las Eglogas*, traducción en verso, de Hidalgo.—*Las Geórgicas*, traducción en verso, de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo	1
Cicerón.—*Obras completas*, traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro	14
Se han publicado 10 tomos.	
Tácito.—*Los Anales*, traducción de D. Carlos Coloma	2
— *Las Historias*, traducción del mismo	1

Biblioteca Nacional de España

Tomos.

SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina.*—*Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo..... 1

JULIO CÉSAR.—*Los Comentarios*, traducción de Goya y Muniain.... 2

SUETONIO.—*Vidas de los doce Césares*, trad. de D. F. Norberto Castilla. 1

SÉNECA.—*Epístolas morales*, traducción de D. F. Navarro y Calvo. 1

— *Tratados filosóficos*, traducción de Navarrete y Navarro..... 2

OVIDIO.—*Las Heroídas*, traducción de Diego Mexía..... 1

— *Las Metamorfosis*, traducción de Pedro Sánchez de Viana.... 2

FLORO.—*Compendio de la Historia Romana*, traducción de Díaz..... 1

QUINTILIANO.—*Instituciones oratorias*, traducción de los PP. de las Escuelas Pías, Rodríguez y Sandier..... 2

QUINTO CURCIO.—*Vida de Alejandro*, trad. de Ibáñez de Segovia..... 2

ESTACIO.—*La Tebaida*, traducción en verso de Arjona..... 2

LUCANO.—*La Farsalia*, traducción en verso de Jaugueri..... 2

TITO LIVIO.—*Décadas de la Historia Romana*, traducción de Navarro. 7

TERTULIANO.—*Apología contra los gentiles*, traducción de Fr. Pedro Manero, obispo que fué de Tarazona..... 1

Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*..... 2

CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto*, con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo..... 4

HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*..... 1

QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*..... 1

QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*..... 2

DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*..... 1

ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*..... 1

MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña* y *Política Militar*..... 1

Clásicos ingleses.

MACAULAY.—*Estudios literarios.*—*Estudios históricos.*—*Estudios políticos.* — *Estudios biográficos.* — *Estudios críticos.* — *Estudios de política y literatura.* Traducción de M. Juderías Bénder..... 6

— *Vidas de políticos ingleses*, traducción del mismo..... 1

— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción de M. Juderías Bénder y Daniel López..... 4

— *Discursos parlamentarios*, traducción de Daniel López..... 1

— *Historia del Reinado de Guillermo III*, continuación de la *Revolución de Inglaterra*, traducción del mismo..... 6

MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz. 2

SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot..... 6

Se han publicado cuatro tomos.

Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego.... 1

— *La Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro.... 1

GUICCIARDINI.—*Historia de Italia, desde* 1494 *á* 1532, traducida por el rey Felipe IV..... 6

Se han publicado dos tomos.

Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo Mier..... 3

HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción de D. José J. Herrero..... 1

— *Cuadros de viaje*, traducción de D. Lorenzo G. Agejas..... 2

Clásicos franceses.

LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bénder..... 2

Clásicos portugueses.

CAMOENS.—*Los Lusíadas*, traducción en verso de D. Lamberto Gil... 1

— *Poesías selectas*, traducción del mismo..... 1

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España